
L. MURA
¿Puede un alma corromperse por causa del pasado?
LO QUE CALLA EL LAGO

Lo que calla el lago

¿Puede un alma corromperse por causa del pasado?

L. Mura

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Diseño de la portada de: L. Mura

A ti, querido lector, por darle una posibilidad a esta historia. Espero sinceramente que la disfrutes mucho.
¡Buena lectura!

L. Mura

Inocencia perdida

1985. Lunes 14 de enero, Lago Rapel

Estaba amaneciendo y ya se dejaban escuchar los primeros cánticos de las aves, en aquel entorno alejado de la civilización. La naturaleza estaba dando inicio a un nuevo día, colmándose poco a poco de colores por causa de los primeros rayos del sol. Estos caían débilmente sobre todo lo que pillaba a su paso, para filtrarse después con fuerza por entremedio de las hojas de los árboles, y traer consigo un nuevo amanecer. Pero así como el resplandor de la luz se posaba de manera despiadada en los ojos de Amelina, también el frío hacía su trabajo y la mantenía entumecida, recostada a solas sobre el agresivo suelo.

La muchacha casi no podía sentir los pies y tenía el cuerpo adolorido, hasta el punto de no poder girarse sobre su espalda sin emitir un quejido de dolor. Podía apreciar la irregularidad de la superficie bajo sus vértebras maltrechas, lo que la llevó a intentar incorporarse despacio, entre quejidos de profundo malestar. Estaba confusa y asustada, le dolían las costillas y entre las piernas. No entendía aún lo que había sucedido, pero algo en su interior le gritaba que no era nada bueno, y el pánico estuvo a punto de consumirla como a las hojas secas cuando son arrojadas al fuego. Sintió que las náuseas se apoderaban de ella, implacables, y que la sed le quemaba la garganta, impidiéndole tragar saliva con normalidad. Echó la cabeza a un lado y vomitó. Una vez se recompuso en parte, lo primero que se preguntó, fue que dónde se encontraban todos, y por qué ella yacía a solas en la islita, lejos del campamento; pero ráfagas de imágenes fraccionadas comenzaron a inundar su turbada cabeza, haciendo que soltara un sollozo de angustia, y arrojándole aquellas respuestas que sabía no le iban a dar paz. Las palabras «cobarde», y «poco hombre» le llegaban como ecos lejanos y distorsionados en sus vagos recuerdos, y era incapaz de determinar si estas abandonaban la boca de un hombre o de una mujer, y desconocía a quién iban dirigidas. Para Amelina eran solo palabras sueltas, que se hacían presentes como un susurro amenazante en su mente.

En su memoria fraccionada, alguien le zamarreaba las piernas, como si le estuviesen quitando los pantalones con prisas, acompañando el movimiento de varios rasguños en su cadera izquierda al quitarle la ropa interior. Recordaba que intentaba

quejarse, pero su cuerpo intoxicado con alcohol era incapaz de responder a sus deseos. El entorno estaba oscuro, y con mucha dificultad hizo intentos por abrir los ojos, pero estos no captaban más que sombras y siluetas; una, quizás dos. Una parte de ella —muy pequeña—, aquella que todavía se aferraba con fuerza a las garras de la consciencia en ese entonces, le susurraba lo que estaba pasando, advirtiéndole del peligro, y Amelina reafirmó esta advertencia cuando el peso de un cuerpo grande y jadeante le lastimó las costillas, a la vez que algo duro le atravesaba su intimidad, ocasionándole un agudo dolor, que se asemejaba a cientos de agujas desgarrándole por dentro. Este se intensificaba con las sacudidas a las que era sometido su frágil cuerpo por su agresor. Era incapaz de negarse, era incapaz de decir nada. Incluso era incapaz de llorar o de oponer resistencia física. Solo el miedo, la confusión y la desesperación permanecían junto a ella como una sombra oscura, al acecho.

Se sobrepuso no sin esfuerzo a aquellos confusos recuerdos recientemente vividos, en un intento de poder hilar las ideas que insistían en rondar por su todavía mareada cabeza. Se preguntó, esperanzada, si no se trataría todo de un mal sueño. Levantó el saco de dormir, que no recordaba haber llevado hasta allí, y descubrió con horror que alguien le había puesto mal la ropa, porque el pantalón estaba subido a la altura de los muslos, y los calzones los tenía puestos al revés. Estaban sucios y manchados con sangre, además de algo que no pudo identificar de inmediato como lo que era, pero que no tardó en descubrir: semen. Fue entonces cuando tomó consciencia de que había sufrido una violación, que se largó a llorar. Miles de preguntas perturbaron su mente, a punto de quitarle la cordura, y que intentaba con todas sus fuerzas poder otorgar respuestas. Unas respuestas vacías, áridas e inertes.

La respiración se le agitó, ahora que tenía certeza de que los acontecimientos ocurridos durante la noche eran una terrible verdad, y su corazón latió desaforado en el pecho, ocasionándole una aguda opresión. Era la angustia de saberse agredida en lo más íntimo de su persona; de haber perdido aquello que era tan suyo y que pretendía conservar con celo, hasta que llegase el momento de entregarlo voluntariamente a alguien especial. Pero ese día jamás llegaría, porque se lo habían arrebatado de la peor de las maneras, como consecuencia de un acto vil y cruel. Se preguntó que quién de sus amigos habría sido capaz de hacerle algo así, y no supo qué responder. Lo único que tenía claro, era que aquel que la lastimó era uno de los del grupo, ya que estaban en un recinto privado, dentro de los terrenos de la familia de su amigo Pablo Ferrero Gabán, en su casa de veraneo en el lago Rapel.

Bajó la mirada otra vez hasta su cadera, y cuatro hileras rojas

cubiertas por recientes costras descendían hacia la ingle, de seguro ocasionadas por su agresor, en el momento en que la despojó de sus vestimentas.

—¡Oh, por Dios! —se quejó llevándose ambas manos sobre la cabeza, desesperada—. Esto no me puede estar pasando. No a mí —volvió a gemir en voz alta, como si las palabras tuvieran el efecto de borrar aquello horrible, ocurrido justo en el día de su cumpleaños número diecisiete.

Cogió sus pertenencias y se recompuso como pudo la ropa, con prisas, desesperada por volver a la seguridad de su hogar. No sabía qué hacer ni a quién recurrir. No se sentía capaz de confesarles lo ocurrido a sus padres, ni tampoco de enfrentarse a sus amigos. La vergüenza era un sentimiento que insistía en abrumarla y desarmarla en partes iguales después de lo acontecido. Tenía miedo y sentía la necesidad imperiosa de ponerse a salvo, lejos de todos.

La islita era un pequeño pedazo de tierra, ubicada a unos cincuenta metros de la orilla del lago, y al que se podía llegar en bote, lancha, moto acuática o a nado. Pertenecía a la familia de Pablo, y allí acostumbraban reunirse los jóvenes para bañarse o para pasar las horas durante las tardes, y en ocasiones, por las noches.

Amelina arrojó sus pertenencias dentro de uno de los botes y estuvo a punto de caerse al pisarse sus propios cordones. Ni siquiera se había molestado en amarrarse las zapatillas cuando se calzó con ellas. Se acuclilló, las ató con prisas, y luego remó hacia el muelle lo más rápido que sus brazos se lo permitieron. Ni siquiera se molestó en asegurar la embarcación cuando finalizó el recorrido.

Bajó con torpeza, aún con el cuerpo magullado, adolorido y entumecido, y se envolvió la espalda con el saco de dormir, como una manera de protegerse de la mirada de los demás, aunque no había nadie allí. Todos dormían en sus respectivas tiendas de campaña, todos menos Hugo, quien, al verla, de inmediato se le aproximó, preocupado.

—¿Pasa algo? —le preguntó sin elevar la voz para no despertar a nadie, haciéndose escuchar solo por ella.

Amelina ni siquiera lo miró. Se limitó a negar con la cabeza y a coger la mochila con sus pertenencias, para luego abandonar la tienda y alejarse a pasos agigantados. Hugo le seguía detrás.

—Meli, espera —insistió cogiéndola del brazo con suavidad. Ella se zafó de golpe, porque, en aquel instante, no soportaba que nadie la tocara, ni siquiera Hugo. Él la miró, sorprendido por su reacción—. ¿Estás bien?

—Me tengo que ir a casa. No me siento bien —le respondió sin dejar de caminar, con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo, aunque sus ojos eran incapaces de enfocar, debido a que los tenía

anegados por las lágrimas.

Amelina no pudo contenerlas por más tiempo y las dejó rodar por sus mejillas. Abandonó la casa de Pablo, y se encaminó hacia la suya, a sabiendas de que Hugo la observaba desde la distancia ya.

Se preguntó si sería Hugo su agresor. Tener ese pensamiento le partía el corazón en mil pedazos, porque él le gustaba, y había esperado todo el año para volver a verlo. Todos sus amigos, los que se hacían llamar «El clan de los seis», vacacionaban en el mismo condominio, y se encontraban durante el verano en el lago desde que eran muy pequeños. Era un panorama que cada uno de ellos esperaba con ansias.

Abrió despacio la puerta de su casa, con cuidado de no hacer ningún ruido, y se dirigió a su cuarto, rápido, pero con sigilo. Se quitó la ropa y la introdujo en una bolsa negra, para luego tirarla a la basura. Después se duchó. Quería arrancar de su cuerpo la mugre y la vergüenza. El agua caliente casi le quemaba la piel, pero no le importó, porque, aunque sabía que no era posible, le gustaba pensar que el líquido que recorría su cuerpo tenía el poder de borrar las huellas de su humillación. Utilizó todo el jabón del dispensador y se restregó la piel con fuerza, hasta dejar marcas rojas en cada rincón de su cuerpo. Nunca dejó de llorar. Luego se envolvió en una toalla y buscó un pijama limpio en su cómoda. Y así, con el pelo húmedo, se metió dentro de la cama, se ovilló y continuó llorando, hasta que se durmió de puro agotamiento.

***

—Cariño, ¿estás bien? —le dijo su madre, devolviéndola a la realidad y sacándola de un sueño oscuro y perturbador—. Pensaba que estarías acampando con tus amigos. ¿Estás enferma?

—No me siento bien —le respondió Amelina mientras esta le tocaba la frente.

—¡Si estás hirviendo en fiebre, y tu pelo está mojado! —dijo casi gritando por la preocupación.

La escuchó abrir la puerta del baño y coger un secador para el pelo. Amelina no se movió. Permaneció con los ojos cerrados, ovillada y aterida mientras su madre le secaba los mechones rubios, revolviéndoselos con la mano.

—Es solo dolor de garganta, mamá. Me duché para entrar en calor.

—Iré por un termómetro y paracetamol.

Desapareció por la puerta y Amelina sucumbió al sueño. Uno que insistía en arrastrarla hasta un lugar muy oscuro, carente de recuerdos felices. Por momentos sentía su cuerpo temblar, y luego empaparse con una sudoración tan extrema que era necesario cambiarse el pijama. Se levantaba como autómata, arrojaba las prendas húmedas al

suelo, y luego volvía a meterse en la cama para seguir durmiendo e intentar olvidar. Ya ni lágrimas era capaz de derramar sin que estas se evaporaran al contacto con sus mejillas ardientes. Amelina se había sumido en un estado de aletargamiento que le impedía reaccionar. Solo quería dormir y olvidar, sobre todo olvidar.

***

Amparo, la madre de Amelina, estaba preocupada por su hija. Habían pasado dos días desde que esta llegara a casa con tanta fiebre, y la enfermedad parecía no tener intenciones de abandonarla. El cuadro infeccioso se encontraba en su punto más crítico, y Andrés, su marido —quien era médico de profesión—, había tomado la decisión de regresar a Santiago y poner fin a las vacaciones, porque consideró que era mejor llevarla a un centro asistencial para que recibiera mejores atenciones y pudieran también realizarle exámenes.

Amparo se encontraba sumida en sus pensamientos cuando el timbre de la casa sonó, devolviéndola a la realidad. Al abrir la puerta se encontró con dos de los amigos de su hija: Marisa y Hugo.

—Hola, señora Amparo —saludó la muchacha con una sonrisa—. Veníamos a ver a Amelina, ya que no hemos sabido nada de ella desde ayer.

—Lo siento, Marisa, pero mi hija ha estado enferma, con mucha fiebre, y no puede recibir visitas —se explicó la mujer mientras observaba al muchacho mirarla con genuina preocupación—. De hecho, hoy regresaremos a Santiago.

—¿Cree que sea algo grave? —quiso saber Hugo, preocupado.

—Esperemos que no. Es por eso que será mejor llevarla a la clínica, para que puedan realizarle algunos exámenes de rutina.

—Dígale por favor que todos la extrañamos mucho, y que esperamos que se mejore pronto.

—Gracias, Marisa. Se lo diré.

Los jóvenes se macharon y Amparo de inmediato se dirigió al cuarto de su hija para entregarle el recado de sus amigos. Cuando ingresó a la habitación, Amelina continuaba ovillada, dándole la espalda. Le palpó la frente y sintió alivio de encontrarla templada, y no caliente como la mayor parte del tiempo. Sin embargo, había algo más que no conseguía descifrar en su hija, y que la mantenía en extremo cabizbaja.

—Cariño, acaban de venir Marisa y Hugo para saber cómo te encuentras. Les he dicho que no te sentías bien. Te envían cariños en nombre de todos.

—Quiero regresar a casa, mamá.

—Me estás preocupando. ¿Ha sucedido algo con tus amigos que no me estás contando?

—No, mamá. Solo quiero marcharme a casa —se explicó sin siquiera voltearse—. Ya no quiero estar aquí.

A ella le extrañó la actitud de su hija, y por más que intentó buscar una explicación, no la encontró. Pero en sus tentativas de poder hallar algo que la dejara tranquila, quiso convencerse a sí misma de que, en realidad, lo que tenía abatida a su hija, era tal vez una desilusión amorosa, de esas que a su edad eran como puñales que desgarraban el alma. Ella misma en su juventud había experimentado situaciones similares, y recordaba no querer levantarse de la cama ni para ir a comer. Amelina estaba muy ilusionada por volver al lago en esta ocasión, porque, aunque ella no se lo hubiese revelado, su corazón de madre era capaz de leer en los ojos de su hija la ilusión de un primer amor. Estaba convencida de que era eso lo que la tenía así, consumida en la tristeza; un desencantamiento amoroso. Y también sabía que debía respetar su silencio, porque a su hija le costaba mucho compartir sus experiencias, sobre todo si estas eran del corazón.

—Ame, cariño. Sabes que estoy aquí para lo que necesites. ¿Cierto?

Su hija no dijo nada, solo asintió.

Abandonó el cuarto con una extraña sensación en la boca del estómago, acompañada solo de sus pensamientos, los cuales no daban tregua a sus preocupaciones. Se dirigió a su habitación y comenzó a preparar las maletas.

1. Cuando el pasado te encuentra

Actualidad. 22 de diciembre de 2005, Santiago de Chile
Hospital San Andrés

Amelina revisaba la ficha del último paciente que había atendido en urgencias, cuando su teléfono comenzó a vibrar en el bolsillo de su delantal. Cogió el aparato y decidió que después le contestaría a su madre. Tenía algunos asuntos pendientes que atender, que eran de suma urgencia. Miró el reloj de la pared, ansiando que aquella mañana finalizara pronto, porque estaba agotada. A sus treinta y siete años de edad, Amelina se sentía como si ya tuviese cincuenta. Casi todas las horas del día se las destinaba al trabajo y de algún modo, el ritmo laboral que acostumbraba a soportar a diario le estaba pasando la cuenta.

Volvió a centrar su atención en la ficha que tenía en la mano, cuando alguien le presionó los hombros con suavidad.

—Estás tensa, Meli. Deberías marcharte a casa y descansar un poco.

—No me llames así, Alejandro. Sabes que no me gusta. Además, estamos en el trabajo —dijo zafándose de su agarre, molesta. Se dio la vuelta y se llevó una mano a la frente, como hacía siempre que algo la sobrepasaba—. No puedo irme a casa todavía. Necesito organizar una junta médica para determinar el mejor tratamiento para este paciente. ¿Qué opinas tú? —le preguntó mientras le tendía la ficha con el historial médico.

—Creo que tienes razón, que es un caso complicado, y que es mejor que sea el equipo por completo el que tome la decisión final. Pero ahora, deberías marcharte. Deja que yo me encargue de organizarlo mientras tú te vas a descansar —le sugirió, conteniéndose de acariciarle el rostro.

Amelina pudo darse cuenta de ello, pero no quería que su vida privada estuviese en boca de todos, así que agradeció que Alejandro respetara aquellos límites que ella, desde un inicio, había dejado claramente establecidos.

—Lo haré pronto. Lo prometo. —Hizo amago de marcharse.

—¿Te veo después en casa?

—Preferiría que no, Alejandro —respondió con cautela mientras le destinaba una sonrisa de disculpa—. Necesito dormir.

Amelina se alejó hasta su consulta, sin poder evitar sentir una pizca de remordimiento. Lo que ambos tenían no era una relación de pareja propiamente tal, sino más bien se buscaban cuando se sentían

solos, o mejor dicho, ella lo buscaba cuando se sentía sola, porque, para Alejandro, las cosas no eran así. A ella le bastaba con mirarlo a los ojos para saber que sus sentimientos hacia su persona eran mucho más profundos de lo que en realidad le hubiese gustado. Se lo había dicho en alguna ocasión también, y Amelina tuvo que hacer acopio de todo su valor para aclararle, sin lastimar su orgullo con su rechazo, que ella no andaba en la búsqueda de una relación, porque no formaba parte de sus planes futuros el tener una pareja. Eran los miedos que habitaban en lo más recóndito de su alma los que la habían anulado para poder confiar en los demás. Amelina estaba convencida de que ella era incapaz de amar.

Cerró la puerta de su consulta y se sentó, dejándose caer sin ninguna delicadeza sobre la mullida silla. Activó la pantalla con el *mouse*, e intentó ponerse al día con el trabajo atrasado. No alcanzó a estar ni cinco minutos en ello cuando golpearon a la puerta con firmeza.

—Disculpe que la moleste, doctora Meyer, pero su madre la ha llamado con insistencia. Dice que es importante que se contacte con ella.

Se había olvidado por completo de devolverle la llamada. Eran tantas sus preocupaciones que ya ni figuraban en sus registros mentales el contactarse con su mamá.

—Gracias, Margarita. La llamaré de inmediato.

Apenas se quedó a solas, sacó su teléfono y marcó el número. Tenía cinco notificaciones perdidas de su madre y aquello la alertó. Tan sumida estaba en lo suyo que no se percató del resto de las llamadas. Era extraño, porque cuando trabajaba, evitaba molestarla, salvo para desearle un buen día.

Esperó dos tonos que le parecieron eternos, antes de que le contestaran al otro lado.

—Hija, por fin me has llamado —dijo sollozando con la voz rota.

—¡Qué pasa, mamá! —exclamó, alertada por el tono de su voz, el que le indicaba que lo que sucedía no era nada bueno—. ¿Estás bien?

—¡Es Andrés, Amelina! Tu padre… Tu padre ha muerto. —Fue todo lo que escuchó antes de que su madre se echara a llorar.

En medio de la confusión e intentando tranquilizar a su madre, Amelina consiguió averiguar que la ambulancia ya se encontraba allí, y que, al parecer, este había sufrido un infarto.

Recogió sus pertenencias con prisas, y con una congoja alojada justo en el centro de su pecho, en el esternón. Posó la mano sobre él, para alivianar la sensación que la estaba oprimiendo y que se negaba a abandonarla. Dio aviso acerca de su situación a una de sus compañeras del trabajo, y luego se marchó, sin derramar ninguna lágrima. Tenía que acompañar a su madre y tocar a su padre por

última vez, antes de que este se convirtiera solo en un recuerdo.

***

Dos días después…

El día estaba en extremo caluroso y no corría ni una pizca de aire en el cementerio. Muchas personas fueron a despedir al queridísimo doctor Meyer. Un hombre que rebosaba sabiduría hasta por los poros, y que se caracterizaba por su acogedora manera de tratar a los demás. Amelina había heredado sus ojos azules, el pelo rubio y las facciones suaves y angelicales. Era quizás eso lo que daba la impresión de que ambos, padre e hija, eran personas confiables y amables, por el solo hecho de poseer una belleza casi mágica.

Mientras el sacerdote dedicaba unas palabras al difunto, Amelina levantó la cabeza para observar a los asistentes. Permanecía refugiada en sus anteojos oscuros, que difícilmente podían revelar su escrutinio. La mayoría de los presentes eran amigos de la familia y antiguos compañeros de trabajo de su padre. Algunos habían sido sus profesores cuando ingresó a la escuela de medicina, y otros le eran por completo desconocidos, en los que no se detuvo mayormente. Pero un poco más atrás, casi bordeando los límites de la sombra del toldo verde bajo el que se hallaban, se topó con el rostro de un antiguo amigo de juventud, quien, a pesar de también llevar anteojos para el sol, la estaba mirando. «Eduardo», pensó con inquietud cuando el pasado le cayó encima como un balde de agua fría. Un pasado del que llevaba veinte años huyendo. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que él pudiera estar allí, aunque, si lo analizaba bien, tenía sentido, porque sus padres eran amigos desde hacía muchísimos años.

Se removió inquieta y desvió la mirada hacia su madre. Esta parecía estar sumida en la tristeza y perdida en sus recuerdos. Amelina volvió a elevar la vista hasta Eduardo, y comprobó con satisfacción que este ya no centraba la atención en su persona. Se preguntó si estarían los demás, y su primer impulso fue salir huyendo de ahí, ponerse a salvo y refugiarse de unos dolorosos recuerdos, que caían con fuerza sobre ella como una pesada sombra. Si antes sudaba porque tenía calor, ahora lo hacía a causa de los nervios. Ya no era capaz de escuchar al sacerdote ni nada de lo que decía acerca de su padre. Sus pensamientos vagaban sumidos en otra época, en un momento de su vida que la despojaba de la seguridad que tanto le había costado forjarse. Las imágenes de aquel día en que le arrebataron la inocencia la golpearon con fuerza, inmisericordes, sin darle tregua. Tuvo que obligarse a tomar aire repetidas veces, porque todo su cuerpo pedía a gritos ponerse a temblar. No fue hasta que tuvo consciencia de que se había hecho el silencio, que no elevó la cabeza y regresó a la realidad.

—Amelina, tu turno de decir algunas palabras —le recordó el cura, al parecer, por segunda vez.

Se acercó hasta el micrófono y sacó una carta, que afortunadamente había escrito para su padre durante la noche anterior. De no haberlo hecho, su cabeza sería incapaz de decir algo coherente en aquellos momentos. Leyó la nota con lentitud, centrándose en expresar su agradecimiento por aquel que le había dado la vida, quien le enseñó el valor de la familia y le transmitió su amor por esa maravillosa profesión que compartían ambos. Dedicó también unas palabras a los presentes, a aquellos que abandonaron sus vacaciones para estar acompañándolos en aquella despedida, en que la Navidad se encontraba a tan solo unas horas por delante.

Una vez finalizó, Alejandro se le acercó y la guio por el hombro hacia la silla que estaba al lado de su madre. Se sentó y esperó a que cubrieran con flores el ataúd, y que luego este descendiera con lentitud. Su madre sollozaba de una manera casi silenciosa, y a ratos se limpiaba la nariz con un pañuelo. Amelina estuvo a punto de romperse, pero no se lo permitió. El motivo, no lo sabía. Llevaba muchos años ocultando sus emociones, así que no le fue tan difícil. El dolor en el pecho era lo que más le incomodaba, porque era la tristeza alojada con fuerza en un solo punto de su cuerpo. Necesitaba que todo acabara pronto para regresar a casa y sacar fuera su dolor.

Las personas se les acercaban para decirles algunas palabras reconfortantes de consuelo, y su madre asentía con lentitud, cargando el peso de la tristeza sobre sus hombros. Amelina se limitaba a agradecerles por su presencia allí. Elevó la mirada y echó un vistazo a su alrededor, esperando que Eduardo se hubiese marchado, porque no se sentía capaz de conversar con él. No lo vio y eso la hizo sentir una pizca de alivio.

—Vamos a casa, Amelina. Tu madre y tú necesitan descansar —le dijo Alejandro apenas se les acercó.

Ambas mujeres se limitaron a asentir y avanzaron en dirección al estacionamiento.

—¡Amelina, espera! —la llamó una voz masculina. No tuvo que darse la vuelta para saber a quién pertenecía—. ¡Aguarda!

Alejandro continuó avanzando junto a su madre, y ella se detuvo al escuchar su nombre, aunque todo su cuerpo le pedía salir huyendo a pasos agigantados de allí.

Se encontró con sus ojos oscuros, rebosantes de calidez. Eduardo se había quitado los lentes de sol, y la miraba como si ella fuese un bonito recuerdo de juventud. Tenía buen talante, incluso mejor que cuando eran unos adolescentes. La piel oscurecida y la nariz aguileña le otorgaban un aspecto exótico, que potenciaban su atractivo. El tiempo había sido generoso con sus rasgos. Amelina recordó la noche

de su cumpleaños número diecisiete, y el estómago se le revolvió. No pudo evitar preguntarse si el hombre que estaba de pie frente a ella, habría sido el responsable de aquel acto tan brutal.

—Eduardo. Han pasado varios años. —Forzó una sonrisa—. Lo siento, pero debo marcharme.

—Lo sé. Debes estar cansada física y emocionalmente, pero no podía dejar de saludarte. No sabes cuánto me alegra volver a verte. Han pasado ¿cuántos años?

—Veinte —respondió algo cortante. No era su intención ser desagradable con él, pero la palabra abandonó su boca antes de que pudiera detenerla. Sabía que eran los nervios por encontrarse con una parte dolorosa de su historia, justo en el día del funeral de su padre. Se obligó a suavizar el tono de su voz—. Ha pasado mucho tiempo. Recuerdo que estudiabas la carrera de Derecho. ¿La finalizaste?

—Sí. Soy abogado. Y tú has seguido los pasos de tu padre. No sabes cuánto me alegro —expresó con sinceridad mientras se pasaba la mano por el pelo—. ¿Tienes tiempo alguno de estos días para que nos tomemos un café?

Ella se removió con incomodidad y miró a ambos lados, decidiendo qué decir sin sonar impertinente.

—No creo que pueda, Eduardo. Y menos ahora con todo esto que ha ocurrido con mi padre. Quizás más adelante.

Eduardo sacó una tarjeta de presentación desde su bolsillo y se la tendió.

—Aquí está mi número. Llámame cuando quieras —le dijo asintiendo con la cabeza—. Fue un agrado volver a verte, Amelina, aunque las circunstancias no sean las mejores.

Lo vio alejarse con una mano en el bolsillo y dando pasos seguros contra el suelo. Amelina bajó la vista hasta el pedazo de cartón que le quemaba la piel y leyó la tarjeta. Estuvo tentada de tirarla al suelo y limpiarse los dedos, pero se contuvo. La metió dentro de su pequeño bolso y se dirigió hasta su vehículo con prisas, esperando no tener que reencontrarse con nadie más. Si alguna vez se convenció de que el pasado había quedado enterrado bajo tierra, ahora comprobó que aquello no era así. Bastó con volver a toparse con uno de ellos para darse cuenta de que no lo había superado. Se preguntó si sería posible pasar página alguna vez, pero no encontró la respuesta.

Durante el trayecto hasta la casa de su madre, nadie dijo nada. Alejandro le destinaba una que otra mirada a través del espejo retrovisor, las que eran, a todas luces, de preocupación. Lo más probable, era que este pensara que su actitud de ensimismamiento se debía por la muerte de su padre, y en parte era así. Sin embargo, era el reencuentro con Eduardo lo que la había perturbado mayormente.

Una vez llegaron hasta la casa de Amparo, Alejandro se marchó y

Amelina preparó té. Su madre cogió un álbum de fotos, de esos antiguos que estaban repletos de historias plasmadas en imágenes, y comenzó a dar vuelta las hojas con una media sonrisa de nostalgia.

—¿Sabías que cuando conocí a tu padre yo salía con otro?

—No, mamá. No tenía idea —le respondió sorprendida.

—Es este de aquí —le confió indicándole con el dedo índice.

Amelina lo reconoció de inmediato, porque el parecido con su hijo era impresionante. Moreno, nariz aguileña y sonrisa ladeada. Era el padre de Eduardo, quien también se llamaba así. Había fallecido hacía un par de meses.

—¿Mi padre lo supo alguna vez?

—Claro que sí. —Sonrió nostálgica—. Con Eduardo llevábamos cerca de un mes saliendo cuando me presentó a tu padre. Apenas vi a Andrés, supe que era el indicado. Era como un ángel hecho hombre. En aquella ocasión reconocí que no podía continuar saliendo con Eduardo, porque mi corazón no se manifestaba de la misma manera en que lo hacía con la presencia de Andrés.

—¿Y qué hiciste?

—Le dije la verdad. Que estaba confundida y que necesitaba tiempo. Pero Eduardo supo ver más allá, y comprendió, por la manera en que con Andrés nos mirábamos, que entre nosotros no podía existir nada más que no fuese una bonita amistad. Dejó de hablarnos durante meses, hasta que conoció a Sofía y se enamoró de ella. Fue entonces que volvimos a ser amigos otra vez.

Amelina comprendió que Amparo necesitaba hablar, confiarle sus secretos, aquella parte de su vida que estuvo oculta dentro de su memoria por muchos años, y que ansiaban ver nuevamente la luz. Jamás se imaginó que entre el padre de Eduardo y su madre hubiese existido alguna relación de tipo amorosa, pero ahora se percataba de que, en realidad, eran muchos los secretos que una persona guardaba dentro de sí. Ella misma conservaba en lo más recóndito de su alma una terrible experiencia, la cual jamás pudo compartir con nadie, ni siquiera con su propia familia.

Cuando la escuchaba referirse a su padre con el cariño en que lo hacía, rememorando aquel primer encuentro y las sensaciones que experimentó, Amelina recordó haberse sentido de una manera similar una vez en su vida, y fue con Hugo Villanueva. Pero todos aquellos sueños y sensaciones se vieron truncados en aquella ocasión en que su existencia había sufrido un brusco remezón, que la obligó a postergar sus ilusiones, a alejarse de aquellos que decían ser sus amigos, y a emprender un nuevo comienzo, siempre manteniendo las distancias para no salir herida.

Amparo estuvo alrededor de una hora relatándole anécdotas que vivió junto a su padre, y luego se fue a recostar. Ella también estaba

consumiéndose por el cansancio, pero el haber escuchado la historia de su madre, consiguió que se despertara su curiosidad.

Se dirigió al despacho de su padre. Entrar en aquella habitación la hizo empaparse de una cálida sensación de protección. Todavía podía percibirlo allí, como si se encontrara junto a ella, de pie o sentado en su silla frente al escritorio. Incluso el olor a cuero y a loción para afeitar parecía haberse impregnado en aquella habitación.

Se sentó frente al computador, lo encendió y escribió «Eduardo Sierra». La lista que le arrojó el buscador era infinita. Agregó la palabra «abogado», pero todavía parecía demasiado extensa como para saber cuál de aquellos nombres pertenecía a su amigo de juventud. Entonces recordó la tarjeta que le había entregado en el cementerio y se levantó de la silla para ir a buscarla. En ella aparecía el nombre de su empresa y una dirección. Volvió a colocar los datos en el buscador, pero la información no era suficiente. Algo dentro de ella se despertó, voraz. Eran las ansias por conocer qué fue de él, y qué clase de vida había llevado. Mientras más buscaba, mayor era su curiosidad. Era extraño, porque antes de ese día, Amelina no quería saber nada de su pasado. Sin embargo, escuchar a su madre referirse a sus experiencias de juventud la hicieron reaccionar, como si se hubiese mantenido por años, inmersa en un oscuro sueño que la asfixiaba, que apenas si la dejaba respirar. Fue entonces que se le ocurrió pedirle un favor al técnico en computación del hospital. Sabía que Juan la ayudaría sin preguntar y que mantendría en estricta confidencialidad, como siempre, cada palabra dicha en sus conversaciones. No era la primera vez que le daba asistencia de ese tipo.

Marcó su número y esperó hasta que escuchó que le hablaban desde el otro lado de la línea.

—Hola, Juan. Necesito de tu ayuda.

Le entregó los datos que ella tenía en su poder, los que eran mínimos, y esperó que el hombre hiciera su trabajo. Una hora más tarde, el técnico le devolvió la llamada.

—Listo, doctora. Ya tengo todo lo que me pidió.

Y mientras ella escuchaba con atención cada una de las cosas que Juan le informaba sobre Eduardo, no pudo evitar evocar el recuerdo del día en que lo conoció. Lo quisiera o no, la muerte de su padre había despertado aquellos fantasmas del pasado, y que habían llegado para quedarse, a su pesar, junto a ella.

2. Nuevo integrante

1983. Enero, Lago Rapel

El verano llegó, y los padres de Amelina habían finalizado recién de cargar la camioneta con las maletas. Andrés, su padre, estaba ansioso por probar la nueva lancha. La había comprado de segunda mano, pero casi no tenía uso y aún conservaba el plástico en las butacas interiores. El hombre estaba deseando llegar pronto a su casa de veraneo en el lago Rapel, y poder sondear las aguas contra el viento. Para su hija, ver a su padre con esa actitud tan desenfadada y casi infantil, era motivo de dicha.

Después de comprobar que el carro de arrastre se encontraba firmemente anclado al coco de enganche de la camioneta, Andrés las animó a ella y a su madre para que se acomodaran en el interior del vehículo, porque ya estaban listos para marcharse. Amelina disfrutaba mucho de sus veraneos en Rapel. Allí, una vez al año, solía reunirse con algunos amigos, quienes también tenían sus casas de veraneo en un exclusivo condominio de la zona. Eran cinco los que conformaban el grupo, y todos de edades similares. Con su amiga Marisa eran las únicas mujeres y, a pesar de no tener casi contacto durante el año —salvo una que otra llamada telefónica o alguna carta—, seguían conservando una amistad que se retomaba sin dificultad cuando se veían.

Una vez llegaron a Rapel y desembalaron las maletas, Amelina corrió al muelle del club con intenciones de encontrarse con alguno de sus amigos. Un par de motos acuáticas se divisaban a lo lejos haciendo trompos en el agua. Fue entonces que reconoció a Pablo Ferrero, un atractivo chico de cabello ondulado, rubio y de ojos azules, y que solía ser el más relajado del grupo. Era dos años mayor que ella, y vivía la vida con una despreocupación que, en ocasiones, a ella la solía incomodar.

Se sentó en un tronco y lo observó desplazarse jubiloso a través del agua, como si fuese libre. Su rostro revelaba el deleite que le otorgaba dicha actividad recreativa. El hecho de tener el control sobre el vehículo y maniobrarlo a su antojo le daba placer. Era evidente. Lo acompañaba alguien en otra moto; un muchacho delgado de cabello oscuro, pero Amelina no supo de quién se trataba.

Pablo pareció percatarse de su presencia, le hizo un gesto con la mano, y luego se acercó a gran velocidad. El joven que lo acompañaba también descendió de la moto y se sacudió el pelo con los dedos para quitarse el exceso de agua.

—Hola, Ame, ¿llegaste recién? —la saludó dándole un abrazo, con la única intención de mojarla.

—¡Estás helado! —Rio ella—. Aléjate de mí —dijo empujándolo con suavidad.

Pablo se carcajeó divertido, cogió un cigarrillo de la mochila que había dejado en el suelo junto a un tronco, y luego lo encendió. Después le dijo a su amigo:

—Ella es Amelina. ¿No te parece que es un ángel?

Se sonrojó cuando el muchacho asintió, mirándola con esos intensos ojos oscuros.

—Así parece —reconoció él—. Me llamo Eduardo. Tengo entendido que nuestros padres son amigos desde que eran jóvenes. Me habían hablado de ti.

—¿De verdad?

—Sí. Es difícil olvidar un nombre como el tuyo.

Eduardo le parecía un chico simpático, pero había algo en él que la hacía sentir incómoda. Quizás era la manera en que la miraba, como si pudiera traspasar sus pensamientos; o tal vez era esa seguridad en sí mismo lo que la hacía sentir cohibida. No estaba acostumbrada a que los chicos le dijeran galanterías. Tampoco sabía cómo tomarse aquellos cumplidos. Se limitó a sonreír y a evitar el contacto directo con sus ojos.

—Los padres de Eduardo compraron la casa de la familia Reyes —le explicó Pablo mientras expulsaba el humo del cigarro y se recostaba hacia atrás, permitiendo que el sol le secara el cuerpo—. Cuídate de Marisa, amigo, que esa se las trae —le advirtió sonriente.

—No hables así de ella, Pablo. Le diré que la estás calumniando —lo increpó Amelina.

Él apagó el cigarro en la tierra, y luego de sonreírle con despreocupación, se puso en pie de un salto y la cogió en volandas.

—¿No crees que hace demasiado calor, Eduardo? —preguntó entre los chillidos de Amelina, quien ya advertía lo que iba a pasar.

—Demasiado —respondió con voz alegre, siguiéndole el juego.

Pocos segundos después, Amelina era arrojada al agua. Se hundió, y parte de su largo pelo se le metió en la boca. Tuvo que escupir para quitárselo de encima. Salió a la superficie tosiendo y gritando con fingido enojo. Caminó hacia ellos mientras despotricaba contra Pablo, hasta que se percató de que ambos muchachos le miraban el pecho, por completo embobados. Miró hacia abajo y se horrorizó. La camiseta blanca se le pegaba como un guante a su menuda figura, y los pezones se erguían a causa del agua helada. A pesar de estar próxima a cumplir quince años, ya se dejaba entrever un pecho que comenzaba a formarse, y que sacudió los pensamientos de aquellos dos jóvenes rebosantes de hormonas.

Se cruzó de brazos para cubrirse, avergonzada, y se encaminó hacia su casa para cambiarse la prenda. Oyó el murmullo de ellos, pero no las palabras que se dijeron, pues el azoro fue mayor que su curiosidad y se bloqueó.

—A las siete, hoy, en mi casa —le gritó Pablo y ella respondió con el pulgar hacia arriba, con una mano en alto y sin voltearse—. ¡Iremos a la islita!

***

Marisa fue por ella diez minutos antes de ir a la casa de Pablo. El reencuentro entre ellas siempre era igual. Se miraban de arriba abajo, como analizándose, y luego hablaban de lo que querían hacer durante las vacaciones. Marisa tenía un año más que Amelina, pero apenas se había desarrollado, y todavía conservaba los rasgos aniñados y el cuerpo desprovisto de curvas. Sin embargo, la muchacha simulaba la falta de senos colocando bajo el corpiño algún relleno que le permitiera llamar la atención. Su carácter dominante y los deseos que tenía por sobresalir, la llevaban a tomar decisiones que no siempre eran las acertadas ni del agrado de los demás, ni tampoco hacían sentir cómoda a Amelina.

Apenas salieron al camino rumbo a la casa de Pablo, Marisa encendió un cigarro.

—¿Desde cuándo que fumas? —le preguntó Amelina frunciendo el ceño.

Marisa la miró con una sonrisa ladeada, y luego le tendió el cigarro.

—¿Quieres probar?

—No, gracias.

Su amiga se encogió de hombros y se llevó nuevamente el cigarro a los labios. Dio una calada profunda y luego expulsó el humo mientras le hablaba.

—Deberías probarlo. Esto te hará más interesante.

No le parecía así, pero se guardó la réplica en su interior, porque algo le decía que a Marisa no le cambiaría la opinión. La encontró distinta, más empoderada. Como no se le ocurría qué más decir al respecto, creyó conveniente mencionar su episodio con Pablo en el lago.

—Hoy conocí a Eduardo, el nuevo vecino. Parece un tipo simpático.

—Y es bastante atractivo también. ¿No lo crees?

—Supongo que sí —dijo encogiéndose de hombros.

Pasaron al muelle de la casa de Pablo, y allí se encontró Amelina con el resto de sus amigos: Carlos, un sujeto tímido y bonachón que solía ser la presa de Pablo y el objetivo de todas sus bromas, debido a

su excedido peso corporal, era quien solía amenizar el ambiente con su guitarra y con su voz. Quizás el pelirrojo no estaba dotado de atractivo físico, pero nadie podía negar que fuera talentoso con el instrumento. Amelina le guardaba mucho aprecio, y admiraba su carácter amable y el exceso de paciencia que tenía con el resto del grupo. En ocasiones, podían ser bastante pesados con las bromas.

Hugo llevaba el cabello castaño oscuro un poco más largo de lo que dictaba la moda. Tenía unas cejas gruesas y los ojos del color de la miel. Era agradable, estudioso y poseía buen carácter. Tanto Marisa como Amelina centraron su mirada en él. Ya no tenía ese físico desgarbado que aún conservaba el año anterior, sino que se podía apreciar una musculatura más desarrollada, que armonizaban su cuerpo atlético.

—Hola, Ame. Qué bonita estás —la saludó Hugo, haciéndola sonrojar cuando este se le acercó y le dio un beso en la mejilla, dejando a su paso un agradable aroma a pino.

—¡Y yo estoy pintada! —se quejó Marisa, cruzándose de brazos y simulando estar molesta con él.

—También estás bonita, Marisa. Es solo que a ti ya te había visto antes.

Saludaron de beso a Eduardo y a Pablo, y luego se subieron en una de las lanchas. Amelina se sentó junto a Hugo, y Marisa hizo lo propio junto a Eduardo.

—Gordo, siéntate al centro, que si no, desequilibras la embarcación —gritó Pablo, haciendo que todos soltaran una carcajada.

Carlos también se rio, pero a Amelina no le pareció bien que Pablo lo avergonzara frente a ellas. Sin embargo, no dijo nada.

El trayecto no duró ni siquiera un minuto. La islita era un sitio pequeño, en donde solían pasar las tardes, bañarse, o hacer ruido sin molestar a nadie.

Eduardo bajó un radiocasete y la hizo funcionar a pilas. Un tema del grupo *The Police* comenzó a sonar a un volumen bastante considerable. Carlos dejó su guitarra apoyada en uno de los árboles y cogió de su mochila un paquete gigante de papas fritas para compartir. Todos pusieron sobre una mesa de madera las cosas que iban a beber y comer. El ambiente era agradable y Amelina reflexionó que, a pesar de que se veían tan solo una vez al año, el tiempo parecía no haber transcurrido, porque de inmediato se generaba un clima ameno, donde las risas y las voces de los que se encontraban allí se hacían propios, y era eso lo que después ella se llevaba consigo, como parte de sus mejores recuerdos.

Eduardo la buscaba con la mirada, y aprovechaba cada momento para entablarle conversación. Y si la ocasión se daba, se sentaba a su lado.

—¿Vamos al agua, Eduardo? —lo invitó Marisa, interrumpiendo el diálogo entre ellos.

El joven miró a Amelina, y luego a Marisa, como pensando en una respuesta que no hiciera sentir mal a ninguna de las dos.

—¿Vas al agua, Ame? —le dijo él, queriendo integrarla.

Estaba claro que no quería dejar de pasar tiempo con ella.

—No —se negó sonriente—. Ya tuve suficiente de baño por hoy, gracias a Pablo.

—Es que no me pude resistir —confesó el aludido mientras encendía un *pito* de marihuana.

Era el único que fumaba hierba de los presentes. O eso creía Amelina, hasta que Marisa se lo quitó de las manos, le dio un par de caladas al cigarro, y luego se lo devolvió. Después, ella cogió del brazo a Eduardo y prácticamente lo arrastró hacia la orilla del lago.

—Le advertí a Eduardo que se cuidara de Marisa —agregó Pablo negando con la cabeza y sonriendo—. Ahora no lo dejará en paz.

Hugo sonrió y ocupó el lugar que había quedado vacío junto a Amelina. Luego le cogió la mano para mirarle las uñas. Sentir ese pequeño contacto la hizo ruborizar. Se preguntó por qué le estaba pasando eso, si jamás antes su cuerpo había reaccionado así por estar junto a un muchacho.

Hablaron de música, de las películas de moda que estaban dando en los cines, y también del futuro. Amelina descubrió que Hugo quería estudiar medicina, al igual que ella, y que también era de esos alumnos que se disputaban el primer lugar al finalizar cada año el curso escolar. De vez en cuando, se distraía mirando cómo Marisa intentaba llamar la atención de Eduardo, pero este parecía estar más interesado en mirarla a ella que a su compañera de baño. No tenía claro si eso le gustaba o no, pero lo que sí le desagradó, fue encontrar a su amiga tan cambiada, con una actitud demasiado desenfadada, o quizás con una postura de excesivo atrevimiento que, a todas luces, la hacía exponerse innecesariamente ante los demás. Tenía claro que los hombres no se tomaban en serio a las chicas fáciles o que fueran algo locas, por decirlo de algún modo. Se preguntó que cuál sería el verdadero motivo para comportarse de aquella forma. En tan solo un día ya la había visto fumar cigarro, marihuana y beber cerveza, y no es que fuese una adulta, ya que con suerte le sacaba un año más a ella.

—¡Hey, Pablo! —gritó Marisa subida sobre la espalda de Eduardo—. ¡Demos una vuelta en lancha!

—Yo me quedo aquí —informó Carlos pausando la música del equipo y cogiendo su guitarra.

Hugo se levantó y le tendió la mano a Amelina.

—Si no vamos pronto, Marisa no dejará de insistir hasta que se salga con la suya —le dijo entornando los ojos.

Pablo se subió a la lancha, esperó a que los demás también lo hicieran, y arrancó a toda máquina, generando un oleaje digno de una película de acción. Amelina se giró hacia la islita y sonrió. Carlos les decía «adiós» con la mano, y luego este continuó haciendo música con su guitarra.

—¡Más rápido! —gritó Marisa.

La muchacha se puso de pie sobre la popa de la lancha, con las piernas separadas para mantener el equilibrio. Su actitud temeraria disgustó a Amelina y a Hugo, quienes se lo hicieron saber, pero a ella no le importó. Eduardo aprovechó que Marisa se había alejado, y se acomodó junto a ella para hablarle. Estaba claro que a Marisa aquello no le gustó, concluyó Amelina cuando observó el rostro de su amiga, porque nada de lo que esta hacía para captar la atención del nuevo era suficiente, ya que, para su desgracia, ella parecía ser más interesante que cualquier cosa que su amiga hiciera o dijera. Y lo que menos quería Amelina, era tener un conflicto con Marisa por causa de un chico.

Pablo dio un giro brusco y Marisa gritó cuando cayó al agua.

—¡Detente! —gritó Hugo al percatarse de la situación—. ¡Marisa se ha caído!

—Ella se lo buscó —aseguró Pablo dando la vuelta.

Regresaron por ella y la ayudaron a subir a la lancha por el costado. Apenas cayó dentro, chilló de dolor.

—¡Me ha picado una abeja!

Amelina encontró la lanceta en su hombro, y se la quitó con delicadeza, pero la zona comenzó a ponerse roja con rapidez, y el brazo aumentó su tamaño considerablemente.

—Me siento rara, me cuesta hablar —dijo Marisa.

—Es la marihuana —la tranquilizó Pablo mientras cogía velocidad y se alejaba de la islita—. Ya te acostumbrarás.

La respiración de Marisa comenzó a acelerarse y de pronto se giró hacia un lado y expulsó el vómito.

—¡*Puaj*, qué asco! —se quejó Pablo.

—Me cuesta respirar —insistió, palideciendo.

Cuando el sonido de su garganta se hizo más intenso, Amelina se dio cuenta de que, lo que en realidad estaba pasando con su amiga, era que estaba teniendo una crisis respiratoria como consecuencia de la picadura.

—¡Pablo, regresa a la casa! ¡Se está ahogando! —gritó Amelina.

—¿No será parte de algún *show*?

—¿Te parece que el vómito es parte de un *show*? —lo espetó Hugo mientras acomodaba a Marisa en una posición que le permitiera ingresar mejor el aire por la garganta.

—¡Vamos, rápido, necesita atención médica!

Pablo hizo girar la lancha con brusquedad, y tuvieron que afirmarse de los costados para no caer. Bordearon la islita ante la atónica expresión dibujada en el rostro de Carlos, quien les destinó una mirada de incomprensión. Una vez en el muelle, fue Eduardo quien cogió a Marisa y la cargó hasta la casa de Amelina, con intención de pedirle ayuda a su padre. Él sabría qué hacer.

Andrés, reconociendo la gravedad de la situación, cogió una jeringa del botiquín que siempre llevaba consigo cuando viajaba, y le inyectó un medicamento con rapidez.

—Hay que llevarla al consultorio ahora. Necesita atención urgente —advirtió su padre—. Súbanla a la camioneta mientras yo llamo a su madre y le explico la situación.

Una hora más tarde todo se normalizó. Marisa había llegado inconsciente al centro asistencial, pero sin riesgo vital, gracias a la afortunada intervención de su padre. Mientras Amelina recordaba lo sucedido, reflexionó que, si no hubiese sido por él, quizás ahora estarían lamentando una desgracia.

Se reunió con sus amigos en el muelle, y visualizó un bote que se avecinaba con lentitud hacia ellos.

—Nos olvidamos de Carlos —comentó Hugo mientras este se aproximaba a la orilla, jadeante por el esfuerzo.

—Le hará bien hacer algo de ejercicio —agregó Pablo.

Una vez Carlos bajó del bote, preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Marisa?

—Recuperándose. Por poco se muere por una picadura de abeja —le explicó Amelina—. Es alérgica.

—¿Alguien tiene un chocolate? —pidió Carlos, todavía descompensado por el esfuerzo físico que había implicado remar a solas.

—¿De verdad estás pensando en comida cuando Marisa ha estado a punto de morir? —le amonestó Pablo—. Con razón estás así de gordo.

—Tengo el azúcar baja. Soy diabético —le informó Carlos casi a modo de disculpa—. Y si no ingiero azúcar pronto, yo también terminaré en urgencias.

—Ven —le dijo Amelina cogiéndolo por el brazo—. Mi casa está más cerca para que puedas comer.

3. Una relación que no florece

Actualidad. 24 de diciembre de 2005, Santiago de Chile

Como no quería dejar a su madre a solas, luego de regresar del funeral de su padre, Amelina decidió quedarse el resto del día a acompañarla. Cada año, durante la Noche Buena, acostumbraban a cenar los tres en el comedor, cuya excesiva decoración Navideña era fruto de horas de dedicación de Amparo, ya que esta adoraba las fiestas de fin de año. Pero esta vez, a diferencia de las ocasiones anteriores, se respiraba en el ambiente un aire melancólico, lúgubre y estéril. Amelina se paseó por el comedor, sin ánimos de nada. Aquella Navidad estaría marcada por la ausencia de un hombre bueno, al que ella admiraba. Se sentía extraña, como si le hubiesen arrebatado una extremidad; como si todavía no asimilara de lleno que aquel hombre que le había dado la vida, ya no estaría nunca más junto a ella.

Suspiró mientras con una mano se limpiaba una lágrima que se había fugado desde su ojo sin permiso. Luego se dejó caer en el sofá. Amparo, por su parte, decidió pasar el resto del día recostada, sin salir de su habitación. Pero no solo era la pérdida de su padre lo que a Amelina la tenía así de mal, sino que el hecho de haberse encontrado con Eduardo, cuyo episodio había despertado viejos recuerdos que no quería albergar, y menos aquel día. El hecho de conocer algunas cosas privadas de él gracias a Juan, el técnico del hospital, la hizo darse cuenta de que aquello le generaba cierta calma. No demasiada, pero la suficiente como para sentir que ella tenía el sartén por el mango. Sabía que no estaba bien indagar en la vida privada de las personas, y que estaba cruzando unos límites que, a todas luces, sobrepasaban la línea de la legalidad. Sin embargo, era mayor su cólera cuando recordaba que uno, no sabía cuál, de los que se decían sus amigos, había abusado de ella sin ninguna consideración cuando todavía era una chiquilla colmada de sueños. Tan solo recordar aquel humillante hecho la privaba de sentirse mortificada por profanar la intimidad de los demás. Se había despertado su curiosidad y requería de información. Una información que aún no sabía si llegaría a utilizar a su favor.

Miró la hora de su reloj. Ya eran cerca de las ocho de la noche y se había olvidado por completo de devolverle la llamada a Alejandro. Cogió su teléfono y revisó los mensajes. Tenía muchos, varios de ellos escritos por personas que no pudieron asistir al funeral, y que le daban las disculpas pertinentes y el pésame por su terrible pérdida. Los leyó a la rápida, sin detenerse en ninguno en particular, y luego marcó el

número de Alejandro. No alcanzó a dar ni dos tonos y el timbre de la casa la sobresaltó. Decidió que lo llamaría después y cortó. Se acercó a la ventana y lo vio fuera, de pie junto a su vehículo. Amelina presionó el botón que abría el portón eléctrico y esperó a que Alejandro ingresara por él. Una parte de ella agradeció su presencia. La otra, no sabía qué pensar.

Alejandro la besó en la mejilla y luego se sentó en uno de los sofás del *living*.

—Te he llamado toda la tarde, y me preocupé al no obtener ninguna respuesta —le dijo él con inquietud—. Es por eso que decidí venir hasta aquí y asegurarme de que estabas bien.

—Lo siento. No he tenido cabeza para nada más que no sea mi padre y la nueva situación de mi madre —se disculpó sentándose a su lado.

Se quitó los zapatos y subió los pies al sillón. Él la abrazó, y después le acarició el rostro con los dedos para encontrarse con su mirada. Cuando Alejandro hizo intentos por besarla, Amelina lo esquivó. Fue un gesto involuntario que surgió sin más, pero que lo lastimó. Pudo leer en sus ojos lo que su rechazo le había ocasionado, y se recriminó por su actitud. Sin embargo, pese a que agradecía su preocupación por ella, no se sentía con ánimos de nada más.

—Ame. —Suspiró con frustración—. Sé que este no es el mejor momento para decirte esto, pero no consigo seguirte el ritmo.

Alejandro se puso de pie, y se pasó una mano por el pelo. Estaba nervioso, o quizás era una cuota de desesperación lo que Amelina leyó a través de su lenguaje corporal.

—No me presiones. No hoy —pidió ella, conteniéndose por mantener a raya sus emociones.

Le molestó que Alejandro la llevara al límite aquel día en que no tenía cabeza para nada más. Ella desde el principio le dejó claro, que no tenía intenciones de llevar su relación de amistad y de, en ocasiones algo más, a un terreno de mayor formalidad. Lo que no comprendía, era por qué estaba ahora exigiéndole algún tipo de explicación.

—Tienes razón. Lo lamento, pero es que no sé a qué atenerme contigo —se sinceró—. A veces me haces sentir que te importo, y otras, que no me necesitas.

—Alejandro, por favor —rogó.

Era un pésimo momento para tener esa conversación. Amelina se conocía lo suficiente como para saber que, si él la presionaba, nada bueno resultaría de ello.

—¿Sientes algo por mí? —quiso saber, pero a cambio, solo recibió silencio—. Porque yo a ti te quiero.

—Alejandro. No sigas —pidió otra vez.

—Lo siento, pero necesito decírtelo. Llevo demasiado tiempo queriendo hacerlo, y nunca es un buen momento. Sé que ahora estás lidiando con la pena por perder a tu padre, pero lo que te pregunto es algo simple, Amelina. Solo necesito saber si me quieres o no. Porque, de no ser así, creo que lo mejor es que me aleje de ti, antes de que para mí sea demasiado tarde.

—¿A qué te refieres?

—A que me he enamorado de ti, y cada vez que me haces a un lado o que me niegas un cariño, me lastimas. —Se sentó nuevamente junto a ella y le cogió la mano. Sus ojos cafés se clavaron en los suyos, y Amelina supo que había llegado el momento de dejarlo ir—. Necesito que me digas si sientes algo por mí.

—Lo siento, Alejandro, pero no puedo corresponderte de la misma manera. No puedo forzarme a sentir.

Él cerró los ojos por unos segundos, resignado, y sin soltarle la mano le preguntó:

—¿Qué es lo que te ha pasado que no te permites sentir? —La pregunta consiguió que se sintiera vulnerable, como si él conociera su secreto. Un secreto que jamás pudo confiarle a nadie—. He hecho todo lo que ha estado en mis manos para intentar hacerte feliz, pero es inútil.

Se puso de pie, se llevó ambas palmas a las caderas, y se sumió en un silencio que elevaba la tensión en el ambiente. Sin embargo, Amelina descubrió en ese instante que quería estar sola, cortar cualquier lazo que pudiera atarla a él. Y no es que fuese un mal hombre, que no era el caso, sino que no conseguía quererlo como se merecía. Era incapaz de sentir algo por él. Ni siquiera cuando este la besaba lograba sacudirse por dentro.

—Alejandro —dijo, pero él la interrumpió con la mano en alto.

—Quiero hacerte una última pregunta. ¿Quieres estar sola?

Aquellas palabras abarcaban mucho más que el estar a solas en ese momento, a causa de su situación familiar. Lo sabía bien, porque a Alejandro le tembló la voz cuando pronunció las palabras. Era incapaz de ocultar el dolor en ellas, y Amelina supo que se lo debía. Tenía que sincerarse de una vez por todas con él.

—Sí. Quiero estar sola —respondió casi en un susurro—. Yo nunca quise lastimarte, ni que te enamoraras de mí. Lo lamento.

Alejandro se le acercó, le dio un suave beso en los labios —a modo de despedida—, y se marchó. La puerta se cerró detrás de él, y Amelina, incapaz de soltar lágrimas a su favor, solo consiguió sentir alivio. El hecho de saber que él estaba enamorado de ella, solo conseguía inquietarla. No buscaba una relación. Es más, se sentía una incompetente en asuntos del corazón.

Todavía recordaba el día en que lo conoció, hacía dos años atrás,

cuando ingresó a trabajar en el Hospital San Andrés. Alejandro formaba parte del equipo de cardiología y congeniaron de inmediato, no solo en el ámbito laboral, sino que también en el personal. A pesar de no ser un hombre atractivo, Amelina descubrió que poseía una personalidad muy llamativa y que era fácil enganchar con él. La primera vez que se besaron, ella se apresuró en dejar claro que no quería involucrarse en una relación, y que no tenía nada para ofrecerle. Él lo aceptó así. Ya habían pasado casi dos años desde aquel entonces, teniendo encuentros fortuitos muy de vez en cuando. Ni siquiera cuando intimaban era capaz de entregarse con afectividad. Para ella se trataba de algo netamente carnal, sin sentimientos de por medio que enturbiaran su acuerdo. Tampoco el sexo le agradaba demasiado, y jamás se permitía pasar la noche con él. Su relación se había vuelto una costumbre, y a ella, en cierto modo, le acomodaba. Sin embargo, ya llevaba un tiempo observando que las cosas habían cambiado. Alejandro insistía en pasar más tiempo con ella, y también le había dicho en alguna oportunidad que la quería. Aquello despertó las alarmas de Amelina y comenzó a tomar más distancia, porque ella no le correspondía de la misma manera.

Incapaz de sentir remordimientos profundos, se dirigió a la cocina y se tomó un vaso de leche. Mientras el resto de las personas estaban celebrando la cena que antecede la Navidad, Amelina caminó hacia la habitación de sus padres, se puso un pijama, y luego se recostó junto a su madre y la abrazó. En aquel hogar no había espacio para nada más que no fuese la tristeza.

***

El día de la Navidad, Amelina le entregó a su madre un pequeño presente que había comprado hacía algunos días atrás. Era una delicada pulsera de oro.

—Es muy bonita, hija. Muchas gracias. —Amparo se dirigió al árbol de Navidad, y cogió un sobre de color azul—. Toma. Tu padre quería que tuvieras esto.

Amelina echó un vistazo dentro, y se percató de que eran las escrituras de la propiedad de la casa de la playa.

—¿Qué es esto, mamá?

—Tu padre y yo decidimos, hace un par de meses atrás, que la casa de Reñaca debía ser tuya. Así que arregló con su abogado para que todo quedara a tu nombre —se explicó con una sonrisa cargada de afecto—. Andrés sabía que no te gustaba ir al lago, y que preferías ir a la playa.

—No sé qué decir, mamá —comentó con un nudo en la garganta.

—Nada. No digas nada. Solo aprovéchala como nosotros no lo hicimos —dijo sollozando. Luego se recompuso y la miró con

intensidad—. ¿Sabes? Nunca conseguimos comprender con tu padre qué fue lo que pasó contigo en el lago aquella vez, que jamás quisiste regresar allí.

Amelina se encogió de hombros y esquivó su mirada, porque no quería que ella viera la mentira en sus ojos.

—Me aburría, mamá, y mis amigos dejaron de ser interesantes para mí.

—Siempre creí que tuviste una decepción amorosa con alguno de los muchachos del grupo.

—Algo así —afirmó encogiéndose de hombros. Miró su reloj y se apresuró en abandonar la estancia, con el único fin de renunciar a esa conversación que la incomodaba—. Debo hacer una llamada al hospital. Lo había olvidado.

Amparo asintió y se perdió en sus recuerdos, mientras que ella, atenazada por el pánico, en lo único que pensaba era en escapar de ellos.

Se encerró en la que fue su habitación de infancia, y se sentó en la cama. Después guardó el sobre con las escrituras de la propiedad dentro de su bolso, para no olvidarse de llevárselo cuando regresara a su departamento. La sola mención de la casa del lago le descomponía el ánimo. Llevaba veinte años sin poner un pie en aquel lugar. Quizás ese había sido su error, porque mientras no se enfrentara a su pasado, jamás conseguiría pasar página de verdad. Entonces hizo algo que nunca creyó posible volver hacer. Cogió su bolso, regresó donde se encontraba su madre, y luego le informó:

—Me voy a Rapel hasta mañana. ¿Te vienes conmigo?

Amparo la miró estupefacta.

—¿Ahora? Preferiría quedarme aquí y ordenar algunas cosas de tu padre.

—Está bien. Mañana regresaré y te ayudaré con eso. —Se acercó a su madre y le dio un abrazo, que se extendió durante varios segundos.

—Hija, ¿estás bien?

—Dentro de lo que se puede, sí. Solo quiero ir a Rapel y pensar. Necesito aclararme un poco.

—Conduce con cuidado. Las llaves están colgadas allí.

Amelina las cogió y luego se dirigió a su vehículo. Estaba dando el primer paso hacia un nuevo inicio en su vida. Llevaba veinte años huyendo del pasado, y no le había servido para nada. Ahora, decidida a enfrentarse a él, condujo con prisa, ansiosa por llegar de una vez. Mientras más avanzaba, mayor era su nerviosismo.

El camino no era tan diferente de lo que ella recordaba. El Club Náutico Las Aguas de Rapel seguía manteniendo una bonita fachada, envuelta en un entorno natural muy hermoso. Vislumbró la entrada del condominio donde se encontraba su casa, y tuvo que detener el

vehículo para coger aire e infundirse valor. Miles de recuerdos, tanto buenos como malos, invadieron su confusa cabeza, y el miedo hizo su aparición con fuerza. Esta fue una de las emociones que más predominaron en ella, pero ya había llegado hasta allí y no iba a dar marcha atrás. Volvió a poner el vehículo en movimiento e ingresó en su propiedad.

—Esto sigue igual que siempre —pronunció en voz alta, sorprendida de ver que todo estaba tal como ella lo recordaba, solo que los árboles tenían mayor altura, y el cerco vivo que rodeaba la propiedad había ganado espesor.

Descendió cautelosa, empuñando las llaves de la vivienda con fuerza. Estuvo a punto de lastimarse la piel con ellas. Se obligó a relajarse y a avanzar. La puerta hizo el sonido propio de la madera cuando esta se ha modificado por los cambios de temperatura y por los años. La casa olía a encierro y a crema para lustrar los muebles. No era desagradable. Estaba limpia, como siempre, ya que una señora se encargaba de mantenerla lista para su uso. Descorrió las cortinas y la luz entró a raudales hacia su rostro. El patio trasero, que conducía hacia el muelle del lago, le ofreció una vista maravillosa, impregnada de los más variados tonos de verdes y de la amplia gama del colorido de las flores. Era un lugar digno de contemplar y perderse por horas en la magia de la naturaleza. Luego de deleitarse por unos minutos en aquel paraje, caminó por el resto de la casa, hasta llegar a su antigua habitación. Miles de recuerdos felices la abordaron mientras recorría los pasillos y observaba la decoración. Su cama estaba iluminada por los rayos del sol, que entraban con fuerza a través de la ventana. De pronto tuvo una visión y se congeló, perdida en aquel recuerdo. Solo que ahora ella era una espectadora. Se observó más joven ingresando a la habitación, llorando. Luego vio su frágil y delgado cuerpo de adolescente casi arrancarse la piel bajo la ducha de agua caliente, y después, recostarse y llorar hasta dormirse. Fue inevitable que el recuerdo la invadiera de manera tan real, como si los hechos hubiesen ocurrido ayer.

Se limpió las lágrimas que habían rodado por sus mejillas, y se sentó en la cama. Abrió el cajón de la mesita de noche, y cogió un cuaderno con anotaciones. Eran suyas, pero escritas en aquella época en que todavía se permitía soñar. Una foto antigua cayó al suelo. Amelina la cogió y observó los rostros de «El clan de los seis», como se hacían llamar. Se veían alegres, montados en la lancha de su padre. Hugo le besaba la mejilla mientras la abrazaba posesivamente. El resto, apretujados y sonrientes, ofrecían la mejor versión de sí mismos, en una época donde todavía la inocencia y la falta de experiencias ante la vida, retrataba la dicha de quienes están colmados de sueños, y en donde lo único que parece importante es el ahora. Giró la

fotografía, y atrás estaba anotada la fecha con una letra delicada y en cursiva: «El clan de los seis, 1985».

Perdida en sus recuerdos, Amelina regresó la foto al cuaderno y luego abandonó la habitación. Fue directo al sitio donde su padre guardaba las llaves de las embarcaciones acuáticas. Cogió la de la lancha, esa que a él tanto le gustaba, y se dirigió al muelle. No se había olvidado de cómo utilizarla, a pesar de no volver al lago durante tantos años. Se subió a la embarcación. Una vez arriba, escuchó el motor arrancar de inmediato cuando giró la llave, y después, cogió velocidad hasta perderse en medio de las aguas. El viento le golpeaba con fuerza el rostro, lo que la hizo sonreír. Le gustaba la sensación y se permitió disfrutar de ella como llevaba años sin hacerlo. Hacía calor, pero no le importó. Media hora después decidió regresar, pero antes se detuvo a una cierta distancia de la islita, y contempló, nuevamente como espectadora, a una joven Amelina sufriendo un ataque que le costó la felicidad de por vida. Las palabras «cobarde», y «poco hombre» resonaron en su mente otra vez, casi como si las estuviese escuchando en aquel mismo instante, y luego cerró los ojos al revivir el recuerdo de la agresión.

—¿Quién fue el maldito que me hizo daño? —se preguntó en voz alta, pero nadie le respondió.

El viento acogió las palabras y las dispersó, quedando olvidadas en medio de aquel lugar, en el que un día ella se sintió feliz.

Se preguntó si sería bueno investigar a los demás. Si la favorecería en algo conocer lo que fue de sus vidas; y si aquella información le ayudaría a dar con el culpable. ¿Quería que su abusador pagara ahora por lo que le había hecho? Muy en el fondo, una parte de ella sintió regocijo al responderse que sí, que quería ser ella misma la que hiciera justicia contra su agresor. No estaba decidida aún, porque seguía viviendo con el miedo como compañero de vida. Por primera vez, en mucho tiempo, la idea comenzó a rondar en su cabeza como algo real y posible.

Echó andar la lancha, y regresó a la casa. Luego cogió su teléfono y envió un mensaje a Juan.

—Necesito que me hagas otro favor.

4. Primer beso

1984. Enero, Lago Rapel

Eduardo Sierra revisó su imagen en el espejo, se ordenó el pelo con ambas manos y luego se despidió de sus padres, quienes se estaban tomando un pisco *sour* en la terraza de la casa de Rapel. Cada vez que la agenda se los permitía, estos se arrancaban un fin de semana a aquel lugar. Eduardo, en cambio, no había podido disfrutar de la casa con demasiada frecuencia, ya que participaba en los campeonatos deportivos de la selección de básquetbol de su colegio, los cuales, en su mayoría, se realizaban los días sábados y domingos. Pero cuando iba a Rapel, aprovechaba de reunirse con Pablo, con quien había conseguido mantener el contacto desde el verano anterior. Siempre que uno iba al lago, el otro intentaba coincidir.

La ansiedad de Eduardo, en esta ocasión, era por reencontrarse con la muchacha de rostro angelical: Amelina. Cuando la conoció el año anterior, la encontró preciosa. Tenía la mirada azul más bonita que había visto jamás, y desprendía dulzura e inocencia a raudales. Quizás fue eso lo que le impidió intentar tener algo más que una amistad con ella, porque Amelina estaba por cumplir recién los quince años, y él ya tenía diecisiete para aquel entonces. Ahora, un año después, Eduardo sabía que la muchacha ya no tendría un aspecto tan infantil. Se preguntó si lo encontraría atractivo, si pondría su atención en él. Sabía que no tenía mal ver, y que llamaba la atención de algunas de las muchachas del colegio de niñas con las que solían reunirse él y sus compañeros. Era frecuente que los establecimientos educativos de hombres se relacionaran con los de mujeres, ya fuese al finalizar la jornada escolar, o en las actividades deportivas durante el año. Y en ocasiones, si las monjas o los curas lo aprobaban, se organizaban fiestas en el gimnasio de algún colegio, lo que permitía a los jóvenes interactuar de una manera más cercana, como un beso ocasional o el inicio de una relación de tipo romántica.

Eduardo había crecido bajo el amparo de unos padres cariñosos, aunque en extremo conservadores y estrictos. Respetaba a su padre, pero también le temía. Tanto su hermano mayor como él, conocían lo que era recibir un correazo en las nalgas por causa del incumplimiento de alguna de las normas de la casa, aunque su padre no era un maltratador. Aquellas situaciones ocasionales, concluyó, se debieron siempre a algún episodio muy particular, que requería, según decía su progenitor, de un correctivo a tiempo, antes de que fuese demasiado tarde. Quizás por eso no se atrevía a confiarle a nadie aquellos

pensamientos que, muy de vez en cuando, se cruzaban por su cabeza cuando compartía tiempo con alguno de sus compañeros o amigos. La idea de que lo tacharan de «marica» lo aterrorizaba incluso más que lo que sus padres pudiesen pensar de él. Eduardo conocía bien lo que les pasaba en el colegio a aquellos que eran más afeminados o de los cuales se ponía en duda su orientación sexual. Él mismo, en alguna oportunidad, ayudó a castigar en las duchas dándoles latigazos en las nalgas con una toalla mojada, a aquellos que eran presa de los rumores. No estaba orgulloso de ello, pero lo hizo como una manera de probarse a sí mismo que también aberraba a los homosexuales. A pesar de eso, no podía evitar sentir cierta compasión por las víctimas, porque, si él mismo no se hubiese cuidado de no ser pillado in fraganti mientras observaba a algunos de sus amigos jabonarse después de la clase de educación física, también habría sido agredido y expuesto ante el resto de sus compañeros, y humillado públicamente.

A sus dieciocho años no había besado más que a mujeres, y algunas habían conseguido que su deseo sexual se despertara por algunos minutos, pero nada excepcional. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse el cómo sería besar a un hombre. De tan solo pensarlo se ensombrecía su ánimo, porque sabía que aquello no estaba bien, o no se consideraba algo bueno. No era capaz de dar el paso. El temor era mayor que sus ansias por satisfacer aquella curiosidad con la que llevaba cargando demasiados años sobre sus hombros.

Todo eso cambió cuando conoció a Amelina el año anterior. La atracción que sintió por la chica era tan poderosa que, por primera vez, Eduardo había respirado con alivio por no desear experimentar con algún muchacho el encuentro de sus labios. La chica con rostro angelical había despertado aquella parte de sí mismo que permanecía demasiado dormida para ser un joven adolescente. Apenas la vio, ansió besarla, cogerle la mano, y explorar su cuerpo. Incluso se había masturbado pensando en ella en un par de ocasiones. Pero cuando regresaba a la realidad, sabía que todavía no era el momento para ella, pues era aún demasiado joven. Ahora, en cambio, Eduardo estaba seguro de que, con un año más encima, Amelina ya sería toda una mujer. Saber que, quizás, si volvía a experimentar lo mismo que el verano pasado al verla, tal vez su «problema» habría desaparecido para siempre. Meditar en ello hizo que renaciera una luz de esperanza en él.

Así se encontraba Eduardo, sumido en sus pensamientos, cuando al aproximarse al muelle del club la divisó. Estaba de pie junto a Hugo, y el viento le zarandeaba su larga cabellera rubia por sobre los hombros. Tal como pensaba, Amelina se había convertido en una hermosa muchacha, alta y estilizada, y el movimiento de sus manos y las expresiones del rostro al hablar, eran ahora mucho más femeninas de

lo que vislumbró el año anterior. Una ola de alivio lo recorrió cuando se percató de la respuesta automática que experimentó su cuerpo. Tal vez, concluyó, la atracción que sentía hacia algunos hombres no era más que curiosidad, un exceso de hormonas buscando satisfacer un impulso carnal. Quizás era algo normal que no solo le pasaba a él, sino que a otros también, pero que preferían callar antes que reconocerlo a viva voz.

Ansioso por acercársele, se irguió en toda su estatura y avanzó hasta ellos, haciendo crujir las tablas del muelle con cada paso que daba. Eso alertó a sus amigos.

—¡Eduardo! —lo llamó Amelina con una sonrisa rebosante de felicidad cuando lo vio.

Se abalanzó hacia él y lo abrazó con sincero afecto. Él pudo percatarse de que, no solo había ganado estatura, sino que también sus pechos eran más grandes, porque los sintió firmes contra sus costillas.

La observó bien, y confirmó que ya no quedaba rastro de la niña que era el verano pasado, salvo por su rostro angelical.

—Hola, bonita.

—¡Qué alegría volver a verte!

—Lo mismo digo, Ame.

Se separó de ella, a regañadientes, inhalando el suave aroma a limón que desprendía su pelo. Después le estrechó la mano a Hugo y este le correspondió.

—¿Llegaste recién? —quiso saber ella con entusiasmo.

Se notaba que se alegraba de verlo. Eso lo hizo ganar confianza y decidió que intentaría conquistarla durante los días siguientes.

—Hace media hora. ¿Y ustedes?

—Nosotros nos acabamos de encontrar con Hugo. Solo faltan Carlos y Marisa para que estemos todos reunidos otra vez —expresó con alegría—. Pablo lleva aquí una semana.

Se sentaron en la orilla del muelle y Eduardo se dio cuenta de que Amelina se desenvolvía con mayor facilidad en las conversaciones que el año anterior, y le gustó esa seguridad en sí misma que proyectaba. De vez en cuando, ella le destinaba una sonrisa alegre, pero luego volvía a centrar su diálogo en asuntos de la medicina con Hugo, otro amante de la ciencia, como pudo darse cuenta el año anterior cuando lo conoció. Hugo era un tipo tranquilo y le agradaba, aunque a ratos le parecía demasiado correcto, como si no le gustara romper las normas. No es que él fuera un descarriado, pero era joven, y consideraba que pasarlo bien y transgredir algunos límites no era algo tan grave. Quizás por eso había congeniado mejor con Pablo, quien no tenía ningún sentido de la responsabilidad.

***

Tres días después, cuando el grupo por completo se encontraba reunido en la islita, Eduardo creyó conveniente acercarse a Amelina y sincerarse respecto a sus sentimientos. No había tenido oportunidad de hacerlo con anterioridad, ya que Hugo parecía haberse apropiado de la mayor parte de su tiempo; y por otro lado, Marisa parecía obsesionada con no despegarse de él, lo que le fastidiaba sus planes.

Se puso de pie con valentía, y se le acercó por atrás.

—Ame, ¿puedo hablarte un segundo? —le dijo al oído.

Ella asintió y se puso de pie. Se alejaron del grupo hacia el muelle, donde nadie podía verlos debido a la oscuridad. Eduardo encendió un cigarro y después de expulsar el humo, se lo tendió.

—¿Quieres?

—No, gracias. No fumo —le respondió haciendo una mueca de asco—. ¿De qué querías hablarme?

—Verás. —Se pasó una mano por el pelo con nerviosismo—. Bueno, es que…

—¡Meli! —la llamó Hugo mientras se les acercaba con una linterna—. ¡Apresúrate! Hay una lluvia de estrellas fugaces.

—¿De verdad? ¡Quiero verlas! —gritó emocionada mientras a él le destinaba una sonrisa de disculpa.

Los vio desaparecer juntos en la oscuridad, entre risas cómplices, y supo que había estado a punto de cometer una estupidez. Era obvio que entre ellos existía algo, y que si se hubiese sincerado con ella, lo más probable es que lo hubiera rechazado. Su ánimo decayó en picada y se quedó un buen rato alejado del grupo, lidiando con los celos. Un sentimiento que jamás antes se permitió sentir.

—Aquí estás —comentó Marisa media borracha. Traía en la mano una botella de bebida mezclada con pisco—. ¿Quieres un poco?

—Vale.

Dio un sorbo grande directo de la botella. Luego se puso el cigarro en la boca y lo aspiró. Marisa se dejó caer sin ningún cuidado, jalándolo hacia el piso con ella.

—No sé qué posee Amelina que tiene a todos los hombres babeando por ella —se quejó esta. Eduardo percibió que lo quiso decir medio en broma, pero leyó entre líneas una pizca de resentimiento—. Es bonita, pero tampoco tanto. ¿A ti también te gusta? Porque te aviso que no te dará ni bola. Está obsesionada con Hugo.

—No digas tonterías. A mí no me gusta.

—¡Ja! No creas que no te he visto mirarla.

—La miro porque es bonita.

—Es cierto. Es bonita, pero demasiado aburrida a veces. —Se puso de pie y comenzó a quitarse las prendas de vestir hasta quedar en ropa interior.

—¿Qué haces?
—¿Tú que crees? Me voy a dar un baño. ¿Vienes conmigo?
—No me dan ganas.
—No seas marica —lo acusó.
Una oleada de rabia lo inundó cuando la escuchó llamarlo así.
—¿A quién crees que llamas marica?
Apagó el cigarro en la tierra, se puso de pie y se despojó de sus prendas, dejándose puesto el calzoncillo. Luego la cogió sobre el hombro y se echó a correr hacia la orilla. Estaba oscuro y la música de la guitarra que tocaba Carlos refugiaba los chillidos de Marisa. La arrojó al agua y luego se lanzó él. Por un momento se olvidó de Amelina y de sus fallidos intentos por declarársele. Incluso se sintió más alegre.
Marisa se le acercó y luego lo envolvió con sus piernas alrededor de las caderas, pillándolo desprevenido. No sintió nada. Marisa no le atraía ni en su forma de ser ni en su físico. Casi no tenía pechos y su figura, aunque era delgada, carecía de armonía. Sin embargo, permitió que lo besara. Le correspondió movido por la rabia y por probarse a sí mismo que le gustaban las chicas. El problema era que su cuerpo respondía cuando se imaginaba que era Amelina la que se encontraba allí, disfrutando de sus besos; y se enfriaba al instante al pensar en la realidad.
—Detente —le dijo haciéndola a un lado—. Esto no está bien. Deberíamos regresar.
—Es por ella, ¿verdad?
Pero Eduardo no le respondió. Salió del agua y comenzó a ponerse la ropa sobre el cuerpo mojado. Ni siquiera se molestó en secarse. Luego regresó con el resto del grupo, mucho más molesto de lo que debería estar. Hugo se le había adelantado. Era evidente que Amelina parecía corresponderle también.
Pablo elevó la ceja al verlo tan desarreglado, y sonrió con picardía cuando, minutos después, Marisa hizo su aparición en las mismas condiciones, chorreando agua por el pelo, y con la ropa tan mal puesta como él. Eduardo no le hizo caso; no estaba de ánimos. Un poco más distanciados del grupo, Amelina y Hugo miraban el cielo con las cabezas muy juntas. Se preguntó si se podía tener un día peor. Pronto descubriría que sí.

***

En el día de su cumpleaños, los padres de Amelina habían preparado un almuerzo con sus amigos y con las familias de estos. La terraza estaba a rebosar. El carbón humeaba en la parrilla con la carne, el pollo, el cerdo y las longanizas, que se asaban a fuego lento mientras los invitados disfrutaban de unas empanadas de cóctel y del

vino. Amelina se sentía feliz. A sus dieciséis años de edad, podía decir que lo tenía todo en la vida: unos padres fantásticos, buenos amigos y una alta posibilidad de recibir su primer beso. Lo único que empañaba aquella dicha, era la actitud de Eduardo. No comprendía qué era lo que ella le había hecho, pero llevaba días evitándola, y cuando ella intentaba tener alguna conversación con él y conocer el motivo de su distanciamiento, este apenas le respondía con monosílabos.

Hugo le cubrió los ojos, devolviéndola al presente, y ella sonrió complacida.

—Ven, antes de que alguien más quiera de tu atención —dijo cogiéndola de la mano y alejándola hacia el antejardín, donde no había nadie que pudiera verlos ni oírlos.

El corazón de Amelina latió rápido en su pecho, incapaz de comprender por qué su organismo se descompensaba con su presencia; o, al menos, no lo comprendía desde un punto de vista biológico. Lo que sí tenía claro, era que Hugo le gustaba y que este le correspondía, aunque todavía no había intentado besarla. Se preguntó si ese sería el día, y de ser así, si el beso sería tan maravilloso a como lo imaginaba.

En eso divagaba cuando sintió que Hugo le cogía la mano y dejaba en su palma una delicada pulsera de plata, con pequeñas lunas y estrellas colgando al su alrededor.

—Es para ti, para que nunca te olvides de nuestra noche especial, cuando vimos la lluvia de estrellas.

—Es preciosa —le respondió clavando sus bonitos ojos azules en los de él, que eran del color de la miel, levemente más oscuros—. Muchas gracias.

Fue entonces cuando ella sintió sus labios posarse sobre los suyos con suavidad, como una caricia. Él se tomaba su tiempo para disfrutarla. Con una de sus manos fuertes, Hugo la tomó por la cintura y la estrechó contra sí; y con la otra le acarició el rostro, profundizando el beso. El corazón de Amelina enloqueció con aquel contacto, que selló aquel instante como uno de los más felices de su vida.

***

Eduardo se debatía entre aclarar las cosas con Amelina o dejar que el tiempo curase por sí mismo aquellas heridas que agrietaban su alma. Si bien, esta no lo había rechazado directamente, estaba claro para todos que era Hugo con quien ella deseaba estar. Se mantuvo al margen, observando a su padre reír junto a sus amigos, y luego desvió la mirada hacia Pablo. Este lo llamaba con la mano para que se le acercara.

—Tengo marihuana. ¿Te apetece fumar? —le preguntó cuando se detuvo a su lado.

Eduardo se encogió de hombros y luego asintió. Mientras caminaban alejándose del grupo y de la celebración, este le preguntó:

—¿No te preocupa que tus padres se den cuenta de que estás drogado?

—No. A ellos no les importa lo que yo haga, siempre y cuando no los moleste ni les de problemas.

Escucharlo decir eso lo hizo sentir incómodo. Era cierto que a Pablo, con frecuencia, sus padres lo dejaban solo o en compañía de su hermana mayor. Pero ella tampoco se preocupaba ni controlaba lo que este hacía con su tiempo ni con sus amigos. Pablo vivía siempre al límite, gozando y desperdiciando el dinero de su familia.

Su amigo sacó un papelillo de su billetera y lo rellenó con un poco de marihuana. Luego de enrollarlo con pericia, lo encendió y se lo tendió. A Eduardo no le gustaba mucho la hierba. Prefería el tabaco, pero un *pito* de vez en cuando, tampoco era la gran cosa. Además, estaba algo deprimido por su situación emocional y necesitaba relajarse. Conversaron de cosas sin importancia, y Eduardo aprovechaba cuando Pablo no lo estaba mirando para observar sus rasgos. Su amigo no era ninguna belleza, pero gozaba de atractivo. Quizás este se debía más a su actitud para moverse por la vida que a su aspecto de niño rico. Buena estatura, pelo rubio y ojos azules. Su rostro era tosco y algo desproporcionado, pero a él le parecía interesante.

—Esos dos algo se traen entre manos —dijo Pablo rompiendo el silencio y señalando hacia uno de los costados de la casa. Dio una última calada al cigarro de hierba y lo apagó contra el piso—. Voy a mear y luego iré por una cerveza. ¿Quieres una?

—Vale.

Apenas su amigo se alejó, centró su atención en Hugo y en Amelina, quienes iban cogidos de la mano hacia el antejardín. Se apresuró en seguirlos, pero con cuidado de no ser visto. Fue entonces que toda esperanza de tener algo con ella se esfumó para siempre. Hugo y Amelina se estaban besando, cómplices de un amor secreto, y los ojos de ella brillaban rebosantes de alegría.

Apretó los dientes y esperó a que estos regresaran junto a los demás para poder largarse de allí. En su vida se había sentido más desmoralizado que en aquella ocasión.

En tanto ellos, inmersos en el beso, eran ignorantes de que un par de ojos los observaban dolidos.

5. Congreso médico

Actualidad. 26 de diciembre de 2005, Santiago de Chile

A primera hora de la mañana, Amelina condujo de regreso hacia la casa de su madre. Se había comprometido a ayudarla a embalar las cosas de su padre. Por increíble que fuera, había pasado muy buena noche en la casa de Rapel. Sin embargo, a pesar de sentirse mejor consigo misma por haberse enfrentado a sus miedos, se sumió en un estado melancólico al recordar su reciente pérdida.

Llegó al mediodía a la casa de su infancia. Apenas vio a su madre, la encontró ojerosa y con los párpados hinchados de tanto llorar. Tuvo que armarse de valor para no derrumbarse junto a ella, porque, lo que más necesitaba Amparo en esos momentos, era a alguien en quien sostenerse para salir adelante.

—¿Te hizo bien ir al lago, cariño? —quiso saber mientras cogía una pequeña caja de un estante y se la tendía a ella.

—Sí, mamá. Lo necesitaba. ¿Y esto?

—La encontré en este mueble por error. Son cosas de médicos. Tu padre guardaba en su despacho lo que tenía que ver con su trabajo. Esta se le debe haber olvidado aquí —dijo haciendo un gesto con la mano—, así que échale un vistazo por si hay algo de tu interés allí.

La caja era de madera, un poco más grande que una de zapatos. Tenía un broche de esos que, al presionar un botón, una pieza metálica se movía con fuerza, permitiendo que se pudiera abrir.

Amelina asintió y se sentó en una silla. Dentro, la caja contenía una serie de credenciales y folletos con información de los diferentes congresos médicos en los que su padre había participado, ya fuera como oyente, o como expositor. Ella misma asistió en muchos de estos eventos junto a él, desde que era estudiante y luego médico.

Fue recorriendo las tarjetas con los dedos con aire paciente, hasta que una de ellas le llamó la atención. Recordaba bien aquel congreso que había tenido lugar, hacía cinco años atrás, en un prestigioso hotel en Nueva York. Jamás podría olvidarse del momento en que se reencontró con Hugo Villanueva, su amor de juventud.

Nueva York, cinco años antes…

Amelina se cubrió la garganta con una bufanda, y aprovechó de acomodar la de su padre para que esta le cubriera la boca y la nariz. El viento era gélido y un manto blanco cubría toda la ciudad, dándole un aspecto casi mágico.

—¡Qué frío, papá! —se quejó mientras se cogía de su brazo—. Este año sí que hay nieve.

—Te aseguro que este viaje valdrá la pena.

—Me siento como en Narnia. —Andrés se rio de su broma.

—Y yo, como en *El imperio contraataca*, solo que sin los robots.

Llegaron al hotel donde tendría lugar el congreso médico, media hora después de abandonar el aeropuerto. Amelina gozaba de buen ánimo. Le encantaba viajar con su padre, y disfrutaba escuchándolo impartir sus charlas. Al igual que ella, Andrés era cardiólogo.

—Espérame aquí, papá. Iré por las tarjetas de nuestras habitaciones.

—Ve mientras yo voy al baño. Tengo la vejiga a punto de estallar —le dijo alejándose con prisas.

Amelina se acercó a la recepcionista e hizo el *check-in.* Mientras esta registraba los datos de ella y de su padre, se dedicó a echar un vistazo a su alrededor. Reconoció a varios médicos con los que había compartido en otras ocasiones.

—Estas son sus tarjetas. Que tenga una buena estancia —le dijo la mujer en inglés, recuperando su atención.

Se acercó a su equipaje y se sentó a esperar a su padre.

—¿Amelina? ¿Eres tú? —escuchó que le decía la voz de una mujer.

Se giró para poder mirarla, y por un momento se quedó en blanco. De pie, a su lado, se encontraba Marisa Larraín. Su antigua amiga de la infancia.

Amelina se incorporó para saludarla, y luego le sonrió, más por no ser descortés que porque se alegrara de verla. La encontró cambiada. Era evidente que se había hecho cirugía en los pechos y en los labios. Utilizaba un vestido negro bastante escotado, y unos tacones que la hacían ganar estatura, por al menos diez centímetros. El pelo negro y liso lo tenía recogido en una cola alta, sin que ningún mechón se escapara de su sitio.

—Hola, Marisa. Ha pasado el tiempo. Qué coincidencia reencontrarnos aquí. ¿Estás de vacaciones?

—No, qué va. —Hizo un gesto de negación con la mano. A Amelina le llamaron la atención sus uñas. Eran enormes y con diseño. Se obligó a centrarse en sus ojos—. Hugo vino al congreso médico y lo he acompañado. ¿Supiste que me casé con él?

Se le revolvió el estómago de tan solo pensar en que Hugo, «su Hugo», se hubiera casado con Marisa. Sin embargo, intentó no demostrar su desagrado.

—Algo había oído, sí.

—¡Hugo, mi amor, mira con quién me encontré! —Marisa lo llamó mientras le hacía un gesto con la mano para captar su atención.

Apenas lo vio y sus ojos se encontraron, miles de sensaciones

recorrieron su cuerpo con una fuerza brutal. Tuvo que centrarse en respirar para no perder el control y ponerse a temblar. Hugo parecía tan sorprendido como ella.

—Hola, Meli —le dijo en un tono de voz mucho más frío y distante que el que acostumbraba a escuchar de sus labios en el pasado—. ¿Vienes al congreso? Supe que eres cardióloga.

—Sí. Mi padre y yo aterrizamos hace un rato. ¿Y tú? —consiguió preguntar con un dominio de sí misma que estaba lejos de sentir—. Lo último que supe de ti, era que querías ser traumatólogo.

—Soy cirujano plástico —le informó.

Marisa intentaba cogerle la mano, pero Hugo se zafaba de ella, aunque de una manera sutil. Parecía molesto con su esposa.

—Muchacho, qué alegría encontrarte aquí —exclamó su padre justo a tiempo.

—Doctor Meyer —dijo mientras se estrechaban las manos—. El gusto es todo mío. Espero con ansias poder escuchar su exposición.

—Marisa. Hace años que no sabíamos nada de ti. ¿También eres doctora como mi hija?

—No. He venido a acompañar a mi marido —le dijo indicando con la cabeza a Hugo.

—¡Oh! Entiendo —comentó su padre mirando su reloj—. Ha sido todo un placer volver a verlos, pero tengo algunos asuntos que atender y estoy agotado con el viaje.

Una vez se despidieron, Amelina se sumió en un silencio sepulcral. Andrés no le dijo nada, pero intuía que algo le pasaba a su hija, y que tenía estrecha relación con aquel reencuentro.

***

Hugo se recostó en la cama de la habitación del hotel y encendió la televisión. Estaba indignado con Marisa. No aprobaba la mentira, y menos que fingiera seguir casada con él. Su matrimonio con ella había sido su más grande error. Durante la fiesta de graduación que le organizaron sus padres por su titulación como médico se reencontró con ella y se embriagó, aunque ahora que conocía bien a la que fue su amiga y luego su mujer, sabía que esta había alterado su bebida para seducirlo, porque él no se alcoholizaba con facilidad. Se acostó con ella, aunque apenas si recordaba nada, y al poco tiempo, ella le confesó que esperaba un hijo. La suya era la típica historia en que el error de una noche acarreaba consecuencias de por vida. Pero aquella consecuencia no fue precisamente un hijo, sino que el encadenarse a un matrimonio carente de afectos. El hijo nunca llegó, y al poco tiempo de enterarse de su mentira, solicitó la separación. Nunca intimó con ella luego de aquella vez en la fiesta, ni siquiera cuando se casaron. A Marisa parecía no importarle demasiado. Ya había

conseguido lo que ansiaba: un marido apuesto y con una profesión exitosa que le permitiera mantener cierto estatus. Hugo no la quería ni la deseaba. Solo cumplió con su deber, el de hacerse responsable de sus actos, tal como le habían enseñado sus padres. El matrimonio fue un verdadero desastre, y le costó cielo, mar y tierra que ella aceptara ponerle fin a tamaña mentira. Y aunque perdió la casa, una cuantiosa suma de dinero y varias cirugías estéticas que ella exigió, Hugo se hizo de la libertad. El problema era que Marisa no lo dejaba en paz. Allí donde iba él, esta aparecía y no le daba respiro. Ya había intentado dos veces quitarse la vida para llamar su atención. En ambas ocasiones, todo arrojaba que era un acto de manipulación. El psiquiatra que la trató cuando estuvo hospitalizada se lo hizo saber. «No ingirió una cantidad de píldoras como para acabar con su vida, sino que las suficientes como para hospitalizarse», le había dicho. «Su exesposa necesita someterse a un tratamiento psiquiátrico. Ya tiene antecedentes, y sigue el mismo patrón que la vez anterior».

Lejos de preocuparse por ella, se asqueaba de su nivel de manipulación. Estaba harto de Marisa y de que interfiriera en su vida. Y ahora, justo cuando se había reencontrado con Amelina, tenía que aparecer en el hotel. Se preguntó que cómo demonios sabía que iba a Nueva York esa semana, si tenía estrictamente prohibido en el hospital donde trabajaba que le dieran información.

Alguien hizo sonar el timbre, devolviéndolo a la realidad. Se percató de que, aunque cambiaba de canal —una y otra vez—, ni siquiera tenía consciencia de lo que había visto en la pantalla. Apagó el televisor y se levantó para abrir la puerta.

—Qué quieres, Marisa —le rugió cuando la tuvo enfrente.

—¿No me vas a hacer entrar?

A regañadientes se hizo a un lado y se cruzó de brazos, sin cerrar la puerta del todo. Dejarla así, entreabierta, era una clara invitación a que se largara lo más rápido posible.

—La próxima vez que te hagas pasar por mi esposa delante de otras personas, no tendré ningún inconveniente en ridiculizarte en público.

—Tranquilo, Hugo. No vengo a discutir. Solo quería saber si estás bien luego de haberte encontrado con Amelina

Marisa no daba puntada sin hilo. Esa pregunta solo tenía por intención desestabilizarlo. Muy a su pesar, alguna vez le confió, antes de su matrimonio, que jamás había podido olvidarla. Harto de escuchar aquella lengua viperina, Hugo la cogió por el brazo y la sacó al pasillo.

—Amelina es parte del pasado, al igual que tú. Déjame en paz de una puta vez —le advirtió sin elevar la voz, aunque el tono era letal.

Cerró la puerta y regresó hasta su cama, harto de Marisa y de sus

estupideces. Ella continuó golpeando la madera con los nudillos por varios minutos más, y luego se marchó. Una parte de sí, aquella que albergaba una cuota del mal y que todo ser humano llevaba dentro, deseó que Marisa hubiese conseguido exitosamente acabar con su vida cuando se intoxicó con píldoras. A los segundos, se recriminó por tener pensamientos tan oscuros.

Abrió el minibar y cogió una pequeña botella de *whisky*. La vació en un vaso junto a dos hielos, y lo ingirió en dos tragos. La bebida le quemó la garganta, pero lo agradeció. Pensó en Amelina y en lo bonita que se conservaba, a pesar de los años. No podía negar que algo dentro de él se removió cuando la vio, y fue también inevitable viajar al pasado con aquel encuentro inesperado. Un pasado que aún le pesaba, que había dejado profundas huellas en él.

***

Amelina siempre supo que Marisa, en otro tiempo, se sintió atraída hacia Hugo, pero jamás pensó que ellos se unirían en matrimonio. Alguna vez escuchó rumores al respecto, aunque no lo creyó posible, hasta ahora. Nada la había preparado para ese golpe tan bajo del destino. Hugo todavía le afectaba. Pensaba que ya no; que con el paso de los años, aquel sentimiento que se permitió abrigar cuando aún creía en el amor, desaparecería al igual que sus recuerdos. Pero estaba equivocada. Fue tan solo verlo para que su cuerpo recibiera el impacto de un descontrol generalizado: opresión en el pecho, latidos acelerados y zumbidos en los oídos. Una parte de sí evocó el recuerdo de la noche en que fue agredida, y se preguntó, como tantas otras veces, si sería él el responsable de aquella vileza. Le gustaba creer que eso era imposible. Sin embargo, luego de aquel día devastador hacía muchos años atrás, fue incapaz de continuar manteniendo el contacto con él. Un miedo profundo se había alojado en su corazón, acompañándola de por vida.

Ahora, al reencontrarse después de tantos años, vislumbró en su mirada una pizca de reproche hacia su persona, como si la responsabilizara de algo, aunque no sabía de qué. Se preguntó si le habría afectado tanto como a ella el reencuentro. Suspiró con amargura, porque no le quedaba otra que hacer frente a sus temores. Faltaban varios días aún para que finalizara el congreso, así que, quisiera ella o no, se volverían a topar.

Decidió bajar al bar del hotel para tomarse algún trago. Se había retocado el maquillaje, pero no demasiado, aunque quería verse bonita, o al menos, sentirse bonita. Tal vez así, su apariencia conseguiría contrarrestar su desánimo. Eran las siete de la tarde y la noche arropaba con su manto oscuro la ciudad. Por lo que pudo captar a través de la ventana, antes de abandonar su habitación, la nieve caía

en abundancia en las calles de Nueva York, y la temperatura había descendido varios grados.

La música de un piano y la falta de luz en el bar otorgaban un ambiente de carácter más romántico en el salón. Agradeció la oscuridad. Se sentó en una pequeña mesa de la esquina, en donde pasaría desapercibida. Pidió una copa de vino tinto e intentó relajarse. Le hacía falta. A los pocos minutos, en el mesón del bar, observó a Marisa acercarse a un sujeto de traje. Ella utilizaba un llamativo vestido rojo, que resaltaba su figura de una manera escandalosa. Amelina pensó de inmediato que parecía una puta. Ni siquiera se sintió culpable por pensarlo. Después de todo, desde que eran unas niñas que coqueteaba con descaro, incluso con sus más amigos.

Le llamó la atención que no la acompañara Hugo, aunque concluyó que quizás estarían enojados. Fue incapaz de no quitarle los ojos de encima. Con los años, Marisa se había vuelto aún más descarada de lo que alguna vez fue. Tocaba con frecuencia al sujeto que tenía en frente, no solo en el brazo, sino que también en el muslo. Sus rostros parecían demasiado cerca al hablar. Amelina dudaba que fuese capaz de engañar a Hugo frente a todas esas personas, pero se equivocó. Allí, sin ningún disimulo ni pudor, Marisa se besó con el hombre. Pocos minutos después se largó con él, de seguro a culminar lo que había iniciado en alguna habitación.

Asqueada de la que fue alguna vez su amiga, Amelina dio un sorbo a su copa de vino e intentó que el malestar que se había apoderado de ella la abandonara. Se preguntó si Hugo tendría conocimiento acerca de las infidelidades de su mujer. Quizás mantenían una de esas relaciones abiertas, aunque, conociendo a Hugo, lo dudaba. De Marisa se podía esperar cualquier cosa, pero de él, no lo tenía tan claro.

Su corazón aleteó igual que las alas de un colibrí cuando lo vio aparecer en el bar. Hugo echó un vistazo a su alrededor y Amelina creyó que buscaba a su mujer. Sin embargo, cuando sus ojos se toparon con los suyos, se le acercó. Tal vez quería verla a ella. Luego sacudió esos pensamientos, que no tenían ningún sentido.

—¿Puedo sentarme?

—Adelante —le respondió, intentando que la voz no le temblara.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Se sentó frente a ella y apoyó los antebrazos en la mesa, entrecruzando los dedos. Observó sus manos. Utilizaba las uñas cortas y limpias, y, aunque se apreciaban fuertes, parecían suaves al tacto. Cuando se le vino un recuerdo *flash* del momento en que le arañaban la cadera al despojarle la ropa, inspiró profundo y sacudió aquellos horribles recuerdos y se centró en él. No llevaba anillo. Tampoco existían las huellas que dejaba el sol al utilizar el símbolo de la unión

conyugal. Quizás no le gustara usar la alianza.

—¿Cómo estás? —la sorprendió con aquella pregunta que la dejó en blanco por algunos segundos.

—Bien. Viajar con mi padre siempre es un agrado. ¿Y tú?

Él la miró sin responder, lo que la hizo sentir cierto grado de incomodidad.

—¿Por qué desapareciste, Meli?

Él era el único que la llamaba así, y no pudo evitar acariciar la agradable sensación que escucharlo le causó. La pregunta iba directa a la yugular. Ahora fue su turno de guardar silencio. Hugo sonaba algo molesto, o quizás dolido. No consiguió identificar el sentimiento que se plasmaba en aquella voz, que el tiempo se había encargado de enronquecer. Tenía que responderle, pero no sabía qué.

—Eso fue hace mucho tiempo. Ya no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene —admitió.

Amelina comenzó a angustiarse. No sabía cómo evitar aquella charla que solo conseguía volver al pasado y abrir antiguas heridas. Lo miró a los ojos y, por un segundo, se encontró con el muchacho que en su juventud la hacía soñar. No pudo evitar pensar en que Marisa, en ese mismo instante, lo estaba engañando con otro hombre.

—¿Y tu esposa?

—Meli —dijo con aire cansado, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros—. Marisa ya no es mi mujer.

6. Despecho

1985. Domingo 6 de enero, Lago Rapel
(Ocho días antes de la agresión)

Ha pasado un año desde que con Hugo se besaron por primera vez y Amelina está ansiosa por regresar al lago ese verano. Lleva mucho tiempo ansiando volver a verlo. Hugo no vive en Santiago como ella, sino que en la ciudad de Concepción, lo que ha dificultado que pudieran reencontrarse durante meses, salvo un par de fines de semana en que coincidieron en el lago Rapel. El resto del tiempo se han comunicado a través de llamadas telefónicas, aunque ella siempre se cuidó de que nadie de su familia se enterara de su romance. Le daba vergüenza contarlo, porque él nunca le pidió formalizar la relación. Sin embargo, sabía que eran más que amigos.

—¿Estás lista, cariño? —dijo su madre cuando ingresó a su habitación—. Tu padre dice que nos marchamos en cinco minutos.

—Sí, mamá. Desde hace rato —expresó con alegría, pero también con la impaciencia propia que tienen los jóvenes cuando ansían una aventura.

Amparo le sonrió con dulzura.

—Pareces ansiosa por partir. ¿Hay algún interés especial por llegar tan pronto al lago? —quiso saber, acompañando la pregunta con un guiño de ojo.

—No —respondió sonriendo, aunque se sonrojó y esquivó la mirada—. Bueno, en realidad, sí, pero te lo diré si es que todo sale como espero.

Amparo se le acercó y le acarició el rostro, de esa manera en que solo las madres saben hacerlo; con infinita ternura.

—Seguro que todo saldrá bien. Me encanta cuando estás así, tan feliz. —Le besó la mejilla—. Ya es hora de partir, y no te olvides de tu cepillo de dientes.

Amelina cogió su maleta y un bolso más pequeño, y bajó ansiosa las escaleras. Por fin había llegado el día.

Un par de horas después, la familia organizaba las cosas en su casa de veraneo. Antes de que pudiera sacar la ropa de la maleta para guardarla en el clóset, el teléfono sonó en su habitación. Casi tropezó con el bolso que había tirado al piso al llegar, por intentar contestar antes de que lo hicieran sus padres.

—¿Diga?

—Hola, Ame —la saludó Marisa con entusiasmo—. Por fin llegaste. Estamos llegando a tu casa.

—¿Con quién?

—Con Hugo. —Amelina experimentó por primera vez el sabor de los celos y no le gustó. Eran amargos y algo hostiles—. ¿Ame, sigues ahí?

—Sí, perdón. Por un momento se perdió la señal —mintió—. En un instante estaré fuera. Nos vemos.

Cortó la llamada e intentó que no le afectara demasiado. Se miró al espejo para revisar su aspecto y salió, armándose de valor. Estaba nerviosa.

Hugo caminaba con las manos en los bolsillos y Marisa se sujetaba a su codo, como si no quisiera que se le escapara. Cuando esta la vio, se soltó de él y le dio un abrazo cariñoso. Amelina se olvidó de inmediato de sus celos y disfrutó del reencuentro. Después de todo, Marisa era una de sus mejores amigas. Una vez se soltaron, se encontró con la mirada de Hugo anclada a la suya. Se dio cuenta de que sus sentimientos hacia él se habían incrementado mucho más de lo que pensaba; y como no sabía de qué manera saludarlo —a causa de los nervios—, le dio un beso en la mejilla. Él la miró extrañado, y después de eso, le sonrió.

***

Marisa parloteaba sin parar, intentando captar la atención de sus amigos. Esperaba que a Hugo se le hubiera quitado su atracción por Amelina, porque se había convertido, de un año para otro, en un tipo muy atractivo, y Marisa lo quería para ella esta vez. Casi chilló de alegría cuando los vio besarse en la mejilla y no en los labios. Pero la dicha le duró poco, ya que notó por el rabillo del ojo, que Hugo le cogía la mano a Amelina, y que esta le otorgaba una sonrisa cómplice.

—¿Tienes fuego, Hugo? —preguntó Marisa mientras sacaba desde un bolso una cajetilla de cigarrillos.

Hizo el movimiento con tanta brusquedad que un frasco con pastillas y una jeringa cayeron al piso. Azorada, intentó coger sus cosas, pero su amigo se le adelantó.

—No fumo —respondió Hugo mientras tomaba la jeringa del suelo—. ¿Por qué andas con esto en el bolso?

—Porque soy alérgica a las abejas, por si no lo recuerdas —respondió entornando los ojos y quitándole la jeringa de las manos. El frasco también se apresuró en guardarlo, con el único fin de que ellos no alcanzaran a leer la etiqueta.

Era cierto que, desde que sufriera el *shock* anafiláctico en aquella oportunidad, siempre andaba trayendo una jeringa con el medicamento, en caso de una emergencia. Las píldoras de *diazepam* eran otro cuento. Se las había quitado a su madre durante una borrachera, porque le gustaba la sensación de relajo al que se sometía

su cuerpo cuando las consumía y las mezclaba con alcohol.

Prosiguió caminando, hasta que se percató que ya nadie iba a su lado. Se volvió para apresurarlos, pero la frase se le quedó atorada en la boca, al igual que la ira, cuando vio a Hugo y a Amelina besarse como si no existiese un mañana. Fue tanta su rabia que rompió el cigarro con los dedos, y sin que estos se percataran, se echó a correr hasta su casa. Era probable que ni siquiera se dieran cuenta de su desaparición, pero no le importó. Le frustraba que Amelina, la que, para su gusto tenía un rostro demasiado infantil, siempre fuera atractiva para los hombres. No podía evitar que la envidia la cubriera con su manto negro hasta despertarle un odio visceral. Amelina era bella como un ángel, y tenía un cuerpo por el que Marisa habría dado cualquier cosa por poseer. Sus vestimentas eran sencillas, aunque con esa figura que tenía, no necesitaba más. Ella, en cambio, tenía que hacer uso de una buena cantidad de maquillaje y de ropa más provocativa para conseguir la atención de los hombres. Mientras pensaba en eso, su frustración iba en aumento.

Ingresó a la casa y se detuvo de golpe. Había un vehículo viejo y destartalado estacionado cerca de la entrada. Se preguntó que quién sería esta vez. Entró y cerró la puerta sin hacer ruido, aunque en el fondo, eso le daba igual. Justo cuando iba a llegar a su habitación, escuchó murmullos en el cuarto de su madre. Seguro que estaba retozando con el amante de turno. A Carmen, eso no le daba ninguna vergüenza. Llevaba varios años en la misma dinámica, desde que su padre las había abandonado dejándolas con las deudas hasta el cuello. Y si el compañero de turno de Carmen no era algún amante, entonces era el alcohol. Ya ni recordaba la última vez que la vio por completo sobria. Marisa agradecía ser mayor de edad, porque ahora podía buscar un trabajo y hacer algo de dinero. Si seguía esperando a que su madre se echara un novio que las mantuviera, se volvería una anciana.

Un último quejido le hizo saber que la sesión de sexo había finalizado. Se preguntó que quién sería el amante esta vez. Algún viejo con una billetera bien abultada —como era con frecuencia—, aunque, a juzgar por el vehículo que estaba afuera, lo dudaba; o algún jovencito con suficiente energía y estómago para acostarse con ella; una cincuentona que ya no tenía nada en su lugar, que estaba delgada como un palo y arrugada como una pasa, por causa de su malograda vida. Esperaba, por su propio bien, no parecérsele cuando llegara a cumplir más años.

Marisa sacó media pastilla de *diazepam* del frasco y un cigarrillo algo doblado. Como no tenía fuego en la habitación, se dirigió a la cocina y lo encendió con un mechero para los quemadores. Sobre el mesón había una botella de pisco media vacía, que seguro se bebió su

madre, y en el lavadero se apreciaban un montón de platos y tazas sucias. Otra vez Carmen no había limpiado nada, lo que le indignó, porque le tocaría nuevamente a ella despegar la mugre de la loza, y no era su turno de hacerlo.

Cogió la botella de pisco, y se tragó la pastilla con un sorbo que bebió directo de ella. Arrugó el entrecejo de lo fuerte que lo sintió, y después apoyó la cadera en la mesa, de pie, y fumó con la vista perdida en algún lugar, esperando que la rabia la abandonara, y que la píldora hiciera luego efecto en su organismo.

—Disculpa, morena —le dijo una voz masculina—. No sabía que estabas aquí. He venido por un vaso de agua.

Le dijo un joven como de unos veinticinco años, que la miró de arriba abajo, evaluándola, aunque intentó disimularlo. Era moreno también, no muy alto, pero tenía un cuerpo firme y armónico. «Típico de mamá», pensó con rabia hacia ella. Siempre se buscaba especímenes atléticos cuando quería tener sexo sin compromiso. El tipo se encontraba descalzo y solo utilizaba calzoncillos. Lo recorrió con la mirada con lentitud. Quería comprobar si aquello tenía algún efecto en él. Se dio cuenta de que así fue, porque tragó saliva, a la espera de algo.

—¿Y Carmen? —le preguntó ella con indolencia, expulsando el humo hacia adelante. Él la miró sin comprender—. Carmen, mi madre. Estabas con ella, ¿no?

—Se ha quedado dormida.

Marisa, frustrada por haber perdido la oportunidad de conquistar a Hugo, decidió hacer algo para sentirse mejor.

—¿Cómo te llamas?

—Jaime.

—¿Quieres un trago, Jaime? —le ofreció con una sonrisa coqueta, levantando la botella hacia él. El tipo achicó los ojos sopesando qué hacer, y caminó hacia ella con lentitud. Marisa sonrió para sus adentros. Ya lo tenía. Cuando Jaime estaba a punto de coger la botella, ella la alejó de su alcance—. Así no. Si quieres beber, tómalo de mí.

Dejó el cigarro en el cenicero y se llenó la boca con el líquido ardiente. Después acercó sus labios a los de él. Jaime ni siquiera lo pensó. Bebió de su boca con suavidad, hasta que ella recorrió su erección con la mano, haciéndolo reaccionar. Quiso cargarla sobre la mesa, pero ella no lo dejó.

—Tranquilo, déjame a mí.

Marisa necesitaba estar al mando y llevar las riendas de aquel encuentro fortuito, que le llegaba como caído del cielo para su reciente afectada autoestima. Además, su madre ni siquiera se enteraría. Nunca lo hacía, porque se acostaba demasiado borracha

para darse cuenta de lo que su hija hacía o dejaba de hacer.

A los pocos segundos, Jaime se encontraba sentado en una de las sillas mientras ella le bajaba el calzoncillo y le enfundaba un condón con destreza. Marisa ni siquiera se desnudó. Solo se despojó del *short* e hizo a un lado su ropa interior. Sin preliminares de ningún tipo, lo montó con rudeza, como si quisiera volcar su rabia y su frustración en él. Se abalanzó sobre su boca y navegó en su interior, imaginando que era Hugo al que besaba. Lo mordió y succionó su quejido de dolor. Le arañó la espalda mientras este le presionaba las nalgas con fuerza, pegándola más a su erección. Las manos de Jaime abandonaron sus glúteos y recorrieron su cuerpo por encima de la ropa, haciéndola jadear de placer. A pesar de estar excitada, Marisa tuvo dificultades para llegar al orgasmo, probablemente porque el *diazepam* estaba comenzando a hacer efecto en su organismo. No fue hasta que Jaime introdujo una mano entre sus cuerpos y la tocó con pericia, que ella no encontró el alivio que esperaba. Se dejó ir primero que él.

Se separó al instante, sintiéndose un poco mejor que antes, y luego se acomodó la ropa con una frialdad que lindaba lo ufano. Después cogió el cigarrillo, que ya se había consumido en casi su totalidad, y encendió otro con sus brasas. Apoyada en la encimera otra vez, se dedicó a fumar y a observar a Jaime. Él anudaba el preservativo en ese instante. Lo tiró en la papelera que había en una esquina.

—Será mejor que me vaya, morena.

Cuando Jaime estaba a punto de abandonar la cocina, ella lo detuvo.

—¿No me vas a preguntar cómo me llamo?

Él sonrió y se encogió de hombros. En vez de preguntarle el nombre, dijo:

—¿Podemos vernos otro día?

Esa era exactamente la respuesta que estaba esperando, porque demandaba sentirse mujer y deseada, y con aquellas palabras, Jaime le estaba dando justo lo que necesitaba. No le respondió, pero le sonrió, y él supo que eso era un sí.

***

—¿Y Jaime? —preguntó su madre cuando entró en la cocina, despertándola de un sobresalto.

Marisa se había dormido en la silla, con la cabeza apoyada sobre la mesa.

—¿Quién? —quiso saber confundida, porque todavía no era capaz de procesar la información de aquellas palabras.

—Jaime, el muchacho que me trajo el encargo de las compras del *minimarket*.

—Supongo que ya se ha ido. —Miró la hora de su reloj y se

levantó. Eran cerca de las ocho de la tarde. Quizás todavía podría encontrarse con sus amigos en el muelle—. Voy a salir, Carmen.

—¿Hasta cuándo vas a llamarme así? —le reprochó—. Soy tu madre, no tu amiga.

Marisa la ignoró. Observó su aspecto descuidado y sintió repulsión hacia ella. A veces le hubiese gustado que Carmen se pareciera a la madre de Amelina. Hasta en eso era perfecta su amiga. Tenía la familia que ella ansiaba, un padre estupendo y una madre atractiva y que adoraba a su hija. En cambio ella, cada vez que miraba a la suya, veía a una completa fracasada que ni siquiera fue capaz de evitar el abandono de su marido. Se avergonzaba de ella. Era una mujer a la que jamás le importó su bienestar y que nadaba en su propia miseria, arrastrándola de paso. Ni siquiera le preocupaba el tipo de hombres que metía en la casa. Algunos eran bastante asquerosos, y en más de una ocasión intentaron propasarse con ella cuando era menor. Ninguno tuvo éxito, porque Marisa descubrió que si los drogaba sin que se dieran cuenta, estos no eran capaces de hacerle daño. Acostumbrada a salirse con la suya, creció encontrando placer en llevar con éxito cada uno de sus caprichos.

—No me esperes despierta, «mamá» —escupió las palabras con ironía—. Llegaré tarde.

Abandonó la casa con rapidez y sin siquiera voltearse, con el único propósito de llegar a tiempo al club. El sexo con Jaime le había venido de maravilla. Llevaba varias semanas sin acostarse con nadie, y eso la tenía de mal humor. Ahora se sentía más atractiva como mujer.

Miró hacia el muelle, y como no había nadie allí, se fue directo hasta la casa de Pablo. Ese era siempre el otro punto de encuentro de los amigos. Los divisó a todos reunidos alrededor de la mesa que daba al patio de la casa. Hugo y Amelina estaban abrazados. Era evidente que ahora eran, de manera oficial, una pareja. Respiró profundo y se obligó a sonreír.

—¿Dónde estabas, Marisa? —preguntó Amelina con preocupación—. Desapareciste tan rápido que pensábamos que te había ocurrido algo.

—Fui a casa por un encendedor y me entretuve en otro asunto.

Se sentó al lado de Carlos, y le quitó el cigarro de marihuana a Pablo de las manos. Le dio un par de caladas y se lo devolvió.

—¿Estás bien? —quiso saber Amelina.

Esta la miraba como si leyera en su cuerpo que algo no andaba bien con ella. Le molestó. Se irguió en la silla y elevó una de sus cejas con altanería.

—¿Y por qué no habría de estarlo?

Amelina iba a replicar, pero Pablo intervino justo a tiempo.

—Amigos, se me ha ocurrido una estupenda idea.

—¿De qué se trata? —preguntó Eduardo.

—¿Qué les parece si acampamos aquí, cerca del muelle, hasta que finalicemos nuestras vacaciones?

—No lo sé —dijo Amelina—. No creo que mis padres me den permiso.

—¡Qué aguafiestas! —pronunció Marisa con intención de amilanarla—. ¿Y cómo dormiríamos?

—Armamos dos tiendas de campaña, o tres, porque Carlos va a necesitar una para él solo, por guatón —dijo Pablo, consiguiendo arrancar alguna que otra carcajada en el grupo. Carlos se limitó a sonreír—. Una para las mujeres y otra para los hombres, o si cada uno quiere dormir en su propia tienda, tampoco sería problema. Lo que ustedes prefieran.

—Me gusta la idea. Yo estoy de acuerdo —dijo Eduardo.

—Y yo —respondió Hugo mirando a Amelina.

—¿Y no podríamos dormir todos juntos? —sugirió Marisa.

—No creo que me den permiso —se excusó nuevamente Amelina con un gesto de disculpa.

Marisa rogaba internamente para que ella no participara en la acampada. Así podría seducir a Hugo de una buena vez por todas.

—Yo hablaré con tus padres, Ame —le dijo Pablo para su mala suerte—. Déjame eso a mí.

—Podríamos reunirnos por las tardes, pasar la noche aquí, y por las mañanas cada uno vuelve a su casa a comer, ducharse y pasar tiempo con sus familias —sugirió Carlos de buena gana.

—Buena idea, guatón —dijo Pablo palmeándole el hombro—. ¿Se animan?

—Claro que sí —respondió Marisa, contenta con la idea de no pasar más tiempo con su madre.

Acampar con sus amigos le venía como anillo al dedo. Además, le agradaba el grupo. Incluso el insulso de Carlos le sacaba alguna que otra sonrisa en ocasiones, aunque el tipo no le atraía nada de nada. Si bien, no le parecía atractivo por su sobrepeso, tampoco le desagradaba su compañía. Lo que no soportaba de él, era esa personalidad apocada e insegura de «niño de mamá». Parecía que solo confiaba en sí mismo cuando tenía una guitarra en las manos. Si no fuese tan gordo, hasta podría tener buena facha, porque sus ojos eran bonitos y de un azul muy claro, y el pelo cobrizo le otorgaba estilo.

Marisa centró ahora su interés en Hugo, quien no dejaba de murmurar cosas al oído de Amelina. Tan sumidos estaban el uno en el otro que ignoraban el disgusto que verlos juntos le causó.

Echó un vistazo rápido a Eduardo y a Pablo. Este último le miraba el escote con descaro. Saberse observada la hizo sentir mejor. Marisa sonrió.

7. Espíritu libre

1985. Lunes 7 de enero, Lago Rapel

(Siete días antes de la agresión)

Pablo se despertó con el sonido del teléfono. El aparato no dejaba de molestar. Se llevó una mano a la cara con frustración cuando vio la hora en su reloj, y se percató de que recién eran las diez de la mañana. Estaba convencido de que Paola, su hermana, no contestaba la llamada a propósito, con el único fin de molestarlo. En realidad, apenas si se soportaban. De niños habían pasado años jodiéndose la vida el uno al otro. Y ahora que ambos eran mayores de edad, se ignoraban gran parte del tiempo.

Extendió el brazo hacia el auricular y lo cogió, pero cuando quiso hablar, un pitido intermitente le hizo saber que ya habían cortado desde el otro lado.

Hizo intentos por volver a dormirse, pero no lo consiguió. Molesto, se incorporó y echó un vistazo a su habitación. El cuarto era espacioso, como todo en aquella casa, pero, a diferencia del resto de las habitaciones, la suya parecía un campo de batalla. La ropa desperdigada por todas partes, las revistas apiladas de cualquier forma, y las latas de cervezas vacías estaban dispuestas a su suerte. En las paredes colgaban algunos pósteres de mujeres semidesnudas y de algunos grupos de música de *rock* pesado; y junto a la ventana, Pablo tenía un macetero con una planta de marihuana, la que cuidaba con estudiada atención. Paola no aprobaba su estilo de vida, que se caracterizaba principalmente en el vagabundeo, la vida fácil y el consumo de ciertas sustancias; algunas legales y otras no tanto. Su hermana era todo lo contrario a él. Estudiosa por naturaleza, organizada, y toda una solterona; no por falta de oportunidades, sino que era amante de la soledad y de la tranquilidad. Paola prefería pasar tiempo con sus libros sobre economía que con alguna amiga o con su novio; un sujeto casi tan aburrido como ella, el que por supuesto jamás veía, porque se lo pasaba viajando por trabajo.

Abrió el velador y cogió su última adquisición; una revista *Playboy* que no había tenido tiempo de mirar con mayor detención. Se detuvo en una página en donde una morena, muy parecida a Marisa, se insinuaba de manera sensual hacia la cámara. En el cuerpo no se parecía nada a su amiga. La modelo de la foto tenía enormes pechos y las caderas muchísimo más anchas. Marisa, en cambio, era demasiado delgada y casi no tenía trasero ni delantera, aunque este año a Pablo le gustó cómo se había desarrollado. Quizás era su manera de vestir, o

esa actitud despreocupada con la que se desenvolvía la que en realidad captaba su atención. No le gustaba, pero tampoco descartaba acostarse con ella. Lo que menos necesitaba ahora, era a una chica que exigiera una relación y que se enamorara de él. Marisa no era de esas y por eso le servía. Se parecía mucho a él. Ambos eran espíritus libres, transgredían las normas y vivían el momento.

Se excitó pensando en ella mientras miraba la revista y se acarició la entrepierna, pero sus planes se frustraron cuando la puerta se abrió de golpe, y Paola ingresó con impaciencia en su dormitorio. Se sobresaltó más molesto que avergonzado, por lo que su hermana pudo haber visto.

—¡Qué asco, Pablo! —se quejó cuando observó la revista que tenía en las manos—. Pareces un adolescente de quince años.

—¿Te importaría golpear la puerta antes de entrar en mi cuarto? —le espetó, sin contener su mal humor.

—Llamó papá —dijo ella ignorando su pulla—. Dice que perdieron el vuelo y que no volverán hasta dentro de una semana a Chile. Así que he venido a pedirte que evites molestarme mientras estamos solos. —Paola echó un vistazo al cuarto con desaprobación—. Y ordena tu dormitorio. La pobre Juani no puede estar limpiando todos los días este chiquero. Debería darte vergüenza.

Pablo se levantó de la cama, cogió un cigarro y lo encendió. Sabía que a su hermana le molestaba el humo. Después se rascó la entrepierna con desenfado. Ella entornó los ojos con una mueca de asco.

—No te preocupes. Mis amigos y yo acamparemos cerca de la casa del embarcadero durante estos días. Vendré únicamente a comer y a ducharme. Ni siquiera sabrás que estoy aquí.

—Los hombres son todos unos asquerosos —dijo antes de cerrar la puerta y marcharse ofuscada.

Pablo regresó a la cama y cogió la revista, dispuesto a finalizar lo que empezó.

***

Armaron tres tiendas de campaña cerca de una de las mesas de madera, a pocos metros del embarcadero. Amelina y Marisa salieron de la suya en traje de baño, y a Pablo casi se le cayó la mandíbula. La rubia era todavía más atractiva este año que el anterior. Envidió en parte a Hugo, quien también parecía devorarla con la mirada a unos cuantos metros de distancia. Eduardo y Carlos no se quedaban atrás.

—Olvídalo, gordo. Está fuera de tu alcance —dijo Pablo con una sonrisa traviesa—. Tendrás que conformarte con una buena paja y el uso de tu imaginación.

Eduardo se carcajeó, divertido.

—A veces eres un asqueroso, Pablo —le reprochó Carlos sin perder el buen ánimo.

—¡Vamos al agua! —gritó Marisa haciendo un gesto con la mano para que se acercaran.

Pablo se quitó la camiseta y dejó a la vista el tatuaje de un águila en el pecho. Como sabía que tenía buen físico, se paseó con soltura hacia la orilla.

—¡¿Qué miras?! —espetó a Eduardo cuando lo observó casi devorarlo con los ojos—. ¿Eres marica?

—No seas imbécil —se defendió, molesto. Pablo soltó una risotada cuando le observó demudar el rostro—. Me ha gustado el tatuaje. Es todo.

—Lo sé. Solo estoy bromeando —le aseguró revolviéndole el pelo con una mano.

Carlos se quitó la camiseta y corrió al agua. A medida que avanzaba, la grasa de su cuerpo le rebotaba con cada paso que daba. Se lanzó desde el muelle y salpicó mucha agua.

—¡Tsunami! —gritó Pablo.

—No seas pesado —le reprochó Hugo—. Déjalo en paz. Algún día se va a cansar de que lo molestes tanto.

A Pablo no le afectó la reprimenda. Se encogió de hombros, como restándole importancia, y se lanzó al agua, directo sobre Marisa.

—¡Estúpido! —se quejó ella tosiendo—. ¡Me mojaste completa!

Marisa hizo intentos de golpearlo, pero él le cogió la mano y se la llevó por detrás de su espalda. La inmovilizó y acercó su rostro al suyo de manera intencional, quedando a un par de centímetros del de ella.

—¿Y cómo me vas a castigar? —preguntó presionando con su cadera la suya.

—Ya pensaré en algo —respondió coqueta, acortando la distancia de sus bocas.

Marisa lo rozó apenas, pero no lo besó. A cambio, lo tentó y se restregó contra él y su erección. Era un hecho que, esta vez, se acostaría con ella. Desde que vio la revista y a la modelo que se parecía a su amiga, concluyó que no tenía nada de malo que se divirtieran juntos.

Justo cuando él la iba a besar, Marisa le lanzó agua a la cara con la mano libre, lo que lo obligó a soltarla.

—Me las vas a pagar, pequeña zorra.

Se enzarzaron en un juego que parecía no tener fin. Marisa se alejó nadando hacia la islita, y el la siguió por el lado con brazadas ágiles y mucho más técnicas que las de su compañera de juego. Pablo llegó primero, salió del agua y la ayudó a incorporarse, cogiéndole la mano. Apenas esta estuvo fuera, la cargó sobre el hombro y corrió hasta los árboles.

—¡Bájame! —chilló entre risas.

—Nadie te va a escuchar desde aquí —dijo mientras la apoyaba contra un árbol.

La bajó despacio, rozando sus cuerpos de manera intencional, pero no le permitió apoyar los pies en el suelo. Ella pareció leer sus pensamientos, porque le envolvió las caderas con las piernas y luego lo besó con urgencia. Marisa podía no ser una gran belleza, pero sabía cómo excitar a un hombre, y besaba de maravilla. Ni siquiera se lo pensó. Le correspondió en un beso tórrido, cargado de erotismo; y su cuerpo, que ya estaba listo desde antes de llegar al árbol, pareció excitarse aún más, a causa de la humedad.

—No tengo condones aquí —le dijo él entre beso y beso.

—No los necesitamos ahora —le contestó con una sonrisa lobuna mientras ponía los pies en el suelo y descendía hasta arrodillarse frente a sus caderas.

Pablo visitó el cielo en cuestión de unos pocos minutos.

***

Media hora después, Pablo y Marisa regresaron junto al grupo. Estaba comenzando a atardecer y a refrescar. Se metió en su tienda y se quitó la ropa. Eduardo, que se encontraba recostado sobre su saco de dormir, escuchando música con su *walkman,* se quitó los audífonos y le preguntó:

—¿Dónde estabas?

Pablo le sonrió mientras se ponía un calzoncillo limpio que cogió de su bolso.

—Con Marisa, desfogándome.

—¿Te acostaste con Marisa? —quiso saber elevando una ceja—. ¿Acaso te gusta?

—No tenía condones, así que hicimos otras cosas casi igual de placenteras; y no. No me gusta, aunque debo admitir que sabe cómo excitar a un hombre. Tú deberías saberlo, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Porque te la tiraste el año pasado —se explicó mientras se colocaba los *jeans* y se cerraba el cinturón.

—No me la tiré.

—Vamos, amigo. Recuerdo como si fuera hoy cuando llegaron todos mojados y con la ropa desarreglada, una noche en que estuvimos en la islita.

—No pasó nada entre nosotros. Solo nos besamos —respondió Eduardo, esquivando la mirada.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó con incredulidad—. ¿Y se puede saber por qué no te acostaste con ella, si te acosó todo el verano?

—Porque la que me gustaba era Amelina, no Marisa.

Pablo soltó una carcajada que pareció molestar a su amigo.

—Lo siento, amigo, pero Amelina solo tiene ojos para Hugo. ¿Todavía te gusta?

—Eso da igual. Yo no le gusto a ella.

—Ninguno de nosotros en todo caso —coincidió con él.

Cogió un paquete de cigarros y encendió dos a la vez. Uno se lo tendió a su amigo.

—¿Vas a acostarte con Marisa? —preguntó Eduardo luego de que pasaran varios minutos de silencio.

—Oh, sí. —Sonrió—. Ya lo creo que sí.

***

Estaba anocheciendo y la temperatura había descendido varios grados. No como para sentir frío, pero los suficientes como para ponerse alguna chaqueta delgada. Carlos odiaba a los zancudos. Cada vez que iba a Rapel con su madre, estos se ensañaban con él. Durante el verano anterior, luego de tener más de cincuenta ronchas repartidas por todo el cuerpo, tuvo que ir al doctor para que le recetaran alguna crema para las picaduras. Su madre, una mujer que lo sobreprotegía en extremo —a causa de su enfermedad—, se había encargado, esta vez, de proveerle un *spray* repelente de insectos. Hasta el momento, parecía funcionarle bien.

Se roció con el producto por todo el cuerpo, y contuvo el aire cuando se aplicó en el rostro y en el cuello. El líquido olía fatal y le ardían los ojos de tan fuerte que era. Descorrió el cierre de la puerta de la tienda y del mosquitero, y ventiló el interior entre toses. Luego los volvió a cerrar. Al final, sí dormiría solo en una tienda de campaña, aunque en el fondo lo prefería así. Cogió el pequeño botiquín donde guardaba la insulina, se midió el nivel de glucosa pinchándose uno de los dedos, y luego de obtener el resultado, se inyectó en el abdomen con la dosis requerida para mantenerse dentro de los niveles normales. A veces jugaba a acertar el número que le indicaba el aparato, antes de que este se lo revelara. Por lo general, no distaba tanto del resultado. Ya se conocía lo suficiente como para saber si necesitaba inyectarse o no, y en qué cantidad.

Guardó sus cosas, se abrigó con una chaqueta, la que también aprovechó de rociar con el repelente, y cogió la guitarra. Se aferraba al instrumento como si fuese una extensión de sí mismo. Sabía que tenía un don para acariciar las cuerdas y para amenizar el ambiente con su voz. Era extremadamente tímido, y la imagen que tenía hacia su persona tampoco era la mejor, partiendo por el sobrepeso que parecía ser parte de toda su familia. No le gustaba ser gordo. Los gordos no tenían chicas; los gordos no eran aceptados en casi ningún grupo, y los gordos solían ser diana de bromas y sobrenombres que, en

ocasiones, eran bastante humillantes y dolorosos. Pero Carlos hacía la vista gorda la mayoría de las veces, en especial con Pablo. Gran cosa era que este grupo lo aceptara como uno de ellos y lo considerara parte del clan. Cuando reflexionaba acerca de su situación, siempre llegaba a la misma conclusión: que era preferible soportar los insultos que permanecer sin interactuar con personas así, con los que lo pasaba de maravilla la mayoría de las veces. Sus únicas dos amigas eran bonitas, en especial Amelina, quien, además, era gentil con él. Jamás en su vida se habría imaginado que una chica como esa lo considerara su amigo. A sus casi veinte años de edad, y ya estando en la universidad, Carlos todavía no besaba a ninguna chica, porque sabía que no era atractivo. Tenía pánico al rechazo de una mujer. No lo expresaban siempre con palabras, pero las miradas, en ocasiones, decían mucho más que unas cuantas frases sueltas. Sin embargo, en sus sueños, y soñaba harto —desde que era un adolescente—, se imaginaba que era ella con quien lo hacía por primera vez. Luego se avergonzaba de tener ese tipo de pensamientos y se deprimía por horas, incluso días.

Marisa también era su amiga, pero no le gustaba esa tendencia natural que tenía por dominar y manipular a los demás. Había percibido algo oscuro en ella de un tiempo hasta esta parte, aunque luego sacudía esos pensamientos, carcomido por la culpa y los remordimientos de juzgarla así. La justificaba, la gran mayoría de las veces, por la adicción que afectaba a su madre con el alcohol, y le perdonaba sus tonterías, las que no eran pocas.

Abandonó su refugio y se preocupó de dejar bien cerrados los cierres. Luego se encaminó en busca de sus amigos. Escuchó algunas risitas cerca del muelle, pero estaba oscuro y no veía con claridad. Creyendo que todos se encontraban allí, avanzó hasta visualizar una especie de frazada en el suelo, y dos personas recostadas de espaldas en ella. Eran Hugo y Amelina, quienes miraban las estrellas, probablemente, esperando ver alguna fugaz. Como no quería interrumpirlos, se giró y se dirigió hacia otro lado. No había nadie cerca. Se encogió de hombros y se internó entre los árboles hasta que escuchó un gemido ronco. Apenas si se veía nada, pero la luna alumbraba lo suficiente como para reconocer la silueta de dos personas, retozando sentados sobre un tronco. Reconoció a Pablo por el pelo rubio y ondulado, quien permanecía dándole la espalda. Marisa estaba montada sobre él, gimiendo y balanceándose con movimientos ondulatorios. Estaba desnuda de cintura para arriba.

Su primer impulso fue alejarse de ellos y otorgarles intimidad, pero su cuerpo por completo se paralizó ante aquella escena. Lo más cerca que había estado de mirar a una chica semidesnuda, había sido en la casa de Pablo, cuando este le compartió una de sus revistas para que

se «entretuviera». Lo que tenía frente a sí era bien distinto. Las chicas de las revistas eran silenciosas, y los quejidos en aquellas páginas los podía reproducir solo en su mente. Marisa, en cambio, era ruidosa de verdad, y eso lo mantuvo anclado al piso.

Una curiosidad morbosa se apoderó de él. Los amantes se besaron con ansias, y entonces ella abrió los ojos y lo descubrió observándolos. Después le sonrió y se tocó uno de los pechos con su mano, como incitándolo. Aquello fue demasiado para él, quien, avergonzado por saberse pillado, desanduvo los pasos que lo llevaron hacia allí, casi corriendo. Carlos no se consideraba ningún depravado ni voyerista, y huyó despavorido por lo que su cuerpo experimentó ante lo que sus ojos habían presenciado a tan solo unos metros de distancia. La guitarra que llevaba en la mano iba chocándose con el follaje de los arbustos, pero no le importó. La mortificación que sintió fue tan grande que los ojos se le humedecieron, de pura vergüenza.

—¿Acaso viste un fantasma? —le dijo Eduardo, sobresaltándolo.

Fumaba un cigarrillo y Carlos centró su atención en la luz que desprendía el tabaco al consumirse. Agradeció la oscuridad, porque así, Eduardo no podría presenciar el azoro que se había apoderado de él, en forma de lágrimas.

—Un perro —titubeó—. Me ha dado un susto de muerte.

Eduardo soltó una risa y le pasó el brazo por encima del hombro con camaradería.

—Vamos por un trago, guatón. Seguro que con eso se te olvida el perro.

Se dejó arrastrar hasta la mesa. Bebió alcohol y hasta le dio una calada al cigarro. Le asqueó el sabor del tabaco, tosió y se lo devolvió a su amigo. Era la primera vez que lo probaba. Sin embargo, en lo único en que podía pensar en aquel instante, era en lo que había presenciado de manera casual; o, mejor dicho, en lo que su cuerpo experimentó con aquella visión.

8. Sed de venganza

Actualidad. 28 de diciembre de 2005, Santiago de Chile
Hospital San Andrés

No había pasado ni siquiera una semana desde que su padre falleciera, y Amelina ya estaba de regreso en el hospital. La inactividad y el exceso de tiempo libre la mantenían sumida en un estado melancólico con el que le costaba lidiar en casa. Durante las noches, no conciliaba el sueño con facilidad, y se despertaba abrigada por el cansancio y una turba de recuerdos, que solo conseguían asfixiarla. Harta de sentirse así, esa misma mañana llamó a su jefe y renunció a los días de duelo que él le había proporcionado con tanta gentileza. Estaba convencida de que si regresaba de inmediato al trabajo, con mayor prontitud reanudaría la normalidad de su vida, conviviría mejor con la pérdida y pondría en orden sus emociones, las que, a su juicio, ya se hallaban por completo desatadas en su interior.

Alguien golpeó la puerta de su consulta. Amelina levantó la vista de la ficha del paciente en la que se mantenía inmersa y gesticuló para decir «adelante», pero antes de que alguna palabra abandonara su boca, Alejandro cruzó la puerta.

—Me dijeron que estabas sin pacientes —se justificó acercándose hasta encontrarse a un metro de su escritorio—. ¿Cómo estás?

Amelina no lo veía desde el día del funeral de su padre. Tampoco habían hablado después, lo que agradeció. Ni siquiera se había acordado de él. Ser consciente de eso, hizo que reforzara la idea de haber hecho lo correcto al dejarlo. Lo observó con agudeza y se percató de la tensión de su cuerpo, como si verla y hablarle implicaran un gran esfuerzo por su parte.

—Bien —se limitó a responder en un tono monocorde—. Ha sido una semana difícil, pero me siento mejor.

—¿Y no estarías más a gusto descansando en casa?

—No. Necesito distraerme. Me estaba volviendo loca sin actividad.

Se hizo un silencio incómodo para ambos, que segundos después fue roto por él.

—Bueno. Si necesitas cualquier cosa…

—Alejandro —lo interrumpió—. Estaré bien.

Este asintió y se giró para abandonar la consulta. Muy en el fondo, ella agradeció que desapareciera de su vista, no porque le molestara su presencia, sino que no tenía energías para lidiar con ninguna emoción que la hiciera sentir culpable, o algún tipo de remordimiento por no corresponder a sus sentimientos.

Regresó a la ficha médica en la que minutos antes estuvo inmersa, y centró su atención en la medicación que había ingerido el paciente cuando llegó a urgencias con arritmia y la presión arterial por las nubes: anfetaminas. Un pensamiento se filtró en su cabeza de manera fugaz, aunque persistente en permanecer allí, navegando a sus anchas en su mente. En su pecho germinó una semilla que llevaba tiempo allí, adormecida. Muy en el fondo, reconocía que esta no era buena si nacía de la venganza, pero estaba ahí, esperando su momento para brotar, acechándola.

Dejó la ficha encima de la mesa, llamó al técnico y lo citó en su consulta de inmediato. A los pocos minutos apareció Juan.

—Toma asiento, Juan —le indicó con amabilidad.

El técnico debía rondar los treinta años de edad, utilizaba anteojos y tenía algo de sobrepeso. Era soltero y todavía vivía con su madre, la que estuvo a punto de morir a causa de un infarto, hacía poco tiempo atrás. En aquella ocasión, y por el afecto que le guardaba a su hijo, Amelina se hizo cargo de su atención, y también de los costos médicos. Si antes de eso, Juan ya tenía una buena opinión de ella como persona; después sus respetos aumentaron considerablemente. Siempre atendía a sus requerimientos con la mejor disposición y alegría, y la mayor de las confidencialidades.

—¿En qué le puedo servir, doctora? —dijo, solícito.

—Primero que nada, quiero agradecerte por la ayuda que me has brindado estos días. Y también quiero disculparme.

—¿Y de qué se disculpa? —quiso saber, confundido.

—Verás, Juan. —Se reclinó hacia atrás en la silla—. No estás obligado a buscar información por mí. Sé que es delicado y muy injusto para ti. Lo que menos deseo es meterte en problemas.

—Mire, doctora —la interrumpió él con una sonrisa—. Yo, por usted, soy capaz de hackear la *NASA* si me lo pide. Y no me está metiendo en ningún problema, se lo aseguro. Ni siquiera se imagina lo fácil que es para mí acceder a información privada. Lo que usted me ha pedido no tiene nada de complicado.

—Pero no quiero que te sientas obligado a hacerlo.

—Nadie me obliga, doctora —le aclaró—. Si usted no hubiese ayudado a mi madre, incluso así le haría el favor. No es solo por eso. Lo hago porque quiero, y no espero nada a cambio. Se lo aseguro.

—Lo sé, y quiero darte las gracias. —Carraspeó con algo de nerviosismo antes de continuar—. Te he pedido información sobre ciertas personas que en su momento estuvieron ligadas a mi vida.

—No tiene que darme explicaciones. Usted pida, yo hago. Si requiere conocer algo más turbio de ellos, o alguna manchita que puedan tener por ahí, dígamelo. Sabe que puede confiar en mí.

—Te pagaré.

—De ninguna manera —dijo negando con la cabeza, como si hubiese dicho una barbaridad—. La ayuda que usted me dio cuando no tenía un peso, y mi madre lidiaba entre la vida y a muerte no tiene precio, doctora.

—Pero ¡es tu tiempo, Juan!

—La corrijo —protestó este con una sonrisa—. Es mi pasatiempo. Además —dijo acompañando estas palabras con un ademán de manos—, no me tardo nada en conseguir lo que quiero, y no lo tome como falta de humildad, pero soy bueno en esto. No hago mal uso de la información, ni gano nada con ello, aparte de la satisfacción de saber que puedo hacerlo.

Amelina le agradeció con un gesto de cabeza.

—Bueno, Juan, esto es lo que necesito de las personas de la lista que te entregué. Conocer cada una de sus fortalezas y debilidades, ya sean de tipo financieras, médicas o que guarden relación con sus vidas privadas. Gimnasios que frecuentan, lugares favoritos para cenar, pasatiempos, vicios, etc. Cualquier cosa que encuentres me ayudará para lo que estoy buscando.

—Delo por hecho.

—Gracias, Juan. Y ya sabes, si necesitas cualquier cosa para ti o para tu madre, no dudes en pedírmelo. —Antes de que este dijese nada, quiso explicarse—. Juan, sé que te debe parecer extraño lo que te estoy pidiendo. Es complicado, pero es algo que necesito saber. Es que… No sé cómo explicarlo.

—No diga nada, doctora —la cortó levantando una mano—. A mí no me debe ninguna explicación. Usted pida, yo hago. Es todo lo que necesito saber. ¿Algo más?

—Eso es todo —dijo, aliviada por no tener que explicarse—, y gracias otra vez.

Juan regresó a sus labores, y Amelina se reclinó en su silla, sintiendo una especie de deleite recorriéndole el cuerpo. La expectación, la necesidad de tener información que pudiese jugar a su favor, pensó, era el primer paso para dar inicio a la sanación de sus heridas.

Una hora después, Amelina bajó a la cafetería del hospital. Necesitaba ingerir cafeína y tomarse un pequeño descanso, pero nunca alcanzó a llegar. Un alboroto en Urgencias le hizo saber que algo grave estaba pasando allí. Las enfermeras corrían de un lado a otro mientras empujaban las camillas hacia el patio de las ambulancias; los gritos, el llanto y el movimiento inquieto en aquella enorme sala le arrebataron los últimos resquicios de paz al ambiente que se respiraba dentro. Todo indicaba que se había producido un accidente múltiple, de esos que sacuden la estabilidad física y emocional de las personas, y que dejan huellas imborrables en la memoria; ya que la cantidad de

pacientes lesionados que ingresaban, con distintos niveles de gravedad, aumentaban de manera considerable a medida que pasaban los minutos.

Amelina desvió la ruta e ingresó en Urgencias para ayudar. Una de las secretarias se le acercó corriendo y la puso al día.

—Doctora, se ha producido una explosión de gas en un edificio, y aún no llegan todos los heridos.

—¡Necesito guantes! —pidió con premura.

Una vez los tuvo puestos, se apresuró en atender a un joven que cojeaba y respiraba con dificultad. A ese le siguieron varios más, hasta que escuchó que la llamaban para que viera a una chica, que nada tenía que ver con el accidente en cuestión, y que había llegado inconsciente al hospital. Un hombre grande, que debía ser su padre —pensó Amelina—, ingresó a Urgencias con ella en brazos, gritando desesperado por ayuda. Amelina se aseguró de que la última paciente que había atendido, quedara con la asistencia del personal de enfermería. Después, se hizo cargo de la recién llegada.

—¡Recuéstela en la camilla! —exigió al hombre, indicándole con la cabeza.

En una fracción de segundo, evaluó la condición general de la joven, observando su menudo cuerpo inerte y la palidez de su rostro. Concluyó que debía rondar los quince años de edad. No se observaban heridas a simple vista, pero todo le indicaba que la muchacha había sufrido un paro cardiopulmonar.

Amelina se montó en la camilla sobre las piernas de la chica, e inició la maniobra de reanimación mientras dos enfermeras las conducían al quirófano casi corriendo, por si era necesario abrir el esternón para reanimar el corazón. El padre les seguía detrás, hasta que llegaron a la zona restringida, donde no le quedó otra que esperar fuera y rezar. Una vez que se detectaron los primeros latidos, Amelina solicitó la realización de una serie de exámenes, dentro de los cuales, algunos eran toxicológicos. Era extraño que una chica tan joven presentara episodios como ese, salvo que tuviera alguna patología cardíaca o hubiese consumido algún tipo de sustancia ilícita.

Abandonó el quirófano, buscó al padre de la muchacha y se presentó como la doctora Meyer. Después conversó durante varios minutos con él. Necesitaba hacerle algunas preguntas que le arrojaran algún tipo de información. No fue mucho lo que consiguió averiguar con él, lo que lamentó. Según le comentó el padre de Matilde, la chica no consumía drogas de ningún tipo, ni tampoco tenía ninguna enfermedad de base que pudiera advertirle de que algo así podría suceder.

—¿Ha observado alguna conducta fuera de lo normal en su hija durante este último tiempo?

—Bueno. La verdad es que Matilde ha estado más deprimida de lo acostumbrado, pero creía que era lógico —admitió con el ceño fruncido—. Verá, doctora. Mi mujer falleció hace tan solo tres meses, y no ha sido nada fácil superar la pérdida para ninguno de nosotros.

—Lo lamento. Eso podría explicar el estado de ánimo de su hija. ¿Ha salido a fiestas o a reuniones con sus amigos estos días? —indagó.

Amelina no descartaba que Matilde se estuviera drogando. Muchos padres tenían la idea de que sus hijos eran unas blancas palomas, pero los hechos demostraban lo contrario.

—Sí. Hace dos noches me pidió permiso para ir donde Margarita, su mejor amiga. La verdad es que, desde que falleció mi mujer, Matilde sale a menudo de casa, y a veces regresa tarde. He sido más permisivo con ella, porque pensé que podía ser beneficioso que pasara tiempo con sus amistades.

—Entiendo.

—¿Qué fue lo que le pasó a mi hija, doctora? —preguntó suplicante, aferrado a la esperanza de recibir una respuesta alentadora—. ¿Se pondrá bien?

—Eso es precisamente lo que estamos intentando averiguar —le explicó en un tono tranquilizador—. Esperaremos los resultados de los exámenes. Apenas los tenga en mis manos, se lo haré saber. Lo importante es que ella está estable, recibiendo la atención y los cuidados necesarios para recuperarse. —Amelina se puso de pie, dando por finalizada la conversación—. Por favor diríjase al mesón para que puedan tomarle los datos y llenar unas fichas. Yo debo regresar.

—Gracias, doctora.

Amelina intuía que la condición de Matilde podría estar relacionada con algún tipo de depresión. Se le pasó por la cabeza que quizás la chica habría intentado quitarse la vida. Y de ser así, había estado a punto de conseguirlo.

***

Como ya se había normalizado la situación en Urgencias, Amelina se dirigió a la habitación de la muchacha. Quería cerciorarse de que esta se encontraba bien. Su padre esperaba afuera, a que finalizaran de prepararla. Una de las enfermeras estaba registrando los datos del monitor en una libreta, cuando la sintió llegar. La miró con el ceño contraído, y le dijo:

—Doctora Meyer, hay algo que debo mostrarle. —Amelina supo de inmediato, por el tono de voz con que pronunció aquellas palabras, que lo que tenía que informarle no era nada bueno.

—De qué se trata.

—Mire esto. —La enfermera descubrió la ropa de cama y luego subió la camisola de la chica hasta la cintura, quien permanecía todavía bajo los efectos de un sedante.

Unas marcas moradas se apreciaban en la zona púbica, muslos y caderas de la muchacha. Había rastros de arañazos profundos en la piel, como si la hubiesen forzado y ella se hubiese resistido. Le habían presionado los dedos con fuerza contra la piel, de seguro, para obligarla a mantenerse quieta. Las costras eran recientes, de no más de dos días. El impacto que provocó en Amelina aquella imagen, hizo que se tambaleara levemente, obligándola a sujetarse en la cama de la paciente. Sintió su corazón acelerarse sin control, y un sudor frío recorrerle la espalda. Podía reconocer los signos de un inminente ataque de pánico. Se concentró en respirar a un ritmo monocorde y en hacer a un lado aquellas imágenes, que llevaban tantos años atormentándola. La enfermera, ignorante del calvario que sufría por dentro, continuó señalando nuevas lesiones.

—Y mire como tiene los pechos —dijo descubriendo la parte de arriba de la camisola que le pusieron en el hospital, después de que la estabilizaran.

A primera vista, las marcas se correspondían a una agresión sexual. Incluso le habían mordido por el costado de uno de los senos, y tenía zonas amoratadas, como cuando se succiona con fuerza la piel hasta romper los capilares.

Revivió el momento en que un cuerpo se arrojaba sobre el suyo, lastimándola con su peso. Los arañazos en la cadera izquierda y el dolor punzante en su zona íntima la hicieron hiperventilar. Los ojos de Amelina se clavaron en las marcas de la muchacha, sacudiéndola por dentro. Podía sentir la ira apoderándose de ella, como una ponzoña ardiente que se negaba a abandonarla. La voz de la enfermera sonaba distante, como si ya no se encontraran en la misma habitación. Solo era consciente de los latidos de su propio corazón, que galopaba a un ritmo frenético dentro de su pecho.

—¡Doctora Meyer! Doctora, ¿se siente bien? —escuchó a lo lejos.

Poco a poco, como si hubiese estado inconsciente, comenzó a regresar a la habitación; a dar oídos al monitor cardíaco que permanecía conectado a la chica, y a escuchar la voz rebosante de preocupación de la enfermera, quien la observaba con gesto interrogante.

—Necesito sentarme, Marta. No me siento bien.

La enfermera la cogió del brazo y la ayudó a llegar hasta la silla. Una vez allí, le tomó las pulsaciones.

—Parece una descompensación. Le tomaré la presión —le informó mientras acercaba la máquina hacia ella—. Intente relajarse.

—No es necesario. Ya estoy mejor.

—Lo es, doctora.

Haciendo caso omiso de sus deseos, Marta le controló los signos vitales, y luego le pidió que permaneciera tranquila lo que quedaba del día. La tensión sanguínea había aumentado, no demasiado, pero los parámetros estaban por sobre lo esperado para una persona de su edad.

—He tenido un día difícil, Marta. Es todo.

—¿Por qué no se va a casa?

—No. Necesito estar aquí —le dijo con determinación—. Además, esta chiquilla me necesita. Lo que acabo de ver en su cuerpo, y creo que coincides conmigo, es una evidencia más que clara de que ha sido violentada. Me gustaría que algún ginecólogo le hiciera un reconocimiento, y también necesito ser informada cuanto antes del resultado de los exámenes toxicológicos.

—Me encargaré de ello personalmente, doctora.

Amelina se puso de pie. Tenía una conversación pendiente con el padre de Matilde, pero antes de hablar con él, esperaría el informe del ginecólogo. De confirmar lo que más se temía, debía dar parte a las autoridades pertinentes, porque, de haber sufrido una agresión sexual, se agravaba el acto por su condición de menor de edad.

Abandonó la habitación con prisas y se dirigió a su consulta, en donde se encerró con llave. Después, apoyó la espalda en la muralla y se dejó caer, hasta quedar sentada en el suelo. La visión borrosa le indicó que sus ojos se habían inundado con unas lágrimas que se había negado a expulsar de su cuerpo durante esos días. No pudo más y dio rienda suelta a un llanto desgarrador, catártico. Presenciar a esa niña agredida de aquella manera, la hizo rememorar su propia experiencia. Una experiencia que la obligó a mantenerse amparada en el miedo, en la desconfianza y en la imposibilidad de donarse por completo en una relación. Llevaba demasiados años sufriendo, mientras que el infeliz que la había lastimado, aún permanecía impune. El carrusel de emociones del cual se vio presa, reafirmaron su deseo por dar con el responsable de su propio calvario. Era tanta su rabia y frustración por lo de la chica y por ella misma, que alimentó su sed de venganza con la propia ira y su propio dolor. Llegaría hasta las últimas consecuencias, con tal de descubrir quién fue el maldito que le arruinó la vida para siempre.

9. Envidia

1985. Jueves 10 de enero, Lago Rapel
(Cuatro días antes de la agresión)

Los ronquidos de Carlos, quien dormía a unos cuantos metros de distancia, despertaron a Marisa de un humor de perros aquella mañana. Los excesos a los que había sometido su cuerpo durante la noche, y que no fueron pocos, le estaban pasando la cuenta y necesitaba volver a conciliar el sueño. Estaba amaneciendo y el frío matutino traspasaba las delgadas telas de la tienda de campaña que compartía con Amelina. Sintió los pies entumecidos, pese a llevar calcetines. Frustrada, se ovilló y se cubrió con su saco de dormir hasta la cabeza, pero le fue imposible volver a dormirse. «Gordo de mierda», pensó cuando escuchó el sonido rítmico de los ronquidos de Carlos. Abrió los ojos, más disgustada de lo que podía soportar, y se quedó un momento observando a la que siempre consideró una amiga, y que ahora solo conseguía despertar emociones negativas en ella. No podía negar su belleza; si hasta durmiendo parecía un ángel la muy infeliz, pero tampoco podía evitar sentir la cólera y la envidia carcomerla por dentro. La semilla estaba germinando en su interior con fuerza, y se alimentaba de su propia ira y de sus propios pensamientos. Para Marisa era demasiado difícil aceptar que Hugo no tenía ojos para ella. Cada vez que los observaba interactuar, besarse o reír juntos, su frustración crecía a pasos agigantados. Era la complicidad que se generaba entre ellos lo que más envidiaba. Hugo le gustaba, y mucho. Su naturaleza egoísta lo quería solo para ella. Quería ver en sus ojos aquella mirada que tenía otra destinataria. A Marisa jamás nadie la miró así, como si la amaran. Pero los hombres tenían una debilidad, y ella sabía bien cuál era.

Se levantó, cogió su saco de dormir y salió de la tienda, sin molestarse siquiera en volver a cerrarla. Después, se introdujo en la que compartían Pablo, Hugo y Eduardo. Se hizo espacio entre los dos primeros y se recostó. De inmediato sintió el calor de sus cuerpos traspasando la tela. Sonrió. Posó un brazo de manera intencional sobre la cintura de Hugo, quien dormía tan profundamente que ni siquiera advirtió su presencia allí. Detrás de ella, Pablo se reacomodó y le dio la espalda. Marisa tenía un solo propósito en mente, y con esa certeza, su cuerpo sucumbió al sueño.

Despertó cuando sintió la caricia de una mano sobre el rostro. Abrió los ojos y se encontró con la mirada de Pablo clavada a la suya.

—¿Se puede saber cuándo llegaste tú aquí? —dijo este con

picardía.

Marisa observó que Eduardo continuaba durmiendo, pero Hugo se había marchado. Tampoco estaba su saco de dormir. Se le agrió el ánimo y le dio un palmetazo a Pablo para que dejara de tocarla.

—Tenía frío —balbuceó con la voz enronquecida—. Déjame en paz.

Pablo se encogió de hombros, como si no le importara, y aquello le molestó aún más. Se levantó, furiosa, porque quería comprobar si su intuición era la acertada. Regresó hasta la tienda que compartía con Amelina, y entró en ella sin ninguna consideración en resguardar el sueño de sus ocupantes. Tal como pensaba, Hugo se había recostado junto a ella, y la abrazaba en un gesto protector; íntimo.

—¡Oh, lo siento! No sabías que tenías compañía, Ame —dijo en un tono rebosante de ironía.

Ambos la observaron confusos y todavía adormecidos, mientras ella se quitaba la ropa sin ningún tipo de pudor, y luego cogía prendas limpias de su bolso para cambiarse.

—¡¿Qué haces, Marisa?! —dijo con nerviosismo la rubia—. Hugo está aquí.

—¡Me importa un huevo! —respondió llevándose las manos tras el broche del sujetador, con intención de quitárselo frente a ellos—. O tal vez, a tu novio le guste mirar.

Arrojó el sujetador hacia una esquina, y Hugo desvió la vista, incómodo. Sintió deseos de sonreír cuando observó que Amelina se ofuscaba hasta ponerse colorada de ira.

—¡Basta, Marisa! Te estás poniendo en ridículo —le espetó con firmeza—. ¿Acaso no tienes vergüenza?

Marisa se regocijó, porque había conseguido desajustar su ánimo, tal como era su intención inicial.

—No. —Rio. Cogió una camiseta y se la puso sin sujetador, con el único propósito de incomodarlos—. Si Hugo va a estudiar medicina, no veo cuál es el problema. Además, no creo que estos sean los primeros pechos que ve.

Abandonó la tienda con satisfacción. Había conseguido dejarlos con la palabra en la boca, y se regocijó cuando notó que le agriaba el ánimo a la que, alguna vez, consideró su amiga.

***

Apenas tuvo oportunidad de abordarla, Hugo se acercó a Marisa y la cogió por el brazo, llevándola casi a rastras hacia la orilla del lago. Una vez se cercioró de que no había nadie cerca, la espetó:

—¡¿Qué mierda te pasa con Amelina, Marisa?! ¡¿Y qué fue ese numerito que montaste en la tienda?!

Estaba furioso con ella. De un tiempo a esta parte, había observado

en Marisa reacciones que no le gustaban nada, sobre todo cuando se dirigía a Amelina.

—Lo siento, Hugo. Tienes razón —se disculpó cuando se percató de su enojo—. No debí hablarles así.

La miró con detención, intentando hallar algún atisbo de ironía en sus palabras, pero no lo encontró, aunque no se fiaba demasiado de ella.

—Deberías disculparte con Amelina. Ella no se merece que la trates así, como si la despreciaras. —Esta vez reguló el tono de su voz.

—Lo sé y lo lamento. Es que, bueno. Pasé muy mala noche, y cuando no duermo bien, mi ánimo cae en picada —se justificó.

Ella le cogió la mano y se la presionó, rogándole que la perdonara. Parecía sincera, como si de verdad reconociera que se había propasado con ellos, en especial con Amelina.

—Si tienes algún problema con Amelina o conmigo, deberías decírnoslo.

—Tienes razón. No te enfades conmigo, Hugo. Sabes que te tengo mucho aprecio, y no me gustaría que… —Marisa se cubrió la cara con ambas manos y se largó a llorar, desconcertándolo. Ella siempre se mostraba fuerte, y muy segura de sí misma. Verla así, tan vulnerable, lo descolocó de tal manera que deseó no ser él el receptor de aquel arrebato emocional. Y como no supo qué decir, se acercó a ella y la abrazó para contener su tristeza—. Lo siento, Hugo.

—Tranquila. Está bien, no llores. —Hugo vio a Amelina acercársele con una pregunta silenciosa en el rostro. Él se encogió de hombros, ya que no sabía de qué manera explicarle la situación. Le hizo un gesto para que se les aproximara—. Marisa. Aquí está Amelina. Habla con ella.

Marisa se zafó de Hugo y lloró sobre el hombro de su amiga ahora, mientras le pedía perdón por la manera en que la había tratado. Ella estaba tan sorprendida como él. Una vez se calmó, se limpió las lágrimas con las manos y les destinó a ambos una sonrisa débil.

—Ya estoy mejor. Lo siento.

—Las dejo para que puedan conversar.

Hugo regresó al campamento, aliviado de poder deshacerse de aquella situación tan embarazosa. Odiaba ver a las mujeres llorando, pero más le incomodaba que fuese Marisa quien se derrumbara frente a él. Cuando había despertado por la mañana, sintió como esta le acariciaba el abdomen por encima del saco de dormir. No era un movimiento inocente, y menos proviniendo de ella, que solía tocar e incitar más de lo que era correcto hacerlo. No tenía que verla para saber que se encontraba acostada detrás de él, porque utilizaba un perfume dulce, que de inmediato la delataba. Lejos de sentir excitación, se incomodó. Se levantó con cuidado de no despertar a

nadie, tomó su saco y se marchó a la tienda donde dormía Amelina. Allí se tumbó a su lado, libre del acoso que Marisa se había empeñado en hacerle.

Entró en la tienda de las chicas para coger su saco de dormir, cuando observó el frasco de pastillas que, días atrás, se le habían caído del bolso a Marisa, y que esta se apresuró en esconder. Movido por la curiosidad, leyó la etiqueta con detenimiento y frunció el ceño, preocupado. Se preguntó por qué demonios andaba con *diazepam*. Lo abrió, contó la cantidad de píldoras que contenía dentro, y luego tapó el envase y lo regresó a su sitio, sin dejar de darle vueltas antes a una idea en su cabeza. Como una manera de encontrar respuestas, pensó que, quizás, se las había quitado a su madre, pero ¿para qué? ¿Para drogarse? De ser así, Marisa estaba jugando a un juego muy peligroso.

***

Hugo se reunió en la islita con sus amigos por la tarde. Amelina había invitado a Marisa a almorzar con sus padres en su casa, y todavía no regresaban. Pablo se había fumado un *pito* de marihuana, y permanecía recostado hacia atrás en la silla de madera. La mirada algo perdida y enrojecida le indicaron a Hugo que su mente se encontraba divagando en cualquier lugar. A pesar de ello, no perdía ocasión de molestar a Carlos, quien, en un par de ocasiones, dejó entrever que no le parecía tan gracioso ser siempre el objetivo de aquellas bromas. «Amigos por las circunstancias», reflexionó mientras observaba a cada uno de ellos. Era cierto que se habían generado vínculos desde la infancia, incluso con Eduardo, quien se integró de los últimos al grupo. Pero, a medida que pasaban los años, se daba cuenta de que sus intereses distaban de ser los mismos que el de los demás, y que, mientras más adultos se volvían, más grande era la brecha que los distanciaba. Los escuchaba hablar siempre de los mismos temas; de viajes, del último vehículo que habían adquirido sus padres, y de mujeres. Y no es que a él no le interesaran esas cosas, sino que era la manera en que lo decían lo que le incomodaba, como si fuese lo único que consiguiera darles felicidad, pasando por alto una serie de otros asuntos que, a su juicio, eran de mayor relevancia.

Hugo creció bajo el amparo de una familia conservadora y tradicional, en donde los valores morales y las cuestiones éticas eran fundamentales para formarse como un ser íntegro, y así aportar de una manera activa y en pro del bien común dentro de la sociedad. En ese sentido, se sentía en ventaja en cuanto a la educación que había recibido, y estaba muy agradecido por ello. De Pablo no podía decir lo mismo, ya que vivía según sus propias normas; y su familia, pese a poseer muchísimo dinero, le había negado a sus hijos no solo los afectos, sino que también la posibilidad de educarse en valores. Era

inevitable que las cosas materiales perdieran importancia luego de un tiempo. Hugo se lamentaba por él, pero comprendía su manera de ver la vida y sus motivaciones, porque conocía su realidad familiar.

De los demás no era mucho lo que podía decir, salvo que Eduardo tendía a dejarse arrastrar por la masa como una manera de probarse algo, aunque no tenía claro el qué. Sus padres eran estrictos, y daba la impresión de que este hijo en particular, hacía muchas cosas buscando su aprobación, como si temiera defraudarlos.

Carlos era otro cuento. Bueno, honesto y tranquilo. Sus inseguridades dejaban entrever que era dueño de una bajísima autoestima, fruto también de su excesivo peso corporal. Tener una madre sobreprotectora no ayudaba demasiado. Sin embargo, se reconocía talentoso con la guitarra, y gozaba de una voz privilegiada, la que sabía aprovechar a su favor.

—Ahí vienen las chicas —comentó Eduardo.

Por un momento, Hugo se sintió celoso de él. Sabía que este se sentía atraído por Amelina desde hacía tiempo, aunque no se lo hubiese dicho. Era la manera en que la miraba lo que lo había delatado.

—¡Qué suerte tienes, Hugo! —dijo Pablo mientras centraba la atención en su chica—. Amelina está buenísima. ¿Ya te acostaste con ella?

A Hugo le incomodó la pregunta, y mucho más porque se trataba sobre Amelina.

—No es asunto tuyo. Preocúpate de tu chica, y a mí déjame en paz.

—Marisa no es mi chica —dijo riendo—. Solo me acuesto con ella. La muy zorra sabe bien el cómo complacer a un hombre.

Molesto por la manera en que se refería a las mujeres, Hugo se puso de pie, dispuesto a alejarse de allí. Cogió a Amelina de la mano, y se encaminó con ella hacia una de las lanchas. No deseaba compartirla, necesitaba intimidad.

—¿Demos un paseo a solas? —le propuso.

—Me encantaría.

Subieron a la lancha y se alejaron por el lago hasta encontrarse rodeados solo por la naturaleza. No había nadie que pudiera observarlos ni escucharlos. Hugo apagó el motor y se sentó junto a ella, ansioso por besarla. Ella le correspondía de la misma manera, como si el encuentro de sus bocas no fuese suficiente. Hugo notó la respuesta de su cuerpo ante aquel instante de intimidad, y se aventuró a dar un paso más. Se reclinó sobre ella, juntando sus cuerpos, y recorrió con una de sus manos el contorno de uno de sus pechos. La excitación lo cegó y se dejó llevar, ansioso por sentirla contra su erección, sin medir ninguna consecuencia. Fue entonces que Amelina lo detuvo, devolviéndolo a la realidad de golpe, empujándolo con

suavidad por los hombros.

—Detente, Hugo —dijo con voz suplicante—. No estoy lista para esto todavía.

—Lo siento —susurró avergonzado. Por unos segundos se perdió en sus sensaciones y se dejó llevar. Ahora, que había recuperado parte de la cordura, se dio cuenta de su error. Se recriminó por su torpeza—. Perdóname, Meli. Solo quería estar contigo y se me fue de las manos.

Ella se relajó y le acarició la mejilla con afecto.

—No te disculpes. A mí también me ha gustado, pero no estoy lista para dar un paso como ese todavía. Aún no.

—Tienes razón. He sido un insensato. —La abrazó y apoyó los labios en su cabeza—. ¿Quieres regresar?

—No. Me gusta estar contigo a solas.

Hugo todavía se sentía mortificado por no haber podido contenerse. Sus sentimientos hacia Amelina, sumado a la respuesta de la que era preso su cuerpo cuando se encontraba junto a ella, lo llevaron a sobrepasar unos límites que él mismo se había impuesto, porque era lo que correspondía hacer. Optó por cambiar de tema y volver a un terreno más seguro, aunque menos agradable.

—¿Te fue bien con Marisa?

—Sí, aunque estoy preocupada por ella —confesó con la mirada entristecida—. Ha cambiado mucho. Las cosas en su casa no deben estar muy bien, porque, cada vez que sale el tema de su madre, habla pestes sobre ella, como si la odiara. Es como si Marisa albergara solo amargura dentro.

—Lo sé. No debe ser fácil crecer con una mujer que lidia con el alcoholismo día a día —dijo empatizando con ella.

—Me da pena esa mujer. No es una mala persona. Conmigo siempre ha sido muy cariñosa. Pero está demasiado rota por dentro. Marisa no lo ha pasado nada bien con ella.

Amelina se guardó para sí lo que iba a decir. Hugo la conocía lo suficiente como para saber que no se sentía cómoda con el rumbo de sus pensamientos. Así que la incitó a continuar.

—Dime lo que en realidad te preocupa, Meli. —Le cogió la barbilla con un dedo, hasta leer en el interior de sus ojos.

—Creo que Marisa me envidia; que tiene rabia porque tú estás conmigo y no con ella. Sé que le atraes. Cada vez que puede, aprovecha para tocarte o rozarte —admitió con pesar—. Lo de esta mañana era una provocación hacia mí, pero también quería tentarte. Es por eso que se desnudó delante de ti.

—Meli. —La besó en los labios—. Con ella no me pasa nada, no me gusta. Además, yo sería incapaz de engañarte.

—Lo sé. El problema es que no creo que ella lo tenga tan claro. Hoy se ha deshecho en disculpas, y con toda honestidad, no me

parecen del todo sinceras. Marisa es inteligente y sabe bien cómo jugar sus cartas para conseguir lo que quiere. Solo te pido que tengas cuidado con ella, y que no te dejes engatusar.

—¿Estás celosa, mi pequeña mariposa? —preguntó con una sonrisa de satisfacción.

Amelina se rio con el apelativo cariñoso.

—Un poco —reconoció.

—Haremos lo siguiente —dijo mientras se inclinaba hacia atrás y la abrazaba hasta apoyar su cabeza contra su pecho—. Tú y yo pasaremos más tiempo juntos. Así, tú tampoco corres riesgos de que Eduardo te ponga los ojos encima.

—También estás celoso.

—Me has pillado. Lo estoy —comentó riendo y mirando hacia el cielo. Luego de unos segundos, dijo—: ¿Puedo hacerte una pregunta? Es que me preocupa otro asunto con Marisa.

Amelina se incorporó para poder mirarlo a los ojos mientras hablaban.

—Qué quieres saber.

—¿Te has dado cuenta de que Marisa trae consigo un frasco con *diazepam*?

—Sí. Me he dado cuenta —afirmó Amelina—. También la he visto tomarlas, pero cuando le he preguntado qué son, ella me dice que es un medicamento para el dolor de cabeza.

—Es *diazepam*. Hoy, cuando fui por mi saco de dormir, las vi sin querer.

—Lo sé. Yo también me había dado cuenta. Y si le pregunto al respecto, se molesta —se sinceró mientras se recostaba en su pecho otra vez—. Ya sabes cómo es. Solo espero que no lo vuelva un hábito. Son peligrosas si se toman sin una orden médica.

—No sacamos nada con decírselo. Ella, al final, siempre hace lo que quiere —concluyó Hugo.

Se quedaron mirando el cielo mientras la lancha se movía con el vaivén del agua, hasta que sintieron el sonido de otra embarcación acercándoseles. Amelina fue la primera en incorporarse.

—Se acabó la paz —dijo con resignación—. La lancha de Pablo viene directo hacia nosotros.

—Era demasiado perfecto para ser cierto —dijo antes de besarla.

10. El gordo

1985. Viernes 11 de enero, Lago Rapel
(Tres días antes de la agresión)

Carlos estaba alejado del grupo, sentado cerca de la orilla del lago, porque necesitaba concentrarse para componer una canción. Quería dedicársela a su amiga Amelina para su cumpleaños. Le había costado avanzar con la letra, ya que sus niveles de azúcar en la sangre no habían estado muy estables esos días. Se había empeñado en hacer dieta y poder perder peso de una vez por todas. Si bien se reía cuando era el objetivo de las bromas de sus amigos, no le gustaba que su gordura fuese siempre el motivo de estas. Bastante tenía que lidiar ya con su malograda autoestima.

Cuando pensaba en Amelina, su corazón se inundaba de ternura. Con cuánto cariño lo había tratado ella siempre, como si lo quisiera, aunque no de una manera romántica. Además, pensó, era imposible que una belleza como esa se permitiera sentir algo de esa índole por alguien como él. Amelina era inalcanzable para hombres cuyo volumen era superior a lo socialmente aceptado. Se repasó con la mirada el cuerpo, y sabía que la pesa marcaría las tres cifras, y no dos como debería ser. Suspiró, afligido. Debía dar gracias al cielo de que ella, una chica de tamaña categoría, lo mirara siquiera a los ojos y le dirigiese la palabra.

Carlos siempre aprovechaba los momentos en que nadie lo observaba para deleitarse con su belleza, pero no tan solo la miraba por eso. Era lo que proyectaba lo que lo hacía disfrutar más. Su aura angelical, aquella que parecía intensificarse cuando sonreía, lo sometía en un estado de plenitud que pocas personas conseguían. Sabía que no era amor, sino que se trataba del goce de admirar la belleza en el estado más puro, inalcanzable, casi celestial, lo que le provocaba satisfacción. Solo en sus sueños divagaba con ella, permitiéndose cumplir sus fantasías más ocultas, pero estas eran solo eso; el producto de una desbordante imaginación.

Perdido en sus divagaciones, se preguntó si algún día él tendría la posibilidad de experimentar aquello que abundaba en su cabeza como algo real. Lo dudaba; mientras no perdiera los kilos que le sobraban, podía conformarse con satisfacer sus anhelos únicamente en el mundo onírico, del cual caía preso con más frecuencia de lo que quisiera.

Miró la hora de su reloj y se sobresaltó. Era cerca del mediodía y su madre lo estaría esperando para almorzar. Se levantó con dificultad y cogió la guitarra y el cuaderno con las anotaciones. Apenas si había

conseguido crear algo, de tan perdido que se encontraba en sus reflexiones. Luego, caminó deprisa hacia su casa mientras en su mente se las ingeniaba para conseguir evitar comerse todo lo que le pondrían en el plato, sin levantar sospechas de que se estaba privando de alimento para adelgazar. A su madre eso no le gustaría. Él sabía que era peligroso para su salud, debido a su condición de diabético, pero sus ansias por aceptarse cuando se miraba en un espejo eran mayores, y sus miedos pasaban a un segundo plano. Desde que había sorprendido a Marisa y a Pablo teniendo relaciones, supo que, mientras continuara siendo un gordo, nunca conocería lo que era intimar con una mujer.

Estaba a punto de llegar a la entrada de su casa, cuando escuchó que alguien lo llamaba. Era Marisa.

—Espera, ¿vas al baño que tienes tanta prisa? —le dijo ella con una sonrisa divertida cuando lo alcanzó.

Vestía unos *short* desgastados por el uso y una blusa corta, que se había anudado a la altura de las costillas, dejando a la vista su ombligo. Carlos tragó saliva. Desde que la viera desnuda, que se sentía cohibido a su lado.

—Mi madre me espera a almorzar.

—¿Me invitas? —le dijo en un tono de súplica—. No quiero ir a casa.

La miró de arriba abajo, sopesando qué hacer. Marisa mostraba demasiado, y no estaba seguro de que a su madre eso le gustara. Como si le hubiese leído el pensamiento, ella agregó:

—Puedo taparme —dijo mientras se soltaba el nudo de la blusa, dejando cubierta toda su piel—. Y puedes prestarme tu chaqueta para cubrirme el trasero.

—Está bien.

Se deshizo de su prenda y se la tendió. Ella se la ajustó a la cintura y sonrió complacida.

—¿Qué cantabas?

—Estoy componiendo una canción para Amelina. Es para su cumpleaños.

—Ah. Es cierto. ¿También te gusta? —preguntó con una sonrisa divertida que le molestó.

—Es mi amiga, es todo. Y no. No me gusta —respondió con irritación.

—No te enfades —dijo palmeándole el brazo en un gesto amigable—. Estoy bromeando. Es que ella parece gustarles a todos los hombres.

Ingresaron a la propiedad. La casa, de estilo chilena, era grande y tenía un bonito antejardín con flores. Un jardinero se encontraba justo desmalezando los rosales. Carlos lo saludó con un gesto de la cabeza,

y luego abrió la puerta principal con su llave.

—¡Guau! —exclamó Marisa cuando este le cedió el paso—. ¿Cómo es que nunca había entrado yo aquí? Tu casa es muy bonita, Carlos.

—Gracias. —Se encogió de hombros y cerró la puerta—. Siempre nos juntamos donde Pablo.

—Ya, pero este sitio es espectacular —agregó Marisa mientras recorría con la mirada las vigas de madera en el techo y la decoración rústica del salón principal.

—¿Llegaste, cariño? —quiso saber su madre, deteniéndose de golpe al notar que se encontraba acompañado por su amiga—. Hola, Marisa.

—¿Cómo está, señora Judith? —Se le acercó y le dio un cálido abrazo, que conquistó el corazón de su madre de inmediato—. Su casa es preciosa.

—Muchas gracias —le respondió con una sonrisa de satisfacción—. Yo misma la decoré.

—Pues, le ha quedado soñada.

—Mamá, he invitado a almorzar a Marisa.

—¡Qué bueno, hijo!, porque justo tengo que salir, y así no comes solo. ¿Te mediste los niveles de azúcar?

—Estoy bien.

—Le avisaré a Rosi para que les sirva a ambos en el comedor. Siéntete en tu casa, querida. Yo debo atender un cliente.

Se despidió de ambos y Carlos se sintió aliviado de que ella se marchara tan pronto. Así no vigilaría lo que se echaba por la boca durante el almuerzo, ni lo avergonzaría frente a su amiga con el trato en extremo cariñoso que solía propinarle.

—¿Me muestras tu habitación? —preguntó su invitada, sacándolo de sus cavilaciones.

Marisa se anudó la blusa otra vez, y luego le devolvió su chaqueta.

—Está por allá —le dijo indicándole con la mano.

Tragó saliva con nerviosismo. Era la primera vez que una chica ingresaba a su dormitorio, y le preocupaba que la decoración le pareciera muy sosa. Marisa se desplazaba por delante de él. Sus movimientos se asemejaban a los de un felino. Eran pausados, seguros y calculados. Una vez dentro de la habitación, Carlos dejó su guitarra en un atril en el rincón, y se mantuvo de pie, sin saber qué hacer o decir, mientras que Marisa recorría la habitación, estudiando cada uno de los objetos que se encontraban en ella.

—¿Has besado a una chica alguna vez? —le preguntó, sorprendiéndolo.

Mientras Marisa esperaba una respuesta, acariciaba la madera del escritorio con su dedo, en un movimiento lento que a él se le antojó peligroso. Tragó saliva con dificultad.

—Sí —mintió.

Ella sonrió divertida, como si no le creyera. Luego, abrió el cajón del escritorio, y Carlos se acercó rápido para detenerla. En él guardaba una revista *Playboy* de las que le había prestado Pablo, y no quería que la viera, pero no alcanzó a evitar que ella la cogiera.

—¿Te gusta mirar a estas chicas cuando te tocas, Carlos?

—Dámela, Marisa. No es divertido.

Intentó otra vez quitársela de las manos, pero no lo consiguió. Marisa la abrió hasta encontrar a una chica rubia y desnuda, mirando hacia la cámara.

—¿Piensas que es Amelina cuando te corres?

—No me gusta lo que haces, Marisa. ¡Basta! Devuélvemela.

—Solo bromeo —dijo mientras lanzaba la revista al suelo. Él aprovechó de recogerla y de regresarla a su sitio—. Me gusta tu cama; parece cómoda. Siéntate a mi lado. No muerdo.

Carlos se acercó a ella todavía molesto, o más bien, avergonzado, porque era cierto que él pensaba en Amelina cuando se masturbaba mirando a la rubia de la revista. Se sentó junto a ella y se sorprendió excitado por la proximidad de la mujer. Marisa se le acercó, hasta casi rozar su boca con la suya. La respiración se le agitó, pero se mantuvo quieto, a la espera de no sabía qué.

—¿Te gustaría besarme, Carlos?

Él asintió, sumergido en el hechizo que le provocaba la proximidad de su cuerpo de mujer. Jamás nadie lo había tocado, mirado con deseo o besado. La lengua de Marisa recorrió su boca con una lentitud que lo estaba desesperando, pero no se atrevía a dar el paso definitivo. No fue necesario. Fue ella quien se sentó sobre él y le introdujo la lengua dentro, jugueteando con la suya, tentándolo a participar más activamente. Carlos perdió el control. Fue un beso brutal, agresivo y excitante. Se perdió en aquellas sensaciones nuevas para él, y se adaptó al ritmo de su boca con facilidad. Marisa sabía besar bien. Lo tentaba, mordía y acariciaba con los labios como si lo deseara más que a nada en el mundo.

—¿Piensas en mí cuando te corres, Carlos?

—Sí —reconoció, porque también pensaba en ella cuando se imaginaba intimando con una chica.

Marisa sonrió con satisfacción y le succionó el cuello, dejándole la zona adolorida, pero no le importó. Después, lo empujó de espaldas en la cama, y regresó hasta su boca mientras le cogía una de sus manos y se las llevaba hasta su pecho para que la acariciara.

—¿Te gustó verme desnuda la otra noche?

—Sí —respondió casi sin voluntad.

Todo en lo que podía pensar, era en la maravillosa sensación que experimentaba su cuerpo por primera vez. Estaba perdido, anulado y deseando cada vez más. Le abrió la blusa, tomando una iniciativa que

solo había conseguido en sueños, y le besó los pechos con fuerza. Marisa se quejó, disfrutando de su boca y de unas caricias que eran inexpertas, pero que conseguían hacer sentir a la mujer. Carlos regresó a su boca a duras penas, conteniéndose de no dejarse ir como un adolescente. Las caderas de Marisa comenzaron a torturarlo, frotándose contra su erección, haciéndolo perder el control más rápido de lo que le hubiese gustado. Eyaculó con fuerza bajo la ropa, dejando salir un gemido casi apagado. Ella al notarlo sonrió, se separó de él y luego se reacomodó la ropa, como si nada de lo acontecido hubiese sido real.

—Lo siento, no he podido aguantar más —se disculpó él, avergonzado.

—No hay problema —le dijo para tranquilizarlo—. Ya lo intentaremos en otra ocasión.

—Pero tú… —titubeó—. ¿Llegaste al final?

—No, pero lo haré. Si quieres, puedes sentarte allí y observarme.

Se despojó de sus *short* y después se sentó sobre la silla del escritorio, masturbándose frente a él sin ningún pudor, hasta dejarlo sin palabras y sin respiración. Mientras ella se acariciaba, la miraba atónito, porque nada de lo que acontecía parecía real. Aquel espectáculo consiguió que su cuerpo, otra vez, sucumbiera a la excitación. Carlos se dejó ir.

***

—¿Qué te pasa, guatón? —Pablo le dio un palmetazo en el hombro, sacándolo de sus ensoñaciones.

Era de noche, y los seis se encontraban reunidos en el muelle, alrededor de una pequeña fogata, bebiendo cervezas y pasando un buen rato.

—Nada. Estaba distraído, es todo.

Miró a Marisa de reojo y enrojeció al recordar lo de la tarde. Esta se abrazaba a Pablo de manera posesiva, pero le destinaba a él miradas morbosas, de esas que escondían secretos. Agradeció que las temperaturas estuvieran más bajas, porque, de esa manera, a nadie le parecería extraño que llevara puesta una bufanda. El moretón que apareció después del fogoso encuentro con Marisa, daba pie para una sola interpretación, y no quería ser el objeto de las bromas de nadie. Ella parecía gozar con su nerviosismo, así que desvió la mirada, evitando su escrutinio, y le dio un trago a su cerveza.

Sin dejar de mirarlo, Marisa besó a Pablo, provocándolo, y se preguntó que a qué estaría jugando. Sabía que lo acontecido en su casa no significaba que ellos tuvieran una relación, porque la conocía lo suficiente como para ni siquiera pensarlo, pero no comprendía que tan solo unas horas atrás estuvieran juntos, y en ese momento se

estuviera besando con su amigo frente a él.

Se irritó, pero no tenía intenciones de demostrárselo. Era mejor olvidarse de todo y continuar como siempre, relacionándose la mayor parte del tiempo con su guitarra, y aceptando ser lo que era, el gordo del clan.

Cuando en un momento dado, Marisa y Pablo abandonaron el grupo, observó a Amelina y a Hugo en una actitud íntima y afectuosa que le provocó cierta envidia. Se censuró de inmediato por tener aquellos pensamientos tan injustos. Pero era inevitable en ocasiones, sobre todo cuando veía en el resto aquella belleza exterior de la que habían sido dotados por causa del azar. Carlos tenía unos ojos azules muy bonitos, y el pelo cobrizo, tirando a pelirrojo. No era muy agraciado, pero tampoco un adefesio. Su problema era la obesidad de la que era preso, y que le impedía sentirse atractivo y cómodo con su físico. El resto de los hombres allí presentes, sin excepción, tenían un cuerpo agradable a la vista de cualquiera. Hugo era el más armónico de los tres, pero todos lucían bien. Carlos hubiese dado cualquier cosa por ser la mitad de llamativo que sus amigos.

Perdido en sus divagaciones, y dándose cuenta de que se había quedado a solas con Hugo y Amelina, se puso de pie y se marchó. No era cómodo verlos besarse y acariciarse, como si fuesen lo más importante en la vida del otro. Se alejó hacia un árbol con intención de orinar. Se estaba a punto de bajar la cremallera cuando escuchó que Marisa le hablaba detrás.

—¿Me echaste de menos?

—Lárgate, Marisa. Estoy ocupado —le pidió sin rastro de amabilidad.

Ella no le hizo caso. Se le acercó y le sonrió con pereza. A pesar de la oscuridad, notó que tenía la mirada perdida, como si se hubiese drogado. No se extrañó. Marisa y Pablo solían meterse cualquier porquería en su cuerpo, sin ningún temor por las consecuencias.

—Estás enfadado. —Dio un paso hacia él, igual que un tigre al acecho—. Te molesta que me acueste con Pablo, ¿verdad?

No comprendía su juego, pero ella, aquel día, hizo que se sintiera deseado como nunca antes experimentó. Descubrió, para su desgracia, que Marisa tenía el poder de manipularlo a su antojo, y que era incapaz de negarse a sus caprichos, deseoso de sentir el roce de su mano, de volver a experimentar tan solo una parte de lo vivido en su casa. Sin embargo, no quería que ella lo notara ni que tuviera consciencia de que ejercía ese poder sobre él.

—Tú y yo no somos nada, Marisa. Puedes hacer lo que quieras y con quien quieras. No tengo ningún derecho a enfadarme.

A ella pareció no gustarle mucho su respuesta, pero no comprendió por qué. Se le acercó más, y le rozó con los dedos su entrepierna,

tentándolo. Su cuerpo reaccionó de inmediato ante aquella caricia, la primera que sentía de la mano de una mujer en su intimidad. Cuando estuvo duro como una piedra, ella sonrió satisfecha. Quiso besarla, pero Marisa dio un paso hacia atrás, antes de que sus labios se encontraran, y se marchó, no sin antes destinarle una mirada de triunfo y una sonrisa que se le antojó perversa. Aquella actitud lo desconcertó aún más. Se preguntó con qué objeto lo tentaba, si después no culminaría lo que había iniciado. Con qué fin lo dejaba así, ardiendo por fuera, y sumergido en una tormenta de emociones por dentro, que no conseguía apaciguar.

Le costó un triunfo orinar. Se acomodó la ropa y regresó en silencio, siguiendo el camino que Marisa había emprendido antes, con la única intención de comprender su juego. No la encontró por ninguna parte. Y como había perdido los deseos de pasar tiempo con los demás, regresó a su tienda y se metió en ella, con el único fin de olvidarse de todo, hasta de sí mismo. La maldita diabetes no le permitía ni siquiera beber a destajo, porque el azúcar en la sangre, con el alcohol, se le disparaba hasta las nubes y podía ser peligroso para su salud. Le dio igual. Estuvo a punto de salir de su tienda para ir por una botella de pisco, pero se arrepintió cuando escuchó el ruido de la respiración de los amantes a pocos metros de distancia, y el sonido que hacen los sacos de dormir cuando se frotan entre ellos. Se sintió ofuscado, más molesto que nunca. Marisa y Pablo se revolcaban como animales en su tienda, como si el mundo se estuviera por acabar. Si Marisa no lo deseaba a él, entonces, ¿por qué lo besó en la tarde en su casa? ¿Por qué también lo había acariciado, dejándolo con las ganas minutos atrás?

—No estoy para tus jueguecitos, Marisa —murmuró en voz baja, aunque, muy en el fondo, sabía que Marisa lo tenía jalado por las bolas, y que si esta lo buscaba otra vez, él no le diría que no. Su debilidad como hombre, a su pesar, lo hacía vulnerable ante ella, una mujer que exudaba experiencia y sensualidad hasta por los poros. Carlos estaba cansado de esperar. Quería más; quería llegar hasta el final. «Una vez se ha probado el fruto del placer, es muy difícil no caer en la tentación», pensó.

11. La nota

Actualidad. Lunes 2 de enero de 2006, Santiago de Chile

Amelina estaba sentada frente al computador de su casa. Había dado inicio a su plan de venganza, ese que continuaba gestándose desde hacía tan solo algunos días, y que decidió llevar a cabo cuando conoció a Matilde. Estaba convencida de que, al hacer esto, podría sanar viejas heridas. Tenía consciencia de que no sería fácil, pero ya no daría marcha atrás. La semilla había germinado en su interior, y necesitaba alimentarla con acciones.

Tecleó frenética las teclas del aparato, porque sabía que debía hacer bien su jugada. Cada palabra escrita debía ejercer el poder de despertar el interés, la curiosidad, y de remover algo dentro en aquellos a los que estaría dirigida la nota. Sobre la marcha, escribía, borraba y volvía a redactar. En la zona de la hoja donde debía firmar, anotó «El clan de los seis». Lo hizo con intención, porque sabía que si llevaba a sus antiguos amigos a evocar un recuerdo del pasado —de una época que fue significativa para ellos en muchos aspectos—, conseguiría que el destinatario se conectara con sus emociones, y que aceptara lo que allí se proponía. Parecía una carta inocente, que únicamente tenía como propósito pasar un tiempo compartido, como antaño. Nada más lejos de la realidad, aunque solo ella conocía sus verdaderas intenciones.

Una vez quedó conforme con el resultado, le dio al botón de imprimir. Guardó cada nota en un sobre, y escribió el nombre del destinatario. Sin remitente.

Estaba contenta, a pesar de todo lo que había vivido durante las últimas semanas. Todavía no se acostumbraba a la idea de que su padre había partido de este mundo, y su familia, por causa de la pérdida, se fracturaba emocionalmente. Pero incluso así, se sentía regocijada, porque llevaba demasiados años ocultándose de sus propios fantasmas, y ahora estaba decidida a enfrentarlos, pese al miedo que la invadía.

Cogió la carpeta que contenía toda la información de Pablo. En aquellas hojas estaba el resumen de toda una vida de excesos. «Pablo Ferrero Gabán, segundo hijo de unos importantes empresarios italianos; con un indeseable prontuario escolar; sin finalizar los estudios universitarios debido a sus constantes inasistencias; detenido cinco veces por conducir en estado de ebriedad; dueño de un *pub* en la comuna de Providencia, el cual fue dispuesto por su padre, para que hiciera algo útil de su vida; soltero, sin hijos, sin una relación estable;

acusado de acoso sexual el año 2005 por una de sus camareras, y al poco tiempo, se retira la acusación en su contra. La familia de Pablo paga una generosa suma de dinero a la chica en cuestión, con el fin de silenciar un inminente escándalo, que podría perjudicar el buen nombre de la familia».

Amelina no se sorprendía del *curriculum* de Pablo. Siempre lo consideró un tiro al aire, un sujeto irresponsable que no tenía objetivos en la vida. No negaba ni su simpatía ni su buen ver, pero quedaba más que demostrado, que aquello no servía de nada si querías hacerte de una buena vida y convertirte en una persona decente. Cuando leyó que había sido acusado por acoso sexual, los vellos de los brazos se le erizaron. Según leía, era altamente probable que él fuese su abusador.

Guardó el sobre con su nombre en el bolso de mano, y abandonó su casa con el corazón aleteando frenético en el pecho. Era la adrenalina la que estaba dándole un último empujón.

—Puedes hacerlo —se dijo en voz alta, como una manera de reforzarse y de hacer realidad sus acciones.

Como se encontraba demasiado nerviosa para manejar su vehículo, cogió un taxi y le pidió al conductor que la llevara a una dirección. El *pub* de Pablo no quedaba lejos, y estaba situado en una zona atestada de vida nocturna. A medida que avanzaban por las calles, Amelina aprovechó de observar los rostros de aquellos jóvenes y no tan jóvenes con cuidada atención. En sus miradas se apreciaba la imperiosa necesidad de divertirse, de encontrar en aquel entorno un momento de relajo, de alegría y de vicio. Cada uno de ellos, pensó, tenían una vida distinta a la del sujeto de al lado; cargaban con un pasado que podía ser igual o más oscuro que el suyo; y ocultaban secretos, sin importar de qué índole.

—Hemos llegado —dijo el conductor, sacándola de sus cavilaciones.

Amelina cogió el dinero de su bolso y le pagó al chofer. Se bajó del taxi y se obligó a respirar. Había llegado la hora. Esperaba no toparse de frente con Pablo. Por eso mismo tomó ciertas precauciones. La primera de ellas, sus vestimentas. Estas eran anchas, los suficientes como para no llamar la atención. El pelo lo ocultó bajo una boina oscura, y se había puesto anteojos graduados para la noche.

Al ingresar al interior del *pub*, agradeció que este se encontrara abarrotado de personas. Echó un vistazo rápido alrededor, con el único fin de visualizar a Pablo. De esa manera, ella podría cerciorarse de no toparse directamente con él. No tuvo que buscar demasiado para hallarlo. Coqueteaba descaradamente con dos mujeres sentadas en el bar. Él mismo hacía malabares con las botellas, haciendo gala de su habilidad para manipularlas, mientras les sonreía con ese aire

desenfadado que lo solía caracterizar en el pasado. Amelina se sentó en un rincón, en el más oscuro que encontró, y pidió un jugo de naranja. Cuando se quedó a solas, centró toda su atención en él. Ahora utilizaba el pelo corto, y se le veía mucho más rizado. Su piel bronceada brillaba a la luz del foco, lo que resaltaba el azul de sus ojos. Seguía manteniendo un físico armonioso y fuerte, y sus ropas eran informales, como las de un adolescente. Los pantalones desgastados los llevaba ajustados a sus caderas, y la camisa blanca estaba desabotonada, hasta dejar asomar el tatuaje del cual se regocijaba en el pasado.

Un hombre alto y delgado, y que debía rondar los cuarenta años de edad, se le acercó y le dijo algo al oído. Pablo rio, se despidió de las muchachas, y se alejó por el pasillo tras él. Amelina aprovechó de seguirlos desde cierta distancia. Los vio ingresar a una oficina, ubicada cerca de los baños, y luego de eso, los perdió de vista. Sin embargo, el olor a marihuana le llegó de inmediato e inundó el espacio, que ya se encontraba viciado con el humo del cigarrillo que flotaba en el ambiente. Se dio cuenta de que, a pesar de los años, Pablo seguía siendo el mismo de siempre, sin evolución.

Amelina se dio la vuelta y regresó hasta acercarse a la cajera. Pagó lo que había consumido, y luego le encargó encarecidamente a la chica que le entregara el sobre a Pablo Ferrero Gabán, con carácter de urgente. Después salió a la calle y se escondió detrás de una gaveta telefónica. Desde allí podía observar sin problemas hacia el interior del *pub*. Quería ver la expresión de su rostro cuando recibiera la nota. Una vez lo hizo, se marchó, satisfecha de sí misma.

***

—Pablo, una mujer me ha dicho que te entregue esto de manera urgente.

Le dijo la cajera cuando este regresó al bar. A Pablo le extrañó, porque no tenía por costumbre recibir mensajes, y menos anónimos escritos. Leyó su nombre y frunció el ceño. Movido por la curiosidad, lo abrió y cogió la nota para leerla con atención. El azoro que lo embargó fue difícil de disimular. Miró de un lado a otro, intentando dar con la persona que había entregado la carta, pero no reconoció a nadie.

—¿Quién te ha dejado esto? —le preguntó a la cajera en un tono que demandaba urgencia.

—Una mujer —respondió con un encogimiento de hombros.

—¿Cómo era? ¿Te ha dicho su nombre?

—No me fijé demasiado. Llevaba una boina y utilizaba lentes oscuros. No pude verle bien el rostro.

Como no consiguió más información, salió a la calle y miró hacia

ambos lados, intentando descubrir a la persona que le había dejado tan extraña invitación. Un recuerdo que le descompuso el ánimo se le alojó en la boca del estómago. Llevaba demasiados años huyendo de él. Se asqueaba de sí mismo cuando se acordaba de esa noche. La culpa era suya, por vivir siempre a costa de los excesos, los que, en ocasiones, le hacían tomar malas decisiones o no sopesar sus acciones. Jamás se lo había revelado a nadie, pero su secreto insistía en permanecer ahí, acechándolo.

Regresó a su oficina y se encerró a solas. Dejó la nota encima y la observó mientras se pasaba la mano por la barbilla, haciendo sonar la insipiente barba rasposa. Le tentaba la idea de reencontrarse con sus antiguos amigos de juventud. Llevaba demasiados años sin saber de ninguno de ellos, salvo por algunos rumores que le habían llegado al vuelo. El último año que compartieron juntos los seis, fue aquel verano del ochenta y cinco. Algo sucedió después, que las relaciones se fracturaron irremediablemente dentro del grupo. Amelina jamás regresó con su familia al lago, ni Carlos tampoco. Supo que el gordo había estado hospitalizado, aquejado por algún problema de salud importante, pero nunca se enteró bien de qué se trataba. En todo caso, cuando le llegó esa información, lo achacó a su diabetes.

Hugo se centró en sus notas, enfocado en estudiar medicina y, salvo una que otra ocasión, no se toparon en el lago con posterioridad.

Marisa y su madre vendieron la casa, según escuchó, porque tuvieron problemas por las deudas, y ya no se podían permitir seguir manteniéndola. Se reencontraron tiempo después en una fiesta, pero ella no lo reconoció de lo drogada que estaba. Y con Eduardo, luego de aquella noche de verano, jamás pudieron ser los mismos; o al menos, él no volvió a ser el mismo. Apenas si era capaz de mirarlo a los ojos. La amistad se enfrió, se volvieron distantes y cada uno hizo su vida. Con los años, se enteró de que era un buen abogado y de que se había casado.

Frunció el ceño, sopesando qué hacer. El tiempo había pasado, y no le parecía tan mala idea revivir los buenos momentos con ellos otra vez. Total, no creía que Eduardo fuese a decir ni una palabra sobre aquello. Y, por lo demás, siempre podía negarlo. Habían pasado más de veinte años y le pareció, ahora que lo digirió mejor, que sería interesante ver en qué estaban todos, y cómo les había ido en la vida.

Cogió la nota, la guardó en el sobre y se la metió en el bolsillo del pantalón. Estaba decidido a asistir, total, no tenía nada que perder.

***

Marisa cogió el teléfono y le envió un ultimátum a su amante. Llevaba cerca de un año saliendo con Agustín, el dueño de una reconocida cadena de ferreterías del país, y todavía no conseguía

convencerlo de que abandonara a su mujer. Nada en su persona le parecía interesante, a excepción de su abultada billetera, pero ella no le hacía asco a ningún hombre con tal de conseguir lo que quería de ellos. Marisa, en ocasiones, solía sentirse como la araña viuda negra, quien utilizaba a sus víctimas para aparearse, y luego se deshacía de ellas, atrapándolas en su telaraña. Agustín acostumbraba llevarla consigo a sus viajes de trabajo, la colmaba de costosos regalos, y la complacía en la cama. Podía carecer de atractivo, pero era un sujeto que sabía consentir; y eso, para ella, no tenía precio. El problema era que este se negaba a abandonar a su mujer. No lo decía con palabras, pero siempre evadía con alguna respuesta ingeniosa cuando Marisa se lo preguntaba.

Ideó un plan, cansada de ser la segunda en todo, y lo citó en un hotel. Se encontraron en la habitación, pero su frustración llegó al límite cuando, después de tener sexo desenfrenado, Agustín se dispuso a marcharse.

—¡¿Dónde crees que vas?! —lo increpó cuando comenzó a vestirse.

—Lo siento, Marisa, pero no puedo quedarme toda la noche. Mañana tengo un asunto familiar —le comentó mientras se metía la camisa dentro del pantalón—. Te lo mencioné ayer. ¿Recuerdas?

—Lo que recuerdo es que ibas a dejar a tu mujer. —respondió con acritud.

Marisa se sentó en la cama, todavía desnuda, y encendió un cigarro, sin poder esconder su molestia.

—Vamos, cariño —le dijo este cuando finalizó de abrocharse el cinturón—. Sabes que el fin de semana que viene será solo para los dos.

Quiso besarle la frente, pero ella lo esquivó.

—Quiero que te quedes ahora conmigo.

—Mira, haremos lo siguiente. —Se acercó a ella y le giró el rostro para que lo mirara—. Mañana me arrancaré apenas pueda, y vendré a buscarte aquí. Luego, iremos juntos a escoger un departamento para nosotros.

—Siempre me dices lo mismo, y nunca cumples.

—Mañana lo haré —dijo robándole un beso que ella no pudo esquivar. Agustín le sonrió, se acercó a la puerta, y antes de abandonar la habitación, le dijo—: Aprovecha el descanso, que mañana no te daré tregua. Adiós, cariño.

Invadida por la ira y por no sentirse tomada en cuenta, Marisa dejó el cigarro en el cenicero y se vistió, mucho más molesta que en las ocasiones anteriores en que Agustín le había hecho lo mismo. Se calzó los zapatos de taco alto. Después se puso la ropa interior y el diminuto vestido, con movimientos bruscos. Cogió su cartera y se marchó del hotel, sin siquiera cerrar la puerta. Estaba harta de ese inútil

mentiroso.

Salió a la calle y cogió un taxi. Luego de pagarle una cuantiosa suma de dinero al chofer, consiguió que este se estacionara a unos metros de la casa de Agustín. Allí pasó toda la noche, vigilando, atenta a cada uno de los movimientos mientras fumaba un cigarro tras otro en el interior del vehículo. Al conductor no le importó, porque también era un fumador empedernido. Ni siquiera se dio por enterada cuando se quedó dormida. Fue el mismo chofer el que le advirtió, que en el antejardín de la vivienda había movimiento.

—Señora, alguien va a salir de la casa.

Se reincorporó rápido y observó a Agustín en el asiento del copiloto, mientras, a su lado, conducía su mujer. Marisa miró la hora, eran las siete de la mañana. «Quizás sí era cierto que tenía un compromiso familiar después de todo», pensó. Sin embargo, aquello no amainó su furia.

El vehículo abandonó la propiedad y cogió velocidad.

—¿Podría seguirlo?

—Claro.

Fueron tras él, hasta que el taxi ya no pudo alcanzarlo.

—¿No puede ir más rápido? —exigió Marisa.

—Lo siento. Si me multan puedo perder mi licencia de conducir, y yo vivo de esto. Creo que ya no podré continuar ayudándola.

—Lléveme a casa entonces —pidió, frustrada.

Le dio la dirección al conductor, y luego se mantuvo en silencio el resto del viaje. Se le ocurrió enviarle un mensaje a Agustín, pero se sentía demasiado cansada para hacerlo de inmediato, así que lo dejó para después.

—Buenos días —la saludó el conserje del edificio cuando llegó—. Anoche le dejaron una carta.

—¿Una carta? —Se acercó para recibirla, y observó el sobre por ambos lados.

Se extrañó. No tenía remitente ni estampilla. Solo decía su nombre.

—Gracias —dijo, y se dirigió al ascensor mientras extraía la nota que estaba dentro. La leyó, invadida por la curiosidad, y sonrió. Era una invitación al lago Rapel. Llevaba tiempo sin pisar aquel lugar y recordó varios acontecimientos que le produjeron mucha satisfacción. Se preguntó que cuál de los cinco la habría enviado. Dudaba que fuese Hugo o Amelina; tampoco Carlos. Esta parecía ser una iniciativa de Pablo o de Eduardo, y le gustó la idea de volver a reencontrarse con ellos. Así podría presumir de su cuerpo, el que había embellecido mediante cirugías plásticas. Ahora sería a ella a la que sus antiguas amistades le mirarían el trasero y la delantera. Sonrió de solo pensarlo.

Llevaba años sin ver a ninguno de ellos, salvo en un par de

ocasiones esporádicas en que se los encontró. A Hugo lo dejó en paz cuando conoció a Agustín. Este último era, por lo demás, muchísimo mejor partido que su exmarido. Aunque, si lo tuviera enfrente otra vez, de algún modo intentaría atosigarlo. Hugo se le resistía como nunca nadie lo había hecho, y el juego con él le producía regocijo.

Se preguntó si la mosquita muerta de Amelina se habría casado, si asistiría a la cita, y si continuaría siendo tan bonita. Esperaba que no, aunque la última vez que se encontró con ella en Nueva York, la muy infeliz seguía manteniendo ese halo angelical que enloquecía a los hombres. Recordó a Pablo y se interesó en saber más cosas de él, y si seguiría follando tan bien a como recordaba. Pensar en esas cosas le dio un subidón de ánimo e ingresó en el departamento, perdida en sus pensamientos, mientras en el camino hacia su dormitorio se iba despojando de cada una de sus prendas de vestir.

La citación era para el día trece de enero, en el Club Náutico Las Aguas de Rapel. Se regocijó en sus recuerdos, sobre todo en los que ejercía el poder de seducir a los hombres, y de manipularlos a su antojo. Se preguntó si la carta le habría llegado a Amelina ya, pero tenía certeza de que, al recibirla, esta no asistiría. Bastaba destinarle un solo pensamiento a esa mujer, para que la envidia que circulaba por su cuerpo la quemara por dentro otra vez.

Se recostó en su cama, desnuda, y se cubrió con las sábanas. Le destinó un último pensamiento a cada uno de ellos, incluso a Carlos. Hizo una mueca de asco al recordarlo. Seguro que ahora era el triple de gordo y que seguía siendo un perdedor. Sin embargo, a pesar de todo eso, deseó que asistiera a la reunión, porque así, concluyó, podría jugar con él otra vez. Para Marisa no existía nada más entretenido que manejar a los hombres a su antojo.

Se durmió con una sonrisa en la boca. Ya ni rastro quedaba de la ira que sintió con Agustín, cuando este se marchó del hotel, dejándola a solas para regresar con su mujer.

12. Nada que temer

Actualidad. Martes 3 de enero de 2006, Santiago de Chile

Eduardo había intentado comunicarse en reiteradas ocasiones con Amelina, desde que se topó con ella en el funeral de su padre. La encontró incluso más bonita que en aquellos años, en que ella conseguía hacer latir su corazón de manera desenfrenada. En aquel tiempo, todavía no tenía resuelto lo de su orientación sexual y tendía a estar únicamente con mujeres, pero siempre le parecía que su vida carecía de algo, y aunque tenía miedo, sabía con exactitud lo que era. Las cosas cambiaron con el tiempo, y comenzó a incursionar con hombres también, aunque sin dejar de guardar las apariencias.

Todavía recordaba con nitidez el temor que lo embargó, cuando se aventuró a dar el paso y decidió ir a una disco gay por primera vez. Cursaba segundo año en la carrera de Derecho. Conocía de nombre algunos de estos lugares, porque sus amigos de la universidad solían hacer bromas con frecuencia sobre ellos. Mientras más escuchaba sobre el tema, mayor era su curiosidad. Un sábado cualquiera tomó su vehículo, se estacionó a unas cuadras de distancia de un local, y caminó con la vista fija en el suelo, con todo el cuerpo en tensión. Se ocultó también bajo unas gafas oscuras y un gorro de lana. Era invierno, así que eso favoreció que pudiera esconder su identidad. Apenas puso un pie dentro del recinto, se vio invadido por una extraña emoción, que hizo que sus latidos se dispararan. La música sonaba fuerte y hacía calor. El sitio estaba abarrotado de personas, algunos bailando, otros conversando, y también unos cuantos se besaban con comodidad, sin ser enjuiciados por los demás. Tanto hombres como mujeres se desenvolvían libres en ese reducido espacio, donde no existían fronteras ni restricciones de ningún tipo.

Avanzó cauteloso, demasiado preocupado por ser reconocido por alguien, y buscó un lugar arrinconado y oscuro para observar a su alrededor e ir adaptándose al entorno. Así permaneció durante unos diez minutos, sumido en sus pensamientos, y por primera vez sintiéndose cómodo consigo mismo. La espalda le transpiraba no tan solo por los nervios, sino que estaba sofocado de calor, pero no quería desprenderse de sus prendas todavía. Los anteojos se los quitó, debido a que no conseguía ver nada con ellos puestos, ya que la iluminación dentro del establecimiento era baja, y a la vez, chispeante. De vez en cuando, le llegaba un barrido de luces de colores directo a los ojos.

Justo cuando se iba a levantar para pedir una bebida en el bar, escuchó que alguien le hablaba.

—Primera vez, ¿verdad?

Eduardo se giró y se encontró con un sujeto alto y moreno como él. Vestía *jeans* y una camiseta blanca, y lo miraba con una sonrisa que le pareció empática.

—Sí —admitió.

—Desabrígate. Aquí nadie te va a juzgar —le dijo sentándose junto a él—. Me llamo Miguel.

—Soy Eduardo —se presentó mientras se quitaba el exceso de ropa que traía encima—. ¿Cómo sabías que era mi primera vez?

—Porque tienes la misma actitud que adquirimos todos cuando pasamos por lo mismo. ¿Ya estás asumido? —Eduardo lo miró sin comprender—. Si ya aceptaste que eres gay, o aún estás explorando.

—No lo sé.

Era cierto que no lo sabía con certeza. En una ocasión había besado a un hombre, pero este no lo tomó nada bien. Su rechazo lo afectó de tal manera que impidió que intentara arriesgarse otra vez, porque temía malinterpretar las señales. Además, en aquella oportunidad estaba bastante alcoholizado, y fue por eso que se envalentonó. Fue un error.

Miguel lo miró a los ojos y asintió de manera comprensiva.

—¿Me dejarías ayudarte a descubrirlo? —le ofreció.

Eduardo notó como su cuerpo respondía ante aquella invitación y se envalentonó. Después de todo, no se había presentado allí por nada, y Miguel le pareció un sujeto atractivo e interesante. Se limitó a asentir.

Miguel se puso de pie y le cogió la mano. Después, pidió dos *piscolas* en el bar y le ofreció una a él.

—Con un trago será más fácil para ti.

Le dio un sorbo, y luego otro, mientras Miguel no le quitaba los ojos de encima. Leyó el deseo en su mirada, y de algún modo, eso despertó el suyo, pero no se atrevía a hacer nada frente a tantas personas. Sin embargo, no fue necesario que se lo dijera. Miguel parecía saber exactamente lo que estaba pensando.

El moreno le quitó el vaso de la mano y lo dejó sobre el mesón. Después, lo condujo hacia un rincón y lo acorraló contra la pared, despacio. Nadie parecía percatarse de lo que estaban haciendo allí, o quizás, a nadie le importaba. Eso, de algún modo, consiguió que se relajara un poco más, y se centró en el hombre que tenía a tan solo unos centímetros de distancia, que no solo lo envolvía con su cuerpo, sino que también con su aroma.

—Acabemos con tu sufrimiento de una vez —dijo Miguel, justo antes de besarlo en los labios, y presionar su cuerpo contra el suyo en la pared.

Primero fue un leve roce de labios, y Eduardo apenas hizo nada,

pero Miguel lo incitó a separar la boca para recibirlo, y él lo hizo, aún temeroso de lo que podría sentir. Las sensaciones que experimentó Eduardo no se comparaban en nada con las que había vivido con algunas chicas. Su cuerpo explotó apenas se produjo el primer encuentro de sus lenguas, y después de eso, perdió el dominio de sí mismo —y también el temor—, y le correspondió, ávido por sentir, por llenar el vacío que llevaba años existiendo dentro de sí. Se olvidó de todo y se dejó hacer. Ya no importaban las personas que los rodeaban, porque sabía que nadie lo juzgaría, nadie lo señalaría con un dedo acusador. No estaba solo; todos allí eran como él. Y por la manera en que su cuerpo respondió ante aquel encuentro íntimo con un hombre, Eduardo pudo confirmar su homosexualidad, porque jamás en la vida se había sentido mejor que en ese momento.

Escuchó que alguien llamaba a la puerta con firmeza, devolviéndolo al presente. Había perdido la noción del tiempo, sumido en sus recuerdos. Se levantó del sofá y la abrió, convencido de que era Ricardo, su pareja actual, pero estaba equivocado. Sofía ingresó al departamento sin esperar invitación, destinándole una mirada tan fría que lo alertó.

—Tu mujer me ha visitado —le informó, a todas luces, molesta.

—Mi exmujer, mamá. Estamos separados, y en unos pocos días estarán listos los papeles de divorcio.

Eduardo notaba la tensión invadir su cuerpo de una manera alarmante, pero se mantuvo impertérrito, rogando para que Carolina no le hubiese revelado a su madre los verdaderos motivos de su separación.

—Da igual. Ella es tu mujer, te guste o no —sentenció, dejándose caer en el sillón de tres cuerpos—. Quiero saber qué fue lo que sucedió en realidad. Ninguno de los dos ha sabido explicarse bien. Tú me das evasivas, y ella, apenas me ve, se echa a llorar. ¿Acaso la has engañado?

—Es complicado, mamá —dijo pasándose la mano por el pelo con nerviosismo.

—Es eso, ¿cierto? —insistió—. La engañaste con otra mujer.

—No voy a discutir contigo sobre mi vida privada —protestó más molesto que nunca—. Nuestro matrimonio no era nada fácil. Yo no era feliz, y ella no se merecía estar junto a mí. Créeme, es mejor así.

Su madre lo miró, sorprendida por la manera en que le había hablado, y apretó los labios. Después se levantó y se encaminó hacia la cocina.

—Creo que necesito un café.

Eduardo se pasó ambas manos por la cabeza, en un gesto de frustración. No se atrevía a decírselo todavía. Su secreto, ese que llevaba años torturándolo sin misericordia, aún permanecía alojado en

su interior. No quería dañarla. Todo el período posterior a la separación le había costado la poca paz que reinaba en sus días, y anhelaba que llegara la calma a su vida de una vez por todas. Carolina estaba deshecha, y él era el único responsable de eso debido a su cobardía, por no ser capaz de finalizar su matrimonio mucho antes de que todo estallara a su alrededor. Una parte de sí ansiaba que pronto saliera a la luz ese secreto, que le pesaba cada día más, y que cargaba a cuestas desde que era un adolescente. La otra parte aún convivía con el temor, en especial por su madre y su hermano mayor, quien, estaba seguro, no se tomaría nada bien su homosexualidad.

El sonido de unos golpes en la puerta lo alertaron. Ricardo ya estaba allí y su nerviosismo se incrementó. La abrió despacio, y le hizo un gesto para que bajara la voz. Este se le acercó y lo besó en los labios.

—Está mi madre en la cocina —susurró, indicándole que no se le acercara.

Ricardo, su amante, era por completo afeminado. Cualquiera que cruzara más de dos palabras con él podía advertir que era gay. Usaba el pelo muy corto, y tenía una obsesión por la combinación de los colores, no solo con la ropa, sino que con todo lo que lo rodeaba. Se dedicaba de manera exitosa a la decoración de interiores. Era delgado y menudo, y no tenía inconveniente en gritar a los cuatro vientos que era homosexual. Eduardo lo admiraba por eso, porque no estaba encadenado a ningún secreto, y eso le permitía moverse por la vida con libertad. Ayudaba que tuviese también el apoyo de su familia. Además, a Ricardo no le importaba lo que pensaran de él, exceptuando lo que competía con su trabajo y con su apariencia personal.

Ricardo se sentó en uno de los sillones, y se cruzó de piernas. Después, le hizo un gesto para que se acomodara a su lado. Se sentó, pero fue incapaz de relajarse.

—Qué pasa, Edu —susurró—. Cuéntame.

—Otra vez Carolina fue a visitar a mamá —se explicó mientras se pasaba los dedos por la barbilla, frustrado—. Y ella ha venido a pedirme explicaciones. Quiere saber qué pasó.

Ricardo le cogió la mano y le dio un apretón afectuoso.

—¿Por qué no le dices la verdad?

—No puedo. Necesito más tiempo.

—Llevas toda una vida negando lo que eres, Edu. No es justo para ninguno de los dos —le reprochó.

Cuando iba a replicar, su madre apareció en el salón con un café. Eduardo, alertado por su presencia, se soltó con rapidez de la mano de Ricardo, pero ella siguió el movimiento de su cuerpo con expresión adusta. No dijo nada, incluso no se movió, paralizada por la sorpresa.

Eduardo podía ver los engranajes en su cabeza, trabajando a toda velocidad, y supo que debía hacer algo.

—Mamá, este es mi amigo Ricardo. Ha venido a ayudarme con la decoración del departamento. Es interiorista —se explicó con rapidez, aunque no le pasó desapercibida la mirada de reproche que le destinó su amante por aquella mentira.

Sin embargo, y a pesar de que no le había gustado ser presentado así, Ricardo se levantó y le tendió la mano para saludarla.

—Encantado, señora —dijo tratando de sonar amable.

—Lo mismo digo —respondió la mujer con frialdad—. Bueno, como estás ocupado con tus asuntos, hijo, creo que me marcharé —dijo dirigiéndose a él esta vez.

Dejó la taza sobre la mesa de centro, y se encaminó hacia la salida.

—Mamá, no es necesario que te vayas. Al menos, tómate el café.

—Te llamaré luego —le informó, antes de abandonar el departamento y cerrar la puerta tras de sí.

Su madre se había largado, y era evidente que debido a la conmoción que la embargó cuando sumó dos más dos, necesitaba pensar, estar sola y poner distancia entre ellos.

Eduardo no sabía qué hacer. Ir tras ella no era una opción, porque, de haber descubierto ese secreto que guardaba con tanto celo, su madre no querría verlo. Al menos, no todavía.

—¿Crees que se dio cuenta? —le preguntó a Ricardo, quien permanecía de pie, observándolo en silencio.

—Tal vez es mejor así —dijo mientras se dejaba caer en el sofá.

Le molestó su indiferencia, como si aquello no fuese importante para él. Le había repetido una y otra vez, que temía a la reacción de su madre, que no estaba listo para lastimarla.

—Para ti es fácil decirlo, porque lo tienes resuelto, ¿verdad? —le gritó, ofuscado.

Ricardo se puso de pie, bastante molesto también, y lo increpó:

—¡Y tú te avergüenzas de mí! —replicó elevando el tono de su voz—. Cada vez que me presentas a alguien, lo haces como si fuese tu empleado. ¡Estoy harto de que me niegues, y también de que no aceptes lo que somos, y lo que eres!

Ricardo hizo ademán de marcharse, pero Eduardo lo cogió por el brazo con fuerza.

—Lo lamento, tienes razón —dijo cogiéndole el rostro entre las manos—. Tú no tienes la culpa de nada. Lo siento.

Le dio un beso a modo de disculpa, como una manera de borrar el desasosiego que permanecía dentro. Lo besó, convencido de que era lo que necesitaba en su vida, de que Ricardo era ese amor que llevaba años buscando. Por un momento, mientras se amaban a escondidas del mundo, Eduardo se olvidó de sus problemas, y se aferró a su amante

como si fuese una tabla de salvación, porque solo con él se sentía rescatado.

***

Como no le había respondido ninguna de las llamadas, Eduardo decidió ir a la casa de su madre y enfrentar la situación de una vez. Dos días que intentaba que le cogiera el teléfono, y dos días agonizando por dentro, porque tenía certeza de que aquel distanciamiento se debía únicamente a que ella había descubierto la verdad.

Eran las seis de la tarde cuando se estacionó junto a la camioneta de su hermano, en casa de su madre. Sintió su estómago tensarse, a causa de los nervios, ya que la situación no presagiaba nada bueno.

Bajó del vehículo y se acercó a la puerta de entrada. Las manos le sudaban, y necesitó poner todo su empeño en relajar su musculatura, para poder enfrentarse a lo que fuese que encontrara dentro. No tuvo que esperar demasiado para saberlo. La expresión en el rostro de su hermano Esteban le indicó que estaba furioso. Supo entonces que había llegado la hora de decir la verdad, de quitarse aquella espina que llevaba demasiado tiempo dañándolo.

—Espero que tengas una buena explicación que darnos —le advirtió su hermano, con todo el cuerpo en tensión.

—Necesito hablar con mamá —se explicó, sorprendido por la firmeza de su voz.

No había rastro de inseguridad ni de nerviosismo en sus palabras. Se encaminó tras su hermano, enfundándose ánimo, con el único propósito de finalizar su agonía y emprender una vida libre de ataduras sociales, y libre de prejuicios.

Sofía permanecía recostada en su cama, y tenía los ojos hinchados de tanto llorar. A Eduardo le afectó verla así, pero ya no iba a dar marcha atrás. Se acomodó en una silla, junto a ella, mientras Esteban se detenía a unos metros de distancia, y se cruzaba de brazos con arrogancia.

—Mamá. Creo que tenemos que hablar sobre lo que viste el otro día —comenzó diciendo, cauteloso.

—Ya no quiero saber —dijo ella, tapándose los oídos con las manos.

—Pero yo necesito decírtelo. Soy gay, mamá. Llevo años viviendo una doble vida, y este secreto me está matando por dentro.

—¡¿Cómo puedes decir eso, Eduardo?! ¡¿Qué fue lo que hicimos mal con tu padre?! —gritó mientras se incorporaba en la cama y lo enfrentaba.

—No es su culpa, mamá. No es culpa de nadie. Solo soy así —se explicó—. He intentado amar a Carolina, y a otras mujeres antes de

ella, pero nunca he podido hacerlo. Ni siquiera te haces una idea de lo que esto ha significado para mí, el vivir con miedo.

—Me avergüenzo de lo que eres. ¡Qué diría tu padre! Márchate, no quiero verte —pidió, dolida.

—Mamá, por favor.

—¡Fuera! —gritó esta vez.

—Ya escuchaste a mamá. Lárgate, marica, y no vuelvas por aquí.

Le dolieron sus palabras, el rechazo que vio en los ojos de ambos, y supo que ya no había nada que hacer. Era el momento de abandonar la habitación y de respetar el espacio que le estaban pidiendo. Quizás, con el tiempo conseguirían limar asperezas, sanar las heridas que su confesión había ocasionado en ellos, y ser aceptado otra vez como parte de esa familia. No estaba seguro de nada, pero, a pesar de que le habían dado la espalda tras descubrir su secreto, sintió su cuerpo más liviano, como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima. Ahora ya no tenía de quien ocultarse, porque, a esas alturas de la vida, le daba igual que sus amistades se enteraran de que le gustaban los hombres. Lo único que impedía que se desenvolviera con naturalidad, en cuanto a sus relaciones, era la ignorancia de su madre y hermano respecto a su secreto. Ahora que todo había salido a la luz, y en vista de lo bien que se sintió al admitir frente a ellos su elección de vida, supo que ya no tenía nada que temer. Por fin era libre.

13. Del cielo al infierno

Actualidad. Miércoles 4 de enero de 2006, Santiago de Chile

Carlos trabajaba como profesor de música, en un prestigioso colegio de Santiago. Su esposa, Francisca, a quien conoció en el mismo establecimiento educativo, hacía algunos años atrás, impartía la asignatura de arte. Ambos estaban ansiosos y expectantes por lo que les depararía el futuro, ya que Carlos, luego de ganar con sus estudiantes el Campeonato Nacional de Coros en categoría mixta, recibió una citación por la directora del colegio para una importante reunión. Estaba casi seguro de que, esta cita en particular, tenía como objetivo ofrecerle un ascenso en el trabajo, y según se rumoreaba entre pasillos, podría ser para ocupar el puesto de Coordinador del Departamento de Arte y Música.

Mientras conducía su vehículo de camino al colegio, introdujo un CD del grupo *The Police* en la radio, y se dispuso a cantar a todo pulmón junto a su esposa. El matrimonio estaba contento, no solo por lo que se les avecinaría en lo laboral, sino que también, porque faltaban solo dos días para salir de vacaciones. El año escolar les había pasado la cuenta a ambos, y lo único que deseaban, era irse a la playa con su hija Lucía. Carlos tenía conocimiento de que estaba en el mejor momento de su carrera profesional. La vida le sonreía.

Se despidió de su mujer dentro del colegio, y cada uno se dirigió a cumplir con sus respectivas funciones. Mientras caminaba hacia el Departamento de Música con el trofeo en la mano, le llamó la atención que ninguno de sus colegas con los que se topó en los pasillos lo hubiera felicitado por el exitoso resultado que obtuvo con los niños en el concurso de coros.

Entró a la sala de profesores, pero no había nadie allí. Se extrañó. Fue recorriendo salón por salón, hasta que, cansado de dar vueltas por el colegio, se dirigió al sector del casino para tomarse un café. No hizo más que poner un pie dentro, para que el equipo docente y directivo por completo lo llenara de felicitaciones entre abrazos, besos y aplausos. Se emocionó hasta tal punto que se le escapó una lágrima. Sentirse alguien importante en el trabajo había sido una de las metas propuestas en su vida más complicadas de cumplir, porque no gozaba de una autoestima sólida cuando comenzó como profesor. Sin embargo, se había hecho un nombre a lo largo de los años, y se apropió del cariño de la gente con facilidad, lo que fue haciéndole ganar más confianza en sí mismo. Ayudó también que ya no pesaba más de cien kilos como en su juventud. Una cirugía gástrica,

acompañada de una estricta rutina de alimentación y ejercicio, consiguieron que su aspecto mejorara de manera alarmante. Quizás no era el sujeto más atractivo del mundo, pero ya no se asqueaba de sí mismo cuando se miraba al espejo. Desde que se comenzó a querer por fuera, también se aceptó por dentro.

Una vez finalizado el cóctel se reunió con la directora en su oficina. Francisca le deseó suerte, y sus compañeros de trabajo le decían que, de obtener el puesto como coordinador, este realizaría una gran labor.

La conversación comenzó muy bien; ella alabando sus cualidades como persona y profesional, y él agradeciendo las oportunidades que le había brindado siempre el establecimiento. Después, Carlos le relató la experiencia, las anécdotas y los próximos proyectos que tenía en mente para sus niños. Y por último, tal como se imaginaba, la directora le ofreció el ascenso, que él aceptó sin siquiera pensarlo.

Regresó a su sala de trabajo, apenas conteniendo la dicha dentro de su pecho. Quería gritar de alegría, contarles a todos que había conseguido —en muy poco tiempo—, cumplir con una parte importante de sus sueños. Cogió el teléfono y llamó a su madre para darle la noticia. La mujer no cabía en sí misma de felicidad.

—Estoy muy orgullosa de ti, mi niño.

—Gracias, Mamá. Ahora iré a contárselo a Francisca. ¿Lucía está bien?

—Mi nieta está de maravilla. En un rato iremos a la playa y a disfrutar de un helado. Deberías dejarla aquí conmigo una semana más.

—Déjame hablarlo con Francisca y te aviso.

—¿Cómo están tus niveles de glucosa?

—Bien, mamá. Deja de preocuparte por mí —le pidió mientras entornaba los ojos—. Ya no soy un niño, por si no te has dado cuenta.

—Bah, para mí siempre lo serás. Además, no puedes pedirle a una madre que deje de ver a su hijo como su niño. Acuérdate de mí. Te sucederá lo mismo cuando Lucía sea grande y te pida salir con muchachos.

—Mi hija no saldrá con ninguno, mamá —dijo entre risas, haciendo gala de unos celos que aún no llegaba a sentir, porque Lucía apenas tenía ocho años de edad—. Dile que la llamaremos más tarde. Ahora debo colgar.

Cortó la llamada con una sonrisa. Se dirigió a la sala de arte y le hizo señas a su mujer para que se le acercara.

—Me han dado el puesto —le informó, alegre.

—Ay, cariño, no sabes lo orgullosa que me siento de ti —dijo dándole un beso rápido en los labios. En el colegio jamás se relacionaban como un matrimonio, pero ella no pudo contenerse—.

Hoy tenemos nuestra cena especial por motivo de nuestro aniversario, y sería bonito celebrar también tu ascenso.

—Es una estupenda idea.

—¿Me llevarás a un hotel? —le susurró ella con picardía en el oído.

—Te llevaré donde tú quieras —le respondió, sonriente—. Será mejor que regrese a hacer mi trabajo, porque quiero marcharme pronto a casa.

Carlos se despidió de su mujer, sintiéndose afortunado por tenerla. Se habían conocido en el trabajo, cuando ella ingresó a formar parte del equipo docente del establecimiento, dos años después que él. Por fortuna ya no era un obeso para ese entonces. En un comienzo, Carlos se limitaba a sentarse junto a ella para almorzar, y hablaban de todo. Luego se dio cuenta de que tenían muchas más cosas en común de lo que pensaba. A Francisca le encantaba la música y adoraba hacer las segundas voces de las canciones que Carlos cantaba. Al finalizar el año, participaron juntos en un festival de la voz que se organizó en el municipio, y ganaron el primer lugar. Esa noche fue la primera vez que se besaron. Al poco tiempo se enamoraron y formalizaron el compromiso. No solían discutir, ya que ambos tenían un carácter templado, aunque Francisca era más dada a sacar la voz y a imponer con más frecuencia sus puntos de vista. Carlos cedía con facilidad a sus requerimientos. La consentía, le daba regalos y la invitaba a conocer diferentes lugares a lo largo del país. Un año después se casaron; y al cabo de dos, se convirtieron en padres.

—Carlos, te están buscando en Recepción —le dijo uno de sus colegas.

Asintió, todavía envuelto en ese halo de alegría que parecía ser su sombra. Cambió el rumbo de sus pasos y se dirigió hacia la entrada. Mientras avanzaba, pensó en la cena que tendría con su mujer. Llevaba varios días planificando la velada. Cena a la luz de las velas; un musical de *Los miserables* en el Teatro Municipal, y después, una fogosa noche en un exclusivo hotel de la ciudad. Le había comprado un precioso anillo de diamantes, que estaba convencido de que adoraría. A Francisca le gustaban las joyas, acostumbraba a utilizarlas, y Carlos siempre se las regalaba para sus aniversarios.

—Profesor, han traído esto para usted —dijo la secretaria mientras le tendía un sobre, que él se apresuró en coger.

Se extrañó, porque no tenía remitente, ni nada que le indicara de qué se podía tratar.

—¿Quién lo ha dejado aquí?

—Un caballero. Lo único que me dijo, era que por favor me asegurara de que usted recibiera la nota.

—Muchas gracias.

Se alejó unos metros buscando intimidad, y cogió la nota. Apenas la leyó, sintió como si le hubiesen pegado un mazazo en la cabeza. Aquella carta podía ser una broma de mal gusto, o, en efecto, una invitación para el reencuentro de un antiguo grupo de amigos. La volvió a leer, y mientras más avanzaba en la lectura, mayor era su desasosiego. Algo extraño se le alojó en el estómago, que fue acompañado por unas náuseas que lo acosaban sin piedad. Tuvo que correr hasta el baño más cercano y vaciar el contenido de su cuerpo, entre arcadas que apenas si le daban tregua para respirar. Una vez se recuperó, se miró al espejo, se lavó la cara y la boca, y por un momento se perdió en sus pensamientos. Era como si el pasado lo arrollara de pronto, y le hiciera revivir todas aquellas cosas que, de algún modo, le avergonzaban.

Abandonó el baño y caminó hacia su oficina con aire distraído. Tuvo que soltarse el botón de la camisa, porque le faltaba el aire. Notó que su cuerpo se cubría de sudor, y las manos perdían temperatura, debido al miedo que sintió. «¿Y si Marisa estaba detrás de esto?», se preguntó. Ella podría hablar, contar las cosas que hicieron juntos, amenazarlo de alguna manera con exponer su vergüenza. La oscuridad que albergaba el alma de esa mujer no tenía límites, y lo supo demasiado tarde; o su debilidad, concluyó, fue la que no le permitió ponerle freno a tiempo a aquella locura que ahora le costaba la paz. Lo tentó, lo besó y lo incitó a pervertirse. Ella conocía su punto débil, por el hecho de ser un obeso, y que anhelaba un encuentro sexual con una mujer. Marisa sabía que esto solo ocurría en su mente. Cada vez que pensaba en ella y en lo que hizo en su habitación frente a él, cuando se tocaba para atraparlo en su juego de seducción, se asqueaba de sí mismo por disfrutarlo. Nunca debió ceder a sus instintos.

Mareado y pálido como un papel, se apresuró en buscar su kit de emergencias. Necesitaba medirse los niveles de glucosa, porque el abatimiento que se apoderó de él, después de leer la nota, lo preocupó. Tenía certeza de que su cuerpo se había descompensado. Era evidente el poder que tenían esas palabras, escritas en un tono tan amigable. No debería afectarle tanto, pero bastaba tan solo recordar a Marisa para que sus piernas se echaran a temblar. Esa mujer era peligrosa; podía destrozar su matrimonio si no se le daba en el gusto. Estaba atrapado, para su desgracia, en un sinfín de emociones.

Bebió un vaso de agua con un poco de azúcar. El mareo y las náuseas se negaban a abandonarlo, pero confiaba en que pronto cederían.

Mario, uno de sus colegas, lo miró con preocupación.

—Estás pálido. ¿Te sientes bien?

—Sí, estoy algo descompensado, pero ya se me pasará.

El profesor asintió y regresó a sus quehaceres, restándole

importancia a su condición, porque era algo habitual en él, y tenía conocimiento de que solía sucederle debido a su diabetes.

Así pasó toda la mañana, más retraído de lo normal. Por fuera se esforzaba por proyectar que todo estaba bien, pero por dentro vivía su calvario. Las imágenes de ese maldito verano lo azotaban sin piedad, una y otra vez, y estas venían acompañadas de agresivas arcadas, que a duras penas podía contener.

—¿Estás bien? —le preguntó su mujer cuando salían del trabajo—. Actúas muy extraño.

—No es nada. Solo un dolor de cabeza que me está matando —se justificó.

«¿A qué estará jugando Marisa?», se preguntó.

—Carlos. ¿Qué pasa?

Pero Carlos ya no estaba allí, acompañado por su mujer. Se encontraba en el pasado, recordando como Marisa lo acariciaba en la entrepierna, excitándolo, para después manipularlo a su antojo; jugando con sus ilusiones, tentándolo a explorar un terreno peligroso, a sabiendas de que él, cuando estaba bajo su influjo perdía la voluntad. Se reprochó su debilidad. El miedo se alojó en su pecho con fuerza, y deseó no haberla conocido nunca. Marisa era oscura, y él, muy en el fondo, también.

***

Francisca sabía que algo extraño le pasaba a su marido, porque había cambiado su actitud de un momento a otro en el colegio. Notaba la incomodidad de su cuerpo, el sudor que perlaba su frente. Tal vez, pensó, se había descompensado a causa de los nervios por lo de su ascenso. Pero una corazonada le advertía que era algo diferente. Notó como los ojos de Carlos parecían vagar en otro lugar. Mientras conducía se pasó dos discos «Pare». Si ella no le hubiese advertido, habrían tenido un accidente.

—¿Quieres que maneje yo? —se ofreció cuando notó que su concentración no estaba puesta en la conducción.

Carlos se detuvo en la orilla del camino y apoyó la frente sobre el manubrio. Así permaneció unos segundos mientras Francisca lo observaba anonadada.

—Cariño, qué tienes. Me estás preocupando —dijo ella nuevamente, acariciándole la espalda—. Habla conmigo.

—Estoy bien. Creo que he tenido demasiadas emociones en un día —le dijo con una sonrisa que no llegó hasta sus ojos.

Se intercambiaron de asientos y llegaron al poco tiempo a casa. Su marido se quejó de dolor de cabeza, así que ella le sugirió que se recostara a descansar. Después de todo, esa noche celebrarían su aniversario.

***

A las seis de la tarde, Francisca finalizó de peinarse. Se depiló las piernas y cubrió su cuerpo con un aceite frutal, que dotaba su piel de un aroma fresco y agradable. A Carlos le encantaba cuando olía así. Salió del baño y cogió del armario el elegante vestido negro que se había comprado para la ocasión. Tenía algunos kilos de más en su cuerpo, de los que nunca consiguió desprenderse del todo luego de su embarazo, pero su figura era armoniosa como una guitarra, y la prenda le quedaba de maravilla. Se maquilló con esmero, y finalizó calzándose los tacones y perfumando su cuello. Todavía faltaban quince minutos para que el taxi los pasara a buscar. Ninguno de los dos quería conducir esa noche.

Una vez estuvo lista, buscó a Carlos. Lo encontró sentado en la terraza, bebiendo una cerveza. Llevaba puesta la misma ropa de la mañana, y tenía la vista perdida en algún lugar. Este, al verla así, tan arreglada, demudó su rostro.

—¡Oh, por Dios, Francisca! Me he olvidado de nuestra cena. Cuánto lo siento.

—¿Te olvidaste? —A ella le extrañó, porque Carlos no era de los que olvidaba nada, y mucho menos un compromiso.

Se acercó a él y puso su mano en el rostro masculino, que ya mostraba una piel rasposa al tacto.

—Qué es lo que está pasando, Carlos —dijo en un tono comprensivo—. Confía en mí, cariño.

Su marido le tomó las manos y se las besó.

—No es nada, no te preocupes. Será mejor que me apresure en cambiarme. Ya regreso.

Hizo intentos por alejarse de ella, pero no se lo permitió.

—Necesito que me digas la verdad.

Él suspiró con aire cansado, y luego le dijo:

—Está bien. Lo hablaremos durante la cena.

El taxi llegó a tiempo, el matrimonio se marchó a cenar, y Francisca, atenta a cada una de las expresiones de su marido, se dio cuenta de que este hacía grandes esfuerzos por mantener el buen ánimo. Una vez llenaron sus copas y esperaban el plato de entrada, Carlos le comentó lo que le inquietaba.

—Yo no iré con ustedes a la playa a mediados de enero.

—Pero ¿por qué? ¿Ha sucedido algo?

—No. Nada de qué preocuparse. Es solo que he recibido una invitación de mis amigos de infancia, y para mí es importante poder asistir. Solo serán unos días. Después, me marcharé a la playa para reunirme con ustedes.

—¿Y no podemos ir contigo?

—No, cariño. Todos asistirán solos. Será en el lago Rapel.

—¡Tú odias ir al lago! —exclamó, sin comprender que Carlos insistiera en asistir a su reunión de amigos.

Siempre que ella iba a la casa de su suegra en Rapel, lo hacía sola, sin él, ya que Carlos insistía en que no le gustaba ir, según decía, porque hacía crisis con las picaduras de los zancudos. Además, alegaba que le traía muy malos recuerdos de su época de gordo, cuando sus amigos se reían a su costa.

—Lo sé, pero llevo más de veinte años sin ver a ninguno de ellos, y me parece que será interesante el reencuentro —se explicó—. Además, quiero que me vean delgado.

Francisca guardó silencio y no insistió más. Su marido le ocultaba algo, pero este no se lo iba a confiar. Le daría su espacio e intentaría ser comprensiva con él, aunque no lograba acertar con el motivo de su extraña conducta.

Una vez en el hotel, Carlos fue incapaz de intimar con ella. Y por más que lo intentó, no hubo manera alguna de conseguir estimularlo. La noche finalizó mal. Carlos ni siquiera le había entregado el obsequio que sabía guardaba en el bolsillo de su chaqueta. Ella, frustrada, le dio la espalda y fingió dormirse. Media hora después, lo sintió levantarse al baño y sollozar como un crío.

—¡Qué demonios te sucedió! —susurró, incapaz de comprender nada.

***

Cuando llegó al colegio donde trabajaba Carlos esa mañana, Amelina fingió ser presa de un calambre en la pierna, por lo que le pidió al taxista que entregara la nota por ella. El hombre no tuvo ningún inconveniente en hacerlo.

Amelina no podía dormir de la emoción. La tercera carta ya estaba entregada a su destinatario. Todo estaba saliendo a la perfección.

14. Libre

Actualidad. Jueves 5 de enero de 2006, Santiago de Chile

Eduardo se encontraba revisando los papeles del divorcio. Por fin estaba todo listo para finalizar de manera legal con ese matrimonio, que nunca debió realizarse. Pensó que, después de todo, no fue tan malo que Carolina lo encontrara con su amante. Era probable que, de no haber sido así, todavía continuara casado con ella, imposibilitado por el miedo a revelarle una verdad que tenía certeza la destrozaría.

Se acordaba bien de aquel día, como si hubiese ocurrido ayer. Se había quedado en casa hasta más tarde de lo habitual, porque le dolía la cabeza y no se sentía con ánimos de levantarse. Habló por teléfono con Ricardo y le explicó la situación.

—Iré a verte. No te levantes hasta que yo llegue, Edu.

La señora encargada del aseo había pedido la mañana libre para hacer unos trámites en el banco, y Carolina estaba fuera de la ciudad por trabajo. Media hora después, su amante ingresaba a la casa y lo acompañaba hasta el dormitorio.

—¿Te sientes mejor? —quiso saber Ricardo.

—Más o menos. El cuello me está matando.

—Te prepararé la bañera. El agua caliente te hará bien.

Eduardo se quedó recostado, observando a Ricardo desvivirse por atenderlo. Hizo correr el agua y la probó con la mano, cerciorándose de que no estuviese demasiado caliente. A ratos, se le aproximaba, lo besaba en los labios, en el cuello y en la nariz. Después regresaba a la bañera. Una vez el agua estuvo lista, salió del baño y lo ayudó a quitarse el pijama. Ricardo lo recorrió con la mirada cuando se despojó de toda su ropa, y le acarició los pectorales mientras se mordía los labios. A Eduardo le gustaba que lo observara así, con deseo. Solo con él se sentía libre para conectar con su «yo» más profundo. Le sonrió insinuante, pero Ricardo meneó la cabeza de un lado a otro, sin ocultar una sonrisa de complacencia.

—Ven al agua, Edu —le dijo mientras le daba un beso corto en los labios—. Necesitas relajarte.

Obedeció. Se metió en la tina y se recostó con los ojos cerrados. La sensación del líquido caliente sobre sus músculos le sentó de maravilla. Ricardo se ubicó detrás de él, fuera de la bañera, y le masajeó los hombros y las sienes con movimientos circulares, suaves y firmes; relajando la tensión que parecía dominar cada fibra de su ser. Se excitó con su contacto, relegando el dolor de cabeza a un segundo plano.

Extendió el brazo hasta atrás y atrapó a su amante desde el cuello, acercándolo hacia sí. Le robó un beso húmedo, que los hizo a ambos quejarse de placer.

—Ven conmigo al agua —rogó.

—Te duele la cabeza.

—Vamos, entra aquí —lo tentó con otro beso, esta vez, más insinuante que el anterior.

Ricardo se rio, rendido a él, se despojó de su ropa lo más rápido que pudo, y se introdujo en la tina. Después se recostó sobre él. Mientras se besaban con libertad absoluta, con una pasión desatada y primitiva; también el agua se desbordaba por la bañera —producto del movimiento—, dejando estragos en el piso, aunque a ninguno de los dos les importó. Estaban incómodos, pero el deseo de poseerse y acariciarse era mayor.

Se dieron placer mutuo, con las manos y con sus bocas, y sabían que no tardarían en llegar a la cúspide. Reconocían las señales de un inminente clímax, se conocían bien, y se donaban con total abandono en la necesidad del otro. La humedad favorecía que el roce de sus pieles fuera más agradable, además de la temperatura del líquido, que permitía que aumentara la irrigación sanguínea en sus músculos, sensibilizando con mayor facilidad las terminaciones nerviosas de sus cuerpos. Eduardo estaba enamorado de ese hombre como jamás experimentó con nadie antes. Ni siquiera a Miguel lo amó así, pese a que mantuvieron una relación por bastante tiempo.

Eduardo regresó a su boca y le dio un beso profundo, necesitado. Demandaba más de él, con una urgencia visceral.

—No aguanto más —le susurró Eduardo contra su boca, antes de unir sus cuerpos bajo el agua.

El encuentro sexual fue rápido, pero brutal; intenso. Se dejaron ir casi al mismo tiempo, y se quedaron así, con las frentes unidas y los ojos cerrados, sin siquiera percatarse de que Carolina los observaba de pie, pálida como la muerte, y conmocionada, desde el quicio de la puerta. Eduardo fue el primero en verla.

—¡Carolina! —gritó haciendo a un lado a Ricardo, para ir tras ella.

Su mujer dio dos pasos hacia atrás y extendió las manos al frente, indicándole con ello que no se le acercara.

—Aléjate —balbuceó apenas. Sus mejillas, humedecidas por el llanto, le indicaron que llevaba bastante tiempo allí.

Lo había presenciado todo. Había sido testigo de su infidelidad en su propia casa. Se maldijo en silencio por su estupidez. Su cuerpo desnudo desprendía un reguero de agua en el piso, pero no le importó.

—Déjame que te lo explique —rogó, pero ella negó enérgica con la cabeza, y abandonó corriendo la habitación.

Se desesperó. Acababa de quedar expuesto ante su mujer, una

persona que no se merecía el engaño del cual era objeto desde el inicio de su relación. Tenía que alcanzarla y explicarle antes de que fuese demasiado tarde. No podía permitir que se marchara en aquellas condiciones.

Se cubrió la cintura con una toalla y corrió tras ella. La detuvo por el codo a tiempo, y la abrazó con fuerza, aunque esta se resistía al contacto. Carolina gritó, pateó y lloró sin consuelo, hasta que ya no quedaron más lágrimas ni energía para seguir debatiéndose contra él. Luego, cuando estuvo más tranquila, Eduardo la condujo hacia la cocina y sirvió dos vasos de *whisky*. Él también lo necesitaba con urgencia.

—Bebe —le pidió con un nudo en la garganta—. Te sentirás mejor.

Ella lo hizo, se lo tomó de un solo movimiento, y cerró los ojos al tragar. Eduardo la imitó, pero no le escoció ni siquiera la mitad de lo que lo hacía la culpa. Carolina no solo se acababa de enterar de que estaba casada con un homosexual, sino que los había descubierto en pleno acto. Se recriminó por su torpeza, por no ser más cuidadoso, por dejarse llevar por la pasión. Pero sabía que debía explicarse. Había llegado el momento de hablar con la verdad.

—Lo siento, Carolina —dijo en un tono suave, temiendo que ella pudiera romperse en cualquier momento—. Esto que acaba de pasar no es tu culpa. Yo… soy gay.

Su mujer mantenía la vista fija en el vaso, a la vez que sus ojos se desbordaban por el exceso de humedad. No lo miraba. Solo se limitaba a escuchar.

Como ella no le decía nada, ninguna palabra abandonaba su boca, aprovechó de sincerarse. Le explicó que no conseguía amar a las mujeres, y que siempre había luchado por no ser así, pero no podía evitarlo, y estaba cansado de negarse a sí mismo, negar lo que era.

Cuando ella consiguió hablar, le dijo:

—Dime, desde cuándo que sucede esto.

Eduardo bajó la vista, avergonzado. Pensó en mentirle, pero ya no le parecía tan buena idea. No tenía sentido hacerlo.

—Desde siempre —reconoció.

Hizo intentos por tomar su mano, pero ella no se lo permitió.

—¡No me toques! —le gritó, elevando la voz. Después cogió dos bocanadas de aire, en un intento por serenarse y recuperar la compostura—. Nunca me has querido.

—Sí te quiero, pero no puedo amarte, no como tú esperas que lo haga —se explicó—. Eres una mujer maravillosa que no se merece lo que te he hecho, pero tenía miedo. Aún lo tengo. No es fácil ser como soy, Carolina. No es fácil para mí, saber que te he estado mintiendo por años, que tú ansías una familia que yo jamás te iba a dar. No es fácil frustrar tus sueños a causa de mis secretos.

—Por eso evitabas acostarte conmigo, porque no me deseabas —dijo mientras con una mano se limpiaba las mejillas húmedas.

Las lágrimas rodaban sin tregua por su bello rostro. Carolina estaba rota. Era una mujer en la que siempre predominó la alegría y la dulzura. Ahora, en cambio, la tristeza la embargaba con fuerza, y la amargura era el sentimiento del cual no se podía desprender. Eduardo se compadeció de ella, pero no sabía de qué manera amilanar su sufrimiento.

—Lo siento, pero no me parecía justo hacerte eso.

—¿Por qué no me lo confiaste? Me hiciste creer que me querías, que formaríamos una familia juntos.

—Lo lamento, Carolina —se disculpó, apesadumbrado—. Tenía miedo de dañarte. No quería.

—Quería tener hijos contigo —dijo mientras con la mano se limpiaba las lágrimas—. Ansiaba un hijo tuyo. Me entregaba a ti, al tiempo en que tú te revolcabas con otro hombre. ¡Qué asco, Eduardo! ¡¿Cómo pudiste hacerme eso a mí, que te lo he dado todo?! —gritó con la voz quebrada por el llanto.

—Perdóname, Carolina. Yo también sufría por ti, aunque no me creas. He vivido un calvario por dentro, cargando secretos que apenas me permitían respirar. Tampoco era fácil ver como cada mes te frustrabas, porque no concebías un hijo, pensando que podrías tener algún problema de salud, cuando el que lo tenía era yo.

Carolina levantó la mirada hacia él, sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—Me operé para no tener hijos. Soy yo el motivo por el cual no concebías —le reveló, a sabiendas de que aquella confesión sería como una estaca en su corazón, pero ya no quería mentir más. Estaba harto de ocultarse—. No sabes cuánto lo lamento.

Ella se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro, desesperada. Ahí perdió todo el control que llevaba rato conteniendo. Se le abalanzó encima, con los puños cerrados. Le gritó, lo arañó y golpeó en el cuerpo; y mientras lo hacía, lloraba sin consuelo.

—Pégame, Caro, pégame si eso te hace sentir mejor —le decía Eduardo mientras recibía cada golpe, que sabía merecía por sus mentiras—. ¡Perdóname!

Eduardo lloró con ella, imploró su perdón, porque esa mujer lo amaba con todo su ser, y él había pisoteado ese amor, lo había utilizado a su favor para esconderse como el cobarde que era. De pronto, se sintió un miserable, un hombre sin valor, que no se merecía ni siquiera una mirada suya. Tenía certeza de que la estaba desgarrando por dentro injustamente. Y lo único que conseguía hacer, en medio de tanta desdicha, era repetir, una y otra vez, la palabra «perdóname».

Ella se marchó, y cuando estuvo a solas, Ricardo lo reconfortó. Lloró durante un largo período de tiempo, se desbordó como un niño entre sus brazos, aunque era incapaz de hallar consuelo. No quería que su matrimonio terminara así, no quería lastimarla, y lo había hecho de la peor de las maneras.

Unos golpes en la puerta lo devolvieron al presente, y se percató de que sus mejillas se habían humedecido por las lágrimas. Aún recordar ese día le afectaba hasta el punto de hacerlo llorar. Se limpió la cara con una mano y observó su oficina, como recién asimilando que se encontraba trabajando, y no en otro lugar. Allí, sobre la mesa, permanecían los papeles de divorcio. Estaba verificando los últimos detalles, asegurándose de que todo era correcto, cuando se perdió en sus pensamientos y recordó el sufrimiento de Carolina.

La secretaria volvió a golpear la puerta. Fue entonces que espabiló.

—Adelante.

—Llegó esto para usted, abogado —le informó la mujer, tendiéndole un sobre.

—Gracias —dijo cogiendo el papel y dejándolo en una esquina en el escritorio—. ¿Aún no llega Carolina y su abogado?

—No, señor.

—Bien. Apenas se encuentren aquí, hágamelo saber.

Decidió mirar la nota después. La secretaria abandonó la oficina, y Eduardo aprovechó de dar una última revisión a los documentos, cerciorándose de que todo estaba bien redactado, sin errores de ningún tipo. La casa se la había dejado a Carolina desde el minuto uno, más una indemnización por perjuicios emocionales. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

Se reunieron con posterioridad, luego del incidente, para llegar a algunos acuerdos. La tensión entre ellos podía palparse a la distancia. Era lógico. Se había roto la confianza, la complicidad que siempre los caracterizó como matrimonio. Ella decía odiarlo por lo que le hizo, pero, incluso así, mantuvo guardado su secreto, aunque solo lo reservara en su interior por causa de la vergüenza, y no como una manera de ocultar del mundo su verdad. De algún modo, Eduardo se lo agradeció en silencio. Ahora, sin embargo, ya todo le resbalaba. Su familia ya estaba enterada de su homosexualidad, y tardarían un tiempo en dirigirle la palabra otra vez. Lo comprendía, y también, muy en el fondo le daba igual, porque no existía circunstancia alguna en su vida —que lo hiciera sentir más libre y contento—, que el hecho de haberse desprendido de su más grande secreto.

***

Una vez finalizó la jornada laboral, Eduardo cogió su chaqueta y se encaminó hacia la puerta. Fue entonces que recordó el sobre que

había recibido por la mañana de manos de su secretaria. Se devolvió al escritorio y lo abrió. La sorpresa se dibujó en su rostro. Firmado «El clan de los seis». Era una invitación al lago Rapel; un reencuentro con sus amigos de juventud. Se preguntó que quién de los cinco habría tenido la ocurrencia de hacer algo así. Su mente de inmediato evocó recuerdos del pasado, de aquella época en las que aún tenía las esperanzas puestas en tener una relación con Amelina. Recordó cuántos sentimientos encontrados habitaban dentro suyo, porque ella había escogido a Hugo. De alguna manera, Eduardo la culpaba en aquella época, de no ser capaz de enamorarse de una mujer. En aquel tiempo, él estaba convencido de que ella era responsable de negarle ese derecho, aunque no fuera consciente de eso. Quiso lastimarla, dañarla con dureza. Cualquier cosa que le permitiera encontrar el equilibrio perdido, para subsanar las heridas de su rechazo. Se preguntó si de haber mantenido una relación con ella en el pasado, sería hoy homosexual. No tenía respuestas para esas incógnitas. Jamás lo sabría. De lo que sí estaba seguro, era de asistir al reencuentro y volver a verlos a todos. Amelina seguía siendo tan bonita de como la recordaba. Fue la única mujer que lo hizo sentir placer, no tan solo emocional, sino que físico. Fue la única por la que su cuerpo parecía cobrar vida; inundarse de hormonas.

Caminó con la hoja en la mano, pensando en Pablo. Desde aquella noche, algo se rompió entre ellos. Ya nada fue lo mismo. Quizás, especuló, ahora que habían pasado veinte años de aquel fatídico error, podrían pasar página y borrar de sus recuerdos esa mancha que los separó, fruto de su inexperiencia y su impulsividad.

Un grupo de muchachos explorando sus posibilidades, bebiendo más de la cuenta, explotando su sexualidad, cometiendo errores, registrando experiencias en la memoria; algunas buenas, otras no tanto. Eso era en lo que reflexionaba cuando viajaba al pasado. La nota con aquella invitación tuvo el poder de catapultarlo hacia atrás en el tiempo, no sabía con qué fin, pero era inevitable hacerlo, ya que estaba en la búsqueda de la paz consigo mismo. Esta era la oportunidad perfecta para cerrar esos pendientes y subsanar viejas heridas.

Llegó hasta su vehículo sin dejar de perderse en sus cavilaciones. Concluyó que aquello era idea de Pablo. Tenía que ser de él. Era inevitable que, con el paso de los años, uno se pusiera nostálgico y resurgiera la imperiosa necesidad de volver a revivir las experiencias de juventud. Dudaba que asistieran todos. Marisa podría ser, pero no creía que Amelina tuviera interés en participar. «Amelina», pensó con tristeza, aunque también con una pizca de culpa.

Condujo por las calles, todavía distraído, cuando le pareció vislumbrar a una mujer en la vereda de enfrente mirándolo con dureza

mientras lo señalaba con el dedo, como acusándolo.

—¿Amelina?

Un bocinazo lo alertó de que había estado a punto de chocar con otro vehículo. Frenó de golpe, se disculpó con la mano por su estupidez, y volvió a mirar hacia la calle, pero la mujer ya no se encontraba allí. Pensó que tal vez se había confundido. No tenía sentido que Amelina hiciera eso. ¿O sí?

Imágenes de él cargando su cuerpo hacia la islita le llegaron como ráfagas borrosas, pero las hizo a un lado. Su cuerpo, en aquella ocasión, estaba alcoholizado, incluso algo drogado. No recordaba mucho, salvo la estupidez que cometió esa noche. Las amenazas que recibió de la zorra de Marisa, haciéndolo temblar de miedo, de que le confesara a alguien lo que había hecho. Cuánto la odió en aquel momento. Marisa lo tenía cogido por las pelotas, y disfrutaba al verlo aterrorizado con sus amenazas. «Maldita puta», pensó.

Hizo a un lado aquellos pensamientos, y se centró en la conducción. El sobre descansaba en el bolsillo de su pantalón, como un recordatorio de lo que fue. Ahora, concluyó, ya nadie tenía el poder de dañarlo. Era libre, por fin.

15. El infierno de Amelina

1985. Domingo 13 de enero, Lago Rapel
(Horas antes de la agresión)

Tan solo faltaban unas pocas horas para su cumpleaños. Amelina estaba ansiosa, ya que deseaba celebrar con sus amigos sus diecisiete años de edad. Estaba convencida de que sería una noche inolvidable, porque Hugo estaría con ella. La relación iba mejor de lo que alguna vez imaginó. Se había enamorado con la fuerza propia de la adolescencia; esa que era capaz de darlo todo por el otro, sin medir consecuencias y sin límites. Se sentía muy feliz. Lo único que enturbiaba su día, concluyó, era Marisa. Su amiga se había empeñado en disgustarla, y tenía certeza de que lo hacía a propósito. Marisa no soportaba perder la oportunidad de estar con Hugo. Lo tocaba cada vez que podía, incluso mucho más de lo moralmente establecido. Se paseaba frente a él casi sin cubrirse el cuerpo, tentando. Amelina estaba disgustada con ella y con su actitud. Se lo expresó ese mismo día, por la mañana, justo después de levantarse, pero Marisa se había limitado a encogerse de hombros y a decirle que era una exagerada. Y como no quería amargarse el día por su culpa, no le dio más vueltas al asunto y se limitó a disfrutar de la compañía de Hugo, haciendo caso omiso de las tonterías que hacía y decía Marisa. A esas alturas, le parecía patética.

Llamaron a la puerta. Hugo había quedado en ir a buscarla esa tarde. Querían irse caminando juntos al campamento. Amelina se había esmerado en su aspecto. Escogió los pantalones que mejor le sentaban, y una bonita blusa corta, que dejaba a la vista parte de su ombligo. Eran unas prendas más atrevidas de lo que estaba acostumbrada a utilizar, pero quería verse bonita para él.

—Estás preciosa, Meli —le dijo cogiéndola por las mejillas, para darle un beso corto en los labios.

—Gracias. —Le sonrió, complacida con sus palabras.

Caminaron sin siquiera tocarse, uno al lado del otro, y cuando estuvieron lejos de la posibilidad de ser vistos por sus padres, se besaron por fin. Amelina todavía no le había confiado a su familia que salía con él, porque tenía miedo de que no la dejaran continuar acampando con sus amigos, si tenía una relación con alguno de los chicos. Esperaría el momento adecuado para hacerlo.

Llegaron al embarcadero de los primeros.

—¿Y los demás? —quiso saber Amelina, porque solo estaban ellos dos ahí.

—Carlos fue a buscar leña con Eduardo, y Pablo estaba con Marisa en la tienda de campaña cuando te fui a buscar —dijo entornando los ojos.

Cada vez que Amelina pensaba en Marisa, se incomodaba. Ese año en particular, ella hacía y decía cosas que no le gustaban, que revelaban unas conductas indecorosas, rayando en la indecencia. Se comportaba como una cualquiera; y si ella se lo decía, Marisa se molestaba o la ignoraba. Amelina dejó de velar por su reputación, porque no se podía defender lo indefendible. Eso sí, tuvo que mantenerse más alerta con respecto a Hugo. Apenas ella veía la oportunidad de acosarlo, lo incordiaba.

Carlos y Eduardo regresaron con una carga de leña en una carretilla y armaron una pira para una fogata. La noche prometía un ambiente distendido y de celebración. Todavía la luz del día los acompañaría por un par de horas más, así que dejaron todo listo a tiempo para la noche.

—He grabado música en este casete, con las mejores canciones de *rock* latino —comentó Carlos, preparando el equipo.

Como buen amante de la música, se preocupó de que la radiocasete tuviera las pilas recién cambiadas.

—Ahí vienen Marisa con Pablo —dijo Hugo—. ¿Qué demonios traen en esas cajas?

Amelina sospechaba que las cajas plásticas estaban repletas con botellas de pisco, cervezas y gaseosas. No se equivocó. La que cargaba Marisa contenía cosas para picar, como papas fritas, ramitas, aceitunas, salame y queso.

—He asaltado el bar de mi padre —comentó Pablo—. Y también la cocina.

—Tu hermana se va a enojar cuando se dé cuenta —le advirtió Eduardo.

—No lo creo —dijo encogiéndose de hombros—. Ni siquiera lo notará.

Dejaron todas las cosas sobre una mesa. Hugo miró a Amelina y le sonrió.

—Yo he traído una torta. La dejé dentro de la tienda. Voy por ella.

—Yo te acompaño —dijo Marisa, yendo tras él.

Amelina ni siquiera tuvo tiempo de rechistar. Los celos socavaron su ánimo y amilanaron su espíritu. No sabía cómo lidiar con aquellos sentimientos que, en todas las ocasiones en que los experimentó antes, le habían dejado un regusto amargo en la boca.

Una vez regresaron, le costó recuperar el buen ánimo y relajarse con el grupo. Se hizo de noche, encendieron la fogata, y la música de fondo amenizó el ambiente. A las doce le cantaron la canción de cumpleaños y le entregaron bonitos obsequios. Amelina ya sentía por

su cuerpo, desacostumbrado a beber alcohol, el mareo adueñándose de su cabeza, y la vista desenfocarse por momentos.

—Juguemos a la botella —propuso Marisa con entusiasmo—. La hacemos girar. El escogido debe elegir entre responder una pregunta con la verdad, o beber un trago.

—Yo no puedo excederme con el alcohol, Marisa. Soy diabético —le recordó Carlos.

—Siempre puedes elegir «verdad» en vez de beber —le respondió con una mirada que escondía segundas intenciones.

Se preguntó si se le estaría insinuando también a Carlos. Amelina, en ocasiones, no comprendía los juegos de Marisa.

Al resto les pareció interesante. Marisa, entusiasmada por la actividad, se puso de pie y preparó una botella con pisco mezclada con Coca-Cola. Después, dejó un recipiente vacío para el juego. El primero en perder fue Pablo. La actividad la lideró Marisa, y las preguntas tenían una alta connotación de tipo sexual. Pablo se reía, divertido por las ocurrencias de las preguntas, y no tenía ningún inconveniente en responderlas.

Amelina se relajó. Había perdido en varias ocasiones, y como no quería exponerse frente a sus amigos, había escogido beber en vez de responder esas preguntas, que le parecían bastante indecentes por lo demás.

Observó a sus amigos. Todos estaban algo ebrios. Marisa, cansada ya del juego, se sentó sobre los muslos de Pablo y lo besó. Amelina no comprendía cómo podía comportarse de esa manera, y además, frente a todos. Incluso le pareció ver que le acariciaba la entrepierna.

Carlos se puso de pie, y se alejó, perdiéndose en la oscuridad.

—Meli —le susurró Hugo en el oído—. Olvídate de ella.

Y así lo hizo. Se olvidó del resto del grupo y se centró en Hugo, en besarlo y en relajarse junto a él. A ratos se quedaba dormida, y despertaba otra vez, escuchando los acordes de la guitarra que tocaba Carlos. En algún momento él había regresado y retomado el instrumento. Le gustaba su voz; era bonita. Carlos le había dedicado una canción que él mismo había compuesto. Fue un regalo muy especial.

Amelina hacía intentos por abrir los ojos, pero estos le pesaban. Hugo la mantenía abrazada en el suelo, aunque se había dormido también. Se acomodó junto a su pecho. La temperatura había descendido, aunque alguien, no sabía quién, se había preocupado de mantener vivo el fuego, porque todavía le llegaba su calor, y podía percibir las luces anaranjadas bailando entre las sombras. Miró a su alrededor, extrañada por sentirse tan borracha, ya que se había preocupado de dar sorbos cortos a la botella, precisamente para evitar pasarse con el alcohol. Eduardo la miraba mientras fumaba su cigarro;

Carlos parecía sumido en su música, ajeno a los demás, y Marisa se acababa de poner de pie. Le pareció escucharla decir que iba a orinar. Esos fueron los últimos recuerdos coherentes que tuvo esa noche, antes de sentir que alguien la cargaba en brazos. Ya no se escuchaba la música de la guitarra. Solo el ruido del agua y el vaivén del bote en el que sintió que la depositaban. Tuvo la impresión de haber escuchado una discusión, gritos de enojo. Volvió a perder la consciencia. Era incapaz de mantener los ojos abiertos e hilar una idea con cordura. Se preguntó si estaría soñando, o si todo eso era parte de una broma por su cumpleaños. «¿Dónde estaría Hugo?», pensó.

Las voces le llegaban confusas, como si tuvieran eco y las palabras vibraran contra alguna muralla, aunque allí no había nada. Distinguía algunas frases con claridad:

—Eres un poco hombre. Está ahí, lista para ti, y ni siquiera eres capaz de acercarte a ella, cobarde.

Alguien, no sabía quién, se le acercó. La respiración de la sombra se escuchaba agitada, como si hubiese realizado un enorme esfuerzo.

—Es bonita, ¿no? Tómala, ahora es tuya. ¡Hazlo! Nadie se va a enterar. ¡Estamos juntos en esto! —continuó incitándolo la voz; esa que no podía identificar, porque se distorsionaba en su cabeza.

Le arrancaron el pantalón y le ardió la cadera izquierda, como si la hubieran arañado con las uñas. Quiso quejarse, pero apenas podía balbucear. El aire frío rozó su piel desnuda. Algo le ocurría, ya que su cuerpo no respondía. Era incapaz de hacer nada para defenderse. Muy en el fondo, tenía certeza de que algo malo le estaba por pasar.

—¡Qué esperas, cobarde! —escuchó otra vez esa voz que le llegaba confusa a sus oídos, con eco, distorsionada en la forma y en la intensidad—. ¡Hazlo de una puta vez! ¡No tienes las pelotas!

—¡Cállate! —respondió su agresor.

«¿Quién eres? ¿Por qué me haces esto?», se preguntó, cuando una pizca de lucidez apareció entre tanta oscuridad.

El peso de un cuerpo grande y jadeante le lastimó las costillas cuando se le echó encima de una manera brutal, a la vez que algo duro le atravesaba su intimidad, ocasionándole un agudo dolor, que se asemejaba a cientos de agujas desgarrándole por dentro. La respiración agitada del hombre era cada vez más rápida en su oído, y las costillas y la espalda clamaban por espacio, para poder respirar. El dolor abajo, entre las piernas, se intensificaba con las sacudidas a las que era sometido su frágil cuerpo por su agresor. Amelina era incapaz de negarse, era incapaz de decir nada. Incluso era incapaz de llorar o de oponer resistencia física. Solo el miedo, la confusión y la desesperación permanecían junto a ella como una sombra oscura, al acecho. Perdió la noción del tiempo. No supo cuántos minutos fue sometida a aquella tortura. Las náuseas le llegaban como ráfagas de

viento; y así como venían, desaparecían fugaces. De pronto, Amelina se sintió despojada del peso que la estaba lastimando. Nuevamente le sacudieron las piernas, como si le estuvieran colocando la ropa. Se quejó, adolorida. Fue lo único que pudo hacer. La cubrieron con algo, porque dejó de sentir el aire frío acariciando sus piernas, y todo ruido a su alrededor desapareció, salvo el sonido de los grillos, que se incrementó de un momento a otro. Pensó en su muerte. Tal vez eso era lo que estaba sucediendo. Quizás estaba muriendo, o soñando. No conseguía comprender del todo su situación. Debió dormirse en algún momento, porque cuando abrió los ojos, ya era de día.

***

Horas antes…

Marisa estaba atenta a todo lo que sucedía a su alrededor. Carlos continuaba tocando la guitarra, inmerso en su mundo y en sus pensamientos, mientras que Eduardo y Pablo se habían escabullido por ahí.

—Carlos, ¿me acompañas un momento? —Lo vio dudar, y después levantarse a regañadientes.

Marisa lo cogió del brazo, y lo condujo hasta su tienda.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó, tragando saliva con nerviosismo.

Ella ignoró su pregunta. Bebió un sorbo de la botella de pisco que tenía en la mano, y que no había combinado con ninguna bebida.

—Quiero estar un momento a solas contigo —le dijo mientras lo empujaba hacia abajo, para que se sentara dentro de su tienda.

Sabía que lo tenía desconcertado, pero era todo parte de su plan. Quería que perdiera la voluntad, que se sometiera a su antojo.

Marisa dio otro sorbo a la botella, pero, esta vez, no se lo tragó. Se sentó sobre Carlos, con las rodillas separadas alrededor de sus caderas, y lo obligó a recibir el líquido desde su boca. Él se quejó.

—No me gusta el pisco solo.

—No seas aguafiestas. ¿No te das cuenta de que es solo una excusa para besarte? —dijo con un tono de voz, que dejaba entrever un enorme deseo físico.

No era cierto. No lo deseaba, ni tampoco le gustaba besarlo, pero era necesario. Quería menoscabar su voluntad, volverlo su juguete, manipularlo a placer. Eso sí que aumentaba el suyo.

Marisa dio otro sorbo a su bebida y repitió la operación. Una vez se lo tragó, le introdujo la lengua dentro de la boca mientras se mecía contra él, aunque no demasiado. No quería que perdiera el control por completo. Bastaban un par de movimientos que rozaran su intimidad. Luego se separaba de él. Así repitió la operación, hasta conseguir que enloqueciera. Necesitaba dejarlo con las ganas, insatisfecho. Se detuvo

de golpe, y él se quejó.

—¿Por qué paras ahora?

—Escuché a alguien venir.

No era cierto, pero Carlos le creyó. Se puso nervioso, ella notó la tensión apoderarse de él. Eso era justo lo que quería conseguir. Desajustar su cuerpo, angustiar su mente, que perdiera el equilibrio emocional, castrar su voluntad.

—Creo que ya se han ido —dijo ella en su oído, antes de coger el lóbulo de su oreja con los dientes.

—¿Y si es Pablo? —preguntó con nerviosismo—. Podría enojarse porque estoy contigo.

Marisa se rio. Regresó a la boca y atrapó su labio inferior con suavidad. Luego lo succionó.

—Relájate. Él no tiene por qué enterarse.

Volvió a besarlo y pegó su cuerpo al suyo.

—¡Ay! Me acabas de enterrar algo duro en la cadera. —Se quejó Carlos.

—Es mi cámara de fotos. Olvídate de ella. —Lo empujó hacia atrás y descendió por su cuerpo, acariciándolo con su boca por sobre las prendas de vestir, siempre incitando, nunca concretando. Se detuvo en su erección. No se podía ver nada dentro de la tienda, pero sabía que estaba excitado. Carlos era una presa sencilla de atrapar, sin experiencias de ningún tipo, y que cedía con demasiada facilidad cuando estaba con ella. Era débil. Y como ya advertía que era incapaz de contenerse por mucho tiempo sin dejarse ir, apenas le rozó una vez con los labios su dureza por sobre el pantalón. Carlos respiraba con agitación, esperando. Siempre esperando. Ella estaba al mando, y él debía someterse. Marisa sabía que ya lo tenía en sus manos; que haría cualquier cosa que le pidiera, porque estaba a su merced, rendido a las nuevas sensaciones que experimentaba su cuerpo gracias a ella. Se sintió poderosa.

—¿Te gustaría acostarte conmigo, Carlos?

—Sí —respondió de inmediato.

Él no le gustaba en absoluto, pero disfrutaba con su debilidad de hombre corrompido por el pecado. Ella era el pecado, y él, su víctima.

—¿Te gustaría que te lo hiciera con la boca?

—No me hagas sufrir más, Marisa. Sabes que sí. —Ella sonrió.

—Está bien. Lo haremos, pero aún no. Primero bebe otro trago. —Cogió la botella y le dio un sorbo. Después se lo dio con la boca y volvió a besarlo—. Me gustas.

Notaba su ansiedad, su rendición, y Marisa se regocijó con ello. Quería que el alcohol inundara su organismo, pero no demasiado. Solo lo suficiente como para que se desinhibiera y se sometiera a sus caprichos a placer.

—Ahora serás obediente y me esperarás aquí. Hay algo que debo hacer antes —le dijo cerca de la boca. Le dio un último beso y luego le advirtió—: No te toques cuando estés solo. Tienes que esperar a que yo regrese.

—Pero ¿adónde vas? —quiso saber incorporándose con los codos.

—Es una sorpresa, y si te lo digo dejará de serlo. Tú espérame aquí, y no te duermas. Vendré a buscarte. Si te tocas, lo sabré.

Marisa desapareció, no sin antes recorrer su cuerpo con las manos, a modo de promesa. Lo dejó tentado, listo para culminar lo que empezó.

Marisa regresó a la fogata, satisfecha de sí misma. Echó un vistazo alrededor y evaluó la situación. Hugo dormía profundo en el suelo, al igual que Amelina. Esa noche se desquitaría de ella. La odiaba con toda su alma, y quería hacerle daño, pero un daño que fuese irreparable, que la rompiera para siempre.

Media hora después, Marisa regresó a la tienda de Carlos. Estaba eufórica, llena de dicha. Las cosas le habían resultado mucho mejor de lo que planeó en un comienzo. Poseía una información tan valiosa que ahora ella tenía todo el poder. La sonrisa que se dibujó en su rostro era aterradora, pero no había ninguna luz que pudiera evidenciarla.

—¿Eres tú, Marisa?

No le contestó. Se lanzó sobre su cuerpo grande y obeso, y lo acarició con desesperación. Carlos se excitó de inmediato. Lo besó con dureza y le apretó el pecho hasta arrancarle un quejido de dolor. Se restregó un par de veces contra sus piernas, y después se detuvo de golpe.

—¡¿Por qué paras ahora?! —se quejó Carlos, desesperado por llegar hasta el final.

—Ven, vamos. Te tengo una sorpresa.

Lo cogió de la mano y tiró de él hacia fuera. Luego lo condujo con rapidez por la oscuridad.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó en un susurro.

—Te dije que te tenía una sorpresa. Ya lo verás.

Marisa y Carlos desaparecieron en medio de la noche.

16. La paciente de la agresión

Actualidad. Viernes 6 de enero de 2006, Santiago de Chile

Escuchó que alguien sollozaba, y abrió los ojos. Fue entonces que Amelina descubrió, que el llanto provenía de su propia boca. Soñaba, y era todo tan real que aún permanecía la sensación de ardor entre sus piernas, desgarrándola. Dejó de llorar cuando se esparcieron los últimos resquicios del sueño, cuando la luz del día le hizo darse cuenta de que se encontraba en el aquí, en el ahora, y no en el ayer. Estaba a salvo. Cada vez que se acercaba la fecha de su cumpleaños, los sueños y los recuerdos de aquella noche se acentuaban de una manera alarmante.

Se levantó con intención de comenzar lo más pronto posible su trabajo en el hospital. Tenía que ir a hablar con la chica. Era importante arrancarle una declaración. Ninguno de sus colegas pudo conseguir que se sincerara, que denunciara a su agresor. El ginecólogo había confirmado sus peores sospechas. Cuando Amelina pensaba en el calvario que debía llevar por dentro esa pobre muchacha, hacía suyo su dolor.

Una vez dejó sus pertenencias en su consulta, Amelina se dirigió hasta la habitación de Matilde. Abrió la puerta con suavidad, y la observó por un momento antes de entrar. La chica tenía la mirada perdida en algún lugar de la ventana, aunque sus ojos permanecían vacíos, sin ver, y sin el brillo tan propio que caracterizaba a los más jóvenes. Era menuda y frágil, y sus rasgos todavía se resistían a tomar los de una mujer. «Es una niña», pensó.

—Hola, Matilde. ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien —respondió mirándola con desconfianza.

Amelina cogió la silla y se sentó lo más cerca posible de ella. Matilde apresaba las sábanas con sus manos, fruto del nerviosismo.

—Me gustaría que pudieras confiar en mí, y decirme la verdad, cariño —comenzó diciendo con ternura—. Sé que tienes miedo, pero necesito que me digas quién se atrevió a lastimarte, para que nunca más te pueda dañar otra vez.

—Me caí. Ya se lo dije antes. No sé por qué nadie me cree —dijo conteniéndose de llorar.

No daba resultado. Matilde había intentado suicidarse, porque no soportó cargar con la experiencia de su violación, y se negaba a reconocer lo evidente. Amelina, por primera vez, se decidió a hablar sobre su secreto.

—Fui violada cuando cumplí diecisiete años —dijo, y la chica se

volteó para mirarla con los ojos muy abiertos. Su confesión la había sorprendido. Supo que debía continuar hablando de sus experiencias, si quería conseguir algo—. Yo conocía a mi agresor, porque era uno de mis amigos. No pude hacer nada para evitar que abusara de mí. Me tomó por la fuerza, se aprovechó de mi condición. Yo había bebido, pero, incluso así, sé que no fue mi culpa. Fui la víctima, no la responsable de que aquello me sucediera.

—¿Lo denunció? —se atrevió a preguntar.

—El peor error que he cometido en la vida fue habérmelo callado. He vivido cargando con este secreto sobre mis hombros cada día de mi existencia, y apenas me ha dejado respirar. Eres, ahora, la única persona a la que se lo he confiado. Sé que tienes miedo, porque yo también lo tuve. Lo sigo teniendo, pero no debes callar más. No hagas lo mismo que yo. No debes dejar que aquel infeliz siga haciendo de su vida como si nada. No te lo mereces, cariño, ni yo tampoco.

Matilde rompió en un llanto desgarrador, catártico, que consiguió que Amelina por fin soltara el aire contenido, y que sus pulmones volvieran a expandirse con normalidad.

—Tengo miedo —se sinceró la chica.

Amelina le cogió la mano, dándole fuerzas para hablar.

—Lo sé, pero no estás sola.

Fue entonces que Matilde le contó los detalles de su escabrosa experiencia. Salía con un chico algo mayor que ella, cuya negativa a acostarse con él lo motivó a violentarla. El infeliz no solo la había violado de una manera brutal, sino que también la chantajeaba con unas fotografías que uno de sus primos sacó en aquella oportunidad. A medida que Amelina iba escuchando los horrores de la chica, también sus propios fantasmas rondaban a su alrededor como sombras. Ahora, con mayor razón todavía, necesitaba llevar a cabo con éxito su plan de venganza. Su conciencia distaba mucho de hacerla sentir culpable por las ideas que inundaban su mente. «El hombre nace bueno, y se corrompe en el camino», concluyó para sí, cuando una parte del mal que albergaba dentro, ese que todos llevamos en nuestro interior, se regocijó imaginando su venganza. Lo haría por ella misma, por Matilde y por todas las víctimas de abuso.

La muchacha finalizó su relato entre lágrimas.

—Has sido muy valiente.

—¿Y qué hago para evitar que muestre las fotos? Me amenazó con hacerlo si lo contaba.

—No te preocupes por eso. Lo primero es sincerarte con tu padre. Él está muy preocupado por ti.

—Me da vergüenza —dijo llorando otra vez.

—Lo sé. Sé lo que sientes, pero no debes avergonzarte, porque tú fuiste una víctima. Tienes que repetirte, una y otra vez, que no es tu

culpa. Estarás bien. Ese desgraciado va a pagar por lo que te hizo. Ya lo verás.

Se despidió de Matilde con el pecho henchido de orgullo. Lo había conseguido. Ahora se haría justicia como tenía que ser. Le envió un mensaje a Juan. Quería saber más acerca del desgraciado que dañó a la chica, solo para alimentar su odio, ese que ya había germinado con fuerza en su interior. Una parte de ella necesitaba hacer justicia con sus propias manos. Tenía claro que no le correspondía. Sin embargo, no lo descartaba del todo.

Trabajó toda la mañana con mucha energía. Estaba alegre, y desde hacía tiempo que no convivía con esa emoción. Se le antojó extraña, como si no le perteneciera. Aquello le sentó bien. Juan, además, le había proporcionado información oscura sobre el agresor de Matilde. Ahora sí que lo tenía agarrado por las pelotas al desgraciado, y este ni siquiera se lo imaginaba. Sonrió, contenta.

***

Se puso un pañuelo en la cabeza y anteojos para el sol. Amelina no quería correr riesgos de ser reconocida por nadie. La clínica donde trabajaba Hugo se encontraba lejos del hospital. No le importó. Salió a la calle, cogió un taxi y rogó por no encontrarse con él cuando llegara allí. La nota permanecía guardada en su bolso de mano, esperando ser entregada a su destinatario. A Hugo lo había dejado para el final.

—Déjeme aquí, por favor —pidió al conductor del taxi.

Apenas descendió del vehículo, sintió su estómago contraerse por los nervios. Hugo todavía tenía ese poder, de afectarle incluso de manera fisiológica. Tomó una bocanada de aire, con el fin de relajarse, y entró en la clínica.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó la secretaria con una sonrisa.

—Buenas tardes. Busco la consulta del doctor Hugo Villanueva.

—Permítame un segundo —pidió la mujer mientras tecleaba en el computador—. Hoy el doctor se encuentra atendiendo en el área de pediatría, en el piso seis.

—Muchas gracias.

Buscó el ascensor y se dirigió hacia él. Justo cuando iba a presionar el botón, las puertas se abrieron y Hugo apareció frente a ella, pero este miraba una ficha que portaba en las manos y no la vio. Amelina se hizo hacia un lado con rapidez para ocultarse.

Hugo caminó rápido por un pasillo, como si estuviese contra el tiempo, mientras Amelina le seguía a cierta distancia. Dobló a la derecha y luego a la izquierda, hasta llegar a la Unidad de quemados. Ella se quedó fuera, observando desde una de las ventanas, cómo Hugo interactuaba con los niños que se hallaban en el lugar. La visión

de él, atendiéndolos con tanto afecto, consiguió conmoverla y dibujarle una sonrisa. Se preguntó si un hombre así habría sido capaz de hacerle daño. Muy en el fondo sabía que no, pero hasta no descubrir la verdad, prefería no confiar en nadie.

Regresó hasta el ascensor, subió al piso seis y le entregó la nota a la secretaria. Luego de eso, se marchó con rapidez.

***

Braulio caminaba de regreso hacia su casa, con las manos en los bolsillos y con gesto alegre. Acababa de visualizar a su próxima víctima; una jovencita en edad escolar, que solía caminar desde el colegio hasta su casa, en compañía de su hermano menor. Esas eran las más fáciles de seducir y engatusar, las que no eran tan bonitas y tenían poca vida social. Se dedicaba a observarlas durante días, hasta conocer sus gustos, las personas con las que solían relacionarse, y sus rutinas.

Primero, se inventaba una manera de entablar amistad con ellas, ya sea de manera directa o por medio de terceros, siempre haciéndose pasar por universitario; y luego daba inicio a una serie de acciones, que tenían como único objetivo enamorar a la chica. Jamás daba su nombre verdadero, ni tampoco se movía por los mismos barrios, una vez que conseguía su objetivo. Él era un cazador, y disfrutaba engatusando y sometiendo a sus víctimas, hasta que confiaban en él lo suficiente como para dar el siguiente paso. Una vez lo hacían, las sometía en contra de su voluntad. Cuando conseguía evidencia fotográfica de las agresiones sexuales, las vendía por una buena suma de dinero. Los videos eran mejor pagados, pero no siempre se correspondían a lo que solicitaban sus contactos. Todavía quedaban algunos que preferían ver una violación por medio de imágenes. El dinero era dinero, y no le importaba cómo llegaba a sus manos.

Se había enterado por un amigo, de que Matilde estaba hospitalizada. La muchacha tenía tendencias suicidas, lo que le pareció perfecto cuando la conoció, porque así correría menos riesgos de ser delatado si acertaba a quitarse la vida. Al parecer, no tuvo éxito esta vez. Sin embargo, Braulio se encontraba tranquilo con la situación, porque sabía que Matilde no iba a decir ni una sola palabra de lo ocurrido a nadie. Era lista, pero demasiado curiosa para su gusto. El día en que la forzó, ella había descubierto su verdadera identidad. Y para conseguir silenciarla, le pidió a su primo que fotografiara la agresión. Con esa evidencia consiguió mantenerla callada, porque Matilde tenía pánico de que aquellas imágenes que la exponían de una manera humillante, llegaran hasta su padre o a su círculo de amigos más cercano.

Pisó la colilla de cigarro con el pie, y empujó la reja de su casa

para entrar. La televisión estaba encendida, y su primo dormía desparramado en el sofá, vestido solo con calzoncillos. Una mujer desnuda de cintura para arriba descansaba inconsciente en el otro sillón; de seguro, atiborrada de drogas. Al parecer, Cesar había pasado el día entretenido en casa. La habitación olía a encierro, humo y a algo que no pudo identificar, pero que no era agradable. Braulio observó la mesa de centro, que estaba llena de colillas de cigarro y de latas de cerveza vacías. También se apreciaban restos de cocaína. Y en una esquina, a punto de caer al suelo, descansaba un pequeño paquete que captó su atención. Sabía que era suyo, porque había recibido un mensaje en su teléfono alertándolo de su llegada. Lo cogió y se lo llevó al dormitorio. Ese era otro sitio en donde reinaba el caos.

Se arrojó encima de la cama, que llevaba una semana sin hacer, y abrió la caja. Una importante suma de dinero se hallaba dentro, y bajo esta, cuatro jeringas con heroína. Cogió un fajo de billetes y sonrió, complacido. Luego abrió el último cajón de la cómoda que estaba a su derecha, y guardó el dinero bajo la ropa. Braulio pensó que las cosas le estaban resultando bien, mucho mejor de lo que esperaba.

Sacó un cigarro de su cajetilla y lo encendió. Cuando se inclinó hacia el velador para coger un cenicero, se percató de que había una lata de bebida abierta. No recordaba haberla dejado allí, pero tampoco es que fuese tan extraño, porque la noche anterior se había drogado; y cuando lo hacía, muchas cosas no parecían tener sentido después.

Cogió la lata y dio un largo sorbo de su contenido. Hizo una mueca de asco, porque el líquido ya no tenía gas y estaba tibio. Encendió el computador y buscó el video de una de las agresiones en las que participó junto a Nina, una mujer entrada en años, cuya vida se limitaba a drogarse e iniciar a jovencitos en el negocio del comercio sexual virtual. Vivía en la ciudad de Valparaíso, y le gustaba el sexo duro y violento. Era quince años mayor que él, pero aún conservaba atractivo. De ella había aprendido muchas técnicas, no solo referente a cosas ligadas a la sexualidad, sino que también a evadir a la justicia y a protegerse de la policía que investigaba acerca de los delitos informáticos.

Aún recordaba la primera vez en que abusaron juntos de dos chicas, ambas de quince años de edad. Una de ellas era la sobrina de Nina, y la había invitado a pasar la noche en su casa. A la muchacha le dieron permiso en aquella ocasión, porque, aunque el vínculo sanguíneo era algo lejano, no dejaban de ser parientes. Ana había llegado con su mejor amiga, y a ambas la recogió Braulio en la estación de buses. Luego se instalaron en el cuarto de invitados y se pusieron bonitas para una supuesta fiesta que habría en su casa.

—¿A qué hora llegarán tus amigos, tía? —quiso saber Ana.

—Ya deben estar por llegar. Mientras, te serviré un trago.

La chica se había negado de primeras, pero Nina insistió. A Braulio no le pasaron desapercibidas las miradas que ambas se destinaron. Dudaban, percibían el riesgo, pero hicieron caso omiso de este; y supo recién entonces, que aquella noche él se iniciaría en lo que llamaba, hasta el día de hoy, «El arte de la violación». Karina, la amiga de Ana, se puso de pie con el vaso en la mano, y se acercó hasta el libro que descansaba sobre el mueble de la televisión. Dejó el vaso sobre una mesa y lo cogió, movida por la curiosidad. Era un libro sobre técnicas sexuales sadomasoquistas. Mientras daba vuelta las páginas y su rostro enrojecía por la vergüenza y pudor, Braulio leyó en los ojos de Nina lo que venía a continuación. Sonrió, porque desde hacía tiempo que esperaba que llegara ese momento, y Nina siempre le decía que todavía no. Media hora después, ambas chicas yacían inconscientes en el sillón. La droga en la bebida había surtido efecto, lo que impediría que recordaran nada de lo que les iba a acontecer.

Les despojaron las prendas de vestir, prepararon la cámara de video —que estaba oculta en un librero—, y luego procedieron a cometer la violación, primero a una, y luego a la otra. Fue un acto brutal que Braulio disfrutó con fascinación, porque ambas chicas estaban a su merced. Hicieron lo que quisieron con ellas, aunque cuidando de no dejar marcas en la piel. Mientras Braulio las violentaba sexualmente, Nina se daba placer, excitada con la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Una vez finalizaron la supuesta fiesta, que no era más que el resultado de una mente desquiciada y malintencionada, vistieron a las muchachas y las recostaron juntas, en la habitación destinada para las visitas. Estaban seguros de que ninguna de ellas recordaría lo sucedido la noche anterior.

En eso pensaba Braulio en su habitación, cuando dio al botón de *Play* a la grabación que encontró. Sonrió y se acarició por sobre el pantalón mientras continuaba fumando recostado en su cama, pero comenzó a sentirse extraño, como si las extremidades le pesaran. De pronto le sobrevino una náusea, acompañada de un mareo. Tuvo que dejar el cigarrillo sobre el cenicero, porque los dedos comenzaron a hormiguearle y era incapaz de sostenerlo por más tiempo. Hizo intentos por incorporarse, pero no lo consiguió. Cayó de espaldas en la cama y ya no pudo volver ejecutar movimiento de manera voluntaria.

—No podrás moverte —le dijo una voz, sobresaltándolo. Era la de una mujer—. El sedante que bebiste te causará sudoración y parálisis temporal, pero seguro que estás acostumbrado a sentirte así cuando te drogas.

La buscó con la mirada, aunque le costaba enfocar. La mujer llevaba algo sobre la cabeza, como un pañuelo o algo así. En las manos tenía puestos unos guantes de látex; y cuando le hablaba, lo hacía de manera pausada, como si él fuera un paciente y se encontrara

en un hospital. A Braulio le costaba pensar con claridad. Se preguntó que quién sería esa mujer, y por qué se encontraba allí. Mientras, el video continuaba avanzando sin que pudiera hacer nada para ocultarlo.

La desconocida cogió la lata de bebida y vació el líquido restante en el váter. Hizo correr el agua, o eso dedujo. Después sacó de una bolsa una lata nueva. La abrió, lo obligó a beber de su contenido, y luego la dejó encima del velador, junto a un par de píldoras sueltas que extrajo de su bolsillo. Braulio comenzó a alarmarse, porque, imposibilitado de defenderse, estaba a su merced.

Sintió que le amarraba algo en el brazo, como una banda de goma, y luego lo pinchó. La jeringa era ahora depositada en su mano, la que era incapaz de reaccionar a las órdenes que le enviaba su cerebro.

—*Ba ba ba* —balbuceó, pero no dijo nada, porque no podía pronunciar las palabras que inundaban su confusa cabeza.

—Tienes los días contados, infeliz.

Cuando la escuchó decir eso, Braulio entró en pánico. Quiso gritar, pedir ayuda a su primo, pero nada escapó de sus labios. La mujer, a la que no era capaz de ponerle rostro —debido a que todo le daba vueltas—, colocaba objetos sobre la cama con una tranquilidad pasmosa. Le costó mucho concluir, que aquellas láminas eran fotografías.

—Púdrete, maldito —le dijo la voz, antes de desaparecer.

***

Una hora después, un grupo de policías llegó a la casa de Braulio, alertados por una llamada anónima. Fueron tomados detenidos él y el resto de los ocupantes de la vivienda. Y desde una distancia prudencial, Amelina observaba la escena con profunda satisfacción.

—Uno menos —dijo en voz alta, antes de marcharse de regreso al hospital.

17. Manipulación

Actualidad. Viernes 6 de enero de 2006, Santiago de Chile

Hugo miró la hora de su reloj. El tiempo había pasado volando ese día y quería marcharse pronto a casa, pero todavía tenía algunos asuntos pendientes que atender en su consulta. La nota que recibió de su secretaria por la mañana, descansaba en el bolsillo de su delantal. Se había olvidado de ella, pero la recordó cuando estaba ingresando en el ascensor. Distraído, la cogió y la leyó. Una parte de él regresó con fuerza al pasado, haciéndolo perder el hilo de sus reflexiones. «Amelina», fue en lo primero en que pensó. Se extrañó por la invitación, y dudó con respecto a qué hacer con ella.

—Disculpe, necesito bajar aquí —le pidió la persona que se encontraba detrás de él.

Ni siquiera se había percatado de que el elevador se había detenido.

—Lo siento —se disculpó y le cedió el paso.

Un piso más arriba, Hugo abandonó el ascensor y caminó hacia su consulta. Apenas ingresó a ella, su expresión demudó en una mueca de disgusto.

—Hola, Hugo —lo saludó Marisa.

Vestía una minifalda demasiado corta para alguien de su edad, y una blusa con un pronunciado escote. Se había sentado en su silla tras el escritorio, y ni siquiera hizo intentos por levantarse, una vez lo vio llegar. Hugo se asqueó tan solo de mirarla.

—¡Quién demonios te dejó entrar! —espetó, molesto.

—Tranquilo, cariño —dijo mientras se levantaba de la silla y se le acercaba por el costado.

De manera instintiva, él se alejó.

—Dime qué es lo que quieres, y luego márchate de aquí. Estoy ocupado.

Hugo esperó a que ella se alejara para bordear el escritorio y abrir el primer cajón, donde guardó la nota, a sabiendas de que Marisa no le quitaba los ojos de encima.

—¿Irás?

—A qué te refieres. —La miró, extrañado.

—Al lago. Yo también recibí esa invitación. Será interesante verlos a todos otra vez. ¿No lo crees?

La ignoró. Hugo se sentó en su silla, rogando para que se marchara pronto de allí. De repente se percató de que tenía la mirada algo perdida. También notó un dejo de melancolía en su voz cuando

hablaba, pero ya no era su problema.

—¿Por qué no te largas, Marisa? —Clavó la mirada en la suya—. Tú y yo no tenemos nada que discutir.

—Tranquilo. No he venido a pelear contigo. Solo estoy aquí, porque quería contarte que yo sí asistiré al lago, y que no te molestaré en absoluto.

—Sabes que eso no es cierto. Encontrarás la manera de hacerlo, y no solamente a mí. Lo sabes bien —le rebatió, convencido de que sería así.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Hugo? —Como no le respondió, ella continuó hablando—. ¿Por qué nunca me quisiste? ¿Qué es lo que tengo, que los hombres jamás me prefieren a mí?

Marisa se echó a llorar. Pocas veces lo había hecho antes en su presencia, y eso lo desconcertó. Y aunque ella solía fingir de maravilla cuando quería conseguir algo a cambio, se daba cuenta de que, en esta oportunidad, aquellas lágrimas eran reales. Si bien sentía un profundo rechazo hacia su persona, una parte de sí se conmovió.

Le tendió un pañuelo de papel.

—Aquí tienes.

—Gracias —dijo ella cuando lo recibió—. Lo lamento. Es que no he tenido una semana muy buena, y necesitaba hablar con alguien. De inmediato pensé en ti.

Incómodo, esquivó la mirada y la centró en sus propias manos. Una vez ella se calmó, Hugo le preguntó:

—¿Qué tomaste?

—Un relajante muscular y una copa de vino. Lo necesitaba. —Su silencio dio pie para que Marisa continuara desahogándose—. Mi novio me ha dejado por su mujer. Es un mentiroso, igual que el resto de los hombres que conozco. Son todos unos malditos egoístas.

—Será mejor que te vayas. Estoy ocupado.

—Tú eras el único al que quería, pero siempre has amado a otra. ¿Por qué nunca los buenos me quieren a mí? Siempre es ella, la prefieren a ella.

—Marisa. Deberías largarte —insistió, aunque ella no le hizo caso.

Tampoco comprendía a qué se refería con ese comentario, y no le prestó demasiada atención.

Marisa se le acercó con rapidez, y Hugo se puso de pie de un sobresalto, con la única intención de alejarse de su lado. Justo a tiempo consiguió evitar que lo besara, cogiéndola por las muñecas.

—Quiero que te largues, Marisa. Si no lo haces por las buenas, te haré sacar por los guardias.

—¡Claro que irás al lago! —espetó con ironía y haciendo caso omiso de la advertencia. Ya no quedaba ni rastro de la tristeza que, segundos antes, se había evidenciado en ella—. Te mueres por verla y

por estar a su lado. Amelina siempre ha sido tu debilidad, ¿verdad? —Lo dijo escupiendo las palabras, como si le dieran asco. Incluso en sus ojos pudo atisbar una enorme dosis de ira—. Esa infeliz los tenía a todos babeando por ella, no solo a ti. No sabes cuánto desearía que estuviese muerta. Debí hacerlo cuando tuve la ocasión.

—¡Se acabó! —gritó Hugo mientras golpeaba la mesa con las palmas—. ¡Estás por completo loca, Marisa! —Cogió el teléfono y llamó al guardia, pidiendo que fueran por ella.

—Quizás Amelina no vaya al lago, pero yo sí que iré. No dejaré que me haga sombra otra vez. No con los muchachos.

Harto de escucharla, Hugo la cogió por el brazo y la condujo hasta la puerta. Marisa no pudo zafarse de su agarre, y no le quedó otra que dejarse llevar, porque su cuerpo era incapaz de ejecutar un movimiento coordinado. La sacó hasta el pasillo, al mismo tiempo en que llegaba el guardia para llevársela de allí.

—Lo siento, doctor, pero debió ingresar en la clínica mientras yo estaba en el baño —dijo este con un dejo de culpa, justo antes de llevársela fuera.

Hugo asintió y cerró la puerta, todavía descolocado por el comentario que había hecho sobre Amelina. Se preguntó que a qué se referiría. Se dejó caer nuevamente en su silla y buscó en su memoria algún recuerdo que le permitiera hilar cabos sueltos. No los encontró, pero algo dentro de sí le hizo saber que debía asistir a la reunión en el lago, porque, ahora que conocía bien a Marisa, tenía la certeza de que podría hacerle daño a Amelina. Quizás, en un comienzo, no estaba muy convencido de participar en aquel encuentro con sus amistades del pasado, y que se le antojaba casi tan poco como ver a su ex. Sin embargo, ahora le urgía hacerlo. Necesitaba asistir.

***

Marisa se subió a un taxi, una vez fuera de la clínica. Se sentía humillada por el trato que le había dado el guardia de seguridad, pero peor era su malestar, porque todo el odio que albergaba en su interior se había adueñado de cada célula de su ser. Necesitaba hacer algo que la hiciera sentir mejor, pero no sabía qué.

—¿Dónde quiere que la lleve, señora? —le preguntó el conductor, mirándola por el espejo retrovisor. El hombre debía rondar los veinticinco años de edad, y tenía unos bonitos ojos azules.

—Tú solo conduce, que ya te diré dónde ir —gruñó.

El joven se encogió de hombros y continuó avanzando, sin rumbo fijo. Pero Marisa, como siempre que necesitaba revalidarse frente a sí misma, comenzó a observarlo con descaro, y a darle vueltas a una idea en su cabeza.

—¿Crees que soy poco atractiva?

—¿Cómo dice? —preguntó el conductor, confundido.

—Que si piensas que soy fea. ¿Me mirarías en la calle si paso junto a ti? ¿Se te pondría dura?

Marisa observó que el joven la miraba con cierto nerviosismo, y que su mirada viajaba desde sus ojos hacia la carretera, y luego hasta su escote.

—No está nada mal, la verdad —dijo este cuando consiguió hablar.

—Mi marido no piensa lo mismo. Lo acabo de pillar revolcándose en su consulta con otra mujer —mintió mientras encendía un *pito* de marihuana—. No te importa que fume aquí, ¿verdad?

—No, señora. Ya no trabajaré más por hoy.

Marisa sonrió para sus adentros. De alguna manera, el hallarse en un taxi y acompañada por un joven como ese la hizo sentir mejor. Afuera comenzaba a anochecer, pero ella se rehusaba a volver a casa. Fue cuando se le ocurrió una idea.

Observó que al vehículo le quedaba un cuarto de combustible, y le pidió al chofer que pasara a llenar el estanque. Una vez estuvo cargado, fue ella la que pagó la cuenta, ante la atónita mirada del muchacho. Después, se bajó del taxi y se pasó al asiento del copiloto. Cruzó las piernas a propósito, porque así, la minifalda se le subía de manera escandalosa. También se abrió otro botón del escote, dejando mucho más expuestos sus enormes senos, adquiridos con una cirugía plástica.

—Bien. ¿Cómo te llamas? —quiso saber Marisa mientras el vehículo se ponía en movimiento.

—León, señora.

Marisa entornó los ojos, molesta.

—¡Deja de llamarme señora y dime Marisa, que no soy tan vieja como crees!

—Lo siento. No quería… —Marisa puso una mano en su pierna, y ascendió hasta llegar al bulto de su pantalón.

León enmudeció de inmediato y tensó las piernas. Su cuerpo respondió a los pocos segundos de recibir atenciones por parte de ella.

—Toma la Autopista Central, y dirígete hacia el sur —pidió mientras León respondía activamente a sus caricias, moviendo las caderas hacia arriba para aumentar la fricción.

Así lo torturó por un buen rato, hasta que se compadeció de él. Le bajó la cremallera del pantalón, y cuando extrajo su miembro, Marisa se lo llevó a la boca, recorriéndolo con movimientos expertos que estuvieron a punto de hacerle perder la cordura. León llegó al éxtasis con rapidez.

—Lo siento. No pude contenerme —se disculpó mientras clavaba la mirada en el camino.

—Tendremos que trabajar en ello. Continúa conduciendo —le

exigió mientras ella le tendía una toalla húmeda que sacó de su bolso, para que León se limpiara por sí mismo.

Así permanecieron durante varios minutos, en silencio, hasta que comenzó a oscurecer. Marisa lo hizo internarse en una calle rural, no muy lejos de la carretera, y se desabotonó la blusa por completo.

León no se contuvo más y se arrojó sobre ella, como un depredador. Primero abordó con los labios uno de sus pechos, que parecían necesitar urgente atención, y luego la besó en la boca. Sus lenguas se encontraron con desesperación. Marisa sonrió, porque, aunque en un comienzo pensó que el joven no sabría qué hacer con ella, se sorprendió por la habilidad amatoria con que consiguió darle placer. No era ningún inexperto; era evidente.

León reclinó el asiento del copiloto, dejándolo completamente extendido. Luego la besó en los labios y descendió con la mano por su abdomen, hasta elevar una de sus piernas, para acceder de mejor manera hasta su intimidad. Marisa no recordaba la última vez que alguien la hiciera llegar al éxtasis con los dedos y con la boca con tanta rapidez.

No había acabado de finalizar su orgasmo cuando León se puso un preservativo, se montó sobre ella y la penetró de un solo movimiento. Fue sexo duro y ardiente, tal como le gustaba a ella. Era justo lo que necesitaba en esos momentos y se dejó ir, confiada de que, luego de eso, se sentiría muchísimo mejor.

Se ordenaron la ropa y continuaron el viaje, hasta llegar a Rapel.

—Espérame aquí —le dijo a León, cuando visualizó a Jaime caminando en la calle, distraído y fumando un cigarro.

Estaba oscuro, y la iluminación en las veredas era insuficiente, como en toda zona rural, pero Marisa lo reconocería en cualquier parte, a pesar de que este había ganado peso, sobre todo en el abdomen. Llevaban años acostándose juntos, desde que lo conoció en aquel verano, cuando su madre lo llevó a la casa. Recordar eso la hizo sentir desagrado, porque, al igual que Carmen, se había acostado hacía tan solo unos minutos con un joven al que le sacaba varios años de diferencia en edad. Lo que la asqueaba no era el sexo en sí, sino que parecerse a ella, a su madre.

Marisa descendió del vehículo y caminó hacia Jaime. Los tacones repiqueteaban en el piso, lo que lo hizo girarse para mirarla.

—Qué haces aquí, puta.

—¡Vaya! Por lo que veo, te alegras de verme —pronunció con ironía.

—No te he perdonado que hayas visitado a mi mujer y le dijeras que eras mi amante.

—Vamos, Jaime. Sabes tan bien como yo, que a tu esposa le importa una mierda con quién te acuestes, siempre y cuando lleves

dinero a casa.

—No quiero hacer negocios contigo, morena.

—¿Ni siquiera por uno de los grandes? Ganarías un millón de pesos sin hacer prácticamente nada.

—No.

Marisa lo observó dudar, y se aferró a esa debilidad para convencerlo.

—Vamos, cariño. Entremos en tu negocio para tener algo más de privacidad y así puedo explicarte lo que necesito. Te aseguro que no es nada ilegal.

Se acercó a él y se mordisqueó la boca. Jaime se quedó inmóvil, decidiendo qué hacer.

—Hueles a sexo. Veo que sigues siendo la misma puta de siempre.

—Y a ti te encantan las cosas que te hago, así que no seas cínico y entremos allí.

Jaime asintió y la llevó hasta el *minimarket*. La hizo pasar por una puerta lateral y luego, sin encender más que una tenue luz, la cogió por el brazo y la apoyó de espaldas contra la pared. No hubo preliminares de ningún tipo, como siempre que tenían sexo. Jaime le separó las piernas con un pie, sin dejar de apoyarla contra la pared, y le arrancó la ropa interior con fuerza. Después la embistió con rudeza, hasta vaciarse en ella. No hubo besos ni caricias de ningún tipo. Tampoco la tocó para estimularla. La estaba castigando y ella lo sabía, pero no le importó. Marisa no consiguió llegar hasta el final, aunque estuvo a punto de hacerlo. El encuentro que había tenido recientemente con León en el taxi la había dejado propensa a la excitación.

Jaime se separó de ella y se cerró la cremallera del pantalón.

—¿Me vas a dejar así?

—Dime lo que quieres y lárgate de aquí, morena.

—Parece que hoy todo el mundo se ha propuesto echarme —ironizó mientras se acomodaba la minifalda—. Quiero que me consigas un arma.

—No.

—Vamos, Jaime. Sé que tienes cómo hacerlo, y te estoy ofreciendo uno de los grandes. ¿Por qué me dices que no?

—Porque estás loca, Marisa. Eres la mujer más peligrosa que he conocido. ¿A quién quieres lastimar esta vez?

—¿A qué te refieres con «esta vez»? —quiso saber ella.

—No te hagas la inocente conmigo, Marisa. Te conozco. Haces a un lado cualquier obstáculo que aparezca en el camino. ¿De verdad piensas que me creí que tu mamá se había suicidado?

—Es cierto.

—Cogiste un arma que tenía guardada entre mis cosas, y la dejaste

cerca de ella, a sabiendas de que era inestable.

—Carmen se suicidó. No fui yo la que le puso la bala en la cabeza.

Marisa sintió indignación, porque Jaime era demasiado inteligente como para saber lo que había hecho. Nunca se probó que fue un asesinato. El arma no estaba inscrita, y las únicas huellas que encontraron en ella eran las de su madre. Pero lo había planificado así, tentándola a hacerlo, hasta que un día, sin más, la encontró muerta sobre su cama. Para Marisa era un problema menos.

—A quién quieres matar esta vez.

—No necesitas hacer preguntas. Tú consígueme un arma pequeña, y yo te daré uno de los grandes.

El silencio inundó el espacio. Cuando Marisa percibió que él dudaba, se le acercó y le acarició la entrepierna. Sabía que los hombres eran débiles ante los mimos de una mujer, y este era uno de los más fáciles de hacer sucumbir en la tentación.

—Sí que eres puta —dijo besándola en la boca con furia.

Le dolió, pero ahogó el quejido y continuó acariciándolo, hasta que el teléfono de él comenzó a sonar.

—Maldita sea —se quejó, frustrado—. Mi mujer me espera, así que debo marcharme. ¿Para cuándo podrías tener el dinero?

Marisa cogió su teléfono y realizó la transferencia.

—Acabo de enviarla a tu cuenta —dijo satisfecha de sí misma.

—Espérame aquí un momento.

Lo vio ingresar por una puerta y abrir una caja fuerte. Luego regresó con un arma, la que revisó que estuviese descargada primero. Con un pedazo de tela borró cualquier huella que pudiera quedar en ella, y después se la entregó.

—No está inscrita y no está cargada. Aquí tienes las balas.

—Gracias, cariño. Sabía que podía contar contigo —dijo antes de besarlo en los labios y salir por la puerta hasta la calle.

Subió al taxi, pero en la parte de atrás esta vez, y le pidió a León regresar a la ciudad. No pasaron ni diez minutos y Marisa había sucumbido al cansancio, sumergiéndose en un profundo sueño reparador.

18. Sin respuestas

1985. Martes 15 de enero, Lago Rapel

Hugo no conseguía comprender qué era lo que había sucedido con Amelina para que se largara así, sin explicaciones de ningún tipo. La mañana anterior la vio llegar con muy mal aspecto a la tienda, y parecía aterrada. Cuando quiso preguntarle qué era lo que le pasaba, ella se zafó de su agarre con brusquedad. Aquello le dolió, pero no le dijo nada. La vio marchar con la vista clavada en el suelo y envuelta en su saco de dormir, como alma que persigue el diablo. Hizo memoria sobre lo ocurrido el domingo por la noche, pero no registraba en su cabeza ningún acontecimiento que pudiera advertirle sobre alguna situación que le hubiese molestado. Recordaba que estaban juntos, sumergidos en su propia burbuja, bebiendo y riendo tranquilamente, y que se habían quedado dormidos, abrazados al calor de la fogata. A la mañana siguiente, despertó en su tienda entumecido de frío. Ni siquiera supo cómo había llegado hasta allí. Los demás dormían a su lado, ajenos a su confusión. La vejiga le iba a estallar de un momento a otro, así que salió a orinar con prisas. Fue cuando regresó, que observó a Amelina aparecer desde el embarcadero de las lanchas. Caminaba hacia el campamento con apuro, y mantenía la cabeza gacha. No comprendió por qué venía desde allí y a esa hora de la mañana. Fue cuando vio su rostro ceniciento que se preocupó de verdad, pero todo intento de llegar hasta ella fue en vano, porque Amelina parecía conmocionada, y no hubo forma de hacerla hablar.

Ese día fue extraño en el campamento. Marisa era la única que parecía contenta, aunque Hugo no comprendía el porqué. Eduardo y Pablo no se dirigían la palabra. Hugo estaba convencido de que habían discutido por algo, porque parecía que iban a saltar chispas cuando se encontraban cerca el uno del otro. En cuanto a Carlos, recogió sus cosas muy temprano el día anterior, y se marchó. Al parecer, se había enfermado, ya que tampoco regresó.

Hugo decidió esperar a que Amelina volviera por la tarde, y le explicara qué era lo que le había sucedido, pero ella no regresó. Para el día martes, sin noticias ni nada que le diera algún tipo de luz sobre el extraño actuar de Amelina, comenzó a desesperarse y resolvió ir hasta su casa en busca de respuestas, o en el peor de los casos, preguntarles a sus padres.

—¿Dónde vas? —le preguntó Marisa, cogiéndolo por el antebrazo cuando lo vio alejarse del campamento.

—A casa de Amelina. Me parece extraño que no haya regresado

aún —se explicó retomando la marcha.

—Te acompaño.

Marisa estaba contenta, demasiado feliz para su gusto. Desde que Amelina se había marchado, esta insistía en permanecer en cada momento junto a él. Hugo tenía dificultades para entablar conversación, ya que su mente divagaba en otro lugar, pero a ella, eso, parecía no importarle.

Entraron en la propiedad de la familia Meyer y Hugo presionó el timbre. Al poco de llamar, la madre de Amelina abrió la puerta.

—Hola, señora Amparo —saludó Marisa, sonriendo—. Veníamos a ver a Amelina, ya que no hemos sabido nada de ella desde ayer.

—Lo siento, Marisa, pero mi hija ha estado enferma, con mucha fiebre, y no puede recibir visitas —se explicó la mujer mientras lo observaba a él. Apenas escuchó que Amelina se encontraba delicada de salud, se asustó—. De hecho, hoy regresaremos a Santiago.

—¿Cree que sea algo grave? —quiso saber Hugo, preocupado.

Lo último que quería, era que ella regresara a Santiago. Rogó internamente para que su enfermedad no fuese nada de cuidado.

—Esperemos que no. Es por eso que será mejor llevarla a la clínica, para que puedan realizarle algunos exámenes de rutina.

—Dígale por favor que todos la extrañamos mucho, y que esperamos que se mejore pronto.

—Gracias, Marisa. Se lo diré.

Regresaron al campamento; él, sumido en sus propios pensamientos; y ella, parloteando sin parar. Hugo estuvo tentado de desandar el camino y pedir más antecedentes sobre la enfermedad de Amelina. ¿Estaría resfriada? ¿Sería algo de gravedad? La falta de respuestas a aquellas preguntas que navegaban disparatadas en su mente, consiguió aminorar su estado de ánimo, que ya, a esas alturas, se encontraba bastante disminuido. Sin Amelina, las cosas para él no tenían el mismo sentido.

—Parece que se han marchado todos —comentó Marisa cuando llegaron a la zona del campamento.

No volaba una mosca en el lugar.

—Será mejor que me vaya. —Hugo miró la hora de su reloj y entró a su tienda para coger sus cosas—. Nos vemos por la tarde.

—¿Puedo ir contigo?

—Quizás en otra oportunidad, Marisa. Estoy cansado y quiero dormir —le respondió antes de marcharse.

Una vez llegó hasta la casa de su familia, se fue directo a su cuarto. Decidió que llamaría a Amelina por teléfono, pero esperaría para hacerlo más tarde. Una hora después, marcó su número y esperó a que fuese ella quien contestara. No tuvo éxito.

—¿Diga?

—Buenas tardes, señora Amparo. Soy Hugo. ¿Puedo hablar con Amelina?

—Lo siento, Hugo, pero ella no puede hablar ahora.

—¿Puede decirle que me llame cuando se sienta mejor?

—Se lo diré.

Cortó la llamada con una sensación extraña en el estómago. La echaba de menos, y sus sentimientos por ella eran demasiado profundos como para no preocuparse por su bienestar. Tendría que continuar insistiendo, día a día, hasta que pudiera escuchar su voz.

Pasó el tiempo, las semanas y los meses, y Hugo jamás pudo volver a contactar con Amelina otra vez. Su corazón de adolescente enamorado sangraba por su indiferencia, por su abandono. Ella nunca le dio una explicación; ni siquiera se despidió de él. No contestó a sus llamadas ni tampoco se las devolvió. Le escribió cartas durante un buen período de tiempo, pero jamás se las respondió. De la tristeza pasó a la rabia, y de la rabia a la desilusión; y un resentimiento comenzó a germinar en su pecho cuando pensaba en ella. Los años siguientes eran solo sus padres los que vacacionaban en Rapel, pero Amelina, su Amelina, jamás volvió a poner un pie allí.

Un día, sin más, él también dejó de insistir. Se volcó en plenitud en sus estudios y se tituló como médico. En un comienzo, Hugo quería ser traumatólogo, pero cuando descubrió todos los beneficios que podría otorgar a las personas, en especial a los niños que sufrían de alguna malformación, decidió especializarse como cirujano plástico. Aquello fue todo un acierto. Era, en la actualidad, relativamente feliz. Sin embargo, nunca dejó de recordarla.

***

Cuando regresaron de la casa de Amelina, Marisa aún conservaba el buen humor. Ahora que Hugo se encontraba solo, sin la presencia de Amelina rondándole cerca, ella podría tener ciertos avances con él, o al menos, eso creía. Todo iba bien, hasta que se marchó a su casa y la dejó a solas en el campamento. Aquella actitud le agrió el buen ánimo, aunque no del todo.

Lo vio marcharse cabizbajo, de seguro preocupado por ella. Decidió buscar al resto, porque no tenía deseos de quedarse a solas allí, ni mucho menos ir a casa con su madre. Echó un vistazo dentro de las tiendas, pero estaban vacías. Como era la hora de almorzar ya, era probable que sus amigos hubiesen regresado a sus casas, como cada día a esa hora, para volver después. Pensó en ir donde Pablo, aunque en seguida se arrepintió, ya que sabía que él no la recibiría bien. Todavía estaba molesto con ella por lo de la otra noche, al igual que Eduardo. Su única opción era Carlos, así que allí se dirigió.

Golpeó la puerta tres veces, antes de que alguien la abriera.

—Hola, Carlos, ¿puedo pasar? —le dijo a su amigo, quien al verla allí, la miró horrorizado.

—¿Qué haces aquí? Tienes que largarte —susurró mientras echaba miraditas sobre el hombro, para asegurarse de que nadie los observaba. Marisa notó que él respiraba de manera agitada, y tenía la frente perlada de sudor—. Marisa, estoy muy enfermo, y debo reposar.

—Vamos, Carlos. Ambos sabemos que eso es una mentira. Tú y yo todavía tenemos algo pendiente —le dijo de manera insinuante.

—Debes irte, por favor, Marisa. No me siento bien.

De pronto lo vio desplomarse como un saco de papas contra el suelo, mientras su madre gritaba su nombre con desesperación.

—¡Carlos! ¡Qué tienes! —chillaba la mujer desde dentro de la casa—. ¡Hay que pedir ayuda, María!

Marisa se dio la vuelta y corrió hacia la salida, antes de que la mujer la viera allí. No tenía ninguna intención de lidiar con la enfermedad de Carlos, ni con los gritos angustiosos de la histérica mujer. Además, lo que a ella le interesaba de verdad, era no pasar la tarde a solas.

Caminó hacia el pueblo, aquejada por el calor. A Carlos no le dedicó ningún pensamiento más. Los árboles apenas la cubrían con su sombra, y el viento caliente le acariciaba el rostro, haciéndola sentir sofocos. Cuánto odió en aquel instante ese pueblo. Estuvo a punto de desandar el camino, pero se animó a continuar. Las calles permanecían solitarias, salvo la presencia de uno que otro anciano que descansaba en una silla, fuera de la puerta de su casa. Y aunque estaba muerta de sed y quería dormir y reponer energías, Marisa no se detuvo.

Llegó al pueblo. El vehículo de Jaime estaba estacionado fuera del *minimarket*, así que dio por supuesto que este se encontraba allí. A esa hora todo el comercio de aquel pueblo olvidado de Dios se hallaba cerrado. Era común que en las provincias, las personas durmieran la siesta. Sin embargo, no pensaba largarse de allí hasta dar con él.

Golpeó la puerta metálica con una piedra que recogió del suelo. Así estuvo por al menos cinco minutos, hasta que escuchó que alguien manipulaba la manilla desde el otro lado.

Jaime apareció sin camisa y vestido solo con un pantalón de deportes, y tenía aspecto de haber estado durmiendo, porque el pelo lo traía desordenado y estaba descalzo.

—¿Qué haces aquí, morena? —preguntó mientras se rascaba la cabeza.

—¿Puedo pasar? Tengo sed y se me hirieron los pies con estos zapatos.

Lo recorrió con la mirada, con la única intención de excitarlo. No lo veía desde el día en que lo conoció, en la cocina de su casa, y a él

no pareció desagradarle encontrarla allí tampoco, porque una sonrisa pícara se dejaba entrever.

—Pasa, pero iremos al negocio, porque en la casa están mis padres y hermanas, y no quiero que nos vean juntos.

—¿Y eso por qué?

—Porque pronto me voy a casar.

Marisa sonrió para sus adentros. Se internaron por un pasillo angosto, hasta llegar a otra puerta, y luego entraron por ella. Dentro del *minimarket* estaba frío y oscuro, lo que ella agradeció, porque tenía el cuerpo ardiente y sudoroso, y ansiaba un poco de frescor.

Jaime la hizo entrar en una especie de cuarto que utilizaban como bodega, pero no encendió la luz. Cogió una bebida desde uno de los refrigeradores y la abrió. Se echó un buen sorbo dentro de la boca y luego la besó, traspasando el líquido hasta la de ella. A Marisa le gustó que tomara la iniciativa. Se separó de él y le quitó la botella, para luego beber casi la mitad de su contenido, de un solo trago. Estaba sedienta.

—Dime tu nombre, morena —le dijo mientras le quitaba la blusa y succionaba sus pequeños pechos con la boca. No hubo preliminares de ningún tipo, y ella se lo permitió. Después de todo, era lo que había ido a buscar. Un buen polvo para recomponer su ánimo.

—Marisa, pero puedes decirme morena. Me gusta.

Su cuerpo comenzó a responder ante el ataque de su boca, sintiendo su sexo humedecerse por la excitación. No había consumido ninguna droga esa tarde, ni tampoco había bebido. Quizás fue por eso que reaccionó de esa manera tan primitiva ante sus caricias.

Marisa le cogió el rostro con ambas manos, desesperada, y lo obligó a besarla en la boca, muy profundo. Debía reconocer que Jaime lo hacía de maravilla. De alguna manera, el sentirse deseada por él la hizo recuperar el buen ánimo, y puso todo su entusiasmo por volverlo loco de placer, pero esta vez, él no se lo permitió.

—Quédate quieta, morena. Ahora mando yo —le ordenó mientras le desabrochaba el *short* y se lo quitaba con prisas. Lo mismo hizo con su ropa interior.

Marisa quedó por completo desnuda frente a él. Volvió a besarla mientras con una mano le acariciaba entre las piernas, arrancándole gemidos que apenas podía contener dentro de sí. La torturó sin piedad, hasta que su cuerpo comenzó a estallar.

—¿Jaime, estás aquí? —se escuchó a alguien llamarlo desde afuera.

Ninguno de los dos hizo caso. Jaime la besó para acallar sus quejidos, mientras continuaba torturándola con sus manos. Quien fuese que estuviera al otro lado, parecía haberse marchado, porque se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse, y luego silencio otra vez.

Marisa estalló en otro orgasmo arrebatador. Apenas estaba recuperando la calma y la cordura cuando Jaime la giró con brusquedad, dejándola de espaldas a él, mientras le separaba las piernas con la rodilla.

—Afírmate de arriba —le pidió él, ayudándola a poner las manos sobre una barra de metal.

Después, Marisa escuchó que abría un cajón, cogía un preservativo y rasgaba el envoltorio. Luego sintió que dejaba de tocar el piso con los pies. La levantó por los muslos, introduciéndose en ella desde atrás. Así la embistió sin ninguna delicadeza, hasta que se dejó ir otra vez. Jaime la secundó casi de inmediato.

La dejó en el suelo, anudó el preservativo y se lo guardó en uno de los bolsillos. Después se acomodó el pantalón y cogió la botella, que había quedado olvidada encima de un estante. Bebió un sorbo y se la tendió. Ella acabó con el líquido restante, antes de comenzar a vestirse.

—Te llevaré hasta tu casa —le dijo cuando le tendió un cigarrillo que había encendido para ella.

—No quiero ir a casa. No quiero estar sola.

Jaime asintió. Expulsó el humo y se acercó hasta casi besarla.

—¿Almorzaste?

—No, pero tampoco quiero comer. Lo que necesito es dormir.

—Bien. Espérame aquí, que ya regreso. Y si escuchas algún ruido, ni se te ocurra salir. ¿Entendido?

Marisa asintió. Jaime desapareció por una puerta y ella se quedó a solas. Ahora se sentía mucho mejor que cuando llegó. Le gustaba el sexo, volver locos a los hombres y manipularlos a su antojo. Sentir que tenía ese poder, concluyó, la hacía validarse de alguna manera, porque era a ella a la que deseaban cuando iniciaba su juego de seducción. Para Marisa todo se reducía a eso, a una serie de estrategias que no solo conseguían desarmar a los hombres, sino que también a ella la satisfacían. El único con el que había fracasado en sus innumerables intentos, era Hugo. La culpa era de Amelina, aquella mosquita muerta que tenía todo lo que ella ansiaba. La odiaba tanto que ahora se regocijaba en su desgracia. Pensaba en ello cuando Jaime regresó, vestido con otra ropa y portando una bolsa.

—Vamos —dijo cogiéndola de la mano. Luego la jaló hacia fuera—. Hay un sitio ideal para echarse una siesta bajo un árbol, sin que nadie pueda molestarnos.

Se subieron al vehículo, que estaba ardiendo por dentro. El calor sofocante era insoportable, pero bajaron las ventanas y una brisa tibia hizo circular el aire, haciéndolo mucho más respirable.

—Toma. Te traje un sándwich de jamón con queso —le dijo pasándole la bolsa.

Marisa lo recibió, conmovida por el gesto que había tenido con ella, y le dio un mordisco al pan. Las personas no solían hacerle ese tipo de atenciones.

Le sonrió, agradecida. Estaba tan sabroso que su apetito despertó, voraz. Se lo comió con rapidez, y después cerró los ojos para descansar.

—Oye, morena. Ya llegamos.

Abrió los ojos y se encontró con el rostro de Jaime muy cerca del suyo. Él le sonreía como si escondiera algo. Lo acercó a su boca desde el cuello y le dio un beso cargado de erotismo. Después se separó de él y se bajó del vehículo; se despojó de la ropa y se metió al agua, por completo desnuda.

—Ven al agua conmigo, Jaime —dijo luego de hundirse y salir a flote.

Jaime se despojó de sus prendas, y Marisa sonrió para sus adentros, pensando que los hombres eran débiles. Se volvían como animales, incapaces de resistirse a la tentación de una mujer; perdían la voluntad. «Todos son iguales. Todos, menos Hugo», concluyó. Pero eso, algún día, iba a cambiar. Era una promesa.

19. El día del reencuentro

Actualidad. Viernes 13 de enero de 2006, Lago Rapel

Amelina estaba ansiosa, expectante. Había llegado el momento de ejecutar su plan de venganza; ese que había estudiado con calculada precisión durante los días anteriores. Llegó de las primeras al embarcadero del Club Náutico Las Aguas de Rapel, pero lo hizo con su qué. Eligió su mejor vestido para la ocasión, el que le sentaba de maravilla, ya que aún conservaba una figura armoniosa y llamativa, que no dejaba indiferente a nadie. Era la primera vez que lo usaba. El escote era pronunciado, y el largo estaba muy por encima de las rodillas, aunque en ella no se veía nada vulgar. Más bien, todo lo contrario. A sus casi treinta y ocho años de edad, podría decirse que el tiempo había sido generoso con ella. El blanco de la tela se transparentaba a contraluz, pero le otorgaba un halo angelical. Amelina sabía que era una mujer atractiva; sin embargo, nunca fue en extremo pretenciosa o presumía de sus atributos, resaltándolos en exceso. Pero tenía un plan, y aquella certeza, la de sentirse validada, lo cambiaba todo. En esta oportunidad, por tanto, quería ser el centro de las miradas y desajustar a su agresor.

Miró la hora y se encaminó hacia el comedor del restaurante. Las reservas las hizo con antelación. Por fortuna, su padre había sido uno de los socios fundadores, y su familia aún gozaba de ciertos beneficios dentro del club. La mesa que escogió para el almuerzo estaba ubicada junto a una amplia ventana, cuyas vistas no hacían más que ocasionar deleite, debido a que estas eran espléndidas.

Se sentó en la cabecera; la misma que ocupaba su padre cuando iban a comer allí en familia, y esperó. Reencontrarse con sus antiguas amistades en un almuerzo amistoso le pareció una excelente idea, ya que podrían relajarse los ánimos y observarlos a placer. Era un buen momento para indagar sobre la identidad de su agresor. Por un instante pensó que, quizás, este podría no asistir. Esperaba que eso no sucediera.

Miró hacia la entrada y vislumbró a Hugo llegar de los primeros. De inmediato notó su cuerpo responder de manera involuntaria a su presencia. El corazón comenzó a latirle más rápido, como si hubiese subido las escaleras corriendo. Cuando sus ojos se encontraron, estos fueron incapaces de romper el contacto. Qué llamativo le pareció. Las canas se repartían de forma armoniosa en su oscura cabellera, dotándolo de un atractivo que resaltaba su masculinidad.

Hugo caminó hacia ella, y Amelina se obligó a sonreír. Su aroma le

llegó como brisa fresca, obnubilando sus sentidos y su capacidad de razonar. Se puso de pie y se regocijó cuando los ojos de él le dieron un repaso rápido a su aspecto, aunque notó que quiso disimularlo.

—Hola, Meli —le dijo en un tono de voz íntimo, que la hizo sobrecogerse como una adolescente enamorada—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Me da gusto volver a verte. Siéntate, por favor.

Hugo no se movió. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, al tiempo que le daba un pequeño abrazo. Amelina no sabía si gritar de nervios o de alegría. Pero lo que sí tenía claro, era que aquel contacto de sus cuerpos entrelazados la hacía sentir más viva que nunca. Apenas se separaron, se dejó caer en la silla. Hugo se sentó a su lado y no lejos de ella, como pensó que haría.

—Lamento lo de tu padre. Me fue imposible ir al funeral.

—No tenías por qué asistir, pero gracias de igual modo.

—Sin embargo, me hubiese gustado acompañarte.

Otra vez la miraba sometiéndola bajo un hechizo invisible, que fue roto por la voz de una mujer.

Marisa se les acercó, rompiendo el momento y llenando de tensión el ambiente. Sus tacones repiqueteaban fuerte contra el piso cuando avanzaba hasta la mesa.

—¡Vaya, vaya! Ustedes no pierden el tiempo por lo que veo. Según parece, quieres a mi hombre otra vez, Ame.

—Basta, Marisa. Y no soy tu hombre.

—Estoy bromeando, querido. No te molestes. ¿Se puede fumar aquí?

—No, pero puedes hacerlo en la terraza —le sugirió Amelina.

Marisa llevaba un vestido muy ajustado de color rojo intenso, con un escote profundo que finalizaba por debajo del esternón. Amelina se sintió avergonzada de su vulgaridad.

—Puedo esperar —dijo sentándose frente a Hugo—. Verlos a ustedes dos es todo un espectáculo.

—Pediré algo para beber —informó Amelina, con el fin de quitarse la desagradable sensación que la inundó al escucharla.

Mientras el camarero les tomaba el pedido del aperitivo, Eduardo se acercó hasta su mesa y los saludó con entusiasmo.

—¡Qué tiempo que no los veía, amigos! —dijo en un tono jocoso—. Me da mucho gusto estar aquí con ustedes.

Sus palabras parecían sinceras, pero Amelina todavía no sabía qué pensar. Pocos segundos después, se les sumó Pablo y Carlos. Este último tenía un aspecto por completo diferente. La pérdida de peso era evidente en él, aunque Amelina ya lo sabía, porque el técnico del hospital le había conseguido esa información.

Se saludaron entre todos; algunos, contentos por verse; y otros no pudieron ocultar su incomodidad. Carlos permanecía silencioso, y

sonreía mucho menos que cuando eran unos chicos. Aquella actitud tensa por parte de él llamó la atención de Amelina. Pablo consiguió distender el ambiente con sus comentarios, hasta que incluso Carlos hizo amago de una sonrisa. Había perdido peso y lo felicitaron por ello, pero, aun así, siendo el hombre delgado que era ahora, continuaron llamándolo «gordo». El sobrenombre seguía perteneciéndole.

—Bueno, queridos amigos —dijo Eduardo, llamando la atención de todos—. ¿Quién ha sido el gestor intelectual de esta brillante idea de reunirnos aquí a acampar?

Todos se miraban entre sí, buscando una respuesta. Amelina se mantuvo en silencio, esperando a ver sus reacciones.

—Fuiste tú, ¿verdad Pablo? —comentó coqueta Marisa—. Tal vez te sentiste nostálgico y querías recordar viejos tiempos, ahora que tienes cuatro décadas de edad.

Pablo bebió un sorbo de su bebida y negó con la cabeza. Luego dijo:

—Y yo que creí que la idea había sido tuya. ¿Fuiste tú, Eduardo? —quiso saber él.

—No. Para mí también fue una sorpresa, y debo reconocer que la idea de verlos a todos me pareció fantástica —admitió sonriente—. Por eso estoy aquí.

—Si no fueron ustedes, entonces, ¿quién fue? —preguntó Carlos.

—Fui yo —admitió Amelina clavando sus ojos en los de él.

Al hacerlo vislumbró un atisbo de miedo. Fue fugaz, pero estaba ahí, en sus ojos. Cuando Carlos esquivó la mirada, ella buscó la de los demás. Reconoció la confusión en sus caras. Sabía que sería así, que nadie se lo esperaría.

—Desde que falleció mi padre —se explicó ante el asombro de todos—, que he pensado en muchas cosas; y una de ellas era el volver aquí, a este lugar que fue tan importante para él. De ahí surgió la idea de contactarlos y hacer una acampada con ustedes, mis amigos de juventud. Aquellos veranos han sido inolvidables para mí. Atesoro valiosos recuerdos. —Sonrió y levantó su copa para brindar—. ¡Salud por eso!

—¡Salud! —respondieron todos, alzando sus bebidas.

El ambiente distendido llegó para quedarse durante gran parte del almuerzo. Se dedicó a observarlos uno a uno, aportando con algún comentario divertido cuando la ocasión lo ameritaba, y rio junto a ellos, aunque por dentro no dejaba de analizar cada uno de sus gestos, miradas y expresiones. Hugo era quien más centraba su atención en ella, al igual que Marisa. En cuanto a los demás, los vio relacionarse entre sí como si el tiempo no hubiese transcurrido. De algún modo era así. Bastaron tan solo unos minutos para entrar en confianza los seis

otra vez.

—Bueno, Pablo. Si estás de acuerdo y te parece bien, he pensado que podríamos acampar en tu casa, como la última vez en que estuvimos juntos los seis —propuso Amelina con entusiasmo—. Traje tiendas de campañas para todos, y espero que ninguno de ustedes se olvidara de su saco de dormir.

—¿Y dormiremos juntas otra vez? —La voz de Marisa contenía una pizca de ironía, tal como solía dirigirse a ella en el pasado.

—No. Creo que la privacidad a estas alturas de la vida, es importante, Marisa. ¿No estás de acuerdo? Cada uno tendrá su propia tienda. Además —dijo levantando una ceja con exageración—, supongo que los demás lo preferirán así.

—Por mí está bien lo de dormir solo —comentó Pablo—. Eso sí, que la tienda del guatón no quede cerca de la mía. —Todos rieron, menos Carlos, que apenas dejó entrever el amago de una sonrisa. Parecía incómodo por estar ahí. Aquello despertó las alarmas de Amelina otra vez—. Es broma, amigo. No te lo tomes como algo personal —dijo Pablo palmeándole el hombro.

—Ya estoy acostumbrado —respondió Carlos, más distendido.

—Bueno. —Retomó la palabra Amelina—. En vista de mi última borrachera que tuve con ustedes en mi cumpleaños número diecisiete, y que hizo que me olvidara hasta de mi nombre, aviso desde ya, que no bebo tragos destilados de ningún tipo.

—¿Qué pasó contigo esa vez, que nunca más volvimos a verte? —quiso saber Marisa.

El tono de voz que utilizó, y que escondía segundas intenciones, alertaron a Amelina.

—Pensaba que mi madre te lo había dicho cuando llegaste a visitarme un par de días después —le respondió expresando desconcierto, aunque este no era más que una actuación de su parte—. Al parecer, alguien me destapó los pies aquella noche, porque cogí una gripe horrible que finalizó en un cuadro de neumonía. —Rio.

—Seguro que fue Hugo —dijo Pablo con humor.

—Yo no recuerdo casi nada de esa noche, y tampoco es que hubiese bebido tanto —agregó este.

—Vamos, muchachos. ¿Me van a decir que nadie recuerda lo que pasó aquella vez? —Se hizo un silencio incómodo, que fue roto solo por la risa sarcástica de Marisa—. ¿Pablo? ¿Eduardo? ¿O quizás tú, Carlos?

Amelina observó a cada uno de ellos con atención. Sabía que las palabras que Marisa pronunciaba estaban relacionadas con ella. Pablo se tensó, eso fue demasiado evidente. Carlos esquivó la mirada y bebió de su copa. Eduardo, en cambio, simplemente sonrió con diversión.

—Pasó que algunos cometimos la estupidez de beber más de la

cuenta, Marisa —dijo Eduardo en un tono distendido—. A estas alturas de la vida, a nadie le importa eso. Por cierto, ¿qué te pasó en la cara? Tienes algo hinchado los labios.

A Marisa le molestó el comentario, porque la ridiculizaba frente a los demás.

—Mis labios están bien.

—¿Y por qué nunca más regresaste, Ame? —quiso saber Pablo.

—Adquirí compromisos y me fue imposible volver —se justificó ella.

—De igual modo —agregó Eduardo—, después de esa vez, ya nada fue lo mismo. Todos tomamos caminos distintos y perdimos el contacto, hasta ahora. Me alegra mucho volver a verlos, amigos.

Alzaron sus bebidas y volvieron a brindar.

El plan de Amelina se estaba desarrollando mucho mejor de lo que esperaba. Si todo salía bien, pronto descubriría la identidad de su agresor. En cuanto a Hugo, ya lo había descartado. Él no la miraba con culpa, ni sus ojos escondían secretos. Nada en su persona le causaba repulsión o desconfianza. De los demás tenía algunas dudas, pero se negaba a admitir lo que, muy en el fondo, podría ser una certeza. Que Marisa tuvo participación en todo el asunto. Ella era capaz de cualquier cosa por venganza y por amor.

***

Cuando finalizaron de armar el campamento, Carlos aprovechó de medir sus niveles de azúcar en la sangre. Se inyectó la insulina con dedos temblorosos, y luego cogió la guitarra para recuperar la confianza que sentía había perdido desde que recibió la nota. Llevaba días sin dormir bien.

—¿Puedo hablar contigo, Carlos? —preguntó Amelina, sobresaltándolo.

La vio asomarse sonriente por la entrada de la tienda, haciendo a un lado el mosquitero.

—Claro. —Carlos dejó la guitarra sobre el saco de dormir, y salió fuera.

—Me preguntaba si me acompañarías a comprar a la farmacia. He olvidado traer un medicamento para dormir.

Carlos asintió. Su cabeza no era capaz de procesar ningún pensamiento con coherencia. Se dirigieron hasta donde estaban estacionados los vehículos.

—Vamos en el mío —se ofreció él.

—Gracias. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos. —Subieron al vehículo en completo silencio, que Amelina rompió luego de ponerse el cinturón de seguridad—. Por cierto, has perdido muchísimo peso. ¿Va todo bien con tu diabetes?

—Sí. Me hice una cirugía gástrica, y he conseguido mantenerme en el peso, aunque no ha sido nada fácil.

—Claro que no. Y se nota que has sido muy riguroso con tus comidas, porque te ves bien. —Amelina se giró hacia él, sonriendo—. La verdad no me extraña que lo hayas conseguido. Tú solías ser muy respetuoso con todos, en especial conmigo. Yo te admiraba en aquel entonces, porque te consideré siempre el más responsable del grupo; ese amigo que buscaba el bien de los demás; y que cuando se proponía metas, las cumplía al pie de la letra.

Carlos condujo invadido por el nerviosismo. Su cuerpo sudaba más de lo normal. No tenía claro si era por el calor, o porque estaba tenso. Ahora ponía en duda el haber considerado una buena idea asistir a aquella reunión. Sin embargo, le aterraba marcharse. Las palabras que le escuchaba decir a Amelina lo perturbaban; se clavaban como estacas en su pecho. Una sensación de agobio comenzó a apoderarse de él, como si le faltara el aire. Dejó de escucharla, incapaz de encontrar sentido a lo que le decía.

Amelina continuaba parloteando como un loro, pero él no fue capaz de comprender nada de lo que le decía. Sin embargo, se percató de que ella centraba su atención en sus manos; en ambas manos. Aquello le produjo confusión.

—¿Qué? No te entendí —dijo avergonzado, cuando comprendió que Amelina le estaba haciendo una pregunta.

—Quiero saber si tienes hijos. Imagino que estás casado. Lo digo por el anillo que usas.

—Ah, sí. Francisca y yo nos conocimos en el trabajo, y tenemos una hija. Se llama Lucía, y tiene ocho años de edad.

—La debes cuidar mucho —escuchó que le decía—. Dicen que los padres se vuelven muy temerosos por el bienestar de sus hijos, en especial si son mujeres. Aunque, claro; todos sabemos que los niños varones también corren riesgos. Ya sabes de lo que hablo —dijo con naturalidad, pero él sabía que se refería a los abusos de los que eran víctimas algunos menores.

El vehículo pareció desestabilizarse por un momento, pero recuperó la normalidad.

—Lo siento. Me pareció ver un ratón cruzarse en el camino —se excusó, intentando justificarse.

Amelina continuaba centrando la atención en sus manos, como si buscara algo en ellas. Rogaba en su interior que no notase su temblor.

—¿Estás bien? Te noto algo tenso.

—Estoy bien. Tengo calor, pero el aire acondicionado ya está haciendo su trabajo.

—¿Sigues cantando, Carlos? ¿Continúas acariciando las cuerdas con tu música?

—Sí. Ya sabes que la guitarra y yo somos uno solo.

Por algún motivo que no pudo comprender, Carlos se dio cuenta de que Amelina ya no era la misma chica dulce que él recordaba. Había perdido aquel halo angelical que solía caracterizarla. Ahora le parecía una desconocida que se desenvolvía con cierta frialdad, como si cada palabra que abandonaba su boca tuviera un propósito oculto. Después, hizo a un lado esos pensamientos que, a todas luces, eran el producto de su imaginación y de su nerviosismo. Se sentía tan incómodo con ella que era incapaz de mirarla siquiera a los ojos. Los suyos, en cambio, no le quitaban la vista a sus manos. Aquello le pareció extraño.

—Espérame aquí —dijo ella cuando llegaron a la farmacia—. La vio desaparecer por la puerta con rapidez.

Carlos aprovechó de apoyar la frente en el dorso de sus manos, las que tenía sobre el manubrio, y de inspirar profundo para tranquilizarse. Los ojos se le humedecieron y el deseo por echarse a llorar como un niño lo asustó. No era el momento de perder el control. Tenía que serenarse.

Abrió los ojos justo cuando ella regresó. Se subió al vehículo y le tendió una lima para las uñas.

—Toma, Carlos. Es para tus uñas. ¿Siempre las mantienes así de largas?

—Solo las de la mano derecha. El arpegio suena mejor con ellas así.

—Nunca me había fijado. —La voz de Amelina sonó extraña, y lo hizo sentir como a un niño pequeño regañado por mentirles a sus padres.

Justo cuando le iba a responder, su teléfono sonó. Era su hija. Por alguna extraña razón, sintió que aquella llamada era su salvación.

20. Incitación

Actualidad. Sábado 14 de enero de 2006, Lago Rapel

Pablo fue el último en acostarse la noche anterior, y el primero en levantarse aquella mañana. Tal como pensaba, su cuerpo de adulto ya no resistía de la misma manera que antaño, el dormir en un piso tan duro y sin comodidades. Los huesos de las caderas los tenía resentidos, como si se hubiese caído y golpeado en los costados. Además, en el cuello podía sentir la contractura de sus músculos por dormir sin una almohada decente. Había utilizado una chaqueta para suplir la falta de una. Se incorporó en su tienda y se masajeó el trapecio. Después abrió una botella de agua mineral y se la bebió casi de un tirón. Miró la hora de su reloj y soltó una maldición. Eran recién las siete de la mañana, y tenía certeza de que no conseguiría volver a dormirse otra vez.

La noche anterior habían encendido fuego en la parrilla y comido un asado, rememorando viejas anécdotas. Tenía que reconocer que se sentía a gusto al estar con sus amigos otra vez; incluso con Eduardo, quien había expresado abiertamente ser homosexual. No le sorprendió tanto como a los demás, porque muchas veces, después de aquella ocasión en que su amistad se resquebrajó, se lo cuestionó. Ahora le cuadraban las cosas.

Se cubrió el pecho con una camiseta y cogió un *pito* de marihuana. Abandonó su tienda mientras se pasaba las manos por los brazos para proporcionarse calor. Afuera hacía frío debido a la humedad de la mañana, pero sabía que la temperatura ascendería, porque estaban en pleno verano. Estuvo tentado de marcharse a su casa y dormir en su cama; sin embargo, prefirió caminar hacia la orilla del lago y sentarse a fumar a solas, contemplando la belleza del entorno. Ahora que ya no era un adolescente, miraba con otros ojos todo lo que lo rodeaba. También caía en la melancolía con mayor frecuencia de lo que le hubiese gustado.

Se sentó en el suelo y cruzó las piernas mientras expulsaba el humo por la boca y la nariz a la vez.

—Veo que no has perdido la costumbre de fumar por las mañanas —dijo Marisa, sobresaltándolo.

A Pablo le incomodó tener a Marisa tan cerca. No le gustaba nada esa mujer. Es más, incluso se asqueó de haberse acostado con ella en el pasado. Jamás pensó que lo amenazaría con revelar su secreto en el pasado, y mucho menos que lo chantajearía. Como buen adolescente que era en aquellos años, solo pensaba en tener sexo y en pasarlo bien,

sin medir ninguna consecuencia con sus actos. Después de lo que sucedió en el pasado, sabía que debía tener mucho cuidado con ella, ya que era una mujer peligrosa, capaz de todo por salirse con la suya.

—¡Qué quieres, Marisa! —le espetó, cortante.

—Quizás podrías comenzar por compartir tu cigarro conmigo —dijo sentándose frente a él con las piernas cruzadas, revelando más de lo que debiera bajo el camisón de dormir.

Pablo le tendió el *pito* de mala manera, y esquivó sus ojos, pero sabía que ella lo estaba analizando, y que una sonrisa cínica dibujaba su rostro. Estuvo tentado de largarse de allí. Sin embargo, se negó a permitir que ella lo siguiera intimidando. Estaba cansado de eso.

Marisa le devolvió el *pito* y se abrió el chaleco que se había puesto encima, dejando a la vista una provocativa camisa de dormir de seda, y un generoso pecho, fruto de un artista de la cirugía plástica. Aquella actitud de seducción, lejos de tentarlo, lo incomodó.

—Sigues siendo tan atractivo como antes, Pablo —dijo acariciándole el muslo de manera insinuante, pero él la retuvo por la muñeca.

—Déjalo, Marisa. Ya no me interesa tener nada contigo.

Marisa sonrió provocativa y separó las piernas, dejando a la vista el triángulo de su intimidad. No llevaba ropa interior.

—¿Estás seguro? Porque yo recuerdo perfectamente lo que te gustaba acostarte conmigo, y nunca pudiste resistirte a mis caricias. —Pablo tragó saliva, y aprovechó de dar una calada a la hierba, que se consumía más rápido de lo que le hubiese gustado entre sus dedos, con el único fin de esconder su nerviosismo—. Vamos, ¿a quién quieres engañar?

Marisa le cogió la mano y se la llevó a su pecho, pero él la retiró con brusquedad y se puso de pie. Necesitaba alejarse de ella. Sintió la bilis subirle por el esófago, y una profunda necesidad de sacudirla, pero se contuvo. Se preguntó que cómo pudo atraerle alguna vez. Ahora la miraba y se asqueaba, incluso de sí mismo. Marisa albergaba una maldad en su interior que no era de este mundo.

—He dicho que no. Lárgate y déjame en paz, Marisa —sentenció dándose la vuelta para marcharse.

—Si das un paso más, les contaré a todos lo que hiciste aquella vez.

La amenaza lo hizo reaccionar con furia. Se abalanzó sobre ella y la cogió por el brazo, con más fuerza de la que debería haber utilizado. Marisa se quejó de dolor, pero él se negó a disminuir la presión de sus dedos.

—¡Cállate, maldita puta! Me tienes harto con tus manipulaciones. ¿A qué estás jugando esta vez? Ya no tienes ninguna prueba de eso, porque yo mismo destruí el rollo de fotos de tu cámara aquella noche; y tu palabra, Marisa, no vale nada, ¿entiendes? ¡Nada! —le gritó en un

tono amenazante, que la hizo mudar el gesto de dolor en uno de terror.

—Suéltame o gritaré.

—Grita, porque nadie vendrá a ayudarte. Eres basura, Marisa. Una puta asquerosa que no tiene nada más que ofrecer que su propio cuerpo. —Marisa le escupió la cara, y él la soltó con un movimiento brusco que la hizo trastabillar. Se limpió el rostro con la mano, controlándose de no golpearla—. No te acerques a mí, o te arrepentirás.

—¿Qué me vas a hacer? Eres un perdedor. Ni siquiera sabes complacer a una mujer.

—Ni tú mantener a un hombre a tu lado.

Pablo se alejó, decidido a ignorarla. Tiró el cigarro de marihuana al suelo y lo apagó con su zapatilla. Era mejor alejarse de esa arpía, que ahora le desagradaba en lo más profundo de su ser. Sabía que ella podía destruir su imagen, pero también tenía la certeza de que su palabra no tenía el mismo valor que la suya, porque Marisa se había pasado la vida manipulando, mintiendo y engañando para conseguir sus objetivos. Si no estuviese tan a gusto con los demás, se habría marchado para no estar ni un minuto más cerca de ella. Sin embargo, se negaba a perderse la diversión por su causa. Lo mejor era mantenerse al margen y evitarla a toda costa. Tendría que ser prudente, o de lo contrario, su vergüenza saldría a la luz.

***

Marisa regresó al campamento, furiosa. No le gustaba nada ser rechazada, y mucho menos por un incompetente como Pablo. Pensaba en la manera de hacérselo pasar mal cuando vio a Amelina hacerle señas con la mano para que se acercara. A regañadientes, y cerrándose el chaleco a la altura del pecho, Marisa acortó la distancia entre ellas.

—Qué bueno que estás despierta. ¿Me podrías acompañar a casa? He dejado mi torta de cumpleaños allí —comentó Amelina con aire despreocupado—. Además, así podríamos aprovechar de ducharnos. ¿Te acuerdas de que, cuando éramos niñas, dejábamos hecho un desastre el baño?

—Claro que lo recuerdo. Tu madre jamás te gritaba por ello. Por cierto, feliz cumpleaños —le dijo solo por cortesía, porque, en realidad, no le deseaba nada de nada.

—Gracias. Sé que hoy será un día muy especial.

Caminaron en silencio, y Marisa se dio cuenta de que Amelina parecía contenta, como si su vida fuese perfecta. Quizás sí lo era después de todo. Seguía siendo dueña de una belleza arrebatadora, y tenía un buen trabajo que le permitía mantenerse por sí misma; no como ella, que no le quedaba otra que buscarse hombres con un

bolsillo acaudalado. Pensar en ello le agrió el ánimo y sintió la necesidad de hacerla sentir incómoda.

—Hugo se puso furioso contigo cuando lo abandonaste, luego de enfermar. Estaba convencido de que lo habías engañado con otro y no te atrevías a contárselo. ¿Fue eso lo que pasó aquella noche, Ame? ¿Lo engañaste con alguno de nuestros amigos?

La vio apretar los labios con fuerza, y luego soltar una risotada. Aquello la desconcertó. Estaba convencida de que sus palabras tendrían un efecto distinto; que se ofendería. Sin embargo, jamás creyó posible que le causara gracia. Al parecer, pensó, era cierto que no recordaba nada de lo ocurrido la noche de su cumpleaños número diecisiete.

—Para ser tan astuta, Marisa, me extraña que digas eso. La verdad es que mi mente permanece en blanco, sin registros de ningún tipo, y no recuerdo nada más que el haberme emborrachado como nunca en mi vida. Estaba tan ebria que ni siquiera recordaría si me hubiese acostado con una mujer.

—Tal vez te acostaste con Hugo y fue tan lamentable que has decidido olvidarlo —dijo con su qué, pero Amelina pareció inmune a sus palabras—. En todo caso, el sexo se le da fatal al pobre. Es eyaculador precoz. Por eso lo dejé.

—¡Vaya! ¡Qué extraño lo que me dices, porque anoche…! Bueno, olvídalo.

¿Habían tenido sexo? Saber eso encendió la ira de Marisa, porque ella jamás consiguió nada de él mientras estuvieron casados, y con Amelina ni se había resistido.

—¿Te acostaste con él? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Digamos que recordamos viejos tiempos. —Amelina abrió la puerta de su casa y la hizo pasar—. Utiliza la ducha de mi habitación. Yo usaré la del dormitorio principal. Por cierto, Marisa, ¿has notado lo atractivo que se ve Carlos ahora que es delgado? Eso sí, está algo cambiado, como si sufriera. Tal vez no es feliz con su mujer.

—Para mí sigue siendo un inútil, un cobarde que lo único bueno que sabe hacer bien es tocar la guitarra y cantar. —Amelina la miró fijamente y se le acercó despacio, casi hasta tener su rostro a escasos centímetros de distancia del suyo. Marisa pensó que iba a besarla de tan cerca que se encontraba. Sin embargo, Amelina se limitó a observarla con agudeza, como si la analizara con exhaustiva atención. Aquello la incomodó—. ¿Por qué me miras así?

—No es nada. Es solo que me recuerdas mucho a alguien. —Sacudió la cabeza como haciendo a un lado un pensamiento absurdo. Luego sonrió—. Será mejor que nos apresuremos.

Marisa todavía no se recuperaba de la impresión que le causó, el saber que entre Hugo y Amelina había ocurrido algo. Él siempre fue su

debilidad, y Amelina, su más grande rival. Y no solo eso le molestaba, sino que también el desprecio del que había sido objeto momentos atrás con Pablo. Se había atrevido a desafiarla y a rechazarla, y ella no se tomaba bien las negativas. Necesitaba sentirse mejor, reafirmar la seguridad en sí misma y tener el control.

Se despojó de su camisa de dormir con rapidez y se metió en la ducha mientras sus pensamientos la atormentaban sin piedad. La sola idea de que Amelina también demostrara interés en Carlos, aunque fuese sin intenciones de seducirlo, despertó su naturaleza más competitiva. No lo permitiría.

Se secó el cuerpo con movimientos bruscos y se detuvo cuando observó su figura desnuda en el espejo. Seguía siendo una mujer delgada, pero los años habían hecho mella en ella, puesto que su piel y sus músculos ya no poseían aquel tono firme de la juventud. Una vida de excesos, tarde o temprano pasaban la cuenta; dejaban huellas imborrables, y ahora era consciente de ello. Ya ni sabía cuántas veces se sometió a diversas cirugías para arreglar lo que no recibió en herencia de sus padres. Sus pechos operados eran grandes, y demasiado erguidos para un cuerpo que ya no se resistía a la gravedad y se había rendido a ella.

Se cubrió con la toalla y se vistió con movimientos enérgicos. Luego buscó a Amelina para pedirle maquillaje. Caminó por el pasillo y escuchó la ducha en la habitación principal. Conocía aquella casa como la palma de su mano e ingresó al dormitorio sin golpear. La puerta del baño permanecía abierta, y Amelina, dándole la espalda, se quitaba el exceso de *shampoo* con ambas manos. Marisa la observó en silencio, como en trance. Sus ojos se clavaron en la curva de su espalda, la redondez de sus nalgas y el contorno armónico de sus piernas. Y cuando se giró, Marisa tuvo que contener una exclamación. Amelina poseía un cuerpo envidiable, pese a su edad. Sus pechos erguidos y no demasiado grandes eran perfectos; los pezones, pequeños y simétricos. El abdomen, a pesar de los años, permanecía plano y definido, como si hubiese sido cincelado por un artista escultor. Apenas si se apreciaban unos vellos rubios y bien delimitados en su intimidad. Marisa observó que con las manos recorría su cuerpo con suaves caricias, quitándose la espuma con delicadeza. La mano derecha subía y bajaba, recorriendo desde el cuello hasta sus muslos, como si danzara sobre sus pronunciadas curvas, sin prisas de ningún tipo. Estaba relajada, absorta en unas sensaciones de absoluto deleite, y permanecía con los ojos cerrados y la boca levemente abierta. La cabeza la inclinaba hacia atrás, y luego giraba el cuello de un lado a otro. La otra mano hacía el recorrido a la inversa de la misma manera. No había nada sexual en aquella escena, pero para Marisa fue lo más erótico que había visto jamás. Cuánto la odió en aquel instante.

Cuánto maldijo que su propio cuerpo no fuera así, natural, dotado de gracia y feminidad; pensado y diseñado para seducir. Pero, lo que más le molestó, fue que hasta su propia intimidad se humedeciera como respuesta ante aquella imagen de belleza perfecta y angelical.

Marisa se giró y abandonó la habitación y la casa con un único objetivo en mente. Necesitaba tener sexo ya. Ni siquiera le gustaban las mujeres, y se había excitado observando a su más grande enemiga. Cogió las llaves de su vehículo y condujo hasta llegar al *minimarket*. Solo existía un hombre con el que podía acostarse sin miedo al rechazo, y ese era Jaime. Este, aunque estuviera molesto con ella, jamás decía «no».

***

Cuando Amelina abandonó el cuarto de baño, sonrió satisfecha. Sabía que Marisa la había observado ducharse, porque una pantalla de vigilancia que tenía en el cuarto de baño se lo indicó. La vio también abandonar la casa como alma que persigue el diablo. Amelina estaba atando cabos, aunque aún quedaban unos cuantos sueltos. Tenía certeza de que Marisa la envidiaba con todo su ser, y que la descolocó cuando se acarició con fingida inocencia durante su baño. Lo había hecho a propósito, porque formaba parte de su plan el desestabilizar a todos aquellos que la lastimaron en el pasado, y Amelina estaba cada vez más convencida de que Marisa había planeado su violación, porque la odiaba. No lo tuvo claro por aquel entonces, pero ahora las piezas comenzaban a encajar.

Se embelleció igual que el día anterior, poniéndose un bonito vestido que sugería más de lo que mostraba, no solo porque era su cumpleaños, sino que se estaba ciñendo a un plan más grande. Y mientras más tiempo pasaba, mayor era su anhelo de venganza, y menor su tristeza. A diferencia de las ocasiones anteriores en que estuvo de cumpleaños, ahora no sentía tanta desazón. La semilla de la venganza que albergaba su interior se había arraigado con tanta fuerza, que incluso llegó a sentir algo de temor. A veces se preguntaba si sería capaz de poner freno a sus acciones; si llegaría tan lejos a como lo tenía planeado. La respuesta siempre era afirmativa. Sabía que sí, que en sus ansias de represalia era capaz de llegar hasta el final, con tal de hacer pagar a los culpables.

Se maquilló el rostro con colores suaves y se puso brillo labial. Fue en ese momento, que el timbre de su casa sonó.

—Marisa —se dijo en voz alta, lamentándose de que hubiese regresado.

Caminó hacia la puerta y la abrió de golpe, pero no era Marisa la que se encontraba allí, sino que Hugo. Este la miró como si estuviese atormentado. Su aspecto no era el mejor, aunque a ella le pareció

varonil e imponente.

Dio dos pasos hacia ella y la cogió por las mejillas con firmeza, pero sin lastimarla.

—Tengo que hacerlo, Meli —dijo justo antes de besarla como llevaba años ansiando hacer.

El ataque de sus labios la pilló por sorpresa, pero se rindió ante él desde que sus manos hicieron contacto con su piel. Avanzaron hacia el interior de la casa, sin dejar de besarse, y Hugo cerró la puerta con el pie. Se besaron con las mismas ansias con que lo hacían los amantes que se han visto obligados a separarse a causa de una guerra, y que se reencuentran después de años de distanciamiento. Era como antes, como si sus bocas y sus lenguas se reconocieran como sus dueños. Amelina sentía las manos de Hugo recorrerle el cuerpo por sobre el vestido, sin restricciones de ningún tipo. Ella no se quedó atrás. Reconoció el deseo físico en su propio cuerpo, y era por él. Ni siquiera llegaron a la habitación. Se despojaron de las vestimentas a medida que avanzaban hacia el sofá, y los ojos de Hugo la recorrieron como si ella fuese lo más hermoso que había contemplado jamás. No hubo palabras, ni deseos expresados de ningún tipo. Solo dos cuerpos y dos almas que se fundieron en uno solo, incapaces de permanecer un día más sin entregarse al placer; pero era más que eso, y ambos lo sabían. Habían tardado veinte años en estar juntos. Era la primera vez que hacían el amor. Puede que en aquel encuentro no se verbalizaran los sentimientos, pero para ellos, las palabras sobraban.

—Feliz cumpleaños, Meli —le dijo Hugo besándole la nariz, cuando descendieron de las alturas.

—Gracias. Ha sido un bonito regalo —le contestó pensando en que, por el hecho de entregarse a él por primera vez en el día de su cumpleaños, conseguía aminorar en parte el mal recuerdo de lo que aquella fecha significaba para ella.

Así permanecieron durante bastantes minutos, abrazados y desnudos en el sofá, hasta que volvieron a entregarse el uno al otro, pero, esta vez, tomándose todo el tiempo del mundo para amarse.

21. Un terrible error

1985. Domingo 13 de enero, antes del infierno de Amelina.
Lago Rapel

Pablo se sentía algo ebrio. El juego de la verdad se había prolongado por más tiempo del esperado. No tuvo ningún inconveniente en responder las preguntas que le hacía Marisa frente al grupo. Tampoco se inmutó cuando escogía beber en vez de responder con la verdad. Lo hacía a propósito, porque encontraba divertido ingerir alcohol como penitencia. La *piscola* le gustaba y la sensación de mareo, todavía más.

Se reacomodó en el suelo y bebió un sorbo de su bebida, cuya concentración etílica apenas si le quemó la garganta. A esas alturas de la noche, ya la tenía por completo adormecida. Hugo y Amelina permanecían abrazados frente a la fogata, ajenos a sus pensamientos. De algún modo los envidió. Se preguntó si alguna vez él se sentiría así con una mujer. Lo dudaba, porque no estaba en sus planes amarrarse a una relación ni perder su libertad. Sin embargo, una parte de sí reconoció el anhelo circulando por su ser.

Bebió otro sorbo y dejó la botella a un lado. Marisa apareció frente a él, y se sentó encima de sus piernas. Pese a estar bastante ebrio, su cuerpo reaccionó de inmediato cuando ella lo besó. La sensación de la cadera femenina frotándose con la suya fue tan agradable que, por un momento, se olvidó de que no estaban solos. La presionó desde los glúteos, pegándola más a su intimidad. Marisa introdujo la mano entre sus cuerpos y comenzó a acariciarlo por encima de la ropa. Pablo estaba a punto de cogerla en brazos e internarse en la oscuridad para poder culminar lo que habían empezado, pero de un momento a otro, ella se detuvo y se levantó, dejándolo con una profunda sensación de vacío y con una enorme erección a cuestas.

—Voy a orinar —dijo ella sin tapujos, alejándose con rapidez.

Era tal su excitación que se recreó observando a Hugo y a Amelina besándose a unos cuantos metros de distancia.

—Vamos a darnos un chapuzón —le dijo Eduardo, devolviéndolo a la realidad.

—¿Y Carlos? —preguntó, recién percatándose de que este no se encontraba allí.

—Seguro que fue al baño. Vamos, anímate a ir al agua —insistió Eduardo, convenciéndolo.

Se levantaron tambaleantes y caminaron hasta la zona del embarcadero, que se encontraba a poca distancia de donde habían

encendido la fogata. El muelle permanecía iluminado justo en la zona de las lanchas, y no se requería de luz adicional para poder ver en la oscuridad.

Pablo observó que Eduardo se quitaba la ropa con rapidez, y que luego corría por el muelle y se lanzaba al agua, haciendo un grito de guerra. Divertido, se apresuró en seguirlo. La sensación de libertad de la que era preso en aquel momento fue suficiente motivación para lanzarse al agua y jugar en ella como un niño. Se recreó en la sensación del líquido rozando su piel al desnudo. Por alguna razón que nunca consiguió explicarse, el sumergirse despojado de vestimentas hacía más placentera la experiencia, e intensificaba las sensaciones sobre su cuerpo. El agua aún conservaba el calor del día, sobre todo en las zonas menos profundas.

Se recostó de espaldas y cerró los ojos mientras disfrutaba de la sensación de flotabilidad. Eduardo lo salpicó con intención, y este le respondió de la misma manera, divertido con el juego.

Así permanecieron un buen rato, hasta que el silencio de la noche acalló sus risas. Pablo volvió a relajarse flotando de espaldas y cerró los ojos. A su lado, Eduardo permanecía silencioso, y se desplazaba disfrutando del relajo que el agua le proporcionaba. La excitación que había desaparecido del cuerpo de Pablo, momentos atrás, regresó cuando en sus pensamientos recordó el cuerpo de Marisa frotándose con el de él. Estuvo tentado de masturbarse allí mismo, pero se negó a hacerlo, porque no estaba solo. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Eduardo no se veía por ningún lado. Volvió a cerrarlos y, preso de un deseo que se negaba abandonarlo, se acarició la ingle hasta llegar a sus testículos mientras se imaginaba a Marisa montada sobre él. Así se encontraba cuando sintió que algo le rozaba la espalda.

—Soy yo —le dijo Eduardo cuando se sobresaltó—. Creo que estoy borracho. Muy, pero muy borracho.

—Yo también. Será mejor que regresemos —comentó Pablo como un lamento, porque todavía no conseguía deshacerse de la sensación de placer que sintió cuando se estimuló.

Eduardo salió del agua primero y le tendió la mano para que no perdiera el equilibrio. Cayeron al suelo entre risas, y así permanecieron por varios segundos, sin ánimos de incorporarse. A Pablo le daba todo vueltas, aunque todavía era capaz de darse cuenta de que Eduardo tenía su pierna encima de la de él. Quiso hacerlo a un lado, pero no pudo. De su pecho brotó una risa que fue silenciada por una boca que se cernió con firmeza sobre la suya, cuya lengua se abrió paso hacia su interior con decisión, sometiéndolo. En un comienzo, y perdido en la confusión del momento, Pablo pensó que era Marisa quien lo besaba con tanto ardor. Y como estaba excitado todavía, correspondió al beso con ansias. Le gustó la sensación, aunque algo en

ese beso era diferente. Aquellos labios maniobraban distinto, con una lengua que giraba y succionaba la suya, y que sintió algo más grande de lo normal. Destellos de luces rebotaban contra sus ojos. Sin embargo, sometido en aquella experiencia tan placentera, los ignoró. Un quejido ronco que no emergió de su garganta lo alertó y lo hizo dudar, hasta que tomó consciencia de que algo duro le rozaba la pierna, y de que era Eduardo quien se había abalanzado sobre él, y no su amiga como llegó a imaginar. Reaccionó de golpe, haciendo a un lado el aletargamiento, y empujó a Eduardo por los hombros, asqueado por lo que acababa de suceder.

—¡¿Qué mierda crees que haces, maricón hijo de puta?!

—Lo siento. Estoy borracho —se excusó Eduardo mirando de un lado a otro, buscando el origen de las luces—. No sé qué me pasó, lo juro. ¡A mí me gustan las mujeres! —gritó, inundado por un nerviosismo nada propio de él.

—Si vuelves a acercarte a mí, te romperé la cara, infeliz.

Pablo caminó hasta su ropa, escupió el piso y se vistió con mucha dificultad, pero la ira era su sostén. Eduardo, sumido en un silencio sepulcral, hizo lo mismo a su lado.

—Perdóname, Pablo. Te prometo que jamás me había pasado algo así. Por favor, olvídate de esto. Haré lo que me pidas, pero no le digas a nadie lo que pasó aquí.

—No soy marica, ¡¿has entendido?! —gritó señalándolo con el dedo índice—. No te me acerques, o juro que te haré mierda cada hueso de tu rostro.

—Yo tampoco soy homosexual, Pablo. ¡Te estoy diciendo la verdad! Estoy borracho. ¡Y tú también me besaste! —bufó.

—Porque pensaba que eras Marisa, imbécil.

—¡Pues yo también pensaba que eras una chica! —rugió, mezcla de rabia, mezcla de nerviosismo.

No supo en qué momento sucedió, pero su puño se estrelló contra la mejilla de Eduardo, lo que lo hizo caer al piso. Luego se alejó de él. Necesitaba poner distancia. Eduardo, en cambio, se quedó tumbado mientras se palpaba los labios con los dedos, para verificar si tenía sangre.

En sus reflexiones, y más molesto de lo esperado para alguien como él —que solía gozar de un carácter envidiable—, Pablo buscó alguna explicación coherente en su manera de actuar, convenciéndose de que le gustaban las mujeres, y de que ese beso no significaba nada para él. Nunca se había besado con un hombre, y el solo recordatorio de lo ocurrido lo hizo asquearse de sí mismo. Y lo peor de todo, era que se había excitado. Sabía que lo había hecho por culpa del alcohol, cuyo consumo excesivo obnubiló su mente, confundiéndolo, haciéndolo pensar que era Marisa la que se restregaba contra él. Se

repitió, una vez más y con mayor convicción, que a él le gustaban las mujeres. Ese era el problema de drogarse y emborracharse, porque a la primera oportunidad que se presentaba bajo sus efectos, se cometía una estupidez como esa, sin siquiera medir las consecuencias. La desinhibición ejercía ese poder, el de adormecer la ética y la moral, haciendo que todo diera igual; pero cuando se recuperaba la lucidez, aunque fuese vagamente, era cuando el desastre caía como un balde de agua fría.

Pablo estaba a punto de largarse de allí cuando escuchó la risa de Marisa brotar de entre los árboles.

—Maldita sea —bufó, exasperado.

Se había olvidado de las luces y de ella por completo. Eduardo permanecía paralizado a su lado, quizás, tan preocupado a como estaba él. Ahora sí que ambos estaban en problemas.

***

Marisa abandonó la tienda de Carlos, con el único fin de verificar si la droga había hecho efecto en Amelina y en Hugo. Estaba segura de que sería así. Lo que no resolvía todavía, era la manera en que trasladaría el cuerpo de ella hasta la islita.

Unas risas en el embarcadero de las lanchas le llamaron la atención, y se internó entre los árboles, hasta descubrir a Pablo y a Eduardo jugando como niños. Al poco tiempo se salieron del agua y cayeron al piso, dejando en evidencia sus cuerpos desnudos. La escena le pareció demasiado íntima como para dejar pasar la oportunidad de fotografiarla.

Cogió la cámara y enfocó hacia el objetivo. Y cuando la boca de Eduardo se cernió sobre la de Pablo, Marisa no se podía creer su buena suerte. Sacó varias fotografías, iluminándolos con el *flash*, pero estos parecían ajenos a los destellos.

Se separaron a empujones, y luego tuvieron una calurosa discusión, que finalizó con el puño de Pablo en el rostro de Eduardo. Para Marisa fue la oportunidad que estaba esperando. Ahora podría chantajearlos, e incluso valerse de ellos para lo que llevaba días planificando. Era incapaz de ocultar el júbilo de la que fue presa en aquel instante, y abandonó su escondite para poner en marcha su plan.

—¡Vaya, vaya! —pronunció entre carcajadas, ante la atónita mirada de sus amigos—. Sí que tenían bien escondido su secreto los dos.

—No es lo que parece, Marisa —bufó Pablo con exasperación—. Esto ha sido un malentendido.

—Claro. Ha sido un malentendido que la lengua de Eduardo y la tuya danzaran armoniosas mientras se revolcaban en el piso.

—¡Cállate, Marisa! —espetó Eduardo recobrando el habla—. ¡No es lo que crees!

Ella percibió su miedo y le sonrió.

—Dame tu cámara, Marisa —exigió Pablo, acercándosele.

Estaba tan borracho que apenas si podía mantenerse en pie, pero no dejaba de dar la batalla. Aún era consciente de sus actos. Aquello no le sorprendió, porque Pablo, a pesar de drogarse y alcoholizarse con frecuencia, no solía olvidarse de nada.

—No te la daré —dijo ella mientras esquivaba su mano, que intentaba quitársela sin éxito—. No les daré nada hasta que me hagan un favor.

Ambos se miraron confundidos, y luego centraron su atención en ella.

—De qué se trata —quiso saber Pablo.

—Quiero hacerle una broma a Amelina, pero no puedo cargarla yo sola. Hugo ya se ha dormido, y Carlos se fue a acostar. Lo que quiero es que la llevemos a la islita.

—¿Y luego qué? —preguntó Eduardo con cautela.

—Allá se los digo.

—Mira, Marisa. No estoy para tus jueguecitos —protestó Pablo—. Lo que quiero es que me pases tu cámara y que me dejes en paz.

—Yo creo que no —dijo ella riendo, complacida por tenerlos agarrados por las bolas a ambos—. Si no hacen los que les pido, entonces les mostraré estas fotos tan interesantes a todos nuestros familiares y conocidos.

—No serías capaz —espetó Pablo, furioso.

El miedo que vio en sus ojos fue suficiente motivación para continuar presionándolos.

—Sabes que sí —lo desafió—. Lo único que quiero, es que llevemos a Amelina a la islita. No le haremos daño, par de tontos. Es una broma inocente, a cambio de mantener guardado su secreto.

—Ya te dije que no soy homosexual —rugió Pablo.

Eduardo, por su parte, se veía acojonado. Incluso la borrachera parecía haberlo abandonado por causa del miedo. Cuánto disfrutó Marisa con la situación.

—Ni yo lo soy —agregó Eduardo cuando recuperó el habla.

—Promete que esto que pasó aquí quedará entre nosotros —exigió Pablo a una Marisa sonriente.

—Siempre y cuando hagan lo que les estoy pidiendo.

—Bien. —Se miraron sopesando la situación—. Lo haremos —afirmó Pablo con el cuerpo rígido.

Llegaron hasta la fogata, y entre Pablo y Eduardo cargaron a Amelina mientras Marisa iba por su saco de dormir. Luego de subirla a uno de los botes, Eduardo remó hasta la islita ante su atento

escrutinio. Ninguno de los tres dijo nada. Pablo sostenía a Amelina contra su pecho, quien dormía por completo ajena a los acontecimientos. Una vez llegaron, la bajaron no sin dificultad, y la dejaron en el suelo.

—Ya que estamos aquí. ¿Quién de ustedes quiere acostarse con ella primero?

Los dos la miraron como si estuviera loca, pero fue Eduardo quien habló primero.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Y qué tiene de malo? Reconoce que te mueres por hacerlo con ella, Eduardo. Los dos quieren. ¡Pues háganlo! Ni se dará cuenta de lo que pasará aquí. Además… —Levantó la cámara haciéndoles saber que era ella quien decidía las jugadas ahora.

Pablo se le acercó, pillándola desprevenida, y le quitó la cámara de fotos. La abrió y extrajo el rollo, haciéndolo añicos frente a ella.

—Ahora no tienes con qué chantajearnos, Marisa. Yo no jugaré tu juego —dijo antes de girarse y volver al bote.

—¿Y qué hay de ti? ¿O también eres un cobarde?

Eduardo miró a Amelina, cuyo cuerpo yacía inconsciente, como sopesando la situación. Por un momento Marisa creyó que sucumbiría a la tentación, pero no fue así. Se subió al bote y esperó a que ella hiciera lo mismo.

—¿Vienes o te devuelves sola en otro bote? —quiso saber Pablo.

—Voy con ustedes —gruñó.

Subió en la pequeña embarcación, no sin antes arrojar el saco de dormir al lado de Amelina. Simuló fastidio, solo para hacerles creer que le habían arruinado la broma. Marisa estaba eufórica, llena de dicha. Las cosas le resultaron mucho mejor de lo que planeó en un comienzo. Poseía una información tan valiosa que ahora tenía todo el poder. Lo de la cámara le daba igual. Siempre existía la posibilidad de irse de la lengua.

—Los dos son unos perdedores —espetó fingiendo molestia.

Colgó su cámara, ahora sin el contenido que evidenciaba lo ocurrido momentos atrás, y esperó llegar a la orilla para separarse de ellos. Tal como pensó, apenas descendieron del bote, los dos se dirigieron hasta sus respectivas tiendas y se acostaron, sin siquiera despedirse.

Marisa regresó a la tienda de Carlos. La sonrisa que se dibujó en su rostro era oscura. Todo el mal de su nebulosa alma se concentraba en ella.

—¿Eres tú, Marisa?

No le contestó. Se lanzó sobre su cuerpo grande y obeso, y lo acarició con desesperación. Todo era parte del juego. Carlos se excitó de inmediato. Lo besó con dureza y le apretó el pecho hasta arrancarle

un quejido de dolor. Se restregó un par de veces contra sus piernas, y después, se detuvo de golpe.

—¡¿Por qué paras ahora?! —se quejó Carlos, desesperado por llegar hasta el final.

—Ven, vamos. Te tengo una sorpresa.

Lo cogió de la mano y tiró de él hacia fuera. Luego lo condujo con rapidez por la oscuridad.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó en un susurro.

—Te dije que te tenía una sorpresa. Ya lo verás.

Subieron al bote y lo hizo remar hasta la islita otra vez. Marisa podía leer la confusión en su rostro, pero se limitó a acariciarlo, no demasiado, pero sí lo suficiente como para dejarlo despojado de su voluntad. Ella pudo notar su ansiedad en la manera en que respiraba; jadeante no tan solo por el esfuerzo que realizó con los remos, sino que también por causa de la excitación. Le dio un último beso y luego tiró de él, obligándolo a bajar del bote y a amarrarlo junto a otros dos más que se mecían allí.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Carlos mirando de un lado a otro, hasta que sus ojos se anclaron en Amelina.

—Te dije que te tenía una sorpresa. Vamos, acuéstate con ella. Te está esperando.

—Yo… no puedo hacer eso, Marisa. No estaría bien.

—Eres un poco hombre. Está ahí, lista para ti, y ni siquiera eres capaz de acercarte a ella, cobarde.

Carlos se agitó nervioso, y ella aprovechó su conmoción para acariciarle la entrepierna, hasta que el bulto de su pantalón aumentó de manera considerable.

—¡Estás loca! —gritó él, jadeante. Notó que quiso alejarse de ella, pero no se lo permitió. Introdujo la mano dentro de su pantalón y continuó torturándolo con caricias expertas mientras le hablaba y besaba, tentándolo—. Es bonita, ¿no? Tómala, ahora es tuya. ¡Hazlo! Nadie se va a enterar. ¡Estamos juntos en esto!

Casi chilló de alegría cuando Carlos perdió la cordura y se abalanzó sobre Amelina, arrancándole el pantalón con fuerza. Luego se bajó la cremallera y se ubicó entre sus piernas, aunque por un momento le pareció que dudaba.

—¡Qué esperas, cobarde! —le gritó, incitándolo a culminar lo que había empezado—. ¡Hazlo de una puta vez! ¡No tienes las pelotas!

—¡Cállate! —le respondió agónico, justo antes de penetrarla.

Mientras Carlos la embestía como un animal en celo, Marisa se regocijaba por dentro y por fuera, presa de la adrenalina. Por fin lo había conseguido.

22. El juego

Actualidad. Sábado 14 de enero de 2006, Lago Rapel

Carlos estaba retraído. Parecía tranquilo, pero, en realidad, era un verdadero manojo de nervios. Ni siquiera sabía por qué se encontraba allí, si aquello le robaba la paz; una paz tan falsa a como se sentía él, cuyo espíritu navegaba a diario por aguas inquietas, profundas y oscuras. Quizás, concluyó, había asistido porque tenía terror de lo que se pudiera revelar en aquellos días. Temía de Marisa con cada fibra de su ser. Si alguna vez la vio como una mujer interesante con la que podría incursionar explorando su sexualidad, ahora la catalogaba como un alma negra, un demonio peligroso y poderoso, cuya sola presencia podría destruirlo. De tan solo recordar lo ingenuo que fue hacía veinte años atrás, la furia se adueñaba de él, corroyéndolo por dentro, socavando aún más su alma; un alma vacía que intentaba aferrarse a la luz, presa en una permanente oscuridad. Por aquel entonces no lo descifró; no se dio cuenta de que Marisa, con su astucia, lo estaba manipulando con perfecta precisión, moldeando sus acciones, tal como lo hace un artista cuando esculpe la piedra, o el alfarero cuando trabaja el barro con los dedos. Su debilidad y la falta de experiencia fue su perdición. Él era un simple peón en su juego, que debía someterse a su escabroso plan. Ahora, en cambio, podía ver con claridad cada uno de los movimientos que ella realizó, cuál de todos más calculado. La culpa, la maldita culpa que cargaba sobre sus hombros, apenas lo dejaba vivir.

Aquella noche, después de haber violado a Amelina, Carlos regresó a su tienda con una profunda sensación de pesar. Se había aprovechado, y de la peor manera, de la única chica que lo trató siempre como una persona valiosa, arrebatándole como un cobarde lo más preciado que una mujer podía poseer. Quiso echarle la culpa a la bebida, pero sabía que el estar algo ebrio no justificaba una acción tan amoral por su parte.

Después de la agresión, y sintiéndose incapaz de soportar permanecer allí por más tiempo, cogió su saco de dormir y el bolso con sus pertenencias, y regresó a casa. Ni siquiera supo en qué momento Marisa se había separado de él, luego de bajarse del bote. Solo sabía que debía alejarse, porque la vergüenza lo asfixiaba, como si fuese una serpiente presionándole el cuello y el esternón, privándole del aire vital. El arrepentimiento estuvo a punto de hacerle perder la cordura.

Una vez encendió la luz del dormitorio y se despojó de sus prendas

de vestir, observó que el calzoncillo blanco que utilizaba, y que solía estar impoluto, tenía manchas de sangre virginal que, como era de esperar, lo hicieron despertar de aquella pesadilla y tomar conciencia de la barbaridad que había cometido contra una mujer inocente. Fue entonces que se echó a llorar con fuerza, arrepentido, pero sabía que era tarde para él; que no tendría perdón ni siquiera de Dios.

Después de eso, cogió la insulina y se inyectó una dosis más alta de lo normal, aunque tampoco fue tan elevada como para quitarse la vida, porque hasta para eso era un cobarde, y lo sabía bien.

Nunca se lo contó a nadie. Convivió con la culpa como si fuese su propia sombra. Y no solo la culpa era su compañera fiel, sino que también el miedo a que aquella aberración cometida contra una inocente saliera a la luz, y lo destruyera como a una cucaracha pisoteada sin piedad. Ahora, en la actualidad, siendo esposo y padre de familia, le aterraba lo que podría suceder si todo se destapaba.

—Vamos, Carlos —dijo Eduardo, haciéndolo regresar de golpe al presente—. Canta alguna de esas canciones con las que solías amenizar en el pasado.

Le costó comprender lo que le decían, y más cuando se percató de que todos centraban la atención en él. Pero fueron sus ojos, los de Amelina, los que lo lastimaban como dagas filosas y ardientes. No pudo evitar preguntarse si ella sabría la verdad, si recordaría aquella noche en que él, movido por la lujuria y la excitación, había perdido el control y la voluntad, sometiéndola por la fuerza.

—Gordo —insistió Pablo ahora—. Deja de hacerte de rogar y canta de una vez por todas. Estamos ansiosos por escucharte.

—No; lo siento. Debo llamar a mi mujer —se justificó mientras se levantaba del piso.

Cada vez que Amelina lo miraba, este esquivaba sus ojos con nerviosismo, incapaz de mantener el contacto visual. Había cargado con el peso de la culpa por demasiado tiempo, y aquello que creyó oculto y enterrado en el pasado, peligraba con salir a la luz, atormentándolo sin ninguna misericordia.

—Déjenlo en paz —pidió Amelina al resto del grupo. Luego cogió un palo y lo lanzó a la fogata, haciéndolo crepitar—. Ya nos cantará cuando quiera hacerlo.

Eran recién las nueve de la noche, y todavía no oscurecía, pero corría una brisa fresca, nada propia de esa hora en verano. El cielo, por su parte, se estaba volviendo gris, tal como su estado de ánimo, el que parecía caer en picado cada vez más rápido.

La necesidad de tomar distancia se hizo urgente, y se alejó unos cuantos metros; los suficientes como para llamar a su esposa y saber cómo estaba. La señal en la zona era defectuosa, y no conseguía mantener una conversación fluida sin que se perdiera el sonido de la

voz de su mujer, lo que ensombreció aún más, si se podía, su moral.

Abatido, y a sabiendas de que no tenía otra alternativa, regresó con el grupo y se sentó en el mismo sitio que antes. Se dedicó a observar a sus compañeros, los que se comportaban con normalidad, o esa impresión tuvo. Bebían de sus cervezas entre risas; hablaban de sus trabajos y de lo bien que les había ido en la vida; y también recordaban momentos del pasado, en especial los que vivieron juntos cuando aún eran unos adolescentes compartiendo experiencias en ese mismo lugar.

Observó con atención a Pablo. Siempre le pareció un cabrón insensible que se mofaba sin piedad de su condición de gordo. Lo vio encender un *pito* de marihuana, tal como antes, y aspirarlo como si fuese delicioso. A Carlos aquello le molestó. Era evidente que este aún continuaba comportándose igual que un adolescente irresponsable, y que se negaba a aceptar que ya no tenía veinte años. Se suponía que, a esas alturas de la vida, Pablo ya debería haber sentado cabeza y madurado.

Eduardo parecía relajado, incluso divertido. No le dedicó muchos pensamientos, porque era Amelina la que robaba su atención. Ella y Hugo parecían ser los mismos cuando estaban cerca el uno del otro, como si esa fuerza invisible llamada amor, aún permaneciera flotando entre ellos, atrapándolos entre sus redes. Los ojos de Amelina habían perdido esa inocencia y transparencia que antes era tan propia de su persona. Ahora, a excepción de con Hugo, Amelina proyectaba una frialdad que lo remecía por dentro. Estaba seguro de que eran ideas suyas, y que percibir eso tenía estrecha relación con su situación, con su propio miedo y vergüenza. Sacudió esas ideas de su cabeza, que eran propia de su imaginación y de sus temores.

La fogata ardía alegre en el centro del círculo. Amelina sacó una botella de ron desde su mochila, y sonrió con optimismo.

—Yo no beberé de esta botella —advirtió divertida mientras la enseñaba en alto.

Ella parecía ser la más contenta con ese reencuentro. Su actitud segura y despreocupada, de alguna manera, lo hizo relajarse. «Si recordara algo, no se comportaría así, como si nada hubiese ocurrido», se dijo para convencerse de eso.

—¿Me has extrañado, Carlitos? —le dijo Marisa, acariciándole la pierna de manera sutil. Ni siquiera se dio cuenta de que ella se había acomodado a su lado—. Los años te han sentado bien.

Carlos movió la pierna, asqueado por su cercanía, y vio en sus ojos un brillo peligroso que no le gustó nada. Marisa era oscura, y uno de los motivos por los que había aceptado estar ahí era por ella, porque sabía de lo que era capaz.

—La verdad es que no había pensado en ninguno de los que están

aquí desde hacía años —mintió, porque jamás se arrancó de la cabeza a las dos mujeres del grupo, aunque los motivos distaban de ser los mismos.

—Vamos, Carlos. —Ella volvió a tocarle la pierna, muy cerca de la ingle—. Sabes que eso es imposible. Pero tienes suerte, porque Amelina parece no recordar nada de aquella noche.

—¡Cállate! —balbuceó apenas.

El miedo lo recorrió de golpe, y sintió todo su cuerpo estremecerse. Marisa cogió una pequeña manta, y los cubrió a ambos con esta. Se paralizó cuando comprendió sus intenciones, fruto del pánico, aunque cada poro de su piel le pedía a gritos que huyera, pero le fue imposible moverse. De alguna manera, ella aún ejercía poder sobre él.

—Qué pasa, Carlos —dijo susurrándole al oído. La mano de Marisa le acariciaba la entrepierna bajo la manta, pero su cuerpo, inmovilizado por el temor y la culpa, no reaccionó ante aquellas caricias que, lejos de excitarlo, le asquearon—. Veo que no solo has perdido peso, sino que también la hombría.

Molesto e incómodo por lo que le había dicho, Carlos se puso de pie y fue por una cerveza. Luego se sentó, pero a varios metros de distancia de Marisa. Tenía certeza de que ella clavaba sus ojos en él. Le destinó una mirada rápida, y vio en su expresión todo el mal concentrado en una sola persona. La experiencia de tenerla cerca era aterradora, y no le gustaba sentirse así. Ella le hacía mal y debía apartarla de su vida. Tenía que evitar que lo delatara, pero todavía no sabía de qué manera conseguirlo. Su mente, sumida por completo en la desesperación, divagó entre los pensamientos más oscuros, incapaz de ponerle freno a la locura que se adueñó de él.

—He preparado un juego que, les aseguro, será muy divertido —dijo Amelina mientras sacaba una bolsa que contenía papeles dentro—. Es el juego de la botella. Si alguien miente o el resto del grupo no cree en su respuesta, entonces el jugador deberá beber un sorbo. Pueden elegir «verdad o penitencia». Ya conocen el juego. Es el mismo de siempre.

—¿Y qué tienes en esa bolsa? —preguntó Marisa.

—Son las preguntas. Las he traído por escrito —respondió mientras agitaba la bolsa de un lado a otro—. Eduardo, ¿podrías poner música de los ochenta? Me gustaría mucho dar ambiente a la velada, igual que cuando estuvimos por última vez reunidos los seis.

—Es una gran idea —dijo este levantándose para traer un CD con canciones.

Carlos cogió frío en los brazos, y aprovechó de excusarse para ir en busca de una prenda de abrigo. En realidad, quería estar lejos de todos, en especial de Marisa y Amelina. La sola mención de aquel día lo hacía sentir náuseas.

Apresuró el paso y entró en su vehículo. Luego sacó la chaqueta que había dejado por la mañana allí. Se la puso y regresó a su tienda, donde aprovechó de echarse repelente para los mosquitos. Después de rociarse completo, permaneció así, sentado y sin moverse, luchando con unas lágrimas que se negaban a quedarse dentro de sus ojos. Era la culpa la que no le permitía soportar tanta presión en el interior de su cuerpo.

Marisa abrió el mosquitero y se introdujo en la tienda, sobresaltándolo.

—Tardas demasiado, Carlos —dijo mientras lo empujaba hacia atrás y se sentaba a horcajadas sobre él, pillándolo desprevenido. Después se quitó la blusa, dejando a la vista unos generosos pechos, que apenas si se mantenían dentro del sujetador—. ¿Te gustan?

—Déjame en paz, Marisa. Soy un hombre casado —le dijo, conteniéndose de empujarla lejos.

La carcajada que soltó ella aumentó su irritación. Tuvo deseos de presionar su cuello con fuerza hasta asfixiarla. Sin embargo, se negó a actuar. Marisa se recostó sobre él, acercando los labios a los suyos. Con la lengua recorrió su boca, pero Carlos hizo a un lado el rostro e intentó quitársela de encima. Una mano le presionó los testículos con fuerza, impidiéndole, a causa del dolor, ejecutar algún movimiento que pudiera liberarlo. Se quejó.

—Shh, no te muevas, cariño. A mí nadie me rechaza. Bésame ahora o les contaré a todos lo que hiciste aquella noche con Amelina.

Carlos, en un intento desesperado por incorporarse, intentó empujarla de nuevo, pero ella volvió a apretar su intimidad, esta vez, con mayor fuerza.

—Estás loca —balbuceó apenas, luchando contra las náuseas.

—Bésame ahora —exigió ella, acercando su boca a la suya y obligándolo a corresponderle.

La mano de Marisa permanecía firme sobre sus testículos, y no le quedó otra que obedecerle, porque el dolor era tan agudo que temió perder la consciencia si pasaba más tiempo presionándolo así. La besó, pero desganado y asqueado a la vez. Pensaba en su mujer mientras Marisa mordía y succionaba sus labios, y se sintió agónico por la culpa que lo invadió. De pronto se vio liberado de su peso y lo asaltó una sensación de alivio cuando consiguió ovillarse. Mientras se llevaba su mano a la entrepierna y recuperaba el aliento, Marisa aprovechó de ponerse otra vez la blusa y de abandonar la tienda.

—No te atrevas a rechazarme otra vez, Carlos. No te conviene.

—Si yo caigo, tú también caes, Marisa —la amenazó, movido por la ira y el rencor cuando pudo hablar.

Era la primera vez que se atrevía a desafiarla. La primera vez que, el odio y el deseo de venganza le hicieron pensar en cometer una

locura; quitársela de encima a cambio de su libertad, porque, desde que Marisa lo había persuadido de perpetrar aquel acto con el que había sentenciado a su alma para siempre a la oscuridad, era su prisionero. «Si tan solo pudiera hacerla a un lado del camino», se dijo.

La risa de ella, surgida desde lo más profundo de su pecho, lo hizo abandonar sus cavilaciones, las que navegaban por los más oscuros rincones de su mente, y se estremeció.

—Ya veremos.

***

Amelina gozaba con la incomodidad de Carlos. Todo indicaba que era el culpable. La manera en que la miraba, con el miedo reflejado en sus pupilas, lo delataba. Siempre quería alejarse de ella; era demasiado evidente. Además, las uñas de su mano derecha podrían perfectamente haber sido las que le dañaron la cadera cuando le despojaron la ropa durante la agresión. Era el único del grupo que las utilizaba así, por la guitarra. También coincidía que, al igual que ella, Carlos desapareció ese día fatal, y no se supo nada más de él. Cuando el técnico del hospital le había dado aquella información, ella le restó importancia. Sin embargo, ahora las cosas eran diferentes.

—¿Estás bien, Meli? —le preguntó Hugo cuando ella se quedó mirando a Carlos, alejarse de allí.

—Sí, lo siento. Es que tendremos que esperar a que vuelvan Carlos y Marisa para poder jugar.

—La última vez que jugué a eso, fue con ustedes —comentó Eduardo, perdido en el recuerdo.

—Y yo —agregó Pablo—. La borrachera de esa noche fue monumental.

—Todos nos embriagamos —dijo Hugo de manera anecdótica—. Cuando recuerdo aquella vez, todavía no consigo completar las lagunas de mi mente. Y eso es extraño, porque no bebí tanto tampoco como para haber sufrido de amnesia.

A medida que iban hablando, el ambiente también se iba distendiendo. Amelina dejó de escucharlos cuando Marisa y Carlos regresaron y retomaron sus respectivos lugares. Supuso que algo debió suceder entre ellos, ya que el gordo no tenía buen semblante. Parecía disgustado. A ella, desde que se habían reunido allí, le costaba asimilar a este nuevo Carlos, tan distante del joven inseguro y afectuoso del pasado.

Agitó la bolsa con los papeles y sonrió.

—¡Comenzamos! —Amelina hizo girar la botella en el piso, y esta, cuando se detuvo, señalaba a Hugo. Cogió un papel al azar desde la bolsa y le preguntó—: ¿Cuál fue tu primer amor?

Sintió los nervios invadirla de los pies a la cabeza, cuando los ojos

de Hugo se clavaron en los suyos.

—Tú, Meli. Tú fuiste mi primer amor.

Hugo se levantó y la sorprendió con un beso que la hizo estremecer. Por un momento se sintió como dentro de un sueño, pero los silbidos de júbilo de sus compañeros allí presentes la hicieron regresar a la realidad.

Satisfecha con aquella respuesta, echó un vistazo a Marisa, quien se removía inquieta en el piso, incapaz de ocultar su disgusto. El corazón de Amelina se regocijó con su malestar.

Giró la botella nuevamente, y, esta vez, fue el turno de Eduardo.

—Cuéntanos algún secreto —leyó Amelina.

Las miradas de todos se centraban en él, esperando escuchar lo que tenía que revelar.

—Solo me ha gustado una mujer en mi vida. El resto, todos han sido hombres.

—Eso no es cierto, Eduardo —bufó Marisa, sin poder ocultar su rabia—. Te han gustado más mujeres.

—No, Marisa. Solo Amelina me gustaba cuando éramos jóvenes, pero sabía que era la chica de Hugo, y por eso nunca hice nada para tenerla.

—Porque ella me quería a mí —agregó Hugo, satisfecho—. En todo caso, amigo, todos nos dábamos cuenta de eso.

—Creo que el juego se está volviendo algo aburrido —se quejó Marisa—. Las preguntas son infantiles. Yo tengo una para Carlos —agregó con cierto tono de malicia.

Pablo encendió un cigarro, divertido con la escena, y se cruzó de brazos mientras miraba a Marisa hacer el ridículo. Era evidente que estaba celosa, y que nadie podía soportarla.

—El juego lo dirige Amelina, no tú —dijo el gordo con voz temblorosa.

A ella, la curiosidad le pudo más y la incitó a continuar.

—¿Qué le quieres preguntar a Carlos, Marisa?

—¿Cuál es el nombre de la primera chica con la que te acostaste?

Carlos apretó los dientes y sus músculos faciales parecían haber perdido la forma normal. Amelina se puso en alerta, intentando contener el ritmo de su respiración, el que, sin siquiera percatarse, se había desregulado de manera inquietante.

—No lo recuerdo —respondió Carlos por fin.

23. Momento de sincerarse

Actualidad. Sábado 14 de enero de 2006, Lago Rapel

Todos estallaron en carcajadas con la respuesta de Carlos. Todos, excepto Amelina, quien permanecía en apariencia tranquila, aunque en su interior bullían un sinfín de emociones, las que a duras penas conseguía controlar.

—¡¿Cómo no te vas a acordar de eso, guatón?! —se burló Pablo, sin dejar de reír—. La primera chica jamás se olvida.

—Me acuerdo de la chica, pero no de su nombre —espetó Carlos, molesto.

—Vamos, amigo. Lo que pasa es que no nos lo quieres decir. ¿Acaso ella está aquí? —insistió Pablo con malicia.

Las miradas de todos se dirigieron a Marisa, cuyo rostro reflejaba una profunda satisfacción por haberle provocado un disgusto. Amelina intuía que Carlos estaba a punto de perder el control, porque se levantó con una agilidad nada propia de él, y cogió a Pablo desde la chaqueta, con intención de golpearlo.

—¡Me tienes harto, imbécil! —le gritó, rojo por la ira—. ¡Te has pasado tu vida jodiendo la mía!

—Calma, amigo —dijo Pablo sin rastro de humor esta vez—. Solo estaba bromeando. Tampoco es para tanto.

La respiración de Carlos se había alterado visiblemente, y Hugo decidió intervenir.

—Vamos, Carlos. No te alteres. Vuelve a tu sitio y continuemos con el juego.

Carlos parecía poseído por una fuerza superior, porque se negaba a soltar a Pablo de la ropa, quien, sentado como estaba, se encontraba en una clara desventaja sobre él.

—Tranquilo, Carlos —le dijo Amelina, acercándose a él, aunque sin tocarlo—. Pablo solo está molestándote, como lo ha hecho siempre —agregó ella—. No le hagas caso. Además, quizás aquella primera vez estabas tan borracho que ni siquiera sabías con quién lo hiciste. O puede que ella se aprovechara de ti y de tu condición.

Sus palabras parecieron surtir efecto, porque Carlos desvió la mirada hacia ella, y pudo leer en ellos el peso de la culpa; las ansias de su perdón. Amelina tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma y hacer como si aquel ruego silencioso no le importara. A medida que más tiempo pasaba con él, mayor era su convencimiento de que, ese que alguna vez fue su amigo leal, era el responsable de su más grande sufrimiento. Lo imaginó sobre ella,

lastimándola, y fue todo lo que necesitó para sostenerse en pie y continuar con su venganza.

Carlos soltó a Pablo y regresó a sentarse en su sitio, aunque la tensión insistía en alojarse en cada músculo de su rostro.

Hugo la miró con preocupación, y luego la tomó de la mano para conducirla hasta su sitio. Se sentaron, y él la abrazó en un gesto posesivo. La música continuaba sonando de fondo, mezclándose con el crepitar del fuego. Podía palparse la tensión en el ambiente. Era justo lo que ella buscaba. Aquellas preguntas fueron pensadas con un propósito, y este se estaba cumpliendo a rajatabla.

Amelina observó al resto del grupo. A todos les había llamado la atención la actitud del gordo. Él no solía jamás perder el control, pero estaba claro que tampoco era el mismo hombre que alguna vez conocieron.

—¿Podemos seguir jugando? —preguntó Eduardo—. La noche promete y me gusta esto de sentirme adolescente otra vez.

—Claro que seguiremos jugando —aseguró Amelina.

Giró la botella y fue el turno de Marisa de jugar. Amelina cogió un papel de la bolsa, pero, en vez de hacerle la pregunta que estaba anotada allí, la cambió por otra.

—Imagina que hay una catástrofe, y que cada uno de nosotros tiene la posibilidad de salvar a una sola persona de las que está aquí presente. ¿Quién crees que te salvaría a ti?

La pregunta tomó por sorpresa a Marisa, quien, después de mirarlos uno a uno, decidió responder:

—Hugo, por supuesto.

—Yo salvaría a Amelina —respondió este.

—Entonces tú, Pablo. —Él también negó con la cabeza.

—Yo también salvaría a Amelina.

Marisa miró a Carlos, pero este desvió los ojos hacia el suelo. Los labios se le contrajeron del disgusto.

—¡Me parece una pregunta estúpida! —bufó, molesta, cuando comprendió que ninguno de los que se encontraba ahí la escogería a ella—. Prefiero no responder. Beberé de esa botella.

Continuaron jugando hasta que el ambiente se calmó. Cuando fue el turno de Carlos otra vez, este se limitó a beber. Ya no quiso responder ninguna de las preguntas, ni tampoco volvió a hablar. Se mantuvo apático, retraído y cabizbajo gran parte de la noche. Eso, de algún modo, puso contenta a Amelina. Las cosas estaban saliendo mucho mejor de lo que tenía planeado, pero todavía era pronto para cantar victoria. Aún tenía que hacer su jugada con Pablo, y esperaba que se diera pronto el momento de poder abordarlo. Deducía que Marisa y Carlos habían sido los responsables de su violación. Sin embargo, todavía faltaban algunas piezas por encajar, y necesitaba,

además, conocer si Eduardo y Pablo habían tenido algún tipo de participación.

—Es tu turno de responder, Meli —le dijo Hugo, haciéndola regresar al presente.

***

Media hora después, cuando la luz del día se había extinguido por completo, y el sonido de la naturaleza se adueñó de la noche, el juego de la botella llegó a su fin. Pablo quería pasear en lancha. Hizo mención a ello en varias oportunidades durante el juego, pero nadie parecía tener deseos de moverse de allí y acompañarlo.

Se levantó y caminó hacia el embarcadero, y aprovechó de estirar las piernas. Todavía no se creía la reacción que el gordo había tenido con él. Incluso llegó a pensar que le iba a pegar un puñetazo. Se dio cuenta de que Carlos ya no era el mismo sujeto relajado de antes. Ahora parecía abatido, como si cargara con el peso del mundo sobre sus hombros. De alguna manera, reflexionó, todos habían cambiado. Aquella era la consecuencia propia del paso de los años, o quizás de algo más.

A Eduardo lo encontró mucho más resuelto, como si el hecho de reconocerse gay lo hubiese liberado. Hablaba sin tapujos del tema, e incluso hacía bromas al respecto. Ahora comprendía muchas cosas que en aquellos años no consiguió vislumbrar. La manera en que lo observaba cuando estaba en traje de baño; las miradas y también algunos de sus comentarios. No lo supo interpretar entonces, pero ahora entendía mucho mejor al que fue un gran amigo en el pasado. La amistad entre ellos se rompió luego del incidente del beso. Comprendió que Eduardo nunca lo confundió con una chica. Quería besarlo de frentón, pero, avergonzado por su rechazo, le hizo creer lo contrario.

Marisa seguía siendo la misma zorra de siempre. Si bien en el pasado se divirtieron juntos, ahora su cercanía le producía un profundo rechazo. Le hizo la cruz después de que lo amenazara con mostrar esas horribles fotografías. Eso habría sido su perdición. De enterarse sus padres o los medios de comunicación sobre aquel «desliz», se habría roto el buen nombre y el prestigio de la familia Ferrero Gabán.

Subió a la lancha con cuidado y la echó andar, ensimismado en sus propios pensamientos. No le costó más que dos intentos hacer rugir el motor de la embarcación. Y justo cuando se giró para acomodarse en el asiento, una figura casi fantasmal lo sobresaltó.

—¡Mierda! —gritó.

—¿Puedo acompañarte? —pidió Amelina, de pie, con las manos en los bolsillos.

—Tremendo susto me has dado, Ame —le dijo mientras se llevaba la mano al pecho—. No te sentí venir ni subir.

—Lo siento. —Amelina se acomodó junto a él, silenciosa y algo ausente.

Se alejaron del muelle a una velocidad reducida. Pablo quería recorrer el camino que tantas veces realizó desde que era un niño, y que le traía gratos recuerdos, pero ahora, que se sentía algo nostálgico, deseaba hacerlo de manera más contemplativa, disfrutando de la sensación de la embarcación deslizándose por el agua.

Observó a Amelina, cuyo rostro permanecía impasible, o eso le pareció. No era fácil leer en su interior como antes, cuando todavía era poseedora de un halo angelical. Este parecía haber desaparecido por completo.

—¿Cómo has estado, Ame? Llevaba años sin saber casi de ti. Siento lo de tu padre.

—Gracias. Me ha ido bien, Pablo. No me quejo.

—¿Sabes? —le dijo este en un tono ameno—. Siempre pensé que Hugo y tú terminarían juntos. De hecho, me extrañó que sus vidas tomaran caminos separados.

—Existen circunstancias de las que uno no puede escapar, y que nos obligan a tomar otras decisiones.

A Pablo le quedó dando vueltas el comentario de su amiga. Dedujo que tenía que ver con que ambos tomaran rumbos diferentes.

Se encogió de hombros.

—¿Qué te llevó a reunirnos a todos, después de tantos años?

—Quería verlos, saber de sus vidas y recordar viejos momentos. Y también necesitaba ordenar algunas cosas en mi cabeza —comentó con naturalidad, y él coincidió con ella.

—Pues, ha sido un gran acierto el habernos reunido, Ame. Yo estoy feliz de verlos a todos, en especial a ti. Los años te han tratado bien.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes una carrera exitosa, y se te ve resuelta, con más confianza. Además, no has perdido ni un ápice de belleza.

—He cambiado, Pablo. Todos hemos cambiado. —Pablo percibió un dejo de melancolía en su voz—. Ya no soy esa chiquilla inocente a la que podían pisotear.

—¿Por qué dices eso? A ti todos te cuidábamos y también te teníamos en alta estima —se explicó.

—¿No hay nada de lo que te arrepientas, Pablo? ¿Algo del pasado que te gustaría borrar; hacerlo desaparecer?

Pablo se quedó pensando en aquella pregunta que, de manera inevitable, lo hizo recordar aquel instante humillante que sostuvo con Eduardo, pero fue incapaz de reconocerlo.

—No.

—Conozco tu secreto, Pablo —le comentó ella de pronto, sorprendiéndolo.

Escucharla decir eso lo conmocionó. Era tal su nerviosismo que se vio obligado a coger una botella de ron que guardaba en uno de los compartimientos de la lancha, para darle un sorbo.

—No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes. El secreto que ocultas desde hace veinte años, el de la última noche en que pasamos todos juntos aquí.

Pablo necesitaba calmarse. Detuvo la lancha en medio de la oscuridad, cerca de la islita, y encendió un cigarro. Le ofreció otro a ella y Amelina aceptó. Aquello le sorprendió, porque sabía que no fumaba ni aprobaba los vicios.

La miró a los ojos y sintió los suyos clavados en su rostro. A pesar de la oscuridad, veía su silueta con claridad, y agradeció que ella no notara su vergüenza.

—¡¿Quién te lo dijo?! Fue Marisa, ¿cierto? O quizás Eduardo te lo contó.

El silencio era incómodo, y de pronto se sintió ahogado, como si le faltase el aire. Ella no contestó su pregunta, pero lo sorprendió con otra.

—¿Por qué lo hiciste?

—¡Fue una estupidez! —reconoció con nerviosismo—. Me había sobrepasado con el trago, y estaba muy drogado. Pensaba en todo momento que besaba a una chica.

Lo había contado por fin. A pesar de que era algo de lo que se avergonzaba y que llevaba años custodiando en su memoria, el revelarlo lo hizo sentirse mejor.

—¿A qué te refieres? —Ahora la voz de ella sonaba menos amenazante.

—Que pensaba que besaba a Marisa. Tardé un poco en darme cuenta de que no era ella. Ahora que sé que Eduardo es gay, creo que ese día se aprovechó de mí y de mi condición.

—¿Eduardo?

—Fue horrible darme cuenta de que había besado a un hombre, Ame —prosiguió desahogándose—. Estaba tan borracho que creía que era Marisa. En ese entonces me liaba con ella con frecuencia. ¿Lo recuerdas?

—¿Ese es tu secreto? —preguntó sorprendida.

—Sí. ¿Y de qué secreto hablabas tú?

—¡De lo que hicieron conmigo aquella noche en la islita! —dijo casi sollozando.

—¿Lo que hicimos? Pero ¡si no hicimos nada!

—Sabes que eso no es cierto —aseguró, molesta.

—Ame, te juro por mi vida que no tengo idea de lo que estás

hablando. Yo creía que sabías lo del beso que me di con Eduardo la noche de tu cumpleaños. Ese es el único secreto que he ocultado, pero porque me daba vergüenza. No quería que pensaran que yo era gay. —Se quedó pensativo unos segundos, y después agregó—: ¿Te refieres a lo de cargarte hasta el bote y llevarte a la islita? Porque eso fue lo único que hicimos con Eduardo aquella vez. Marisa nos dijo que quería hacerte una broma. —Todas las alarmas se encendieron dentro de su cabeza cuando recordó esa noche.

¿Acaso Marisa habría regresado después por ella a la islita?

—No te hagas el tonto, Pablo. Yo sé que ustedes fueron los que me dañaron esa noche.

—¿De qué demonios estás hablando?

A Pablo le costaba comprender el alcance de las palabras de Amelina, pero una idea comenzó a rondarle, y no le gustó nada. Sabía que Marisa era capaz de cualquier cosa.

—Cuéntame sobre esa noche, Pablo —exigió más que pidió.

—Ame. Dime qué fue lo que te sucedió.

—¡Cuéntame! —gritó.

Pablo comprendió que algo muy grave debió suceder para que ella reaccionara así. Decidió comenzar por el principio.

—Después del juego, aquella noche nos vinimos a dar un chapuzón al lago con Eduardo. Nos quitamos la ropa y entramos al agua. Pensábamos que estábamos solos. Después de bañarnos, caímos al suelo, borrachos como estábamos, y él me besó, pero yo estaba convencido de que estaba besando a Marisa, hasta que me di cuenta de que no era ella, sino Eduardo.

»Marisa nos fotografió a escondidas, justo cuando con Eduardo tuvimos el incidente del beso. Se nos acercó y se burló de nosotros. Nos amenazó con contárselo a todos si no hacíamos lo que ella quería. —Dio una calada al cigarrillo, y luego lanzó la colilla al agua. El cigarro de Amelina brillaba en la oscuridad, aunque en ningún momento ella se lo llevó a la boca. Era como si necesitara algo a qué aferrarse mientras hablaba con él—. Dijo que necesitaba que te llevásemos en bote a la islita, porque quería jugarte una broma. Nosotros lo hicimos, ya que ninguno de los dos queríamos que alguien se enterara de lo que había ocurrido.

—¿Alguien más iba en el bote?

—No. Eduardo remó y yo te cargaba en brazos. Dormías profundamente. Marisa también venía con nosotros.

Pablo dio un sorbo a la botella de ron, y le ofreció un poco a ella, pero Amelina se negó.

—Continúa, por favor.

—Te bajamos del bote y luego te dejamos tendida en el suelo. Fue entonces que Marisa nos preguntó que quién de nosotros dos quería

acostarse contigo primero. Con Eduardo pensábamos que estaba bromeando. Luego, aprovechando un descuido suyo, le arrebaté la cámara y rompí el rollo con las fotos que nos inculpaban.

—¿Qué hiciste luego?

—Le dije que estaba loca, que no me interesaba ser parte de sus tonterías. Así que regresé al bote, con intenciones de volver.

—Pero estabas ebrio y drogado. ¿Cómo sabes que no hiciste nada más?

—Créeme, que después de darme cuenta de que había besado a un hombre, la adrenalina me invadió y me hizo volver en sí de golpe. Todo mi cuerpo parecía hervir de rabia hacia él y hacia Marisa. Así que lo recuerdo bien.

—Prosigue.

—Eduardo también se negó a hacerle caso a Marisa. Cuando ella comprendió que la jugada no le había resultado, nos dijo que solo estaba bromeando. Así que los tres regresamos mientras tú continuabas durmiendo en la islita, ajena a los acontecimientos.

—Me dejaron sola allí —le reprochó con dureza.

—Marisa te había dejado tu saco de dormir. No lo vi como algo tan terrible el dejarte a solas allí, Ame. Después de todo, yo mismo había dormido a la intemperie un montón de veces. ¿Qué fue lo que pasó luego?

—Será mejor que regresemos —dijo, ignorando su pregunta.

—Ame. Dime qué fue lo que pasó. ¿Qué te hizo Marisa?

—Me arrebató la felicidad. Eso fue lo que sucedió. Llévame de vuelta, por favor.

Pablo se dio cuenta de que Amelina se contenía para no llorar, y que en su voz predominaba una buena dosis de ira y amargura. En su cabeza no dejaban de dar vueltas un sinfín de ideas, que no tenían ni una pizca de gracia. Recordaba bien los celos que Marisa le tenía a Amelina, pero jamás imaginó que pudiera ser capaz de hacer algo en contra de su persona. Aunque, ahora que lo pensaba bien, con Marisa todo era posible.

Regresaron en silencio, y apenas Amelina pisó tierra, se alejó de él a pasos agigantados.

—¿Qué demonios te sucedió? —preguntó en voz alta.

Lo único que escuchó como respuesta, fue el ulular de un búho.

24. Sé que fuiste tú

Actualidad. Madrugada del domingo 15 de enero de 2006, Lago Rapel

Carlos no se sentía nada bien. La situación vivida con Pablo durante el juego de la botella lo había alterado, no solo a nivel emocional, sino que también sentía su cuerpo descompensarse a ratos. Era tanta la ira que sintió contra él cuando se burlaba de sus respuestas que no fue capaz de contenerse, pese a que, ahora que lo reflexionaba mejor, su reacción fue exagerada.

Cada vez se convencía más de que fue un error el asistir al reencuentro con los que, alguna vez fueron sus amigos. Temía de Marisa y de lo que pudiera revelar, y de alguna manera, el hecho de tenerla cerca le otorgaba una falsa sensación de seguridad, como si pudiera controlar y evitar lo que saliera por su boca. Estaba aterrado. Para colmo, había bebido mucho más de lo aconsejable para alguien con su condición de diabético, lo que lo obligó a inyectarse una mayor cantidad de insulina durante la noche. Lo bueno era que Marisa estaba tan drogada que tuvieron que ir a acostarla de las primeras, así que podría respirar tranquilo por algunas horas. Eso le otorgó un resquicio de paz, aunque dudaba que pudiese conciliar el sueño debido a las preocupaciones.

Tener a Amelina cerca era una verdadera tortura. No podía quitarse la imagen de su mente cuando se abalanzó sobre ella y la agredió como un maldito cobarde. Aún no se explicaba cómo es que todavía no le daba un infarto a causa del estrés que sentía cuando ella lo miraba o le dirigía la palabra. La culpa estaba acabando poco a poco con su cordura, y rogaba para que esta pesadilla finalizara pronto.

Echó un vistazo a su alrededor y apenas si quedaba una que otra brasa ardiendo en el suelo. Ya no andaba nadie cerca. Él se había empeñado en quedarse allí, de los últimos, porque los recuerdos lo acosaban sin piedad y necesitaba pensar, ordenar sus ideas.

Se levantó con dificultad, debido al alcohol que circulaba por su sangre, y se encaminó a tientas hacia los árboles más cercanos, ansioso por orinar. Tenía la vejiga a punto de reventar, así que rogó internamente por llegar a tiempo sin sufrir un percance. Se sintió extraño y reconoció los síntomas de una caída brusca en sus niveles de glucosa en la sangre. Le pareció raro, porque estaba seguro de que había realizado bien el cálculo antes, cuando preparó la dosis de la insulina.

Un mareo lo obligó a sujetarse en un tronco. En su desesperación

por encontrar equilibrio y vaciar de una vez la vejiga, hizo intentos por bajarse el pantalón sin desabrochárselo, pero no fue capaz. Carlos cayó al piso sabiendo que si no conseguía llegar pronto a su kit de emergencias, podría morir en ese mismo instante. Le costaba fijar la vista, y era preso de una taquicardia tan aguda que estaba seguro de que moriría. Se orinó en la ropa, incapaz de retener el líquido por más tiempo dentro de su cuerpo. Parpadeó con insistencia intentando enfocar, pero sabía que ya era demasiado tarde. Ni siquiera era capaz de gritar. La muerte le caía encima inmisericorde.

De pronto, una luz de esperanza se adueñó de él, cuando percibió una figura acercársele. «Estoy salvado», pensó.

—Sabes que estás a punto de morir, ¿verdad? —escuchó que le decía Amelina.

Su voz sonaba tan fría que se estremeció; y entonces supo que ella lo sabía todo, y que era probable que lo dejase morir. Se preguntó que cómo se habría enterado, o si conocía desde el principio que él era quien la había lastimado. Tal vez Marisa se lo reveló ese día, como venganza por haberla rechazado horas atrás. Quizás se encontraba delirando y su cerebro le estaba jugando una mala pasada. No lo sabía, pero necesitaba asistencia y tenía que intentarlo.

—Ayúdame —rogó a duras penas.

Su cuerpo comenzó a temblar de manera incontrolable, e hizo un titánico esfuerzo por no perder el conocimiento. El corazón le latía desaforado en el pecho, y todo le daba vueltas.

—He alterado la dosis de insulina —reconoció Amelina—. Tienes el tiempo contado para decirme la verdad —le susurró mientras se acuclillaba frente a él, jeringa en mano—. Si reconoces que fuiste tú el que me agredió hace veinte años, puede que te perdone la vida.

Carlos pensó en su familia y se asustó. No quería morir sin antes poder besar a su mujer y decirle a su hija cuánto la amaba. Estaba perdido. En su delirio, se esforzó por mirar a Amelina a los ojos, pese a la oscuridad. El sudor comenzó a cubrir su cuerpo por completo. Los temblores y la confusión se apoderaron con fuerza de él. Hizo un esfuerzo titánico para poder mantenerse despierto. Temía dormirse y no despertar jamás. No quería morir. Sin embargo, tenía certeza de que Amelina no tenía ninguna intención de ayudarlo. Tampoco se lo reprochó. Todo lo que le estaba pasando en aquel instante se lo merecía. Pagaba su pecado.

—Fuiste tú, ¿cierto? El que abusó de mí aquella noche. Dime la verdad o te dejaré morir como un perro —insistió ella con firmeza.

—Perdóname… —rogó con la respiración entrecortada—. Fui yo; lo siento —sollozó. Le costaba hablar, pero esta era su oportunidad para rogar por misericordia—. Marisa me manipuló para que te lastimara, aunque yo no quería hacerlo, lo juro —pronunció apenas,

luchando por no perder el conocimiento.

—Pero lo hiciste, Carlos. Destruiste mis sueños, maldito hijo de puta. Ahora seré yo la que destruya los tuyos. Haré tu vida tan desdichada que desearás haber muerto hoy aquí.

Fue lo último que le escuchó decir antes de caer en las garras de la inconsciencia.

***

Apenas Carlos se desmayó, Amelina le inyectó el glucagón. Sabía que aún estaba a tiempo de salvarlo. Por un momento se vio tentada a dejarlo morir ahí, sobre todo cuando reconoció haber sido el culpable de su violación, pero ella tenía un plan, y necesitaba que este se ejecutara como lo había pensado.

Cogió su teléfono con toda la tranquilidad del mundo y llamó a emergencias.

—Soy la doctora Meyer. Necesito una ambulancia.

Veinte minutos después, y ante la atónita mirada de Pablo, Eduardo y Hugo, Carlos fue llevado a una clínica en Santiago. Su estado era crítico.

—¡¿Qué ha pasado?! —preguntó Marisa, quien, incapaz de dormir con tanto alboroto, abandonó su tienda y se acercó al resto del grupo cuando el vehículo de emergencias se largó.

—Carlos tuvo una baja de glucosa importante —explicó Amelina simulando preocupación—. Es probable que se haya inyectado más dosis de insulina de la que le correspondía. Menos mal que me di cuenta cuando se desplomó. Si no, ahora estaría muerto.

—Hiciste bien, Meli. —Hugo la abrazó y le besó la frente.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Eduardo.

—Sí. Estará bien. Ha sido un susto, nada más —respondió Amelina—. Ya he avisado a su esposa, así que ella se irá directo a la clínica a esperar que llegue la ambulancia.

—Me voy a dormir. Tanto alboroto por nada —protestó Marisa mientras entornaba los ojos.

—Será mejor que todos nos vayamos a dormir —propuso Pablo—. Carlos estará bien. Qué suerte que Amelina se dio cuenta justo a tiempo.

Regresaron a sus tiendas, cansados y algo sorprendidos por lo ocurrido. Amelina y Hugo entraron en la tienda de ella. A nadie le extrañó. Era evidente que estaban juntos otra vez, como cuando eran unos adolescentes repletos de sueños.

Amelina estaba tan exaltada que no era capaz de dormirse. Hugo pareció notarlo, porque se apoyó en el codo y le rozó la oreja con los labios.

—¿Te sientes bien, Meli? —le susurró al oído, haciéndola

estremecer.

—Sí —dijo girándose hacia él—. Solo bésame.

Fue todo lo que necesitó Hugo para abalanzarse sobre su boca. Esa noche Amelina necesitaba sentir; borrar de sus recuerdos la confesión que le había arrancado a Carlos; deshacerse de la sensación de su obeso cuerpo sobre el suyo, para reemplazarlo por el del hombre al que nunca dejó de amar, y que debió ser el primero; el destinatario de recibir el regalo de su virginidad.

Se perdió en las sensaciones de esas manos que recorrían su cuerpo con movimientos pausados, suaves y contemplativos. Cuando Hugo la acariciaba, Amelina tocaba el cielo, su cuerpo despertaba voraz, como si llevara largo tiempo sin ingerir alimento. Llevaba una vida sin conocer lo que era el placer cuando yacía con un hombre, pero en tan solo un día, ya sabía lo que era amar en plenitud, algo que jamás antes consiguió experimentar. Cada vez que Amelina se unía a Hugo, encontraba el hogar.

***

Marisa se despertó cerca de las diez de la mañana, desorientada y transpirada, como si hubiese tenido fiebre por la noche. Era tanta su sed que, a regañadientes, salió de la tienda y se acercó a la mesa donde aún quedaban algunos restos de bebidas sin alcohol. Cogió una botella de agua mineral y bebió directo del envase. Miró al cielo y no había ni una sola nube. La mañana estaba resplandeciente, y se avecinaba un caluroso día de verano.

Echó un vistazo alrededor, y no se veía un alma. No pudo evitar fijar la vista por más tiempo en la tienda de Amelina, quien compartía el espacio con Hugo. La sola idea de verlos juntos le revolvía el estómago.

Como si la hubiese invocado, Amelina abandonó su tienda y le sonrió. Era evidente que se había revolcado con Hugo, porque se le veía feliz.

—¡Ah, hola! —la saludó mientras se ponía las sandalias—. Pensaba que yo era la única despierta.

Amelina cogió una toalla y avanzó hacia el embarcadero.

—No puedo dormir. ¿A dónde vas? —preguntó Marisa por mera curiosidad.

—A darme un chapuzón. ¿Vienes?

Marisa hubiese preferido darse una ducha en condiciones, pero Amelina insistió y finalmente fue tras ella, no sin antes coger el arma que guardaba en su bolso dentro de la tienda y esconderla en la toalla. Era su oportunidad.

Cuando llegaron a la orilla del lago, Amelina se subió en una de las lanchas.

—Pensaba que íbamos a bañarnos, no a dar un paseo —se quejó Marisa.

—Eso vamos a hacer, pero en otro lugar, donde ni el fango ni las algas se nos enreden en las piernas —le explicó con la misma sonrisa angelical que le otorgaba cuando eran apenas unas niñas.

Se encogió de hombros y se subió en la parte de adelante de la lancha. Tenía muchos deseos de orinar, y decidió que lo haría en el agua mientras se bañaran.

Amelina hizo andar el motor y luego arrancó la embarcación a toda velocidad. Tuvo que afirmarse del respaldo del asiento para no caer. No la recordaba tan osada, ni tampoco tenía tanto liderazgo en el pasado como ahora. Había cambiado, y esta transformación conseguía alimentar aún más el odio que albergaba hacia su persona. Amelina seguía siendo una maldita perfecta. Era poseedora de una belleza que se negaba a abandonarla; era una profesional exitosa, y se había quedado con el único hombre que a ella le importó de verdad. A Marisa, lo único que le quedaba, era la satisfacción de saber que la había lastimado de la manera más humillante con la que se podía dañar a una mujer. En ocasiones deseaba que estuviese muerta, aunque no tuvo las agallas cuando aquella noche se presentó la oportunidad. La idea se le pasó por la cabeza en el pasado, pero concluyó que le haría más daño dejándola viva, sufriendo por su humillación. El problema era que, al parecer, había fracasado, porque la maldita se veía feliz. Se palpó con disimulo el arma que escondía dentro de la toalla, y esperó estar lo suficientemente lejos para acabar con ella de una vez por todas.

Una vez se alejaron lo suficiente como para que alguien pudiese verlas, Amelina dio un giro rápido con la lancha, pillándola desprevenida. Marisa cayó al piso de la embarcación, justo sobre un bulto cubierto por una toalla. El arma abandonó su mano antes de que pudiera evitarlo, quedando expuesta sobre uno de los asientos, lejos de su alcance. Gritó cuando sintió los aguijones de las abejas clavándose en su espalda. Comenzó a espantarlas con las manos, desesperada cuando le sobrevolaron encima, picándola en los brazos y en el rostro sin piedad, como si quisieran desquitarse con ella.

—¡Amelina, detén la lancha! ¡Ayúdame! —le gritó mientras sentía su cuerpo reaccionar de inmediato con las toxinas que ingresaban al torrente sanguíneo.

Miró horrorizada a Amelina, cuyo rostro impasible le hizo saber que era inmune a su sufrimiento. El pánico se adueñó de ella, tal como en aquella ocasión en que estuvo a punto de perder la vida por lo mismo, solo que, esta vez, el número de abejas era muy superior, y no portaba encima el medicamento que podría salvarla.

Amelina se acuclilló a su lado, cogió el arma y la arrojó al agua;

insensible a la falta de aire que comenzaba a escasear en sus pulmones. Marisa ancló sus ojos en los de ella, haciendo un ruego silencioso para que la ayudara debido a su incapacidad para hablar. El miedo a morir, y aún más, de aquella manera, se apoderó con fuerza de todo su ser. Sabía que tenía los minutos contados; que ya no había nada que se pudiera hacer.

—Eres una hija de puta —le dijo Amelina a escasos centímetros de su rostro—. Te has pasado la vida haciéndoles daño a cuantos te rodeaban, maldita zorra egoísta, pero estás acabada. Pronto morirás.

Marisa comenzó a hiperventilar cada vez con mayor rapidez, buscando un poco de aire; el suficiente para mantenerse despierta unos segundos más, pero su garganta emitía un sonido agónico que predecía a la inminente muerte.

—Sé que fuiste tú la que planeó mi violación. ¿Y sabes qué? —acertó a decir con una cuota de ironía—. A pesar de que querías destruirme, porque te morías de envidia hacia mí, quiero que sepas que no lo conseguiste. Has fracasado, Marisa. Tú te morirás ahora mismo, mientras que yo continuaré con mi vida junto al hombre que amo, y que siempre me prefirió a mí, ¿me escuchaste bien? ¡A mí! —recalcó golpeándose el pecho con el puño.

Marisa estaba aterrada. El final se aproximaba, y Amelina no haría nada para impedirlo. Por primera vez la vio como a un demonio, y no como al ángel que todos solían ver cuando la miraban.

Se aferró con una de sus manos a su brazo, en un gesto de desesperación, rogando para que hiciera algo por salvarla, mientras que con los dedos de la otra, rígidos y abiertos, se palpaba la garganta con desesperanza, en una serie de movimientos repetidos implorando por oxígeno. El cuerpo le hormigueaba por todas partes, intoxicado, corroído por los estragos que dejaba a su paso el veneno circulante. Era consciente de lo que se avecinaba a pasos agigantados. Moría frente a Amelina, como si todo se volviera ahora en su contra, fruto del mal que le causó.

La visión se volvió cada vez más oscura. Era su fin.

—Púdrete en el infierno. —Fue lo último que escuchó pronunciar de boca de Amelina, antes de sumirse en una oscuridad aún más negra que su alma.

***

Amelina sentía tanta rabia contra Marisa que no fue capaz de compadecerse de ella, a pesar de que sabía que estaba muriendo. «Iba a matarme», concluyó en el momento en que vio el arma.

Por un momento dudó si ayudarla o no, pero tan solo de recordar todo el daño que ella le había causado en el pasado, se abstuvo de hacerlo. Pudo ver en sus ojos el terror a la muerte; el grito silencioso

de ayuda, ante el cual ella era sorda. Mientras la vida escapaba de su cuerpo, Amelina se alimentaba de un odio que jamás antes llegó a pensar que sentiría por otra persona. Su parte más humana, la que compartía con la profesional de salud que era, le pedía desesperadamente que hiciera algo por evitar ese desenlace fatal. La otra, en cambio, gozaba con cada segundo de agonía que experimentaba aquella mujer, que fue capaz de arrebatarle sin ninguna piedad su mayor tesoro.

No se sintió tan culpable cuando la vida de Marisa se le escapó por los ojos en forma de lágrimas. Si con la picada de una sola abeja, hacía años atrás, ella había estado a punto de morir; ahora, que eran decenas de ellas aguijoneando su espalda, cuello y brazos, las dosis de veneno circulando por su cuerpo era fatal. Era imposible salvarla en tan poco tiempo.

«Un panal de abejas», pensó.

Amelina se quedó mirando el cuerpo inerte y sin vida de Marisa, como si no fuese real. ¿En realidad había muerto frente a sus ojos y ella no había hecho nada para ayudarla?

Debería estar deprimida, o al menos mínimamente afectada. Sin embargo, por dentro se sentía feliz.

Echó a andar la lancha y regresó al campamento como si fuese urgente que Marisa recibiera de atención médica. Aparcó y bajó corriendo mientras gritaba por ayuda a sus amigos, quienes, al escuchar su llamada de auxilio, abandonaron sus tiendas y se le acercaron con rapidez.

—¡¿Qué pasa, Meli?! —preguntó Hugo cogiéndola por los brazos con nerviosismo.

—¡Ha sido horrible! —se explicó cogiendo aire para recuperarse de la carrera—. ¡Es Marisa!

Amelina bajó la cabeza y apoyó las palmas de sus manos en sus muslos, con el fin de normalizar su respiración.

—¡¿Qué le pasa a Marisa?! —quiso saber Pablo.

—Había un panal en la lancha, Pablo, y fuimos a dar una vuelta para bañarnos, pero ella resbaló y cayó sobre las abejas. —Mientras hablaba, Amelina se llevó las manos al rostro con el fin de aumentar el dramatismo. Luego los miró uno a uno, frunciendo el ceño.

—¿Marisa está bien? —preguntó Eduardo con cautela.

Amelina negó con la cabeza.

—Eran demasiadas picaduras. Marisa ha muerto.

25. Todo tiene un precio

Actualidad. Martes 17 de enero de 2006, Santiago de Chile.

Hugo estaba desconcertado con la muerte de Marisa. No se lo esperaba. A pesar de que se encontraba despidiéndola en su funeral junto a un grupo reducido de personas —que no sobrepasaba la decena—, una sensación de culpa lo invadió. No porque pensara que tenía alguna responsabilidad por su deceso, sino porque se sentía aliviado, en paz; como si ahora por fin pudiera disfrutar de una existencia, sin el acoso contante del que fue víctima por su exmujer. Marisa llevaba demasiados años haciéndole la vida imposible.

Se había vestido con camisa y corbata, como lo ameritaba la ocasión. Debido a que el calor le incomodaba, se ubicó bajo el toldo verde que solían poner en los cementerios para los funerales, y que no tenía otro fin que el de adornar y permitir a los asistentes refugiarse del sol, o de la lluvia si fuese el caso.

Amelina permanecía en silencio, sentada a su lado y oculta bajo unos anteojos oscuros. Llevaban desde el fin de semana compartiendo los momentos que les habían sido arrebatados en el pasado, como una pareja, y por primera vez en mucho tiempo, se sentía pleno y feliz. Ni siquiera la muerte de Marisa había conseguido opacar sus ánimos.

Mientras el sacerdote hablaba sobre la vida después de la muerte terrenal, Hugo se dedicó a observarla en silencio. Estaba tranquila y también algo distraída, como si su mente divagara muy lejos de allí.

Hugo se acercó a su oído y le susurró:

—¿Te encuentras bien, amor?

—Sí. Estoy bien —le respondió mientras le otorgaba una cálida sonrisa.

—Dale, Señor, el descanso eterno —pronunció el sacerdote con voz enérgica.

—Y brille para ella la luz de la eternidad —respondieron dos de las personas que acompañaban al hombre de Dios.

Hugo cogió la mano de Amelina y le besó el dorso. Se preguntó si sería normal no sentirse en absoluto afectado por la muerte de Marisa, y si sería pecado querer que todo finalizara pronto para poder disfrutar de la mujer que amaba.

—Amén —pronunció el sacerdote, devolviéndolo a la realidad.

Pablo y Eduardo estaban sentados a escasos metros de donde se encontraban ellos, quizás rezando para que la ceremonia no se extendiera demasiado. Carlos era el único que no había podido asistir, ya que continuaba hospitalizado. Todos habían asistido, más por un

tema de compromiso que por afecto hacia la mujer que se encontraba dentro del cajón.

Sintió una pizca de lástima por ella, ya que apenas si tenía flores sobre el ataúd. Si no fuese por él, quien se encargó de todos los trámites funerarios, de avisar a sus amistades, y también de dar con algún familiar lejano de Marisa; quizás cómo habría sido aquella despedida.

—Si alguno de los presentes quiere decir algunas palabras, puede pasar adelante —dijo el sacerdote mientras permanecía expectante.

Se miraron unos a otros, como verificando si alguien se decidiría a homenajear a la difunta, pero nadie dijo nada. Ninguno de los que se encontraba allí tenía motivos para destacar algo de su vida, concluyó Hugo, porque jamás hizo nada por nadie que no fuese ella misma.

Hugo miró al sacerdote, cuyo rostro evidenciaba su incomodidad por causa del calor. Con las mejillas encendidas y la cabeza perlada de sudor, este se pasaba un pañuelo por la frente, secando con él las gotas que se apreciaban a escasa distancia.

Una vez finalizó la ceremonia, Hugo y Amelina se despidieron de sus amigos, quedando comprometidos en mantener el contacto en adelante. A pesar de las desgracias ocurridas durante el fin de semana, Hugo se sentía eufórico, pleno y feliz.

Cogió la mano de Amelina y la ayudó a subir en el vehículo. Luego se acomodó en el asiento del conductor y arrancó el motor.

—¿Estás segura de que te sientes bien? —volvió a preguntar, acariciándole la mejilla con los dedos.

Todavía la notaba distraída. Incluso le parecía aliviada, como si se hubiese quitado un enorme peso de encima.

—Estoy bien.

Hugo no se conformó con aquella respuesta e insistió.

—Meli —suspiró—. Algo te pasa, y me gustaría mucho que pudieras confiármelo.

Amelina se quitó los anteojos para el sol, y clavó sus enormes ojos azules en los de él.

—Hay algo que me gustaría contarte, pero no aquí. ¿Podríamos ir a mi casa? O si prefieres, vamos a la tuya.

—Te invito a almorzar. ¿Qué te gustaría comer? —le ofreció.

—Creo que prefiero que almorcemos en casa, porque lo que tengo que revelarte, no es algo que quiera hacer en un lugar público.

—Está bien. Vamos a la mía, y pediremos algo preparado para comer.

Se acercó a ella y le dio un beso en los labios. El semblante de Amelina había cambiado, lo que le preocupó. Era evidente que pasaba algo, que lo que tenía que comentarle era algo importante, delicado, y aquello lo puso nervioso.

—Meli —le dijo acariciándole el muslo con suavidad. Desde que estaban juntos, que le era imposible mantenerse alejado de ella—. ¿Tiene esto que ver con el hecho de que hayas desaparecido de mi vida, hace veinte años atrás, sin darme explicaciones de ningún tipo?

Los ojos de Amelina se inundaron y desbordaron de improviso. Era como si de pronto se hubiese presionado un interruptor, que la hiciera pasar del estado sereno, a uno de profundo dolor. Aquello lo alertó.

—Sí. Te lo contaré todo, pero no aquí.

—Me estás preocupando. ¿Tan grave es?

Ella asintió, incapaz de decir nada más.

***

Actualidad. Miércoles 18 de enero de 2006, Santiago de Chile. Hospital Docente

El doctor que atendía a Carlos ingresó en su habitación, portando unos papeles en la mano.

—Buenas noticias, amigo. Hoy te marchas a casa —le informó el médico mientras se sentaba en una silla a su lado y le hacía firmar los documentos del alta.

Mientras le explicaba sobre los cuidados que debía tener de ahora en adelante con respecto a su enfermedad, Carlos no pudo evitar preguntarse por qué su mujer no contestaba sus llamadas, y le dejaba en visto los mensajes. Eran las once de la mañana, y todavía no conseguía comunicarse con Francisca, lo que le parecía extraño, puesto que ella solía llegar antes de las nueve a acompañarlo al hospital.

De pronto sintió unos golpecitos en el brazo, que lo hicieron conectar de nuevo con el ahora.

—Carlos, ¿escuchaste alguna palabra de lo que te expliqué recién?

—Sí, lo siento.

El doctor lo miró como si no le creyera y sonrió.

—De todas maneras, aquí está todo escrito. Cualquier cosa me llamas, y a la hora que sea.

—Gracias, doctor.

El hombre abandonó la habitación, y Carlos, sin esperar a que una enfermera lo ayudara a vestirse, se bajó de la cama y se encerró en el baño, sin dejar de ser bombardeado por un sinfín de emociones, todas ellas ingratas. El miedo convivía con él, pero ahora lo hacía de un modo asfixiante. Amelina lo sabía todo, y aguardaba sigilosa para vengarse de él. Pudo acabar con su vida aquella noche. Sin embargo, escogió dejarlo vivir, como una manera de castigarlo. Solo esperaba que su familia no se enterara de nada, porque eso sí que no podría soportarlo.

Cogió el teléfono y volvió a llamar a su mujer, pero como no le

contestó, le envió un mensaje. Después se comunicó con su madre.

—¿Te encuentras bien, cariño? —quiso saber la mujer cuando le contestó.

—Sí, mamá. Ya me voy a casa, porque me han dado el alta.

—Pero ¡qué buena noticia, mi amor! ¿Te vas con Francisca?

—No. Me iré en un taxi. Es por eso que te estoy llamando. No he podido comunicarme con Francisca. ¿Has hablado con ella hoy?

—Sí, muy temprano. Me dijo que iba saliendo al hospital. Qué extraño que no haya llegado todavía.

Carlos notó la preocupación en la voz de su madre, y se arrepintió de haberla alertado.

—No te inquietes, mamá. Seguro que pasó a comprarle algo a Lucía, antes de venirse para acá, para cuando su tía la traiga a casa. Te tengo que dejar. Viene el doctor a hablar conmigo.

Cortó la llamada, amparado en una mentira. El nerviosismo parecía apoderarse de cada célula de su cuerpo cuando recordaba las palabras que le escuchó pronunciar a Amelina aquella noche, agónico y desvalido en el suelo. A Carlos no le importó implorar su perdón, porque estaba profundamente arrepentido de lo que había hecho, desde el momento en que sucedió. No pudo evitar preguntarse por qué esperó tantos años para ejecutar su venganza. Lo peor de todo, era que ella tenía razón cuando lo insultó. Lo que él le había arrebatado con su pecado no tenía perdón. ¿Qué es lo que haría ahora con él?

El teléfono comenzó a sonar, y Carlos se apresuró en mirar la pantalla, pensando que era su mujer, pero no fue así. Era Eduardo. Dudó si contestar o no. Tenía demasiadas llamadas perdidas de él, y también algunas de Pablo y de Hugo, aunque no se atrevió a contestarlas. Sin embargo, esta vez presionó el botón para aceptar la llamada.

—Por fin contestas, guatón —dijo Eduardo con gravedad—. Llevamos días intentando comunicarnos contigo. ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento. Ya estoy mejor —respondió con nerviosismo. Se obligó a tomar una bocanada de aire para serenarse—. ¿Está todo bien?

—No, amigo. A Marisa le picaron un montón de abejas al día siguiente de que enfermaras tú, y lamento decirte que ella está muerta. Ayer fue su funeral.

Carlos tragó saliva con dificultad. Sintió la garganta rasposa, como si no hubiese bebido líquido en días.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, amigo. Fue imposible comunicarnos contigo para que estuvieras al tanto. ¿Sigues hospitalizado?

—Me acaban de dar el alta —informó llevándose los dedos a los ojos —. ¿Y cómo fue lo de Marisa?

—Eso es lo más extraño de todo. ¿Me vas a creer que había un panal de abejas en la lancha? Nadie se explica cómo llegó hasta allí. Marisa había salido con Amelina a dar una vuelta, y ya sabes. Eran demasiadas picaduras como para tener tiempo de hacer algo. ¿No te parece irónico que muriera frente a una doctora?

—Eh, sí. Es cierto —respondió por inercia, porque todo lo que podía sentir era alivio.

La muerte de Marisa era algo bueno para él. Sin embargo, todavía no conseguía desprenderse de la sensación de peligro que parecía rodearlo como un cuervo al acecho.

—Veo que sigues en *shock*. Te dejo, guatón. Estaremos en contacto. —Eduardo cortó la llamada primero que él.

Sintió náuseas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Era solo cuestión de tiempo para que la bomba estallara. Lo bueno, tenía un problema menos. Marisa ya no volvería a acojonarlo.

Bajó del taxi casi tan nervioso a como estaba en el campamento durante el fin de semana, e ingresó a su casa. Era medio día, y el vehículo de Francisca continuaba estacionado donde siempre, lo que indicaba que ella no había salido todavía.

Consiguió introducir la llave en la cerradura con dedos temblorosos, y abrió la puerta despacio. No se escuchaba ningún ruido. Subió las escaleras y avanzó por el pasillo, tan sigiloso como un ladrón, hasta llegar a su habitación. La puerta permanecía abierta. En el suelo, a los pies del armario, descansaba una maleta grande. Y junto a ella, sentada en el borde de la cama, aguardaba Francisca con un papel arrugado en las manos. En un comienzo, Carlos no comprendió lo que estaba sucediendo, hasta que se fijó en su rostro, cuyas lágrimas le habían bañado las mejillas e inflamado los párpados de tanto llorar.

—¿Fran? ¿Estás bien? —preguntó temeroso de la respuesta. Ella levantó la cabeza y lo miró con fijeza, pero tenía la vista perdida, vacía. Aquello lo alarmó—. Fran, dime que tienes. Me estás preocupando.

Ella arrugó el papel. Lo retorció entre los dedos y luego se lo tendió. Cuando Carlos lo leyó, sintió que la bilis le subía por el esófago hasta la garganta.

«Tu marido me violó cuando cumplí diecisiete años en el lago Rapel».

—¿Es cierto? —quiso saber su mujer.

—¿De dónde sacaste esto?

—Responde lo que te estoy preguntando.

—Fran… —quiso hablar, pero su esposa lo interrumpió.

—Ella vino a verme en la mañana. Me habló del clan de los seis, de los veranos que pasaban juntos y de la amistad que los unía. Después me entregó esta nota y se marchó.

—Francisca. No me creerás capaz de hacer algo así, ¿verdad?

—¿Abusaste de ella aquella noche? —preguntó en un tono tranquilo que lo inquietó aún más.

—¡No! —gritó y se arrodilló frente a ella para quedar a su altura.

Entonces Francisca cogió su teléfono e hizo andar un mensaje de audio. A medida que Carlos lo escuchaba, su rostro se volvía ceniciento y fue presa de la desesperación. Estaba acabado. Esa voz era la suya. Imposible negarlo.

—«Fuiste tú el que abusó de mí aquella noche. Dime la verdad o te dejaré morir como un perro».

—«Perdóname… Fui yo; lo siento. —Se escuchó un sollozo—. Marisa me manipuló para que te lastimara, aunque yo no quería hacerlo, lo juro».

—¡¿Cómo pudiste hacerlo?! —gritó poniéndose de pie y empujándolo hacia atrás.

Carlos se incorporó e intentó acercársele, pero Francisca había perdido el control, y se tiraba el pelo en un arrebato de ira mientras abría grandes los ojos.

—¡Déjame que te lo explique todo, cariño! —rogó, esta vez, implorando.

La estaba perdiendo. Sabía que ella jamás se lo perdonaría.

—¡Aléjate de mí, maldito infeliz! —ordenó mientras cogía la maleta con sus cosas y avanzaba por el pasillo con ella a rastras.

—¡Fran, te lo ruego! —pidió sollozando—. Deja que te cuente lo que sucedió. ¡Por favor, escúchame!

Ella se detuvo de golpe y clavó la mirada en él mientras se secaba la mejilla con una de sus manos.

—Tienes una hija. ¿Crees que podrías soportar que alguien le hiciera daño de esa manera?

«No, no podría. Mataría a cualquiera que quisiera lastimarla», pensó, incapaz de verbalizar lo que pasaba por su cabeza.

—Fran… —rogó mientras se dejaba caer de rodillas, implorando su perdón.

—No volverás a acercarte a Lucía en tu vida, ni tampoco a mí. ¡¿Cómo pudiste, Carlos?! —pronunció las palabras llorando otra vez—. Pobre mujer. Lo que hiciste no merece ni el perdón de Dios.

—¡Lo siento! —dijo sollozando—. ¡Lo lamento tanto! No me dejes, Fran.

Pero era demasiado tarde. El portazo que dio su mujer fue lo suficientemente fuerte como para saber que ella jamás lo perdonaría. Desesperado, y hundido en la más profunda miseria, lloró y se golpeó las piernas con los puños hasta hacerse daño. Tenía certeza de que le quedarían marcas en ellas, pero no le importó, porque, mientras más fuerte se golpeaba, mayor era su dolor y el deseo de sentirlo en su cuerpo.

Dos horas después, Carlos todavía permanecía en el mismo sitio, aunque ya no tenía más lágrimas por derramar. Su teléfono comenzó a sonar con insistencia. Miró la pantalla, esperando que fuese su mujer. Sin embargo, se extrañó cuando el nombre de la directora apareció parpadeante. No quiso contestar, pero ella volvió a insistir. Como no respondió, le entró un mensaje de texto, en donde se le citaba con urgencia y para ese mismo día en el establecimiento educativo. No sabía de qué se trataba, pero intuía que no era para nada bueno.

Abatido, se lavó la cara y luego llamó un taxi, porque no se sentía con ánimos de conducir. Al poco tiempo llegó al colegio, y la directora lo recibió con una frialdad nada habitual en ella. Apenas si había personas dentro, ya que todos se encontraban de vacaciones.

La directora lo invitó a tomar asiento, y luego cogió una nota similar a la que tenía Francisca en sus manos cuando llegó desde el hospital. Se le revolvió el estómago al escuchar la palabra «abusador» y «despedido». La mujer hablaba, pero él ya no era capaz de oír nada más, salvo que no podían permitirse a alguien como él allí. «Despedido», se repitió. Ni siquiera se deshizo en explicaciones ni tampoco negó las acusaciones. Simplemente se limitó a ponerse de pie, abandonó la oficina y regresó a su casa, por completo conmocionado. ¿De verdad todo eso estaba pasándole a él?

Una hora después, su madre ingresó en la casa con la llave para emergencias que su hijo le había entregado tiempo atrás, alertada por no poder ponerse en contacto con él. Lo buscó por toda la casa. Sobre la mesa del comedor, descansaban tres cartas; una para ella, otra para Francisca y otra para Amelina. Se extrañó.

Leyó la nota que le correspondía y se echó a llorar, intuyendo que algo no andaba bien. Finalmente, cuando llegó al patio trasero de la propiedad, lanzó un grito de terror al encontrarse con su hijo colgado desde la viga del parrón. Se acercó a él, en medio de la conmoción y el llanto, y observó que en sus manos tenía una serie de marcas, propias de las picaduras de abejas. Llevaban días allí, pero no se apreciaban tan oscurecidas cuando se las vio en el hospital.

Su hijo Carlos se había suicidado.

26. Un nuevo comienzo

Actualidad. Lunes 20 de febrero de 2006, Reñaca.

El sol estaba a punto de posarse en el horizonte, otorgando un hermoso espectáculo de la naturaleza. El cielo se había teñido de naranjo y el sonido del mar acompañaba a los amantes, cuyos rostros contemplaban absortos la belleza de su entorno. Amelina y Hugo permanecían de pie, abrazados, y con la mirada perdida en la distancia. Se sentían dichosos. Después de aquella vez en que ella se sinceró con él, revelándole el secreto de su violación, y sin guardarse nada para sí, el vínculo de amor entre ellos pareció haberse fortalecido.

Cuando se enteraron de la muerte de Carlos, ninguno de los del clan quiso asistir al funeral, ya que todos, por determinación de Amelina y consejo de Hugo, fueron conocedores de los verdaderos motivos por los cuales Amelina se había distanciado de ellos en el pasado.

Al día siguiente del fallecimiento de Carlos, Amelina recibió la llamada de su esposa Francisca, quien le pedía reunirse con ella en un café cercano al hospital donde trabajaba. Cuando Amelina llegó, la mujer la estaba esperando sentada en una de las mesas más retiradas de la puerta. Francisca tenía la mirada perdida en algún lugar, y los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar.

Avanzó hasta su mesa y se sentó junto a ella, sin decir nada. A pesar de todo, sintió lástima por esa mujer, quien no era más que una víctima de las mentiras de su marido.

—Te ha dejado esto —le dijo Francisca mientras le tendía un sobre con una nota dentro—. Ayer… —tomó una bocanada de aire antes de continuar—. Ayer, Carlos se suicidó.

Incapaz de contener el llanto, la mujer se derrumbó y se puso de pie con intención de marcharse.

—Lamento lo que estás pasando, Francisca. No tienes la culpa de nada.

Ella asintió, dejó el dinero de lo que había consumido, y avanzó hacia la salida, no sin antes pedirle perdón.

Cuando se quedó a solas, Amelina leyó una corta nota, en la cual Carlos le expresaba su profundo arrepentimiento por el daño que le había ocasionado, y le explicaba también lo que significó en su vida cargar con el peso de la conciencia por haberla lastimado.

Amelina no podía perdonarlo, pero, de alguna manera, su muerte y aquellas palabras, expresadas desde su dolor, cerraban un capítulo

demasiado largo y doloroso de su vida. Ese día fue el último en que derramó una lágrima por lo de su abuso, y también fue el último día en que le destinó un pensamiento a Carlos. Estaba decidida a recomenzar.

Fue de dominio público que el prestigioso profesor de música, Carlos Donoso, se había suicidado en inusuales circunstancias en su hogar.

Amelina por fin se sentía libre de amar, y libre del peso de su secreto, el cual la fustigó por años. De alguna manera había vengado a la chica del hospital, castigando a los responsables de su propia violación. Lo del panal de abejas fue una hermosa circunstancia de la cual no tenía ninguna responsabilidad. Tampoco albergaba culpa dentro. Lo llegó a considerar incluso como ayuda divina. El cómo llegó el panal a la lancha, era un verdadero misterio. Amelina se preguntaba en ocasiones, si de haber tenido el antídoto en sus manos habría salvado a Marisa. No tenía respuesta para esa pregunta, que cada día que pasaba, dejaba más olvidada en un rincón de su memoria. Ahora le destinaba tiempo al presente y al futuro. Un futuro postergado por demasiado tiempo, y que ansiaba tomar protagonismo en la vida de ambos.

—Vamos a casa —le dijo Hugo cuando el sol desapareció del horizonte.

Amelina le dio un beso en los labios y le sonrió.

Caminaron abrazados, comunicándose con miradas y en el más absoluto silencio, envueltos en un estado pleno y de paz. Todo estaba en su sitio otra vez, como debió ser desde siempre, como cuando eran unos jóvenes colmados de sueños.

Nunca más volvieron a hablar del asunto. Tampoco regresaron otra vez al lago. Decidieron comenzar desde cero y generar nuevos recuerdos en otros lugares. La cordillera y el mar fueron, de allí en adelante, el destino más frecuente de sus escapadas de fin de semana.

Amelina no solo había recuperado a sus amistades de infancia y juventud. Se había reconstruido, igual como lo hace una ciudad que ha sido desbastada por la guerra. Solo que, esta vez, ya nunca más caminaría a solas entre las ruinas, porque Hugo, su gran y único amor, estaría junto a ella, y para siempre.

Agradecimientos

Gracias por llegar hasta aquí. Espero sinceramente que hayas disfrutado con esta novela.
Te agradecería si puedieras apoyarme con una valoración en Amazon, para llegar a más lectores y ayudarme a crecer como autora.
Todas mis novelas se encentran en formato ebook y papel en Amazon.

Sigue mi cuenta de Instagram: liasayoni.escritora, donde encontrarás información sobre mis otros libros y también sobre mis intereses literarios.

Acerca del autor

L. Mura



Paula Omeñaca Awad nació en Chile en el año 1973. Estudió Pedagogía en Educación Física, pero se dedica en la actualidad a escribir novelas románticas bajo el seudónimo de Lía Sayoni; y de misterio y thriller, como L. Mura. Amante del deporte y del ejercicio físico al aire libre, decide dejar la pedagogía e iniciar una carrera literaria como un nuevo desafío personal, y que pronto descubre le apasiona tanto como leer. Le gustan todos los géneros literarios, pero su favorito es la novela romántica y las historias con finales felices.